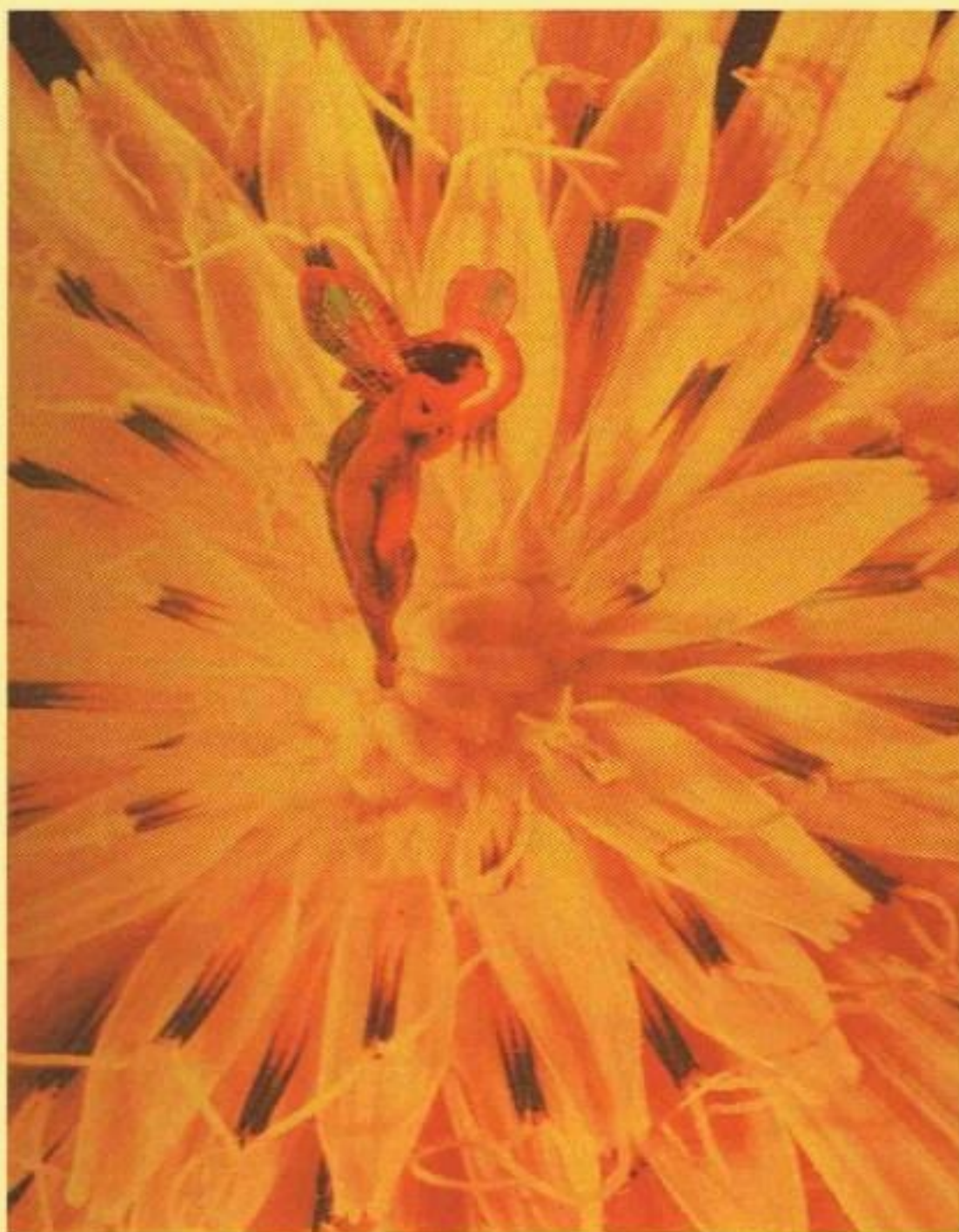


A. S. BYATT

Ángeles e insectos



Lectulandia

Con estas dos novelas cortas, claramente diferenciadas pero que resuenan la una en la otra y se articulan como un díptico, Antonia S. Byatt continúa la exploración de la era victoriana, el riquísimo territorio de su novela *Posesión*.

El héroe de *Morpho eugenia* es William Adamson, un naturalista y entomólogo de treinta y cuatro años que a su regreso a Inglaterra, tras haber pasado quince días a la deriva en el mar y perderlo todo en el naufragio, acepta trabajar para sir Harald Alabaster, un caótico coleccionista de restos y excentricidades de la naturaleza. Sir Alabaster, además, tiene una hija tan hermosa como las mariposas que dan título a la novela, y William se enamorará y se casará con la bella Eugenia. Pero los placeres conyugales a los que aspira el inocente entomólogo quizá sean tan letales como los de los machos de ciertas especies de insectos que él ha estudiado, y el laberinto de relaciones y jerarquías familiares de los Alabaster oculta secretos perversos que William deberá desvelar para recuperar la libertad y encontrar el amor verdadero.

Si *Morpho eugenia* es una perfecta novela gótica, esa fuente de placeres y estremecimientos literarios que debemos agradecer a los victorianos, *El ángel conyugal* se inscribe dentro de otro género no menos atractivo y británico, la historia de fantasmas. Liliás Papagay, la esposa del capitán que hace años llevó a William al Amazonas y desapareció luego en el mar, organiza en su casa, con la ayuda de Emily Tennyson, sesiones de espiritismo para «hablar» con los seres perdidos y amados. Aunque, y todo habrá de descubrirse, Liliás no esté segura de haber perdido definitivamente a su capitán, ni Emily de que su difunto prometido —amigo de su hermano, el poeta Alfred Tennyson, e inspirador de una célebre elegía—, fuera capaz, en sus días en este lado del mundo, de un sólido y terrenal amor por una mujer.

Lectulandia

A. S. Byatt

Ángeles e insectos

ePub r1.0

Titivillus 03.03.16

Título original: *Angels and Insects*

A. S. Byatt, 1992

Traducción: Javier Lacruz

Ilustración de la cubierta: Martin Gehring

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Jean-Louis Chevalier

Morpho eugenia

—Debería bailar, señor Adamson —dijo lady Alabaster desde su sofá—. Es usted muy amable al quedarse conmigo aquí sentado y traerme vasos de limonada, pero la verdad es que creo que debería bailar. Nuestras muchachitas se han puesto guapas en su honor, y me gustaría que sus esfuerzos no hubiesen sido en vano.

—Me parece que están todas preciosas —dijo William Adamson—, pero ya se me han olvidado los bailes de salón.

—En la selva no se bailará mucho —afirmó el señor Edgar Alabaster.

—Al contrario. Se baila muchísimo. Hay fiestas religiosas, fiestas cristianas, en las que toda la comunidad se pasa semanas enteras bailando. Y en el interior hay danzas indias, en las que uno tiene que imitar los saltitos de los pájaros carpinteros o el meneo de los armadillos horas y horas.

William abrió la boca para decir más cosas, y la volvió a cerrar. La tendencia a la avalancha de datos era un gran defecto de las personas que regresaban de un viaje.

Lady Alabaster acomodó sus carnes embutidas en seda negra sobre el satén rosa de su sofá. Insistió.

—A no ser que usted mismo la elija, voy a pedirle a Matty que le busque una bonita pareja.

Las muchachas pasaban ante ellos dando vueltas, resplandecientes a la luz de las velas: rosa nacarado y azul celeste, plata y amarillo limón, gasa y tul. Una pequeña orquesta de dos violines, una flauta, un fagot y un violonchelo rasgueaba, chirriaba y retumbaba en la galería de los músicos. William Adamson sentía cómo le apretaba el traje que le había prestado Lionel Alabaster, pero estaba a gusto. Recordaba una *festa* en el río Manaquiry, iluminada con lámparas hechas con media cáscara de naranja llena de aceite de tortuga. Había bailado con la *Juiza*, la reina de la fiesta, descalzo y en mangas de camisa. Allí su piel blanca le había llevado automáticamente a presidir la mesa. Aquí parecía cetrino, con aquel dorado de ictericia añadido al moreno del sol. Era alto y flaco por naturaleza, pero estaba casi cadavérico tras sus terribles experiencias en el mar. La gente, pálida a la luz tenue, pasaba rápidamente bailando la polca, murmurándose cosas. La música paró, las parejas despejaron la pista mientras aplaudían y se reían. A las tres hijas de los Alabaster las traían de vuelta hasta el grupo que rodeaba a su madre. Eugenia, Rowena y Enid.

Las tres eran criaturas marfileñas y de un dorado claro, de grandes ojos azules y largas pestañas claras y sedosas, visibles únicamente a contraluz. Enid era la más joven; aún le quedaba un rastro de gordura infantil, y llevaba un vestido de organdí rosa fucsia guarnecido con capullos blancos, además de una corona también de capullos con una redecilla de cintas rosas en el pelo. Rowena era la más alta, la risueña, la que tenía un color más vivo en las mejillas y en los labios, y la cola del pelo recogida en la nuca, tachonada de perlas y de margaritas con un toque encarnado. La mayor, Eugenia, llevaba unas enaguas de seda lila cubiertas de muselina blanca, un ramillete de violetas en el pecho, más violetas en la cintura, y violetas y yedra entretejidas en su lustrosa cabeza dorada. Sus hermanos también

tenían aquella coloración dorada y blanca. Formaban un grupo encantador y homogéneo.

—El pobre señor Adamson no tenía ni idea de que íbamos a dar un baile a su llegada —dijo lady Alabaster—. Vuestro padre le escribió inmediatamente para invitarlo cuando se enteró de que lo habían rescatado en el mar después de llevar quince días a la deriva en el Atlántico, qué horror. Y vuestro padre, naturalmente, pensó más en las ganas que tenía de ver los especímenes del señor Adamson que en la fiesta que habíamos preparado. Así que, cuando llegó el señor Adamson, se encontró con toda la casa revuelta y los criados corriendo de acá para allá en medio del más absoluto desorden. Afortunadamente, tiene una estatura muy parecida a la de Lionel, que pudo prestarle un traje.

—De todas formas, no habría tenido qué ponerme —dijo William—. Todas mis pertenencias terrenales o se han quemado, o se han hundido, o las dos cosas, y entre ellas no había un traje de etiqueta. Durante mis dos últimos años en Ega ni siquiera tuve un par de zapatos.

—¡Vaya, vaya! —dijo lady Alabaster con soltura—, debía usted de disponer de inmensos recursos de fuerza y de valor. Estoy segura de que no le fallarán a la hora de darse una vuelta por la pista de baile. Vosotros también tenéis que cumplir con vuestro deber, Lionel y Edgar. Aquí hay más damas que caballeros. Siempre pasa lo mismo, no sé en qué consiste, pero siempre hay más damas.

La música volvió a sonar: un vals. William hizo una reverencia a la señorita Alabaster más joven, y le preguntó si le concedía aquel baile. Ella se ruborizó, sonrió y aceptó.

—Me mira usted a los zapatos de otra forma —dijo William, mientras la sacaba a bailar—. No sólo teme que baile torpemente, sino que mis pies se tropiecen con sus bonitas zapatillas por la falta de costumbre. Procuraré evitarlo. Pondré todo mi empeño. Tiene que ayudarme, señorita Alabaster, tiene que apiadarse de mi ineptitud.

—Todo esto tiene que parecerle muy extraño —dijo Enid Alabaster—, después de tantos años de peligros, de penas y de soledad, participar en una fiesta de esta clase.

—Me parece precioso —dijo William, mirándose los pies y ganando confianza. El vals se bailaba en ciertas clases de sociedad en Pará y en Manaos; había dado vueltas y vueltas con damas de piel aceitunada o aterciopelada y morena, de moral dudosa o carentes de ella. Había algo inquietante en la criatura suave y blanca que sostenía entre sus brazos, saludable como la leche y a la vez etéreamente intangible. Pero sus pies se movían seguros de sí mismos.

—Baila usted muy bien el vals —dijo Enid Alabaster.

—No tan bien como su hermano, por lo que veo —dijo William.

Edgar Alabaster estaba bailando con su hermana. Era un hombre corpulento y musculoso; el pelo rubio se le rizaba formando ondas uniformes pero despeinadas en lo alto de su esbelta cabeza, y tenía la espalda tiesa y derecha. Pero aquellos pies enormes se movían rápida e intrincadamente para trazar elegantes dibujos con sus

saltitos junto a las zapatillas gris perla de Eugenia. No se dirigían la palabra. Edgar miraba por encima del hombro de Eugenia, ligeramente aburrido, inspeccionando la sala de baile. Eugenia tenía los ojos semicerrados. Daban vueltas, flotaban, se detenían un instante, giraban sobre sus pies.

—Practicamos mucho en clase —dijo Enid—. Matty toca el piano y nosotras no paramos de bailar. A Edgar le gustan más los caballos, claro, pero en realidad lo que le gusta es moverse, como a todos nosotros. A Lionel no se le da tan bien. No se deja ir de la misma manera. Algunos días me parece que podríamos estar bailando siempre, como las princesas del cuento.

—Las que desgastaban sus zapatillas a escondidas todas las noches.

—Y por la mañana estaban agotadas, y nadie sabía por qué.

—Y se negaban a casarse de tanto que les gustaba bailar.

—Algunas señoras casadas también bailan. Ahí tiene a la señora Chipperfield, mire, la de verde claro. Baila *muy* bien.

Edgar y Eugenia habían abandonado la pista y regresado a sus puestos junto al sofá de lady Alabaster. Enid siguió hablándole a William de su familia. Cuando volvieron a pasar por delante del sofá, le dijo:

—Eugenia era la que lo hacía mejor de todas, antes de su desgracia.

—¿Qué desgracia?

—Verá, se iba a casar, pero su prometido, el capitán Hunt, se murió de repente. Fue un golpe terrible, la pobre Eugenia empieza ahora a recuperarse. Yo creo que es como quedarse viuda sin haber estado casada. No hablamos de ello. Pero todo el mundo lo sabe, claro. No soy una chismosa, ¿sabe? Pero pensé que, ya que va a quedarse aquí una temporada, le vendría bien saberlo.

—Gracias. Es usted muy amable. Así no diré ninguna tontería sin darme cuenta. ¿Cree que bailarías conmigo si se lo pidiese?

—Puede ser.

Y así fue. Le dio las gracias muy seria, alzando levemente sus suaves labios y sin la menor alteración de sus ojos profundos y distantes (o al menos así era como los veía él), y alzó las manos elegantemente para coger las suyas. Su presencia, al asirla (o eso le pareció) era más liviana, más flotante, menos saltarina que la de Enid. Sus pies eran diestros. Contempló desde las alturas su cara pálida y vio aquellos párpados grandes, veteados de azul, casi translúcidos, y las espesas franjas de pestañas de oro blanco que los orlaban. Sus finos dedos, que descansaban en los suyos, estaban enguantados y tan sólo tibios. Los hombros y el busto sobresalían, blancos e inmaculados, de aquella espuma de tul y muselina, como Afrodita de las olas. Una sencilla hilera de perlas, blanco nacarado sobre blanco nacarado que sólo se distinguía por el brillo, descansaba sobre sus clavículas. Estaba orgullosamente desnuda, y a la vez era absolutamente intocable. La llevaba por la pista, y sentía, para

su vergüenza y asombro, las inequívocas turbulencias y aceleraciones de la excitación corporal en él mismo. Recompuso la figura dentro del traje de etiqueta de Lionel Alabaster, y pensó (al fin y al cabo era científico y observador) que aquellos bailes estaban hechos para despertar su deseo precisamente de esa forma, por muy recatados que fueran los guantes de la joven que sostenía entre sus brazos, o por muy inocente que fuera su vida cotidiana. Recordó la danza del vino de palmera, un círculo ondulante que, a un cambio de ritmo, se rompía para transformarse en parejas abrazadas que se ponían a instigar y a bailar alrededor de la víctima propiciatoria, el bailarín que se había quedado sin pareja. Se acordaba de cómo lo habían agarrado, de cómo lo habían restregado con la boca y con las manos, de cómo se le habían arrimado provocativamente, en un derroche de energía, mujeres de pechos morenos y brillantes por efecto del sudor y del aceite, cuyos dedos carecían de pudor.

Parecía que nada de lo que hacía ahora escapaba a esa doble visión, de cosas vistas y hechas de otra manera, en otro mundo.

—Está pensando en el Amazonas —dijo Eugenia.

—¿Le lee usted el pensamiento a la gente?

—Qué va. Pero me pareció que estaba muy lejos. Y eso está lejos.

—Estaba pensando en la belleza de todo esto: la arquitectura, y las jovencitas con sus gasas y sus encajes. Estaba mirando esta hermosísima bóveda gótica en abanico que forma un arco sobre nosotros, y pensaba en las palmeras que se alzan en la selva, y en todas las preciosas mariposas como de seda que revolotean entre ellas, muy arriba, sin que se pueda cogerlas.

—Tiene que ser muy curioso —dijo Eugenia; hizo una pausa—. He hecho una cosa muy bonita, una especie de colcha, o mejor un bordado, con algunos de los primeros ejemplares que le envié a mi padre. Los he prendido con mucho cuidado, son un primor; dan un poco la sensación de un cojín festoneado, sólo que sus colores son más delicados que los de cualquier seda.

—Los indígenas se creían que los coleccionábamos para los dibujos del percal. Ésa era la única manera que tenían de explicarse nuestro interés por ellos, ya que las mariposas no se comen; de hecho, creo que muchas son venenosas, al alimentarse de plantas venenosas. Y éstas son precisamente las más luminosas, y vuelan por allí lenta y majestuosamente, luciendo sus colores a modo de aviso. Ésas son los machos, claro, que se ponen brillantes para sus apagadas compañeras. Los indios se parecen a ellas en eso. Es el hombre el que se pone plumas vistosas y pinturas de colores y piedras. Las hembras son más discretas. Mientras que aquí los hombres llevamos caparazones como si fuéramos escarabajos negros. Y ustedes, las damas, son como un jardín de flores en desbandada.

—Mi padre lo sintió tanto cuando se enteró de que había perdido usted tantas cosas en ese naufragio horrible. Por usted, y por él mismo. Tenía muchas ganas de ampliar su colección.

—Conseguí salvar una o dos de las más raras y de las más bellas. Las tenía

guardadas en una caja especial debajo de la almohada (me gustaba mirarlas), así que estaban a mano para cogerlas cuando vimos que debíamos abandonar el barco. Es un poco patético salvar una mariposa muerta. Pero una, especialmente, es una rareza; no le voy a decir nada más, pero creo que su padre se alegrará de tenerla, y usted también, pero es una sorpresa.

—No me gusta nada la gente que me dice que va a darme una sorpresa pero no me dice lo que es.

—¿No le gusta el suspense?

—Nada de nada. Me gusta saber dónde estoy. Me dan miedo las sorpresas.

—Entonces tengo que acordarme de no darle nunca una sorpresa —dijo él, y le pareció que había dicho una tontería, y no se sorprendió cuando ella no respondió. Tenía una manchita carmesí, del tamaño de una hormiga mediana, donde se juntaban, o se dividían, sus pechos redondos, donde empezaba una sombra violeta. Había venas azules diseminadas por la superficie cremosa, justo debajo de la piel. Su propio cuerpo volvió a tirar de él, y se sintió procaz y peligroso.

—Es todo un privilegio —dijo— que se me permita formar parte de esta familia tan feliz durante una temporada, señorita Alabaster.

Al oírlo, ella levantó la vista hacia él, y abrió sus enormes ojos azules. Los tenía bañados en lo que parecían lágrimas no derramadas.

—Adoro a mi familia, señor Adamson. Somos muy felices juntos. Nos queremos muchísimo.

—Tienen ustedes suerte.

—Pues sí, sí que la tenemos. Ya lo sé. Tenemos mucha suerte.

Desde sus diez años en el Amazonas, y más aún desde aquellos días delirantes a bordo de un bote salvavidas en el Atlántico, William había llegado a ver las camas inglesas, limpias y mullidas, como el corazón de un reducto de gloria terrenal. Aunque ya era de madrugada cuando se retiró a su habitación, había una doncella delgada y silenciosa esperando para traerle agua caliente y templarle las sábanas mientras se movía rápidamente delante de él con los ojos bajos y pasos sigilosos. Su dormitorio tenía una ventanita salediza excavada en la pared, con una vidriera redonda que representaba dos lirios blancos. Disponía de modernas comodidades entre sus paredes góticas: una cama de caoba con una intrincada talla de hojas de yedra y bayas de acebo, cuyo lecho consistía en un colchón de plumas de ganso, suaves mantas de lana y una colcha nívea con rosas Tudor bordadas. Sin embargo, no se metió inmediatamente entre las sábanas, sino que puso la vela en el escritorio y sacó su diario.

Siempre había llevado un diario. Cuando era joven, en un pueblo a las afueras de Rotherham en Yorkshire, había hecho examen de conciencia por escrito cotidianamente. Su padre era un próspero carnicero y un devoto metodista que había

enviado a sus hijos a una buena escuela de la localidad, donde aprendieron griego y latín y algunas nociones de matemáticas, y además les había exigido que fueran al templo. Los carniceros, había observado William, con ánimo clasificador incluso entonces, tendían a ser hombres entrados en carnes, extrovertidos y de fuertes convicciones. Martin Adamson, como su hijo, tenía una melena de pelo oscuro y lustroso, una nariz larga y maciza, y unos penetrantes ojos azules bajo unas cejas rectas. Disfrutaba con su oficio, con el descuartizamiento de las reses sacrificadas y su destreza con el cuchillo o su habilidad para hacer salchichas y empanadas, y le tenía un miedo terrible al fuego del infierno, cuyas llamas parpadeaban de día al borde de sus fantasías y consumían de noche sus sueños. Surtía de carne de vaca de primera calidad a los propietarios de los molinos y de las minas en sus puestos, y de pescuezos y rollos de carne picada a los mineros y a los empleados de las fábricas en los suyos. Tenía puestas sus ambiciones en William, pero en nada concreto. Quería que se dedicase a buen negocio, con posibilidades de expansión.

William se fue preparando para su oficio en el corral y entre el serrín sanguinolento del matadero. En la vida que eligió al final, las habilidades de su padre tuvieron un valor incalculable a la hora de desollar, de armar o de conservar ejemplares de aves, bichos e insectos. Diseccionaba hormigueros y saltamontes y hormigas con la exactitud de su padre, pero reducida a una escala microscópica. En los días de la carnicería, su diario lo llenaban su deseo de ser un gran hombre y las reprimendas que se echaba a sí mismo por sus pecados de orgullo, de falta de humildad, de amor propio, de dejadez, de vacilación al perseguir la grandeza. Intentó ser maestro de escuela y supervisar a los cardadores de lana, y escribió en su diario sobre la pena que le daba el éxito obtenido en estas tareas (era un buen profesor de latín, veía lo que no veían sus estudiantes; era un buen supervisor, podía detectar la holgazanería y paliar los verdaderos motivos de queja), porque no estaba usando sus dones únicos, cualesquiera que fuesen, no estaba *yendo* a ninguna parte, y él pretendía llegar más lejos. Ahora no podía leer aquellos diarios recurrentes y angustiosos, con sus gritos de asfixia y sus épocas de autocensura, pero los guardaba en un banco porque eran un documento, un documento preciso, del desarrollo de la mente y la personalidad de William Adamson, que aún pretendía ser un gran hombre.

Los diarios habían cambiado cuando empezó a dedicarse al coleccionismo. Daba largos paseos por el campo (la parte de Yorkshire donde vivía consistía en asquerosos sitios oscuros entre campos y tierras escabrosas de gran belleza), y al principio había paseado en un estado de ansia religiosa, combinado con una devoción por la poesía de Wordsworth, buscando señales del Amor Divino en las flores más humildes que se llevaba el viento, en arroyos burbujeantes y en las cambiantes formaciones de las nubes. Pero luego empezó a llevar una caja de coleccionista, a traer cosas a casa, a prensarlas, a clasificarlas, con la ayuda de la *Enciclopedia de las plantas* de Loudon.

Descubrió las crucíferas, las labiadas, las rosáceas, las leguminosas, las compuestas, y con ellas la furiosa variedad de formas que resultaron encubrir para realzar así el riguroso orden subyacente de las distintas ramas familiares, que cambiaban con la situación y con el clima. Escribió durante un tiempo en su diario sobre las maravillas del *Plan* divino, y el examen de sí mismo dio paso insensiblemente al registro de los pétalos observados, la forma de las hojas en las que se había fijado, los pantanos, los setos y las riberas enmarañadas. Su diario estaba vivo por primera vez, gracias a una felicidad que poseía un objetivo. También comenzó a coleccionar insectos, y se quedó asombrado al descubrir los cientos de especies de escarabajos que existían en unas pocas millas cuadradas de un páramo abrupto. Rondaba por el matadero, tomando nota de dónde preferían poner sus huevos las moscardas, de cómo se movían y mascaban las cresas, del enjambre, de su rebullir, de aquel revoltijo animado por un principio ordenador. El mundo parecía distinto, más grande, más brillante; no capas de acuarela verde, y azul, y gris, sino un dibujo deslumbrante de finas líneas y puntitos mareantes, azabaches, de un carmesí rayado y moteado, un esmeralda irisado, un caramelo casi líquido, o plateados como el légamo.

Y entonces descubrió su pasión predominante, los insectos sociales. Escudriñaba las celdas uniformes de las colmenas, observaba los carriles de hormigas que se pasaban mensajes las unas a las otras con sus delicadas antenas, que trabajaban juntas para trasladar alas de mariposa o tajadas de pulpa de fresa. Se quedaba parado como un gigante estúpido y veía cómo aquellos seres incomprensibles, intencionadamente inteligentes, construían y destruían en las grietas de sus propias losas. Ahí estaba la clave del mundo. Su diario se convirtió en el de un estudioso de las hormigas. Eso fue en 1847, cuando tenía veintidós años. Ese año, en el Instituto Técnico de Rotherham, conoció a un compañero, entomólogo aficionado, que le enseñó los informes de Henry Walter Bates en la *Zoológica*, sobre coleópteros y otras materias. Escribió a Bates, incluyendo algunas de sus propias observaciones sobre las sociedades de hormigas, y recibió una amable respuesta, que lo alentaba en su trabajo y añadía que el propio Bates «con mi amigo y colaborador en este campo, Alfred Wallace», estaba planeando una expedición al Amazonas en busca de criaturas desconocidas. William ya había leído el relato sumamente pintoresco de Humboldt y W. H. Edwards acerca de la exuberancia salvaje, de los alegres y juguetones coatíes, agutis y perezosos, de los llamativos quetzales, motmotes, picos, zorzales campanilleros, papagayos, mónacos y mariposas «del tamaño de una mano y del azul metálico más vivo». Había millones de millas de selva sin explorar; podía acoger en sus brillantes profundidades vírgenes a otro entomólogo inglés, junto con Wallace y Bates. Habría especies nuevas de hormigas, que tal vez acabarían denominándose *adamsonii*; habría espacio para que el hijo de un carnicero llegase a ser alguien grande.

Los diarios empezaron a entremezclarse con anotaciones arrebatadas y visionarias de detalladas sumas necesarias para el equipo, para las cajas de recolección, de nombres de barcos, de direcciones útiles. William se puso en camino en 1849, un año

más tarde que Wallace y Bates, y regresó en 1859. Bates le había dado la dirección de su agente, Samuel Stevens, encargado de vender los especímenes que le mandaban por barco los tres naturalistas. Stevens fue el que le presentó a William al reverendo Harald Alabaster, que había heredado su baronía y su mansión gótica solamente tras la muerte de un hermano sin hijos en 1848. Alabaster era un coleccionista obsesivo que había escrito a su amigo desconocido largas cartas que llegaban muy de tarde en tarde, en las que le preguntaba por las creencias religiosas de los indígenas, así como por las costumbres de la esfinge colibrí o la hormiga sauba. William le contestaba: las cartas de un gran naturalista desde un territorio salvaje y sin hollar, salpicadas de un sugestivo sentido del humor muy crítico consigo mismo. Era Harald Alabaster el que le había contado el calamitoso incendio del barco de Wallace en 1852, en una carta que tardó casi un año en llegar hasta él. De alguna manera, William había supuesto que aquello era una especie de seguro estadístico contra el naufragio de otro naturalista en el viaje de vuelta, pero no fue así. El bergantín, *Fleur-de-Lys*, se había podrido y era innavegable, y William Adamson, a diferencia de Wallace, que era más despistado, no se había asegurado debidamente contra la pérdida de su colección. Aún lo invadía el sencillo placer que experimenta el superviviente al seguir vivo, cuando le llegó la invitación de Harald Alabaster. Hizo el equipaje con lo que había salvado, que incluía sus diarios tropicales y las mariposas más valiosas, y partió hacia Bredely Hall.

Sus diarios tropicales estaban muy manchados; de parafina en la que en su día había sumergido la caja donde los guardaba para evitar que se los comiesen las hormigas y las termitas; de rastros de barro y de hojas estrujadas procedentes de accidentes de canoa; de agua salada, como si se tratase de torrentes de lágrimas. Se había sentado a solas bajo un techo de hojas entretejidas, en una choza con el suelo de tierra, y había garrapateado descripciones de todas las cosas: las hordas devoradoras de las hormigas soldado, los gritos de las ranas y de los caimanes, los propósitos homicidas de su tripulación, los chillidos monótonos y siniestros de los monos aulladores, las lenguas de varias tribus con las que había estado, los variopintos dibujos de las mariposas, las plagas de los mosquitos que picaban, el desequilibrio de su propio espíritu en aquel mundo verde donde todo era derroche, crecimiento feroz, y una mera existencia sin objetivos producto de la pereza. Había escrutado aquellas páginas a la luz de lámparas de aceite de tortuga, y dejado constancia de su soledad, de su insignificancia ante el río y la selva, de su decisión de sobrevivir, mientras se comparaba a sí mismo con un mosquito bailarín en un frasco de coleccionista. Había llegado a hacerse adicto a la forma escrita de su propia lengua, que no hablaba apenas nada, aunque hablaba con soltura el portugués, la *lingoa geral* empleada por la mayoría de los indígenas, y varios dialectos tribales. El latín y el griego habían hecho que se aficionara a los idiomas. Escribir hizo que le cogiese gusto a la poesía. Leyó y

releyó *El paraíso perdido* y *El paraíso recobrado*, que llevaba consigo, y una antología de *Maravillas escogidas de nuestros poetas mayores*. Y a ella recurrió ahora. Debía de ser la una de la madrugada, pero tenía la sangre y la mente aceleradas. No se podía dormir aún. Había comprado un cuaderno nuevo, de un elegante color verde con tapas veteadas, en Liverpool, y ahora lo abrió por la primera página en blanco. Copió en ella un poema de Ben Jonson que siempre le había intrigado, y que de repente había adquirido una urgencia nueva.

¿Habéis visto crecer siquiera un lirio radiante,
antes de que toscas manos lo hayan tocado?
¿Habéis observado al menos la caída de la nieve,
antes de que la tierra la haya tiznado?
¿Habéis acariciado el pelo del castor
o el plumón del cisne en alguna ocasión?
¿O habéis olido el capullo del rosal silvestre
o el nardo en la lumbre?
¿O habéis probado el cestillo de la abeja?
¡Pues así de blanca, así de suave, así de dulce es ella!

Eso era exactamente lo que quería consignar. ¡Pues así de blanca, así de suave, así de dulce es ella!, quería decir.

Fuera de eso, lo demás era un terreno desconocido. Recordaba una frase de un cuento de hadas de su infancia, una frase que decía un príncipe árabe sobre una encantadora princesa china, y que le susurraban brevemente espíritus maliciosos mientras ella dormía. «Me moriré si no puedo tenerla», había dicho el príncipe, a su criado, a su padre y a su madre. William sostuvo un momento la pluma sobre el papel y luego escribió:

«Me moriré si no puedo tenerla.»

Se quedó un rato pensativo, pluma en mano, y luego escribió de nuevo, debajo de la primera línea:

«Me moriré si no puedo tenerla.»

Añadió:

No me moriré, claro; eso es absurdo, pero esa antigua declaración procedente de un viejo cuento parece reflejar perfectamente la clase de corrimiento de tierras, o de vorágine, que se ha producido en mi mente desde esta noche. Creo que soy un ser racional. He sobrevivido, conservando la cordura y el buen humor, a la inanición casi absoluta, al aislamiento prolongado, a la fiebre amarilla, a la perfidia, a la malevolencia, y a un naufragio. Recuerdo que, de niño, al leer mi libro de cuentos, esa frase fue como un presentimiento del espanto, más que del placer, en que podía

consistir el amor humano. «Me moriré si no puedo tenerla.» El amor no me corría prisa. No me esforcé en buscarlo. El plan racional que había trazado para mi vida (además del plan romántico, que ahora coincide con el racional, y los dos implican un regreso a la selva, tras un razonable descanso) no dejaba lugar a la búsqueda de esposa, porque creía que no tenía ninguna especial necesidad de una. En mi delirio en el bote, es verdad, y aún antes, ante las atenciones, o los tormentos, de aquella *bruja* inmunda en cuya casa *me* curé de la fiebre, soñé de hecho de vez en cuando con una presencia bondadosamente femenina, como algo que necesitaba intensamente, pero de lo que me había olvidado sin razón, como si un fantasma llorase por mí de la misma forma que yo lloraba por ella.

¿Adónde quiero ir a parar? Escribo casi en el mismo estado delirante por el que pasé entonces. Desde un punto de vista convencional resultaría chocante que permitiera que la sola idea de unirme a ella se apoderase de mi mente (porque, desde una perspectiva convencional, nuestra posición social es muy distinta, y lo que es peor, yo no tengo dinero ni visos de llegar a tenerlo). Pero no me voy a dejar llevar por la prudencia habitual (y no siento el más mínimo respeto por las categorías y los rangos artificiales, basados en la endogamia familiar y en frívolos pasatiempos); soy un *hombre* tan válido, visto en su conjunto, como E. A., y me atrevo a asegurar que he empleado mi inteligencia y mi valentía física en propósitos más importantes. ¿Pero qué valor tendría esa consideración para cualquier familia así, construida exactamente para rechazar semejantes intr...?

El único proceder sensato es olvidarlo todo, suprimir estos sentimientos inoportunos, ponerles el punto final.

Se quedó pensativo un momento, y luego escribió por tercera vez:

«Me moriré si no puedo tenerla.»

Durmió bien, y soñó que perseguía a una bandada de pájaros dorados por la selva, que se posaban y se atusaban las plumas con el pico y le dejaban acercarse, y luego se levantaban y salían revoloteando, dando chillidos, para volver a posarse, fuera de su alcance.

El estudio, o gabinete, de Harald Alabaster estaba cerca de la pequeña capilla de Bredely. Tenía forma hexagonal, las paredes revestidas de madera y dos ventanas hondas, talladas en piedra, de estilo perpendicular^[1]; el techo también era de piedra tallada, de un color claro, dorado grisáceo, como un panal de hexágonos más pequeños. Tenía una claraboya poco común en el centro, reminiscencia de la Linterna de la catedral de Ely, bajo la cual se había situado un enorme escritorio gótico de impresionante aspecto, que proporcionaba a la estancia la apariencia de una sala capitular. Por las paredes había altas librerías arqueadas repletas de cuero lustrado, y cómodas de grandes cajones. También había tres vitrinas hexagonales aisladas, de

brillante caoba, en el interior de una de las cuales reposaban, en sus alfileres, varias de las primeras capturas de William: helicónidos, papiliónidos, danaides, itómidos. Encima de las vitrinas colgaban textos transcritos con una cuidadosa caligrafía en letra gótica, y ribeteados con encantadores dibujos de frutas, flores, hojas, pájaros y mariposas. Harald Alabaster se los señaló a William Adamson.

—Mi hija Eugenia disfruta haciendo esos dibujos para mí. A mí me parecen muy bonitos; están primorosamente escritos y realizados con sumo cuidado.

William leyó en alto:

«Hay cuatro cosas pequeñas en la tierra que, sin embargo, son más sabias que los sabios:

Las hormigas no son un pueblo fuerte, pero preparan su comida en el verano;

Los damanes no son sino un pueblo débil, pero se hacen su casa en las rocas;

Las langostas no tienen rey, pero avanzan todas en escuadrones;

Las arañas, que se cogen con la mano, y habitan los palacios de los reyes.

Proverbios 30, 24-28^[2].»

—También fue Eugenia la que hizo esta elegante composición con los lepidópteros. Me temo que no está basada en principios muy científicos, pero tiene la complejidad de un rosetón hecho con formas vivientes, y consigue resaltar la brillantez y la *belleza* extraordinarias de estas criaturas. Me gusta especialmente la idea de puntuar las filas de mariposas con esos escarabajitos verdes tornasolados. Eugenia dice que sacó la idea de los nuditos de seda de los bordados.

—Anoche me describió su trabajo. Evidentemente tiene muy buena mano para manipular los ejemplares. Y los resultados son realmente preciosos, encantadores.

—Es buena chica.

—Es muy guapa.

—Espero que también sea muy feliz —dijo Harald Alabaster. No parecía, pensó William, atento a cualquier matiz, *enteramente* convencido de que eso fuera a ser así.

Harald Alabaster era alto, enjuto, y se encorvaba ligeramente. Su cara era una versión huesuda y marfileña del rostro familiar, con los ojos azules un poco más húmedos, y los labios enterrados en las frondas de una barba patriarcal. Tenía la barba y el abundante cabello blancos en su mayor parte, pero el rubio original persistía en algunos sitios, y le proporcionaba al blanco una nota de color latón que, paradójicamente, le hacía perder su lustre. Llevaba un alzacuellos y una chaqueta negra floja sobre pantalones holgados. Por encima de todo esto usaba algo parecido a un hábito monacal de lana negra, con las mangas largas y una especie de capucha. Eso podía tener una finalidad práctica; los extremos más alejados de la casa eran

terriblemente fríos, incluso con todas las chimeneas encendidas, cosa que no solía suceder. William, que llevaba carteándose muchos años con él, pero que ahora lo conocía en persona por primera vez, se había imaginado a un hombre más joven, más importante, acomodado y alegre como los coleccionistas que había conocido en Londres y en Liverpool, hombres de negocios dados a las aventuras intelectuales. Había bajado los tesoros que había podido salvar, y los dispuso en ese momento sobre el escritorio de Harald Alabaster, sin abrirlos.

Harald Alabaster tiró de una especie de cordón que colgaba junto a su escritorio, y un criado de pasos sigilosos entró con una bandeja de café, lo sirvió y se fue.

—Ha tenido usted mucha suerte al escapar con vida; hay que dar gracias por eso; pero la pérdida de sus especímenes tiene que haber sido un duro revés. ¿Qué piensa usted hacer, señor Adamson, si no es una indiscreción por mi parte?

—Apenas he tenido tiempo de pensarlo. Esperaba vender las suficientes cosas como para poder quedarme en Inglaterra una temporada, escribir sobre mis viajes quizá (llevé diarios muy detallados) y ganar el dinero suficiente para equiparme y regresar al Amazonas. Casi no habíamos empezado ni a recolectar ramitas, señor, los que hemos trabajado allí; son millones de millas sin explorar, de criaturas desconocidas... Hay algún problema en especial que me propongo resolver; han acabado interesándome sobre todo las hormigas y las termitas. Me gustaría hacer un estudio exhaustivo de ciertos aspectos de su vida. Creo, por ejemplo, que puedo tener una explicación mejor para los curiosos hábitos de las hormiga corta-hojas que la propuesta por el señor Bates, y también me gustaría encontrar el nido de las hormigas legionarias (las *Eciton burchelli*), cosa que no se ha hecho nunca. Hasta me he preguntado si serán tal vez viajeras permanentes que sólo construyen *campamentos temporales*; las hormigas que conocemos no son de esa naturaleza, pero éstas se aprovisionan en tantos sitios y tan ferozmente, que puede ser que *tengan* que desplazarse continuamente para poder sobrevivir. Y luego hay una cuestión muy interesante (y esto reforzaría las observaciones del señor Darwin) sobre la manera en que ciertas hormigas que habitan en determinadas bromeliáceas parecen haber influido en la forma de esas plantas a lo largo de milenios, de modo que las plantas parecen de hecho construir cámaras y corredores para sus insectos huéspedes durante su proceso natural de crecimiento. Me gustaría ver si se puede demostrar; me gustaría... Perdona, no paro de hablar saltando de un tema a otro. ¡Qué falta de educación! Ha sido usted tan amable en sus cartas, señor; cuando las recibía se producía unos de esos rarísimos momentos de lujo durante mi estancia en la selva. Sus cartas, señor, llegaban con artículos de primera necesidad como la mantequilla y el azúcar, el trigo y la harina que no probábamos jamás, y aún las recibía con mayor placer. Racionaba su lectura, para saborearlas más tiempo, lo mismo que racionaba el azúcar y la harina.

—Me alegro de haberle proporcionado a alguien tanto placer —dijo Harald Alabaster—. Y espero ser capaz de ayudarlo ahora de una forma más material.

Dentro de nada examinaremos lo que ha traído; le haré un buen precio por cualquier cosa que me haga falta, un buen precio. Pero me pregunto si... Me pregunto... si le gustaría formar parte de esta familia durante un periodo de tiempo suficiente como para...

»Si sus ejemplares se hubiesen salvado, supongo que le habría llevado un tiempo considerable identificarlos y catalogarlos todos; habría sido una labor bastante ardua. Ahora tengo los trasteros llenos (me da vergüenza decirlo) de embalajes que les compré entusiasmado al señor Wallace, al señor Spruce, al señor Bates y a usted mismo, además de a exploradores de la península malaya, de Australia, de África; me temo que he menospreciado la tarea de ordenarlos. No está nada bien, señor Adamson, robarle a la Tierra sus bellezas y sus curiosidades, y luego no utilizarlas para lo único que justifica nuestros estragos: el fomento de los conocimientos provechosos, del prodigio humano. Me siento como el dragón del poema, sentado sobre una montaña de tesoros de los que no hace buen uso. Podría ofrecerle el trabajo de poner todo en orden (si usted aceptara), y eso le daría tiempo para reanudar su propio camino en la dirección que le pareciera mejor tras una profunda reflexión...

—Es una oferta sumamente generosa —dijo William—. Me proporcionaría a la vez un techo bajo el que cobijarme y un trabajo para el que estoy capacitado.

—Pero tiene sus dudas...

—Siempre he tenido una visión clara, una especie de cuadro en mi cabeza, de lo que debía hacer, de cómo debería ser mi vida...

—Y no está seguro de que su vocación incluya Bredely Hall.

William se quedó pensativo. Su mente la ocupaba una imagen de Eugenia Alabaster: su busto blanco emergiendo del mar de encaje de su vestido de baile, como Afrodita de la espuma. Pero no iba a decir eso. Hasta disfrutó de la doblez que significaba no decirlo.

—Sé que tengo que encontrar los medios de organizar otra expedición.

—Tal vez —dijo Harald Alabaster cautamente— yo podría, en una fecha futura, servirle de ayuda a ese respecto. No sólo como comprador de sus ejemplares, sino de alguna forma más sustanciosa. ¿Puedo sugerirle que se quede aquí más tiempo y le *eche un vistazo* al menos a lo que tengo guardado? Por supuesto, le pagaría una cifra convenida de antemano por ese trabajo, lo enfocaríamos de un modo profesional. Y no le exigiría que esa tarca acaparase toda su atención, no, señor, así que también tendría tiempo de posar sus ideas para escribir ordenadamente. Y luego, andando el tiempo, se podría tomar una decisión, encontrar un barco, y yo tal vez podría esperar que algún sapo monstruoso o algún escarabajo de feroz aspecto del fondo de la selva me inmortalizara: *Bufo amazoniensis haraldii*, *Cheops nigrissimum alabastri*. Me gusta la idea, ¿a usted no?

—No sé cómo iba a rechazar semejante oferta —dijo William; mientras hablaba, desenvolvía la caja de los especímenes—. Le he traído algo, algo muy poco común, que da la casualidad de que ya lleva el nombre de alguien de esta casa en la selva

virgen. Aquí tengo un grupo la mar de interesante de lepidópteros helicónidos e itómidos, y aquí hay varias Papilios muy llamativas: algunas con pintas rojas, otras de un verde oscuro. Espero poder discutir con usted algunas variantes significativas en la *forma* de estas criaturas, que parecen indicar que las especies pueden estar siguiendo un proceso de modificación, de cambio.

»Pero aquí... aquí tenemos lo que creo que le va a interesar más. Sé que recibió la *Morpho menelaus* que le envié; fui en busca de su congénere, la *Morpho rhetenor*, cuyo azul es aún más brillante y más metálico, y mide unas siete pulgadas de ancho. Tengo de hecho *una* *Morpho rhetenor*, mírela; no es un buen ejemplar, está un poco rasgada y le falta una pata. Vuelan por los senderos anchos y soleados de la selva, flotan muy lentamente, batiendo de vez en cuando las alas, como los pájaros, y casi nunca descienden por debajo de los veinte pies, así que es casi imposible atraparlas, aunque resultan increíblemente bonitas planeando a la luz verdosa del sol. Pero contraté a unos cuantos niñitos muy ágiles para que trepan a los árboles, y consiguieron traerme un par de especies afines *igual* de raras y, a su manera, igual de preciosas, aunque no son azules; aquí están, mire: el macho es de un blanco satinado brillante, y la hembra de un color lavanda claro más discreto, pero también primoroso. Cuando me las trajeron en tan buen estado, sentí que se me subía la sangre a la cabeza, de verdad que creí que iba a desmayarme de la emoción. Entonces no sabía lo adecuadas que eran para sumarlas a su colección. Están emparentadas muy de cerca con la *Morpho adonis*. Y con la *Morpho uraneis batesii*. Son *Morpho eugenia*, sir Harald.

Harald Alabaster se quedó mirando aquellas criaturas muertas y relucientes.

—*Morpho eugenia*. Extraordinarias. Una criatura extraordinaria. Qué bonitas, qué diseño tan delicado, qué maravilla que algo tan frágil haya conseguido llegar hasta aquí, atravesando tantos peligros, desde el otro extremo de la tierra. Y son muy raras. Nunca había visto una. Y tampoco sé de nadie que las haya visto. *Morpho eugenia*. Vaya...

Volvió a tirar del cordón, que sólo produjo en la estancia un débil sonido chirriante.

—Es difícil —le dijo a William— no convenir con el duque de Argyll en que la extraordinaria belleza de estas criaturas es en sí misma la prueba de la obra de un Creador, un Creador que también creó la sensibilidad humana hacia la belleza, hacia la forma, hacia las variantes sutiles y los colores vivos.

—Nuestra espontánea respuesta a ellos —dijo William con cautela— me lleva instintivamente a estar de acuerdo con usted. Pero desde un punto de vista científico, creo que debo preguntarme qué propósito cumple la Naturaleza con toda esta brillantez y esta belleza. Sé que el señor Darwin se inclina a pensar que el hecho de que sea tan corriente que los *machos* de las mariposas y las aves tengan unos colores tan vivos (mientras que las hembras suelen ser discretas y apagadas) indica que tal vez represente alguna ventaja para el macho hacer gala de sus escarlatas y sus

dorados, que podrían llevar a la hembra a escogerlo como pareja. El señor Wallace afirma que el color apagado de la hembra es una coloración *protectora*; puede colgarse de una hoja a poner sus huevos, o acomodarse en la oscuridad del nido, y confundirse con las sombras. Yo mismo he comprobado que las mariposas macho de vivos colores revolotean en grandes bandadas a la luz del sol, mientras que las hembras parecen tímidas, y se esconden bajo los arbustos o en los lugares húmedos.

Alguien llamó a la puerta, y un lacayo entró en el estudio.

—Ah, Robin, a ver si encuentra a la señorita Eugenia, y a todas nuestras muchachitas; tenemos algo que enseñarles. Dígale que venga tan pronto como pueda.

—Sí, señor. —La puerta se cerró.

—Hay otra cuestión —dijo William— sobre la que me interrogo a menudo. ¿Por qué las mariposas más brillantes se solazan con las alas abiertas en los haces de las hojas, o vuelan batiéndolas despacio en vez de rápidamente? A las Papilios, por ejemplo, se las conoce también como farmacófagas, o *comedoras de venenos*, porque se alimentan de los tallos venenosos de la *Aristolochia*; y parecen saber que pueden pavonearse impunemente, que los predadores no las van a picotear. Es posible que su llamativa exhibición sea una especie de *advertencia* desafiante. El señor Bates hasta ha insinuado que ciertas especies inofensivas *imitan* a las venenosas para disfrutar de la misma inmunidad. Ha descubierto ciertos piéridos (blancos y de color azufre) que no se distinguen a simple vista de algunos itómidos, y a los que ni siquiera un observador atento podría diferenciar sin un microscopio.

Eugenia entró en la estancia. Iba vestida de muselina blanca, con unas cintas y un lazo de color rojo cereza, y un fajín también cereza, y estaba preciosa. Cuando se aproximó al escritorio de Harald para que le enseñaran la *Morpho eugenia*, William sintió confusamente como si llevara consigo un halo propio, una nube de polvos mágicos que a la vez lo atraía y lo mantenía a la distancia exacta de una barrera invisible. Se inclinó cortésmente ante ella, y pensó al mismo tiempo en la entrada ebria y perspicaz de su diario: «Me moriré si no puedo tenerla», y en un barco en fuga, con el agua verde y revuelta apartándose de la proa, y la espuma alejándose a toda velocidad. No temía el peligro, pero era sagaz, y no disfrutaba con la idea de consumirse en un fuego infructuoso.

—Qué criatura más hermosa —dijo Eugenia. Dejó su suave boca entreabierto, de modo que él pudo ver sus dientes húmedos y uniformemente lechosos.

—Es una *Morpho eugenia*, querida. No le han puesto ese nombre por ti, pero sí te la ha traído a ti el señor Adamson.

—Qué maravilla. Ese blanco resplandeciente es precioso para una hembra...

—No, no, ésa es el macho. La hembra es la pequeña, la de color lavanda.

—Qué pena. Prefiero la de raso blanco. Pero, bueno, yo soy una hembra, así que es lo lógico. Me gustaría que pudiésemos verlas volar. Parecen un poco tiesas, como hojas muertas, hagas lo que hagas para que resulten naturales. Me encantaría poder tener mariposas como se tienen pájaros.

—Es perfectamente factible —dijo William—. En un invernadero, si se cuida adecuadamente a las larvas.

—Me encantaría sentarme en un invernadero en medio de una nube de mariposas. Sería la mar de romántico.

—Podría conseguirle esa nube con suma facilidad. No de *Morpho eugenia*, claro. Pero azules, y blancas, y doradas, y negras, y de damasco rojo; de especies autóctonas. *Usted* sería *Morpho eugenia*. Quiere decir bella, ya sabe. Bien proporcionada.

—Ah —dijo Eugenia—. Lo contrario de amorfa.

—Exactamente. Aquella selva primitiva, la monotonía infinita del verde, las nubes de moscas y mosquitos, la esforzada masa de enredaderas y maleza, me parecían a menudo el compendio de lo amorfo. Y entonces algo perfecto y bellamente formado se dejaba ver y te cortaba la respiración. Eso pasaba con *Morpho eugenia*, señorita Alabaster.

Volvió su mirada líquida hacia él para comprobar si se trataba de un piropo, como si tuviera un sentido especial para ello. Él se encontró con sus ojos y sonrió, breve, tristemente, y ella le devolvió un instante la sonrisa, antes de dejar caer sus pestañas sobre los charcos azules de sus ojos.

—Voy a hacer una caja especial de cristal para ellas, señor Adamson, ya verá. Bailarán juntas para siempre, vestidas de raso blanco y de seda lavanda. Tiene usted que decirme qué hay que pintar en el fondo, qué hojas y qué flores; me gustaría hacerlo bien, naturalmente.

—Estoy a sus órdenes, señorita Alabaster.

—El señor Adamson ha aceptado quedarse aquí una temporadita, querida, para ayudarme a organizar mis colecciones.

—Estupendo. Entonces podré darle órdenes, como ha dicho él.

Entender la vida cotidiana de Bredely Hall no fue fácil. William se encontró con que era a la vez un antropólogo independiente y un príncipe de cuento de hadas atrapado por verjas invisibles y ataduras de seda en un castillo encantado. Todos tenían su lugar y su forma de vida, y durante meses descubrió cada día gente nueva, cuya existencia no había sospechado previamente, que llevaba a cabo tareas de las que no había sabido nada.

Bredely estaba construida como una casa solariega medieval, pero con dinero reciente. En 1860 sólo había cumplido treinta años, aunque se hubiese tardado más en construirla. Los Alabaster eran una familia antigua y noble, que siempre había conservado la pureza de su sangre y nunca había detentado mucho poder, pero que en cambio había cultivado sus campos, coleccionado libros, caballos, curiosidades y aves de corral. Harald Alabaster era el segundo hijo del Robert Alabaster, que edificó Bredely con el dinero aportado por su esposa, la hija de un comerciante de las Indias

Orientales. La casa la había heredado el hermano mayor de Harald, también Robert de nombre, casado a su vez con una mujer rica (la hija de un conde de poca categoría), quien le dio doce hijos, muertos todos en la infancia. Harald, un segundo hijo convencional, se había ordenado sacerdote y obtenido una capellanía en los Fens^[3], donde dedicaba su tiempo libre a la botánica y a la entomología. En aquel tiempo había sido pobre; la fortuna de Robert el mayor estaba ligada a Bredely, que le había correspondido a Robert el pequeño. Harald se casó dos veces. Su primera esposa, Joanna, le dio dos hijos, Edgar y Lionel, y murió de parto. Gertrude, la actual lady Alabaster, se casó con él inmediatamente después de quedarse viudo. Gertrude Alabaster también aportó una dote sustanciosa; era la nieta del propietario de una mina aficionado a las obras de caridad, así como a las inversiones astutas. Además, sobrevivió a la maternidad con reiterada complacencia. William había supuesto en un principio que los cinco hijos que conocía eran los únicos existentes, pero descubrió que había al menos tres más en el cuarto de estudio (Margaret, Elaine y Edith) y una pareja de gemelos en el cuarto de los niños (Guy y Alice). También formaban parte de la comunidad varias solteras subordinadas de diferentes edades, parientes de los Alabaster o de sus esposas. Una tal señorita Fescue estaba siempre presente en las comidas, masticando ruidosamente y sin hablar nunca. Había una delgada señorita Crompton, normalmente conocida como Matty, que, aunque no era la institutriz (ésta era la señorita Mead) ni tampoco la niñera (ésta era Dacres), parecía que se dedicaba de alguna manera al cuidado de los miembros más pequeños de la familia. También había hombres jóvenes de visita, amigos de Edgar y de Lionel. Luego estaban los criados, desde el mayordomo y el ama de llaves hasta las fregonas y los limpiabotas y recaderos en las profundidades oscuras detrás de la puerta de servicio.

Sus días comenzaban con las oraciones matinales en la capilla. Tenían lugar tras el desayuno, y asistían a ellas aquellos miembros de la familia que se habían levantado y un conjunto cambiante de sirvientes silenciosos: doncellas vestidas de negro con delantales blancos inmaculados, criados con trajes negros, que se sentaban atrás, los hombres a la derecha y las mujeres a la izquierda. La familia ocupaba las filas de delante. Rowena acudía a menudo, Eugenia raramente, los niños siempre, con Matty y la señorita Mead. Lady Alabaster sólo asistía los domingos, y tenía cierta tendencia a echar una cabezadita en la esquina de delante, morada por efecto de la luz de la vidriera de colores. La capilla era muy sencilla, y bastante fría. Los asientos consistían en bancos de duro roble, y no había adónde mirar a no ser las altas ventanas, con sus cristalinas uvas azules y sus lirios cremosos, y Harald. Durante los primeros días en que William asistió, Harald predicó sucintos sermoncitos. A William le interesaban. No guardaban relación alguna con las amenazas y el éxtasis de la religión en la que se había educado, las rojas cavernas del fuego eterno, los torrentes rojos de sangre sacrificial derramada. Su tono era amable, su tema el amor material, el amor familiar, como resultaba apropiado a la ocasión, el amor de Dios Padre, que vigilaba la caída de cada gorrión con un cuidado infinito, que había dividido Su

infinitud en Padre e Hijo, para hacer más accesible Su amor a las criaturas humanas, cuya comprensión de la naturaleza del amor empezaba con los lazos naturales entre los miembros del grupo familiar, con el calor de la madre, la protección del padre, la cercanía de los hermanos, y estaba diseñado para volcarse hacia fuera, emulando al Padre divino, y abarcar así toda la creación, de las familias a los clanes, de los clanes a las naciones, de las naciones a todos los hombres, y de hecho a todos los seres vivientes, maravillosamente creados.

William observaba atentamente el rostro de Harald durante estos discursos. Si Eugenia estaba presente, se fijaba en su cara cuando se atrevía, pero ella siempre tenía los ojos pudorosamente bajos y una gran capacidad para mantenerse inmóvil, sentada con las manos quietas sobre el regazo. Harald cambiaba de aspecto. A veces con la cabeza alta y las blancas frondas de su barba atrapando la luz, parecía el mismo Dios Padre, de mirada penetrante, blanco como la lana, anciano de días^[4]. Otras, cuando hablaba bajo, de forma casi inaudible, y miraba al suelo ajedrezado en blanco y negro que había bajo sus pies, casi tenía un aspecto descuidado, al que contribuía la apariencia ligeramente mohosa, raída, de su toga. Y otras, sin embargo, le recordaba a William brevemente a los frailes misioneros portugueses que había conocido allá lejos, de ojos febriles y rostros estragados, hombres que no conseguían comprender la incompreensión de los indios plácidamente evasivos. Y esta analogía a su vez hacía que William, sentado bajo aquella grisácea luz inglesa en su duro banco, recordase otras ceremonias, las reuniones exclusivamente masculinas para beber *caapi* o *Aya-huasca*, la Parra del Muerto^[5]. La había probado una vez y había tenido visiones de paisajes y grandes ciudades y torres muy elevadas como si estuviera volando, se había encontrado perdido en una selva rodeada de sierpes, y en peligro de muerte. A las mujeres no les estaba permitido probar aquellas cosas, o ver los tambores que convocaban a los participantes, los *botutos*, so pena de muerte. Se acordaba de aquellas mujeres desapareciendo rápidamente con la cara tapada, sentado entre esta decorosa familia inglesa, con los hombres a un lado y las mujeres al otro, mientras observaba cómo la lengua rosa de Eugenia humedecía sus suaves labios. Sentía que estaba condenado a una especie de doble conciencia. Todo lo que experimentaba sacaba a relucir su imagen opuesta de *allá lejos*, lo que producía el efecto de que no sólo las ceremonias amazónicas, sino también el sermón inglés, pareciesen extraños, irreales, de una naturaleza incierta. Se había llevado una vez un *botuto* escondido bajo unas mantas, de noche en una canoa, pero se había perdido con todas sus demás cosas, bajo millas de agua gris. Tal vez le había traído mala suerte.

—Nunca debemos cesar de dar gracias al Señor por todas las mercedes que nos concede —decía Harald Alabaster.

Se dispuso un taller para William en un cuarto donde se guardaban sillas de montar que no se usaban, cerca de las cuadras. Estaba medio lleno de las cajas de hojalata, los embalajes de madera, las cajas de té llenas de cosas que Harald había adquirido (al parecer sin ningún interés prioritario evidente), procedentes de todas las

partes del mundo. Había pieles de mono y delicadas pieles de loro, lagartos disecados y serpientes monstruosas, cajas y más cajas de escarabajos muertos, de un verde brillante o un morado iridiscente, demonios atezados de monstruosas cabezas con cuernos. También había cajones de muestras geológicas, y paquetes de musgos, frutos y flores variadas, provenientes tanto de los trópicos como de los casquetes polares, dientes de oso y cuernos de rinoceronte, esqueletos de tiburones y matas de coral. Al parecer algunos bultos habían sido reducidos a polvo en suspensión por la acción de las termitas, o condensados en una masa viscosa por efecto del moho. William preguntó a su bienhechor bajo qué criterio quería que procediese, y Harald le dijo: «Póngalo todo en orden, ya sabe. Que tenga sentido, colóquelo todo siguiendo un orden.» William acabó viendo que Harald no había llevado a cabo esta tarea él mismo, al menos en parte, porque no tenía una idea concreta de cómo ponerse a hacerlo. Tuvo momentos de verdadero mal humor al ver que tesoros por los que hombres como él habían arriesgado la vida y la salud andaban por allí tirados de cualquier modo, deteriorándose en una cuadra inglesa. Se agenció una mesa de caballete y varios libros de cuentas, una serie de cómodas de coleccionista y algunas alacenas para ejemplares que no podían ponerse acostados ni meterse y sacarse cómodamente de los cajones. Montó su microscopio, y empezó a hacer etiquetas. Cambió las cosas día a día de cajón a cajón, hasta que se encontró con una plétora de escarabajos y una repentina plaga de ranas. No podía inventarse un criterio ordenador, pero prosiguió tenazmente haciendo etiquetas, armando, examinando.

El cuarto de las sillas de montar era oscuro, terriblemente frío, salvo donde daba la luz que entraba por la ventana, que estaba muy alta, demasiado alta como para asomarse. Trabajaba entre el ruido y los olores de los mozos que limpiaban las cuadras, el olor vaporoso del estiércol, el olorcillo a amoníaco de la orina de los caballos, las pisadas de botas de cuero, el siseo del heno en una horquilla. Edgar y Lionel eran ambos jinetes avezados. Edgar tenía un semental árabe de un castaño reluciente, con un musculoso y sedoso cuello arqueado, y unos ojos que destaraban, blancos, en la penumbra de su cuadra, por donde se paseaba enseñando los dientes. Su nombre era Saladin. El caballo de caza de Edgar era Ivanhoe, enorme, gris acero, rebosante de avena, y un gran saltador. Edgar siempre estaba aceptando retos de saltar objetos imposibles con Ivanhoe, que siempre se ponía a la altura de las circunstancias. Los dos se parecían en algunas cosas, la ondulación de sus músculos mientras se mantenían erguidos, su forma de pavonearse con una fuerza contenida en vez de fluir como el confinado Saladin, como las yeguas y los potros en la explanada, como Rowena y Eugenia. William oía cómo entraban y salían Edgar y Lionel para sus cabalgadas mientras él trabajaba, el rápido trapalear del hierro sobre las piedras, el rechinar de los cascos de los caballos que giraban sobre sí mismos y bailoteaban. Las jovencitas salían a veces con ellos. Eugenia montaba una yegua negra, bonita y dócil, y llevaba un traje de montar azul que le hacía juego con los ojos. William trataba de arreglárselas para salir de su caverna y verla montar, el pulcro piececito en

las manos del mozo, sus propias manos enguantadas en las riendas, el pelo ceñido con una redecilla azul. Edgar observaba a William desde las alturas de la silla de montar de Ivanhoe. William notaba que no le caía bien a Edgar. Lo trataba como trataba a la gente que estaba a medio camino entre la familia y los criados invisibles y mudos. Se limitaba a saludarlo, a hacer un gesto con la cabeza cuando se encontraban, y no le animaba a charlar.

Lady Alabaster se pasaba el día en un saloncito con vistas al césped. Era el cuarto de una dama, y tenía un papel pintado granate oscuro, salpicado de ramitas de madreselva en colores rosa y crema. Tenía también gruesas cortinas de terciopelo rojo, a menudo medio echadas para protegerse del sol: los ojos de lady Alabaster eran delicados, y frecuentemente sufría dolores de cabeza. Siempre había un fuego encendido en el hogar, que al principio a William, que había llegado a comienzos de la primavera, no le resultó nada chocante, pero que le hizo sudar bajo su chaqueta a medida que fue avanzando el verano. Parecía que lady Alabaster estaba inmovilizada por efecto de un letargo natural más que de alguna dolencia concreta, aunque se balanceaba, más que andar, cuando avanzaba por los pasillos para ir a comer o a cenar, y a William le daba la impresión de que, bajo sus faldas, tenía las rodillas y los tobillos enormes y tal vez dolorosamente hinchados. Yacía en un hondo sofá, bajo la ventana pero de espaldas a ella, orientado hacia el fuego. La habitación era un nido de cojines, todos con bordados de flores, frutas, mariposas azules y pájaros escarlatas, en punto de cruz en la lana, y con hilo de seda en el raso. Lady Alabaster tenía siempre un bastidor de bordado junto a ella, pero William nunca la vio cogerlo, aunque eso no probaba nada; podía haberlo dejado a un lado por cortesía. Le señalaba, con su voz descolorida, los trabajos de Eugenia, Rowena y Enid, de la señorita Fescue, Matty y las niñas, para que los admirase. Tenía además varios fanales con cápsulas de amapola y cardenchas y hortensias secas, y varios escabeles, con los que se tropezaban los huéspedes y los criados al abrirse camino en la penumbra. Parecía que se pasaba la mayor parte del día bebiendo: té, limonada, licor de frutas, chocolate, agua de cebada, infusiones de hierbas, que iban y venían constantemente por los corredores, llevadas por las camareras en bandejas de plata. También consumía ingentes cantidades de galletas dulces, mostachones, mantecados, pastelitos de jalea, y lenguas de gato, que acababa de hacer la cocinera y le traían desde la cocina, y cuyas migajas eran sacudidas y barridas posteriormente. Estaba enormemente gorda, y no llevaba corsé salvo en ocasiones señaladas, sino que yacía con una especie de voluminoso batín de té brillante, fajado con chales de cachemira, y un gorrito de encaje anudado bajo sus múltiples papadas. Como en muchas mujeres entradas en carnes, su piel había conservado cierta lozanía, y tenía una cara de luna suave y, curiosamente, sin arrugas, con los ojos claros hundidos en dos hoyos de carne abultados. A veces, Miriam, su doncella personal, se sentaba junto a ella y le cepillaba el cabello aún lustroso durante media hora por sesión, sosteniéndolo con mano experta al mismo tiempo que pasaba rítmicamente una y otra vez el cepillo con

reverso de marfil. Lady Alabaster decía que le aliviaba el dolor de cabeza que le cepillaran el pelo. Cuando era muy fuerte, Miriam aplicaba compresas frías, y humedecía los párpados de su señora con hamamelis.

William sentía que esta presencia inmóvil, vagamente afable era una fuente de poder en la casa. El ama de llaves iba y venía para que le diese órdenes; la señorita Mead le llevaba a las niñas para que le recitaran sus poemas y sus tablas, el mayordomo le traía documentos, la cocinera entraba y salía, el jardinero, tras limpiarse las botas, le llevaba tiestos con bulbos, ramilletes de flores, trazados para nuevas plantaciones. A esta gente solía hacerla pasar o acompañarla a la salida Matty Crompton, y fue Matty la que fue a buscar a William al establo para lo que resultaron ser sus instrucciones.

Se quedó en las sombras de la entrada, una figura alta, delgada y oscura, con un mohoso vestido negro provisto de un cuello y unos puños blancos muy prácticos. Tenía la cara fina y no sonreía, el pelo oscuro bajo una sencilla cofia, y la piel también morena. Hablaba tranquila, claramente, pero casi sin expresividad. A lady Alabaster le gustaría que tomara una taza de té con ella cuando acabase su trabajo. Había emprendido una tarea muy grata, al parecer. ¿Qué era lo que tenía en la mano? Su aspecto resultaba bastante alarmante.

—Se ha soltado del ejemplar al que pertenecía, creo. Algunas partes de varios ejemplares se han soltado. Tengo una caja especial para las más desconcertantes. Esta mano y este brazo pertenecen evidentemente a algún cuadrumano bastante grande. Por lo que veo usted se podría suponer que son los de un infante humano. Le puedo asegurar que no. Los huesos son mucho más livianos. Debe de parecerle que estoy haciendo prácticas de brujería.

—Oh, no —dijo Matty Crompton—. No quería dar a entender semejante cosa.

Lady Alabaster le ofreció té y bizcochos, y bollos calientes con crema y mermelada, y dijo que esperaba que se encontrase cómodo y que Harald no lo estuviese sobrecargando de trabajo. No, dijo William, tenía mucho tiempo libre. Abrió la boca para decir que se había acordado que le quedase algún tiempo de sobra para escribir su libro, cuando Matty Crompton dijo:

—Lady Alabaster expresaba su esperanza de que usted pudiese sacar un poco de tiempo para ayudarnos a la señorita Mead y a mí misma en la educación científica de los miembros más jóvenes de la familia. Cree que se beneficiarían de la presencia entre nosotros de un naturalista tan distinguido.

—Naturalmente, me encantaría hacer lo que pueda...

—Matty tiene *tan* buenas ideas, señor Adamson. Es tan ingeniosa. Cuéntale, Matty.

—No hay mucho que contar, la verdad. El caso es que ya hacemos excursiones para coleccionar cosas: pescamos en los estanques y en los arroyos, cogemos flores y bayas, pero sin orden ni concierto. Si usted nos acompañara una o dos veces, y nos sugiriese una especie de propósito para nuestras indagaciones carentes de él; si nos

enseñara lo que hay que descubrir... Y luego está la clase. Hace mucho tiempo que tengo la pretensión de construir una colmena con un lado de cristal, como hizo Huber, y también una especie de comunidad de hormigas que sea viable, para que las pequeñas puedan observar las labores de los insectos sociales con sus propios ojos. ¿Podría usted hacerlo? ¿Lo haría? Usted sabría por dónde tendríamos que empezar. Nos diría lo que hay que buscar.

Respondió que le encantaría servirles de ayuda. No tenía ni idea de cómo tratar a las niñas, se dijo a sí mismo, y hasta creía que tampoco le gustaban mucho. Le desagradaba oír sus chillidos cuando salían corriendo por la hierba, o por la explanada.

—Muchísimas gracias —dijo lady Alabaster—. Pues sí que vamos a aprovecharnos de su presencia entre nosotros...

—A Eugenia le gusta venir con nosotros en nuestras excursiones a la naturaleza —dijo la reservada Matty Crompton—. Se trae sus cuadernos de dibujo mientras las pequeñas se van de pesca, o recolectan flores para prensarlas.

—Eugenia es una buena chica —dijo lady Alabaster distraídamente—. Todas son buenas chicas, no nos dan ningún problema. Mis hijas son toda una bendición.

Hizo excursiones a la naturaleza. Se sentía obligado a ello, consciente de su situación de dependencia ante los planes de la señorita Mead y de Matty Crompton, pero al mismo tiempo disfrutaba con esos paseos. Las tres chicas mayores iban a veces y otras no. En ocasiones no sabía si Eugenia formaría parte del grupo hasta el mismo momento de la partida, cuando se juntaban en el paseo de grava delante de la casa, armados de redes, de tarros de mermelada con asas de alambre, de cajas de metal, y de tijeras adecuadas. Había días en que su trabajo matinal se le hacía casi imposible a causa de la tensión de su diafragma por si la vería o no, de la imaginación que él mismo espoleaba para hacerse una idea de qué aspecto tendría cuando cruzase el césped hacía la verja del muro, cuando atravesase la explanada y el huerto bajo los árboles frutales en flor, camino de los campos que descendían en cuesta hacia el pequeño arroyo, donde trataban de pescar pececillos y espinosos, larvas de tricópteros y caracoles de agua. Le gustaban bastante las niñas; eran criaturitas dóciles y pálidas, que siempre iban muy bien abrochadas y sólo hablaban cuando se les hablaba. Elaine en concreto tenía buen ojo para los tesoros escondidos en el envés de las hojas, o en las interesantes perforaciones de las riberas fangosas. Cuando Eugenia no formaba parte del grupo, se volvía a sentir el mismo de antes, al escudriñar todo con una atención minuciosa que en las selvas había sido tanto la atención de un cazador primitivo, como la de un moderno naturalista; tanto la de un pequeño animal amedrentado por los ruidos y los movimientos amenazadores, como la de un explorador científico. Aquí no asociaba el picor de su piel al miedo, sino a la nube invisible de fuerzas eléctricas que espejeaban en el aura de Eugenia mientras se

paseaba tranquilamente por los prados. Tal vez fuera miedo. No deseaba sentirlo. Se limitó a quedarse en suspenso hasta que lo sintió otra vez.

Un día, cuando estaban todos ocupados a la orilla del arroyo, incluidas Eugenia y Enid, le hicieron hablar de sus sentimientos acerca de todo esto. Había caído un fuerte chaparrón primaveral, y varios matojos de hierba y de ramitas flotaban a la deriva en la superficie habitualmente plácida del riachuelo, entre las ramas colgantes de los sauces llorones y los grupos de álamos blancos. Había dos patos blancos y una focha nadando afanosamente; el sol se cernía sobre el agua, los botones de oro hacían honor a su nombre, bailoteaban los primeros mosquitos. Matty Crompton, una cazadora paciente, había capturado dos espinosos y rastrea el agua con su red, atenta a la sombras bajo la orilla. Eugenia estaba cerca de William. Aspiró profundamente y suspiró.

—Qué bonito es todo esto —dijo—. Qué *afortunada* me siento siempre por vivir precisamente aquí entre todos los lugares de la tierra; por ver brotar las mismas flores cada primavera en los prados, y ver correr siempre el mismo río. Supongo que debe de ser una existencia muy *limitada* para usted, con su experiencia del mundo. Pero mis raíces son tan profundas...

—Cuando estaba en el Amazonas —respondió sencilla y sinceramente—, estaba obsesionado con la imagen de un prado inglés en primavera; tal como está hoy, con sus flores, su hierba fresca, las primeras flores, la brisilla que corre por todas partes, y el olor a tierra mojada después de que haya llovido. Me parecía que un escenario semejante era *realmente* el paraíso, que no había en la tierra nada más bonito que una loma inglesa en flor, que un seto inglés variado con rosas y espino, madreselva y nueza. Antes de ir, había leído relatos muy coloristas de la brillantez de la selva tropical, de las flores y los frutos y sus llamativos animales, pero allí no hay nada tan repleto de color como esto. Todo se reduce a una monótona sucesión de verdes, y a tal masa de vegetación lujuriente, trepadora, asfixiante, que a menudo no se puede ver el cielo. Es verdad que el clima es como el de la edad de oro; todo florece y da fruto constantemente con el calor tropical; siempre es primavera, verano y otoño a la vez, y no hay invierno. Pero la misma vegetación tiene algo de perjudicial. Hay una especie de árbol llamado el Sipó Matador^[6] (que se traduce como Sipó asesino) que crece alto y delgado como una enredadera y se agarra a otro árbol para abrirse camino hasta una altura de treinta o cuarenta pies a cielo abierto, mientras se alimenta de la mismísima sustancia de su anfitrión hasta que éste muere, y el Sipó se derrumba a la fuerza con él. Se oyen los extraños quejidos de los árboles que se vienen abajo en pleno silencio, como estallidos de cañonazos, un ruido terrible y aterrador que no pude explicarme durante meses. Allí todo es desmesurado, señorita Alabaster. Hay una clase de violeta (mire, aquí hay algunas) que crece hasta convertirse en un árbol enorme. Y sin embargo *así* es en muchos aspectos el mundo inocente, original, la selva virgen, el pueblo salvaje del interior que ignora los medios modernos, los males modernos, en la misma medida que nuestros primeros padres. Hay afinidades

curiosas. Allí ninguna mujer se atreve a tocar una serpiente. Corren a pedirte que se la mates. Les he matado muchas serpientes a mujeres asustadas. Han recorrido distancias considerables para pedírmelo. La conexión entre la mujer y la serpiente se ha establecido hasta allí, como si fuese de hecho parte de un modelo universal de símbolos, incluso donde nunca se ha oído hablar del Génesis. Hablo demasiado, me temo que la estoy aburriendo.

—Qué va. Estoy absolutamente fascinada. Me alegra oír que nuestro mundo en primavera le recuerda en cierto sentido a su ideal. Quiero que sea feliz aquí, señor Adamson. Y estoy intrigadísima con lo que tenga que decir sobre las mujeres y las serpientes. ¿No vivió usted en compañía de nadie civilizado, señor Adamson? ¿Sólo entre salvajes desnudos?

—No del todo. Tuve varios amigos, de todas las razas y colores, durante mi estancia en varias comunidades. Pero a veces sí, a veces era el único huésped blanco de las aldeas tribales.

—¿No tenía miedo?

—Muy a menudo. En dos ocasiones, por casualidad les oí tramar planes para matarme a hombres que no sabían que conocía su lengua. Pero también recibí un trato muy amable y amigable de personas mucho menos simples de lo que se podría suponer al verlas.

—¿De verdad van desnudos y pintados?

—Algunos sí. Otros van a medio vestir. Otros vestidos del todo. Son muy dados a pintarse la piel con tintes vegetales.

Era consciente de los límpidos ojos azules posados en él, y percibía que, tras su delicado ceño, ella pensaba en sus relaciones con aquella gente desnuda. Y entonces sintió que sus pensamientos la manchaban, que estaba demasiado enlodado y demasiado sucio como para pensar en ella; por no hablar de rozar sus secretos pensamientos con su propio yo secreto.

—Hasta esas hierbas flotantes —dijo— me recuerdan las grandes islas flotantes de árboles y enredaderas y arbustos desarraigados que van abriéndose paso por el gran río. Solía compararlos con *El paraíso perdido*. Leía a Milton en mis momentos de descanso. Pensaba en el pasaje en el que Paraíso se suelta, después del Diluvio.

Matty Crompton, sin levantar los ojos de la superficie del arroyo, aportó la cita.

y entonces este monte del Paraíso
será desalojado por la potestad de las olas
de su sitio, embestido por la gran riada,
con todo su verdor estragado y sus árboles a la deriva,
río abajo hasta el golfo abierto,
y allí echará raíces una isla salobre y pelada,
guarida de focas y de oreas, estruendo de gaviotas.

—¡Qué lista eres, Matty! —dijo Eugenia. Matty Crompton no respondió, sino que zambulló y retorció de repente su red de pescar, y sacó un pez furioso que no dejaba de sacudirse: un espinoso; grande, al menos para tratarse de un espinoso, con el pecho rosa y el dorso verde oliva. Le dio un golpecito para que cayera de la red al frasco con las otras capturas, y las niñas se arremolinaron para mirar.

El animal dio una boqueada y se quedó flotando, inerte. Luego se vio cómo recobraba sus fuerzas. Se puso más rosa; tenía el pecho de un color realmente asombroso, una capa superior, o inferior, de un rosa chillón, más el verde oliva que impregnaba el resto. Desplegó su aleta dorsal, que se transformó en una especie de cresta espinosa propia de un dragón, y entonces se convirtió en un látigo casi invisible que no cesaba de revolverse para atacar a los otros peces, que no tenían donde esconderse en su prisión cilíndrica. El agua burbujeaba. Eugenia se echó a reír, y Elaine a llorar. William acudió al rescate y, vertiendo a los peces en otros frascos tras tener que atrapar a alguno en la hierba, se las arregló para aislar al agresor del vientre rosa en un frasco para él solo. Los demás peces abrían y cerraban sin parar sus bocas trémulas. Elaine se agachó sobre ellos.

—Es muy interesante —dijo William— que sólo sea este macho tan *agresivo* el que tiene el barniz rosa. Dos de los otros son machos, pero no están rojos de rabia, o de alegría, como él. El señor Wallace afirma que las hembras son descoloridas porque defienden sus nidos en general, pero el padre construye y guarda su propio nido hasta que los alevines se van nadando. Y aun así sigue rojo de cólera, tal vez a modo de aviso, hasta mucho después de que la necesidad de atraer a una hembra a su bello hogar haya desaparecido completamente.

—Probablemente, hemos dejado huérfanos a sus huevos —dijo Matty.

—Devuélvalo al río —dijo Elaine.

—No, no, llévelo a casa, vamos a quedárnoslo un rato, y a devolverlo cuando lo hayamos estudiado —dijo la señorita Mead—. Construirá otro nido. A cada momento, los demás peces se comen miles de huevas. Así es la Naturaleza, Elaine.

—*Nosotros* no somos la Naturaleza —dijo Elaine.

—¿Y entonces qué somos? —preguntó Matty Crompton. No ha estudiado mucha teología, se dijo William, sin hablar en alto. La Naturaleza era risueña y cruel, eso estaba claro. Le ofreció sus manos a Eugenia, para ayudarla a levantarse de la orilla del río, y ella se agarró con las suyas, aferrando las de él con sus guantes de algodón de por medio (siempre con guantes de por medio), templadas por su calor, impregnadas por lo que fuera que exudaba aquella piel.

Era difícil saber qué hacía Harald Alabaster todo el día. No salía, como hacían sus hijos, si bien de vez en cuando se le podía ver dando un solitario paseo crepuscular entre los macizos de flores, las manos juntas en el hueco de la espalda, la cabeza gacha. Parecía que no se ocupaba de lo que había coleccionado tan asidua, aunque

indiscriminadamente. Eso se lo dejaba a William. Cuando William iba al estudio hexagonal para informarle de sus progresos, le ofrecía una copa de oporto o de jerez, y le escuchaba atentamente. A veces hablaban, o hablaba William, del proyecto de William sobre los insectos sociales. Luego, un día, Harald dijo:

—No sé si le he contado que estoy escribiendo un libro.

—No, no lo ha hecho. Me muero de curiosidad por saber qué tipo de libro.

—El tipo de libro imposible que ahora trata de escribir todo el mundo. Un libro, respetable en cierta forma desde el punto de vista intelectual, que demostrará que no es imposible que el mundo sea la obra de un Creador, de un Diseñador.

Se detuvo y dirigió a William, bajo sus cejas blancas, una mirada astuta, calculadora.

William intentó sopesar en silencio la negación: «*No es imposible.*»

—Soy tan consciente como usted —dijo Harald— de que todos los argumentos de peso están de la otra parte. Si ahora fuera un hombre joven, un hombre joven como usted, me sentiría forzado al materialismo ateo por la pura belleza y la complejidad de los argumentos del señor Darwin, y no sólo del señor Darwin. *Antes* estaba muy bien que Paley afirmara que un hombre que se encontrase un reloj, o incluso dos ruedas engranadas de un reloj tiradas en un simple brezal, habría supuesto la existencia de un Hacedor de ese instrumento. Entonces no había otra explicación para la complejidad de la mano prensil, o la tela de araña, o la visión del ojo, más que un Diseñador que lo hiciera todo con un propósito concreto. Pero ahora tenemos una explicación poderosa, casi enteramente satisfactoria, en la acción *gradual* de la Selección Natural, de una lenta transformación, a lo largo de un número inimaginable de milenios. Y cualquier argumento que pretenda descubrir realmente un Creador inteligente en Sus obras debe tener en cuenta la belleza y la fuerza de esas explicaciones, no debe mofarse de ellas, ni tratar de refutarlas en aras de defenderlo a Él, a Quien no se puede defender con razonamientos *parciales* y poco convincentes...

—En eso tiene toda la razón, señor. Creo que ésa sería la única forma de proceder.

—No conozco sus opiniones en lo que respecta a estas cuestiones, señor Adamson. No sé si tiene alguna creencia religiosa.

—Ni yo mismo lo sé, señor. Creo que no. En realidad me parece que mis estudios, mis observaciones, me han llevado a creer que todos nosotros somos un producto de las leyes inexorables del comportamiento de la materia, de las transformaciones y las evoluciones, y nada más. Si esto es lo que *de verdad* creo en el fondo de mi corazón, no lo sé. No me parece que una creencia tal surja espontáneamente en el género humano. Estoy de acuerdo en que el sentido religioso, de un modo u otro, forma parte de la historia de la evolución de la humanidad en la misma medida que la habilidad de guisar la comida, o el tabú del incesto. Y en ese sentido, lo que me lleva a creer mi razón se ve constantemente modificado por mis instintos.

—Esa sensación de que la idea de un Creador es tan natural en el hombre como sus instintos jugará un importante papel en lo que espero escribir. Tengo una gran

confusión en lo que respecta a las relaciones entre el instinto y la inteligencia en todas las criaturas. ¿*Diseña* el castor la presa? ¿Entiende la abeja, o *piensa* de alguna forma, la intrincada geometría hexagonal de sus celdas, que siempre se adaptan al espacio de que disponen, cualquiera que sea su forma? Es la libertad de nuestra propia inteligencia, señor Adamson, la que hace que nos resulte imposible concebir este universo infinitamente maravilloso (incluida nuestra propia inteligencia que mira hacia el pasado y hacia el futuro, reflexiona, inventa, contempla, razona) sin una Inteligencia Divina, fuente de todas las inferiores. *No podemos concebirlo*, y esta incapacidad sólo puede tener dos razones. Una, porque *sea así*; la Primera Causa Divina es inteligente, y ES. Dos, la contraria, que últimamente ha sido cada vez mejor expuesta: que somos seres limitados, como cualquier artrópodo o cualquier quiste estomacal. Fabricamos a Dios a nuestra imagen, porque no podemos hacer otra cosa. No puedo creer eso, señor Adamson, no puedo. Abre el camino a un oscuro foso de horrores.

—Mi propia falta de fe —dijo William indeciso— procede en parte del hecho de que crecí entre cristianos de una clase muy diferente a la suya. Recuerdo un sermón en concreto, sobre el tema del castigo eterno, en el que el pastor nos mandó imaginarnos que toda la tierra era solamente una masa de arena fina, y que al final de cada mil años, un grano de esta arena salía volando hacia el espacio. Entonces nos dijo que nos imagináramos el lento avance de los siglos, grano a grano, y el *enorme* espacio de tiempo antes de que pareciera siquiera que la tierra había disminuido un poco de tamaño, y luego miles de millones de millones de eternidades, hasta que el globo fuera más pequeño, y así una y otra vez hasta que el último grano saliese flotando, y luego nos dijo que todo este tiempo inimaginable no era más que *un grano* del tiempo infinito del castigo eterno, y vuelta a empezar. Y se nos dio una descripción horriblemente vívida, sumamente imaginativa, del tormento eterno: el siseo de la carne ardiente, el desgarramiento de los nervios, la perforación de los globos oculares, la desolación del espíritu, la incesante viveza de la respuesta del cuerpo y del alma al puro dolor, que nunca se embotaba ni desfallecía a lo largo de todos esos milenios de ingeniosa crueldad...

»A pesar de que creo que *ése* es un Dios hecho a imagen de los peores hombres, ante cuyos excesos todos nos echamos a temblar —en un tono más bajo—, creo que de cuando en cuando he observado que también la crueldad es instintiva, por lo menos en algunas de nuestras especies. He visto funcionar la esclavitud, sir Harald, he visto una muestra de lo que hombres corrientes pueden hacerles a los hombres cuando la costumbre se lo permite...

»Me sentía limpio cuando rechazaba a ese Dios, señor, me sentía libre, y a plena luz, como podría sentirse otro hombre al sufrir una conversión cegadora. Sé de una señora a la que esos temores la llevaron al suicidio. Debería añadir que mi padre me ha desheredado completamente y, por consiguiente, ha renegado de mí. Ésa es una razón más de mi pobreza actual.

—Espero que sea feliz aquí.

—Lo soy. Han sido muy amables.

—Me gustaría proponerle que también me ayude con el libro. No, no, no me malinterprete; no a escribirlo. Sino discutiendo cosas de vez en cuando. Me hace falta conversar, incluso que me contradigan, para clarificar y poner a prueba mis ideas.

—Será un honor, mientras esté aquí.

—Se morirá de ganas de marcharse otra vez, lo sé, de retomar sus viajes. Espero servirle de ayuda material respecto a ese propósito a su debido tiempo. Nuestro deber es buscar los caminos y los lugares secretos de la Naturaleza, o respaldar y animar a quienes son capaces de hacerlo.

—Gracias.

—Ahora bien, Darwin, en su pasaje sobre el *ojo*, ¿parece o no admitir la posibilidad de un Creador? Compara el perfeccionamiento del ojo con el perfeccionamiento de un telescopio, y habla de los cambios sufridos durante milenios por una gruesa capa de tejido transparente, con un nervio sensible a la luz bajo él, y continúa hasta subrayar que, *si* comparamos las fuerzas que forman el ojo humano con el intelecto humano «*debemos suponer que siempre hay una energía observando atentamente la mínima alteración fortuita de las capas transparentes*». El señor Darwin nos lleva a suponer que esta energía atentamente observadora es inconcebible, que la fuerza empleada es la necesidad ciega, la ley de la *materia*. Pero yo digo que en la propia materia está contenido un gran *misterio*. ¿Cómo llegó siquiera a existir? ¿Cómo se produce su organización? ¿Al final no acabamos teniendo que enfrentarnos cara a cara, al considerar estas cosas, con el Anciano de Días, con El que preguntó a Job: «¿Dónde estabas tú cuando puse los cimientos de la tierra? Dilo si lo sabes. Cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría»? El propio Darwin escribe que sus capas transparentes forman «un instrumento óptico viviente superior a uno de cristal, en la misma medida que las obras del Creador lo son a las del hombre».

—Eso dice. Y a nosotros nos es más fácil imaginar la atención paciente de un observador infinito que comprender el puro azar. Nos es más fácil imaginarnos cambios y fluctuaciones en una gelatina transparente utilizando la imagen de los granos flotantes que se desprenden del mundo de arena en el sermón; uno *casi* puede llegar a imaginarse el puro azar de ese modo, grano a grano, infinitesimal pero acumulativo...

Matty Crompton le recordó a William la promesa que le había arrancado de construir una colmena de cristal y un hormiguero. La colmena de cristal se construyó bajo la dirección de William, con el ancho de un panal de miel, un agujero de entrada para las abejas recortado en la ventana del cuarto de las niñas, y cortinas de tela negra colocadas sobre los lados. Las abejas se las proporcionó un aparcero, y fueron

introducidas, mientras zumbaban a oscuras, en su nueva casa. Por lo que respecta a las hormigas, se trajo un enorme depósito de cristal de la ciudad más cercana, que fue colocado en su propia mesa sobre un tapete verde. Matty Crompton dijo que ella misma acompañaría a William en su búsqueda de hormigas. Había visto procesiones de diversas clases de hormigas en el bosquecillo de olmos el verano anterior. Salieron juntos con dos cubos, varios frascos, cajas y probetas, un desplantador estrecho y varios pares de pinzas. Ella tenía el paso rápido, y no era dada a la conversación. Condujo a William directamente a lo que él inmediatamente reconoció como un gran nido de hormigas de los bosques, la obra de una generación tras otra, apoyada contra un tocón de olmo, y techada con una alta cúpula de ramitas, tallos y hojas secas. Se podían ver desordenadas filas de hormigas entrando y saliendo.

—He intentado criar estos insectos yo misma —dijo Matty Crompton—, pero parece que tengo un toque mortal. Daba igual lo bonita que fuese la casa que construyera, o la cantidad de flores y frutas que les diese; los animalitos se hacían una pelotita y se morían.

—Seguramente no había capturado a una reina. Las hormigas son animales sociales: parece que sólo viven en beneficio del nido entero, y el centro del nido es la hormiga reina, cuya puesta y alimentación todas las demás atienden sin cesar. La matan o la arrastran hasta fuera, es cierto, si deja de reproducirse; o la abandonan, y se muere de hambre rápidamente porque es incapaz de apañárselas por su cuenta. Pero viven para colmarla de atenciones cuando está en la flor de su vida, a ella y a su prole. Si vamos a reproducir una comunidad real, tenemos que apresar una. Las obreras pierden las ganas de vivir sin la cercanía de una reina; se quedan inmóviles y lánguidas, como señoritas en decadencia, y luego exhalan el último suspiro.

—¿Y cómo vamos a encontrar una reina? ¿Tenemos que romper el hormiguero? Vamos a producir un destrozo enorme.

—Miraré por los alrededores y trataré de encontrar un nido construido hace poco, una comunidad reciente que se pueda trasladar más o menos entera.

Se paseó de un lado a otro, dándoles la vuelta a las hojas con un palito, y siguiendo pequeños convoyes de hormigas hasta sus hendeduras y grietas en las raíces y en la tierra. Matty Crompton permanecía vigilante a su lado. Llevaba un vestido de paño marrón, austero y poco favorecedor, y el pelo moreno recogido en una trenza alrededor de la cabeza. Se le daba bien quedarse inmóvil. William sintió una oleada de placer al recuperar su faceta de cazador y explorador, que no había ejercitado entre las paredes de la mansión. Bajo su mirada, el suelo entero del bosque se llenó de vida, de movimiento: un ciempiés, varios escarabajos, una lustrosa lombriz sanguinolenta, cagarrutas de conejo, un plumón diminuto, una hierba untada con los huevos de alguna polilla o mariposa, violetas florecientes, orificios cónicos de entrada con un polvo fino en su interior, una ramita que se cimbreaba, un guijarro que cambiaba de posición. Sacó sus lentes de aumento y se quedó mirando un sendero de musgo, guijarros y arena, y vio un tumulto de energías anteriormente invisibles

afanándose una y otra vez: corredores con miríadas de patas, invisibles artrópodos semitransparentes, arañitas como botones. Sus sentidos y su mente se apegaron a ellos, eran como un campo magnético, que tiraba de aquí y de allá. Aquí había un nido de hormigas negras, *Acanthomyops fuliginosus*, que vivían en pequeños hogares dentro de los campamentos interconectados de las hormigas de los bosques. Ahí, en el lindero del bosquecillo, una fila de hormigas esclavistas, *Formica sanguinea*. Siempre había querido estudiarlas en acción. Se lo dijo a Matty Crompton, a la vez que le señalaba las diferencias existentes entre las hormigas de los bosques, *Formica rufa*, con sus cabezas de color lodo y sus gastros (o partes traseras) pardos y las sanguíneas de color rojo sangre.

—Invaden los nidos de las hormigas de los bosques y les roban las pupas para criarlas con las suyas, de modo que se conviertan en obreras sanguíneas. Se libran batallas terribles entre las invasoras y las defensoras.

—En eso, como en otras muchas cosas, se parecen a las sociedades humanas.

—Parece que los comerciantes británicos de esclavos dependen menos de sus esclavos que la *Formica rufescens* suiza que estudió Huber, que subraya que las obreras de estas especies no se dedican a otra cosa más que a capturar esclavas, y sin cuya labor su tribu se extinguiría sin la menor duda, ya que la cría de las larvas y la recolección de comida la realizan las esclavas. El señor Darwin señala que, cuando estas hormigas sanguíneas británicas emigran, *se llevan* a sus esclavas a su nuevo hogar; pero las amas suizas, que son más feroces, son tan dependientes que necesitan que la esclavas las transporten entre sus mandíbulas, porque por sí mismas son incapaces.

—Puede que todas estén encantadas con su cometido —observó Matty Crompton. Su tono era neutro, tan extraordinariamente neutro que habría sido imposible descubrir si hablaba con un matiz irónico o con cierta suficiencia convencional, incluso en caso de que William le hubiera estado dedicando toda su atención, cosa que no estaba haciendo. Había encontrado un exiguo techo de paja que se disponía a excavar. Cogió el desplantador que ella tenía en las manos y retiró varias capas de tierra, que hervían de furiosas hormigas guerreras y estaban salpicadas de larvas y ninfas. Una especie de ataque de indignación acompañó sus siguientes movimientos, a medida que iba llegando al corazón del nido. La señorita Crompton, según las instrucciones que él le iba dando, recogía obreras, larvas y ninfas en grandes terrones, entremezclados con ramitas y hojas.

—Muerden —observó lacónicamente, a la vez que se sacudía a sus diminutas atacantes de las muñecas.

—Sí. Hacen un agujero con sus mandíbulas e inyectan ácido fórmico con sus gastros, que curvan hacia dentro con mucha elegancia. ¿Quiere darse por vencida?

—No. Puedo competir con unas cuantas hormigas furiosas con razón.

—No podría decir lo mismo de las *Solenopsis* o las tucunderas de la selva, que me hicieron sufrir semanas de tormentos cuando hurgué imprudentemente en su

hormiguero. En Brasil dicen que la *Solenopsis* es el Rey, y tienen razón. No se las puede confinar, ni desviar, ni evitar; los hombres abandonan sus casas para escapar de sus estragos.

Matty Crompton, sigilosa, cogía hormigas sueltas de sus puños y las desperdigaba por las cajas de coleccionista. William siguió un túnel y se encontró con la cámara de cría de la hormiga reina.

—Aquí está. En la Gloria.

Matty Crompton echó un ojo.

—Nadie diría que es de la misma especie que sus pequeños y ajetreados sirvientes...

—No. Aunque es menos desproporcionadamente gruesa que las reinas de las termitas, que son como enormes tubos hinchados, del tamaño de almiarés comparadas con los diminutos y dóciles machos, que se encuentran a su servicio en la misma cámara, y con las obreras, que trepan por encima de ella para limpiar y reparar y llevarse la infinita serie de huevos, así como cualquier desecho.

La reina de las hormigas de los bosques sólo era la mitad más grande que sus hijas, obreras y sirvientes. Estaba hinchada y lustrosa, a diferencia de las obreras mates, y parecía que tenía rayas rojas y blancas. Las rayas eran de hecho el resultado de la hinchazón de su cuerpo provocada por los huevos que albergaba en su interior, que desarticulaban su coraza castaña, y dejaban a la vista una piel más frágil, más elástica y blancuzca en los intersticios. La cabeza parecía relativamente pequeña. William la levantó con sus pinzas; varias obreras se vinieron con ella, agarradas a sus patas. La colocó sobre algodón en rama en una caja de coleccionista y guió a la señorita Crompton en su recolección de varios tamaños de hormigas obreras, de larvas y de ninfas, procedentes de distintas partes del nido.

—Deberíamos llevarnos también una muestra de la tierra y del manto vegetal con los que han construido el nido, y fijarnos en lo que parece que comen; y así las niñas, si tienen paciencia, podrán hacer experimentos muy útiles en lo que se refiere a sus preferencias alimentarias cuando se encuentren en su nuevo hogar.

—¿No tendríamos que buscar también hormigas macho?

—No habrá ninguna en esta época del año. Sólo hacen acto de presencia en el nido en junio, julio y tal vez en agosto. Nacen a veces (o eso se piensa) de huevos puestos por obreras sin fecundar: una especie de partenogénesis. No sobreviven al apareamiento con las reinas en los meses de verano. Son fáciles de reconocer; tienen alas y ojos enormemente desarrollados, y no *parece* que puedan defenderse por sí solas en absoluto, o construir o forrajear. Parece que la selección natural ha favorecido en ellas el desarrollo de esas habilidades que garantizan el éxito en la danza nupcial, a expensas de las demás.

—No puedo menos de fijarme en que eso parece todo lo *contrario* de lo que sucede en las sociedades humanas, donde es el éxito de la mujer en esa clase de habilidades lo que determina su vida...

—Yo también le he dado vueltas a eso. Se da una grata paradoja en los vistosos vestidos de baile, en la *evanescencia* de las jovencitas en este mundo nuestro, en contraposición a la oscura rigidez de los jóvenes. En las sociedades salvajes, como entre las aves y las mariposas, son los machos los que hacen alarde de belleza. Pero no creo que la posición de la hormiga reina sea mucho más privilegiada que la del enjambre de pretendientes inútiles y rechazados. Me pregunto si estas diminutas criaturas que corren por todas partes, que se transportan y se alimentan amorosamente las unas a las otras y muerden a los enemigos, serán seres individuales, o serán como las células de nuestro cuerpo, partes de un todo, dirigidas todas por la misma mente, el Espíritu del Nido, que las utiliza a todas: reina, sirvientes, esclavas, compañeros de baile, en beneficio de la propia raza, de la propia especie...

—¿Y también hace extensiva *esa* pregunta, señor Adamson, a las sociedades humanas?

—Tentado estoy. Provengo del norte de Inglaterra, donde a los científicos propietarios de las fábricas y de las minas les gustaría hacer de los hombres partes de una máquina gigante que se deslizaran suavemente. A la *Filosofía de los fabricantes* del doctor Andrew Ure le gustaría que se pudiese adiestrar a los obreros para que cooperasen los unos con los otros, «para que renunciasen a sus irregulares hábitos de trabajo, y se identificaran con la regularidad invariable del autómata complejo». Los experimentos de Robert Owen son el lado vistoso de esa manera de pensar.

—Interesante, pero no es lo mismo —dijo Matty Crompton—. El deseo de los propietarios de las fábricas no es el Espíritu del Nido.

William frunció el ceño mientras meditaba esta cuestión.

—Podría serlo —dijo—. Si diéramos por supuesto que los propietarios de las fábricas, con su producción en serie, obedecen de hecho de la misma forma al deseo del Espíritu de la Colmena.

—¡Ah! —dijo Matty Crompton con una especie de regocijo—. Ya sé por dónde va. Por un calvinismo moderno con entrada por la puerta de atrás, la puerta del nido^[7].

—Piensa usted mucho, señorita Crompton.

—Para ser mujer. Estaba a punto de añadir, «para ser mujer», y luego se contuvo, lo que no deja de ser una cortesía. Es como más me divierto, pensando. Pienso de la misma manera que las abejas toman el sol o las hormigas atacan a los áfidos. ¿No cree que deberíamos surtir de áfidos cualquier paraíso artificial de hormigas que se precie, señor Adamson?

—Pues claro que sí. Deberíamos rodearlo de las plantas favoritas de los áfidos si es posible. Si se puede tolerar su presencia en el cuarto de estudio.

Las niñas se amontonaron para observar a las hormigas con una mezcla de gritos de fascinación y repulsión. Las hormigas se pusieron a excavar y a organizar su

nuevo hogar con una aplicación ejemplar. La señorita Mead, una persona de edad con la cara fofa y horquillas que sobresalían de su pelo ralo, les soltó unos discursitos a las niñas sobre la bondad de las hormigas, que trabajaban en beneficio de las demás, y a las que se podía ver obsequiando a las hermanas que pasaban junto a ellas con traguitos de néctar de sus reservas; que se acariciaban las unas a las otras y criaban a sus hermanas nonatas dentro de los huevos, o en el estado larval, con amorosa solicitud, trasladándolas de un dormitorio a otro, limpiándolas y alimentándolas con abnegada dedicación. Margaret le dio un codazo en el costado a Edith y dijo:

—¿Ves? Eres un gusanito, un cochino *gusanito*.

—Las tres sois más cochinas de lo que deberíais —dijo Matty Crompton—. Lo habéis puesto todo perdido de tierra, no sólo vuestros delanteles.

La señorita Mead, que evidentemente estaba acostumbrada a hacer caso omiso de los pequeños disgustos, se embarcó con voz soñadora en la historia de Cupido y Psique.

—A las hormigas, mis queridas niñas, se las ha considerado útiles al Hombre desde la más remota antigüedad. La historia de la desgraciada princesa Psique lo demuestra. Era tan bella, y todos los que la veían la amaban tanto, que la diosa de la belleza, Venus, tuvo celos de ella, y le dijo a su hijo, Cupido, que castigara a la bella muchacha. A su padre, el rey, le contaron que había ofendido a los dioses, y que, en castigo, su encantadora hija tendría que casarse con una terrible serpiente voladora. Debía vestirla como a una novia y llevarla hasta la cumbre de un horrible peñasco a esperar a su monstruoso prometido.

—Aparecerá alguien y matará al dragón —dijo Edith.

—En este cuento no —dijo Matty Crompton.

La señorita Mead se meció en su silla, con los ojos entrecerrados, y prosiguió.

—Así que allí estaba la pobre muchacha, encima del risco, con todos sus encajes, sus guirnaldas de flores y sus bonitas perlas. Era muy desgraciada, pero al poco rato se dio cuenta de que toda su ropa ondeaba por efecto de una suave brisa, que al final acabó por alzarla y llevarla muy lejos hasta un bonito lugar, con salas de mármol, colgaduras de seda, cuencos de oro, deliciosas frutas comestibles, y *donde no se veía a nadie por ninguna parte*. Estaba completamente sola en medio de aquel lujo exquisito. Pero la servían manos invisibles, y oía tocar a músicos también invisibles, y no necesitaba mover un dedo; sus deseos se cumplían al instante. Cuando por fin se echó de noche a descansar, una voz de una gran dulzura y amabilidad le dijo que él era su nuevo marido, y que trataría de hacerla feliz sólo con que ella se fiase de él. Y ella supo que *podía* fiarse; una voz tan bonita no podía pertenecer a nada dañino. Así

que eran felices juntos, y su marido la avisó de que aquello sólo podría continuar así si obedecía sus instrucciones, que consistían fundamentalmente en que *nunca intentase verlo*.

Así que ella se quedó allí, en la gloria, hasta que pensó que le apetecía ver a su familia y le expresó este deseo a su gentil marido, cosa que lo puso muy triste, porque sabía que aquello no traería nada bueno, pero no podía negarle nada. Conque su familia se vio inmediatamente arrebatada por el viento del oeste hasta donde estaba ella, y no salían de su asombro. Sólo sus hermanas se pusieron un poco celosas, queridas, como suele suceder entre hermanas, y aunque se alegraban de que no hubiese sido devorada, no acababa de gustarles verla tan feliz. Así que le preguntaron cómo sabía que su marido *no* era una serpiente monstruosa (una a la que se había visto, dijeron, nadando en el río), y le sugirieron que cogiese una vela de noche, cuando su amado estuviese dormido, y que mirase a ver quién era. De modo que ella hizo lo que le dijeron, sin ninguna prudencia, y la llama de la vela alumbró, en vez de a una serpiente, al hombre de cabellos dorados más guapo que había visto en su vida. Pero unas cuantas gotas de cera de la vela cayeron sobre su piel y lo despertaron, y él dijo muy triste: «Ahora ya no me volverás a ver», y desplegó sus alas (porque se trataba del alado Cupido, el dios del amor) y se fue volando.

Ahora bien, Psique era una muchacha tan ingeniosa como desgraciada, conque se fue a recorrer el mundo en busca de Amor. Y Venus se enteró de sus vagabundeos, e hizo correr el rumor de que se trataba de una sirvienta suya fugada, y Psique fue capturada y llevada a rastras ante la airada diosa. La diosa le encomendó una serie de tareas imposibles y, como no consiguiera realizarlas, se la desterraría y nunca volvería a ver a su marido ni a sus amigos, sino que pasaría a ser una mera esclava y trabajaría para ganarse el sustento.

Una de estas tareas era la selección de semillas. La diosa arrojó un montón entero, una *auténtica montaña* de semillas mezcladas (trigo, cebada, mijo, lentejas, habichuelas, y semillas de amapola y arveja), y le dijo a la pobre muchacha que tenía que separar las distintas clases por la noche. Y Psique se sentó y se echó a llorar, porque no sabía por dónde empezar. Y entonces oyó cómo una voz muy débil, áspera y susurrante, le preguntaba desde el suelo cuál era el problema. Y la que hablaba era una hormiguita, una criatura diminuta, absolutamente insignificante.

—Tal vez yo pueda ayudarte —le dijo.

—No sé cómo —respondió Psique—, pero te agradezco la intención.

Pero la hormiga no se dejó desanimar, y llamó a sus amigas, a sus parientes, a sus vecinas, a millares y millares de hormigas que surgieron en grandes oleadas...

—Me pica la piel —le dijo Matty Crompton a William— sólo de imaginarme esos benévolos ejércitos.

—Y yo me pongo nervioso con la sola idea de clasificar una montaña de semillas o de cualquier otra cosa. Me recuerda que estoy descuidando mi trabajo.

—Es curioso, ¿verdad?, cómo en los cuentos *seleccionar* algo es casi siempre una de las tareas imposibles del príncipe o la princesa. Hay muchos amantes frustrados a los que les ponen a clasificar semillas. ¿Cree usted que existe alguna buena explicación antropológica?

—Sin duda. Pero no la sé. Siempre he pensado que esos cuentos trataban de la sagacidad y la utilidad de esos animalitos, de las hormigas. Puede que me condicione mi interés por ellas. *No* es fácil convivir con las hormigas tropicales. Lo he intentado; viví una temporada en un cuarto con el suelo de tierra donde había dos montículos de tierra enormes, levantados por las hormigas sauba. Allí fue donde también encontré un *modus vivendi* con varios nidos de grandes avispas caseras marrones. Construyen unos hogares la mar de ingeniosos, como copas invertidas que cuelgan de las vigas. Me congratulaba que supieran que yo era el amo de la casa de la que colgaban las suyas; lo cierto es que nunca me picaron, aunque sí atacaban a los extraños que pasaban por allí. Me daba la sensación de que formábamos una *cooperativa*, aunque eso debían de ser imaginaciones mías; eran muy feroces manteniendo a raya a los moscones y a las cucarachas, a los que mataban con una terrible precisión. Llegué a admirarlas por su belleza, su ingenuidad y su heroica ferocidad. Hice todo un estudio sobre su trabajo, como constructoras y como carniceras.

—Nuestras hormigas de los bosques tienen que parecerle un poco mansas después de todas esas criaturas salvajes.

—Soy muy feliz aquí. Soy útil, y todo el mundo es muy amable conmigo.

—Espero que pueda rematar su *selección* para satisfacción de todos —dijo Matty Crompton. Más tarde él decidió que se había imaginado el tono intencionado de su voz.

Tuvo momentos, a medida que la primavera fue madurando y se convirtió en el principio del verano, en los que empezó a aburrirse de su labor de selección. Trataba de imaginarla, en cierto sentido, como una labor de amor, pero no conseguía ver la recompensa final. ¿Qué recompensa podía ser? Eugenia no era para él. Cada vez se le relegaba más a una especie de mundo intermedio, como compañero de las niñas, y como compañero y asistente del anciano. Los jóvenes entraban y salían constantemente entre un número creciente de amigos, tanto varones como féminas. Había un joven, Robin Swinnerton, a quien se podía ver a menudo ayudando a descabargar a Eugenia de lomos de su yegua negra, Dusk^[8], mientras le ceñía la cintura con las manos y volvía su cara risueña hacia la de ella. La confusión atenazaba a William Adamson cuando los veía, una confusión compuesta del placer vicario experimentado al imaginarse él mismo apretando aquellos músculos jóvenes, de una punzada de envidia ciega, y de una voz razonable y fría que le decía que lo mejor sería que se declarase cuanto antes, porque entonces se sentiría libre. *Ya* podía sentirse libre, dadas las esperanzas que tenía, se respondía a sí mismo, pero no se

hacía caso. Con un dedo, trazaba en sus propios labios el arco perfecto de los de ella, tal como sería si lo acariciara.

Estaba acostumbrado a la soledad; no tenía ni idea de cómo se cotilleaba, o de cómo se atendía a los cotilleos, aunque era consciente, como se es consciente de las nubes de polen que desprenden los árboles grandes en los días templados, de que había especulación en el ambiente. Y un día iba de camino por la galería del claustro hacia el estudio hexagonal, cuando se topó con Robin Swinnerton que venía andando deprisa en dirección contraria. Era un joven de pelo rizado, castaño rojizo, con una agradable sonrisa, que ese día le llegaba de oreja a oreja y consiguió engañar a William Adamson. Casi tiró a William, y se detuvo para disculparse, le dio la mano y se echó a reír.

—Tengo que dar un recado maravilloso, señor, estaba preocupado...

—Ese joven —dijo Harald Alabaster cuando William entró— quiere casarse con mi hija. Le he dado mi consentimiento, y dice que ya sabe lo que ella va a decir; así que tiene usted que darme la enhorabuena.

—Y se la doy de todo corazón.

—El primer polluelo que se va del nido.

William se dio la vuelta para mirar por la ventana.

—Los demás la seguirán pronto, si las cosas siguen su curso.

—Lo sé. Tiene que ser así. Me preocupa Eugenia, he de confesarlo. Me parece que esta noticia no va a aumentar su felicidad precisamente, aunque puede que la subestime.

A William le parecieron horas el tiempo que le llevó encontrarle un sentido a esta confesión.

—¿Entonces no es... no es la señorita Eugenia Alabaster la que se va a casar?

—¿Qué? Ah, no. ¿Es eso lo que he dicho? No, no. Es Rowena. Es Rowena la que se va a casar con el señor Swinnerton.

—Creía que el señor Swinnerton daba señales de haberse encariñado con la señorita Eugenia.

—También mi esposa... era de esa opinión... Pero resulta que es Rowena. Puede que a Eugenia no le guste que Rowena se case primero. Ella también estaba prometida, ya sabe, pero aquel joven murió en un trágico accidente. Y desde entonces, no sé qué es lo que pasa, ha tenido muchos pretendientes; muchísimos, dadas las limitaciones del vecindario... Pero nada... No sé si es que ella desprende frialdad o qué... Es una *buena* chica, William, aguantó muy bien el dolor, no se debilitó ni se dedicó a quejarse, siguió tan dócil como siempre... Pero me temo que, hasta cierto punto, se le fue la vida, y ya no ha vuelto más.

—Es tan bella, señor, tan, tan bella y... y... *perfecta*... que no puede estar mucho tiempo sin encontrar... a alguien que la merezca.

—Eso creo yo, pero su madre está preocupada. Me parece que a su madre no le haría mucha gracia que Rowena se casase primero; no está bien... Pero no veo cómo

íbamos a impedir la felicidad de Rowena, aparte de que no debamos hacerlo. La verdad es que no está nada bien que le hable de mi preocupación por Eugenia cuando va a ser un día tan feliz para Rowena, que es en lo que deberíamos pensar.

—Creo que su preocupación por Eugenia es muy natural, es tan sensato de su parte como siempre. No es cosa mía, pero a mí también... —Estuvo a punto de añadir «me preocupa Eugenia», pero ganó la prudencia.

—Usted es un joven bueno, y su presencia es muy agradable —dijo Harald Alabaster—. Me alegra mucho que esté aquí con nosotros. Tiene buen corazón. Y eso es lo más importante.

William observaba a Eugenia con una nueva intensidad, cuando la veía, a la caza de señales de desdicha. Parecía tan serena como siempre, y habría pensado que su padre estaba equivocado, si un día no hubiera sido testigo de una curiosa escenita en el cuarto de las sillas de montar. Pasaba por allí sin hacer ruido, de camino a su lugar de trabajo, cuando se dio cuenta, al echar un vistazo por la ventana, de que Eugenia estaba dentro, hablando con alguien a quien él no podía ver desde su situación de espía, y por sus ademanes parecía inquieta, incluso llorosa. Parecía que suplicaba algo. Pintonees oyó pasos rápidos y se agachó para que no lo vieran; Edgar Alabaster pasó dando zancadas por delante de él, con la cara encendida por la cólera, camino de la casa. Poco después Eugenia salió al patio y se quedó completamente inmóvil un momento antes de alejarse andando con paso inestable hacia la explanada y la zanja de la cerca. Sabía, porque la amaba, que la cegaban las lágrimas, y adivinó, porque la había estudiado, porque la amaba, que heriría su orgullo pensar que alguien había visto sus lágrimas. Pero la siguió, porque la amaba, y se puso a su lado en la hierba, mientras ella miraba a la zanja por donde discurría la cerca, la barrera que separaba la casa del mundo exterior, invisible desde el patio. Caía la tarde; los álamos arrojaban largas sombras sobre los prados.

—No pude evitar ver que estaba mal. ¿Puedo ayudarla en algo? Haría cualquier cosa por ayudarla, si pudiera.

—No se puede hacer nada —dijo desganadamente, pero sin efectuar ningún movimiento para rechazarlo.

No sabía qué más decir. No podía revelarle que conocía su situación, porque no era ella la que se la había contado. Tampoco podía decirle: «La amo: quiero consolarla porque la amo», aunque su cuerpo palpitaba con el deseo de que ella se volviese hacia él y llorase en su hombro.

—Es usted guapa y buena; merece ser feliz —dijo tontamente—. No puedo soportar verla llorar.

—Es usted muy amable, pero no se me puede ayudar, es imposible. —Miraba, sin verlas, aquellas sombras largas—. Me gustaría estar muerta, si he de ser sincera, me gustaría estar *muerta* —dijo mientras las lágrimas corrían más deprisa—. Debería

estar muerta —añadió violentamente—. Muerta, como Harry.

—Estoy al tanto de su tragedia, señorita Alabaster. Lo siento mucho. Espero que se la pueda consolar.

—No creo que esté usted *realmente* al tanto —dijo Eugenia—. Nadie sabe nada de nada. No se puede.

—Así debe ser. Ha demostrado usted un gran valor. Por favor, no se ponga triste. —Trataba de pensar qué decir—. Hay tanta gente que la quiere, no puede sentirse desgraciada.

—En realidad no me quieren, no me quieren de verdad. Creen que sí, pero no pueden. No pueden. *No se me puede amar*, señor Adamson, no soy *digna de ser amada*, es como una maldición, usted no lo entiende.

—Sé que eso no es verdad —respondió con vehemencia—. No conozco a nadie más digno de ser amado, a nadie. Tiene usted que darse cuenta... Yo no estoy en situación de... Si mi vida fuese diferente, si mi posición en la vida... En resumen, haría lo que fuera por usted, señorita Alabaster, debe saberlo. Creo que las mujeres saben estas cosas.

Ella soltó un ligero suspiro, casi de consuelo, pensó él, y bajando la cabeza dejó de mirar petrificada más allá de la cerca.

—Es usted el que es bueno y amable —dijo con una nueva dulzura—. Y valiente, a pesar de que no lo entienda. Ha sido muy amable con todo el mundo, hasta con las niñas. Somos afortunados al tenerle aquí.

—Y yo me sentiría muy afortunado, y honrado, si usted creyera que podía dejarme ser su amigo (a pesar de las diferencias que hay entre nosotros), si pudiera confiar un poco en mí. No sé de lo que estoy hablando... ¿Por qué iba a fiarse de mí? Deseo tanto ser capaz de hacer algo por usted. Cualquier cosa. No tengo nada en el mundo, como ya sabe. Así que es una locura. Pero, por favor, pídamelo que sea si puedo servirle de la más mínima ayuda, en cualquier momento.

Estaba secándose la cara y los ojos con un pañuelo de encaje. Tenía los ojos ligeramente rojos por los bordes, e hinchados. A él le pareció conmovedor y excitante. Ella soltó una risita.

—Les ha regalado a las niñas un hormiguero y una colmena de cristal. Una vez me prometió una nube de mariposas. Era una bonita idea.

Extendió la manita (siempre enguantada), y él la acarició con los labios; un beso de mariposa que, aun así, azuzó sus sentidos y repercutió en sus venas.

Decidió que ella debería tener sus mariposas.

Cambió su relación con ella el haberla visto tan triste. Un nuevo instinto protector vino a mezclarse con lo que había sido pura veneración, para hacerle fijarse en cosas nuevas: la brusquedad de Edgar para con Eugenia, la forma que tenían sus hermanas de charlar ilusionadas sobre sus planes de boda mientras ella se paseaba a cierta

distancia, no estaba seguro de si segregada o reacia a unirse a las demás. Empezó a reunir orugas de distintas especies y diversos lugares, y reclutó a Matty Crompton y a las niñas sin confesarles para qué quería los animalitos. Les dio instrucciones: había que cogerlos siempre con las plantas que les servían de alimento, con las hojas donde se los encontraran, cualesquiera que fuesen. Pidió prestadas conejeras y jaulas de palomas en las que, a medida que las orugas fueron tejiendo sus capullos, las colocó para criarlas. Resultó que era difícil coordinar una *nube*, pero perseveró, y consiguió criar varias azules pequeñas, una gran colección de blancas, algunas Vanessa atalanta, Nymphalis y fritilarias, junto con una o dos mariposas de los bosques verdosas y una colección de polillas, armiños pardos, ártidos, cosos de los sauces y otras voladoras nocturnas. Sólo cuando creyó que sus crianzas constituían una *nube* decente, dentro de lo que él podía conseguir, le pidió permiso a Harald Alabaster para soltar los animalitos en el invernadero.

—Me encargaré de que no estropeen las plantas, no hay riesgo de una invasión de larvas famélicas. Le prometí a la señorita Alabaster una *nube de mariposas* y creo que ya la tengo.

—Ha tenido mucha perseverancia, por lo que veo. Desde luego son más bonitas volando que con alfileres. Le va a encantar.

—Quería... quería hacerla reír... y no tenía nada que ofrecerle.

Harald miró a William Adamson y se le juntaron las cejas blancas.

—Está preocupado por Eugenia.

—Les hice a las niñas una colmena y un hormiguero de cristal. A ella le prometí, en un momento de locura, una nube de mariposas. Espero que usted me permita darle este regalo... efímero. Sólo durará unas cuantas semanas como mucho, señor; ya sabe usted.

Harald tenía una manera de mirar penetrante y benigna, como si leyese los pensamientos de los demás.

—Creo que a Eugenia le va a encantar —dijo—. Y a todos nosotros, compartiremos ese momento mágico. La magia no es una cosa mala, William. La transfiguración no es mala. Las mariposas salen de unas cosas nada prometedoras que se arrastran por la tierra.

—Espero no...

—No diga nada, no diga nada. Sus sentimientos le honran.

Soltó las mariposas una mañana muy temprano, antes de que nadie de la casa se hubiese levantado. William, que había bajado corriendo las escaleras a las seis, se encontró con una población muy distinta de la diurna: una hueste de jóvenes vestidas de negro, silenciosas y diligentes, que acarreaban cubos de ceniza, cubos de agua, cajas de utensilios para encerar, puñados de escobas y cepillos y sacudidores de alfombras. Habían salido como una nube de avispas jóvenes de debajo del alero de la

casa, con las caras pálidas y los ojos legañosos, y se inclinaban silenciosas ante él cuando pasaba junto a ellas. Algunas no eran más que unas crías, apenas diferentes de las del cuarto de las niñas, salvo que estas últimas iban delicadamente envueltas en enaguas, volantes y suaves festones de muselina, mientras que estas otras eran en su mayor parte escuálidas, vestían corpiños ceñidos y sin adornos, faldas oscuras y susurrantes, y llevaban cofias formidablemente almidonadas en el pelo.

El invernadero unía la biblioteca con los claustros de la capilla por su lado más lejano al estudio de Harald. Estaba sólidamente construido con cristal y hierro forjado; tenía un techo alto y abovedado, y una fuente en el lado de la pared, rodeada de piedras cubiertas de musgo con una pequeña estatua de una ninfa de mármol que sostenía un cántaro por encima del agua. Había peces de colores en la somera cuenca donde el agua caía. La vegetación era abundante, y en ciertos sitios vigorosa; una serie de espalderas de hierro forjado, con forma de hojas de yedra y ramas entrelazadas, sostenía una mezcla de plantas trepadoras y enredaderas, componiendo una serie de cenadores semiocultos, en cuyo interior colgaban enormes cestos de mimbre, todos llenos de plantas en flor de vistosos colores y delicadamente perfumadas. Había palmeras en algunos sitios, plantadas en tinas de latón que brillaban como el oro, y el suelo estaba enlosado con un reluciente mármol negro que daba la impresión, desde ciertos ángulos y con ciertas luces, de un lago profundo y oscuro con una superficie reflectante.

William llevó dentro sus cajas de insectos somnolientos, y las colocó cuidadosamente en la tierra húmeda, en los cestos, entre las hojas. El chico del jardinero lo contemplaba con aire desconfiado, pero luego se entusiasmó cuando una o dos de las mariposas más grandes, templadas por el sol naciente, vagaron perezosas por el techo, de cesto en cesto. William le encargó que mantuviera las puertas cerradas, y a la familia alejada con cualquier excusa, hasta que el sol estuviera alto y las mariposas en movimiento; las mariposas se alimentan de luz, las mariposas bailotean cuando el sol las calienta. Cuando se encontraran en pleno baile, traería a Eugenia.

—Le prometí a la señorita Eugenia que le conseguiría una nube de mariposas — dijo.

El chico añadió impasible e inexpresivamente:

—Le va a gustar, señor, estoy seguro.

Le salió al paso en las escaleras después del desayuno. Como el desayuno era tarde, ya había amanecido y el sol estaba alto. Tuvo que llamarla dos veces por su nombre: parecía preocupada y muy seria. Le respondió con cierta impaciencia.

—¿Pero qué pasa?

—Por favor, venga conmigo. Tengo algo que enseñarle.

Llevaba un vestido azul, guarnecido de cintas de tartán. Hubo un mal momento en

el que pareció que se iba a negar, y entonces su cara esbozó una sonrisa, y se dio la vuelta y fue con él. La llevó hasta la puerta del invernadero.

—Entre rápidamente y cierre la puerta.

—¿No corro peligro?

—Conmigo ninguno.

William cerró la puerta tras ella. Al principio, en medio de aquel cristal centelleante y verde bañado por el sol, creyó que había fracasado, y entonces, como si la hubieran estado esperando, las criaturas salieron del follaje, descendieron de la bóveda de cristal, velozmente, flotando, revoloteando: naranja leonado, azul celeste y azul marino, amarillo azufre y blanco nuboso, rojo oscuro y ocelo de pavo; y bailotearon alrededor de ella y se posaron en sus hombros, y rozaron sus manos extendidas.

—Confunden su vestido con el cielo —susurró él. Ella se había quedado muy quieta, y giraba la cabeza a un lado y a otro. Más y más mariposas se abrieron camino en el aire, más y más se quedaron temblando suspendidas del brillo azul de la tela, del blanco nacarado de sus manos y su cuello.

—Las puedo espantar —dijo él—, si las encuentra desagradables.

—No, por favor —dijo ella—. Son tan ligeras, tan suaves como una brisa de colores...

—Casi es una nube...

—Es una nube. Hace usted milagros.

—Son para usted. No tengo nada *material* que darle; ni perlas, ni esmeraldas, no tengo nada... Pero tenía tantas ganas de regalarle algo...

—La vida —dijo ella—. Están *vivas*. Son joyas vivientes, o más que joyas...

—Se creen que usted es una flor.

—Eso parece, es verdad. —Se puso a dar vueltas despacio, y las criaturas echaron a volar y se posaron formando dibujos ondulantes.

La vegetación no era la de ningún sitio concreto de este planeta, y a la vez era la de todas partes. Prímulas y campánulas azules, narcisos y azafranes ingleses relucían entre las exuberantes enredaderas tropicales de hoja perenne, mientras sus suaves perfumes se mezclaban con el exótico estefanote y el dulce jazmín. Ella daba vueltas y más vueltas, y las mariposas la rodeaban, y el agua cautiva salpicaba en su pequeña cuenca. Pensó que siempre la recordaría así, sucediera lo que sucediera con ella, con él, con ellos, en este palacio centelleante donde se juntaban sus dos mundos. Y así fue, de cuando en cuando, durante el resto de su vida: la muchacha vestida de azul con la cabeza rubia iluminada por el sol, entre las enredaderas y las flores primaverales y la nube de mariposas.

—Son tan terriblemente frágiles —dijo ella—. Se las puede lastimar con sólo tocarlas, bastaría cogerlas sin cuidado. Nunca le haría daño a ninguna. Nunca. ¿Cómo puedo agradecersele?

Hizo que se comprometiera a volver por la noche, cuando, en vez de las mariposas, echarían a volar sus hermanas nocturnas con sus delicados matices, cretosas y fantasmales, de color amarillo claro o del color del ante o de plumas plateadas. Las niñas se pasaron el día entrando y saliendo a la carrera del invernadero, lanzando exclamaciones y gritando los colores y los movimientos. No les hizo extensiva la invitación nocturna. Esperaba poder sentarse un ratito a solas con ella durante el crepúsculo, amigablemente. Ésa era la recompensa que se había prometido a sí mismo, lo que demuestra que las cosas habían cambiado un poquito, que él había cambiado respecto a ella. Hasta repasó un par de veces los comentarios de Harald, tan cargados de una especie de significado, tan ambivalentemente impenetrables. «No diga nada, no diga nada. Sus sentimientos le honran.» ¿Qué sentimientos? ¿Su amor, o su respeto por su diferencia, por su posición social? ¿Qué respondería Harald, si le dijera: «Amo a Eugenia, debo tenerla o moriré.»? No, eso no, eso era ridículo. «Amo a Eugenia; me resulta muy doloroso estar en su presencia, a no ser que pueda tener esperanzas sobre lo que no puedo esperar tenerlas...» ¿Qué diría Harald? ¿Se había imaginado la benevolencia paternal de su mirada? ¿Saldrían a relucir la ira y la indignación paternas si hablase con él? ¿Qué respetaba Harald: su paciencia o su discreción?

Cuando llegó la noche, tenía otro capullo grande a punto de abrirse, que se llevó con él al invernadero; observarlo sería una tarea bastante razonable mientras esperaba a ver si ella acudía. Se sentó en un banco bajo, por encima del que colgaban parras trepadoras y una pasionaria errante. La pared de cristal contra la que tenía apoyada la espalda estaba fría por el aire nocturno. En algunos sitios reflejaba el halo reluciente de las lámparas ocultas entre cortinas de hojas. En otros era transparente y se podía ver la hierba oscura y descolorida, el cielo vacío, y el fino gajo plateado de la luna. Las mariposas nocturnas se movían; una nubecilla rodeaba cada lámpara, que él había cubierto con tela metálica. No entraba en sus planes que sus criaturas se chamuscaran. Los colores eran más bonitos de lo que había esperado. Verde hierba, blanco papel, amarillo crema, gris luminoso. La enorme mariposa (era una Gran pavón, el único satúrnido británico) se abría camino hacia el exterior rajando el capullo, sacudiendo el tejido arrugado de las alas, mirando fijamente con sus grandes ocelos y meneando débilmente las antenas emplumadas. William nunca dejaba de tener una sensación de absoluta maravilla ante este proceso. Una oruga entera rebosante de vida, de un verde claro con rayas marrones y peludas verrugas amarillas, desaparecía dentro de un capullo y se transformaba en una especie de natillas informes. Y de las natillas salía la Gran Pavón, con los ocelos engarzados en terciopelo castaño y un cuerpo grueso de piel color ratón.

Oyó el clic de la puerta al abrirse, y la oyó a ella escuchando en el umbral a ver si él estaba allí. Luego oyó sus pies sobre el mármol, amortiguados por las zapatillas, y

el frufurí de su falda. Y entonces hizo su aparición, con un traje de noche plateado, de enaguas lilas. Morpho eugenia. La oscuridad le quitaba a su cara incluso el poco color que tenía normalmente.

—Aquí está. Siempre hace usted lo que dice que va a hacer. Sus mariposas están tratando de inmolarsse como las viudas hindúes.

—Como puede usted ver, les he puesto una tela metálica a las luces para protegerlas. No sé por qué son tan dadas a ofrecerse en holocausto. No sé si se puede explicar como una función de alguna estrategia normal de supervivencia que se anula con nuestra costumbre de entrometernos poniendo luces artificiales relucientes. Me he preguntado si se guían por la luz de la luna y confunden las velas con cuerpos celestes muy brillantes. No la encuentro una hipótesis satisfactoria del todo. ¿Por qué no se sienta, a ver si las mariposas nocturnas se creen que usted es la luna, de la misma forma que las diurnas la confundieron con las flores y el cielo?

Se sentó a su lado en el banco, y su presencia lo inquietó. Estaba dentro de la atmósfera, o la luz, o la fragancia que ella desprendía, como un barco se ve arrastrado por un remolino, como una abeja cae en el lazo del perfume procedente del cuello de una flor.

—¿Qué es eso?

—Una Gran Pavón recién salida. Una hembra. Dentro de poco, cuando ya esté fuerte, le quitaré la tapa y la soltaré.

—Parece muy débil.

—Se necesita mucha fuerza para salir de la pupa. En el momento de la metamorfosis es cuando todos los insectos son más vulnerables. Cualquier depredador los puede picotear.

—Espero que aquí no haya ninguno.

—¡Qué va!

—Menos mal. Qué bonito está esto a la luz de la luna, con las mariposas dando vueltas tranquilamente.

—Esto es lo que me prometía a mí mismo a cambio de conseguirle su nube de mariposas. Este ratito aquí sentado tranquilamente con usted. Nada más.

Ella inclinó la cabeza, como si estuviera examinando atentamente a la Gran Pavón. Una mariposa chocaba una y otra vez contra el cristal, parecía que intentado entrar, y a ésta se unió otra. La trémula hembra se estremeció y sacudió las alas.

—No me conteste, y no piense que hablo para asustarla o molestarla... Sólo quiero decirle que no puede saber lo mucho que estos escasos momentos significan para mí, cómo los recordaré siempre: su cercanía, su serenidad... Si las cosas fueran diferentes, tal vez le diría... cosas muy distintas. Pero sé cómo son las cosas, soy razonable, no tengo *ninguna esperanza*... Salvo quizá ser capaz de decirle algo en pocas palabras y honestamente, porque no creo que eso pueda hierirla...

Grandes insectos avanzaban por el suelo negro, con las alas extendidas. Se veía a más tratando de introducirse a la fuerza por un pequeño agujero que había en el panel

de la puerta del invernadero. Más aún bajaban volando del techo, lanzándose a ciegas en la penumbra. Las pequeñas conmociones de los bichos en las paredes y el techo de cristal aumentaron en número e intensidad. Avanzaban: un ejército desordenado, impetuoso, que chocaba contra la cabeza de Eugenia, que zumbaba contra su piel; treinta, cuarenta, cincuenta, una nube, los machos de la Gran Pavón saliendo de la noche para abalanzarse sobre la hembra aletargada. Llegaron más. Y más. Eugenia trató de apartarlos, se sacudió la falda, se quitó a tirones los que se habían prendido en sus mangas, en las hendiduras de su vestido. Empezó a gimotear.

—Lléveselos. No me gustan.

—Son los machos de la Pavón. Los atrae la hembra de alguna extraña manera. La llevaré a la otra punta del invernadero... Allí, ¿ve? La seguirán y la dejarán a usted...

—Aquí hay otro, atrapado en el encaje. Voy a chillar.

Regresó abriéndose paso entre la multitud de machos que avanzaban a ciegas, y metió los dedos en el encaje del cuello para sacar al intruso.

—Debe de ser el perfume...

Eugenia lloraba.

—Ha sido *horrible*, como murciélagos, como fantasmas, qué cosa más asquerosa.

—Tranquilícese. No quería asustarla.

Él estaba temblando. Ella le pasó los brazos por el cuello y apoyó la cabeza en su hombro, y se quedó así dejando que soportase su peso.

—Querida...

Lloraba.

—No quería...

—No se trata de usted —exclamó—, usted trataba de ayudarme. Es por todo. Soy tan desgraciada.

—¿Es por lo del capitán Hunt? ¿Aún llora tanto su pérdida?

—Él no quería casarse conmigo. Se murió porque no quería casarse conmigo.

William la estrechó mientras ella seguía llorando.

—Eso es una tontería. *Cualquier* hombre querría casarse con usted.

—No fue realmente un accidente. Eso es lo que dijeron. Él lo hizo porque no quería... casarse conmigo.

—¿Y por qué no? —preguntó William, como uno interrogaría a un niño que ve un duende imaginario donde no hay nada.

—¿Y cómo lo voy a saber? Pero así fue. Lo tengo muy claro... que no quería... Se había preparado la boda, los trajes... Yo ya tenía toda mi ropa, se había comprado *todo*, los vestidos de las damas de honor, las flores, todo. Pero él no podía soportar...

—Me tortura usted diciendo esas cosas. Mi mayor deseo en el mundo, *como ya debe saber*, sería ser capaz de pedirle que fuese mi esposa. Cosa que no puedo hacer, porque usted tiene una fortuna, y yo no puedo sostener a una esposa, y ni siquiera a mí mismo. Lo sé. Pero me resulta insoportablemente doloroso oírle hablar de esa manera y ser *incapaz*... yo mismo...

—No necesito casarme con nadie rico —dijo Eugenia—. Ya lo soy yo.

Hubo un largo silencio. Algunas mariposas macho más, muy decididas, pasaron torpemente por delante de ellos y se unieron a la alfombra hirviente de machos que tapizaba las paredes de alambre de la caja de la hembra.

—¿Qué está diciendo?

—Mi padre es un hombre bondadoso, y cree en la hermandad cristiana, en la igualdad de todo el mundo a los ojos de Dios. Él cree que usted es un hombre de grandes dotes intelectuales, que él considera muy valiosas, tan valiosas como las tierras y la renta y las cosas. Me lo ha dicho.

Lo miró con los mismos ojos enrojecidos, hinchados y vulnerables.

—Podría haber una doble boda —dijo Eugenia—. No debería casarme *después*, de Rowena, sobre todo si de verdad me voy a casar.

William tragó saliva. Una mariposa le rozó la frente. Olía los espectros de los olores de la selva y el aliento dulce y espeso de las gardenias. Una mariposa pequeña, un ártido rosa, estaba posada en el lustroso pelo de Eugenia, bajo su barbilla. El corazón le doy un vuelco.

—¿Quiere que hable con su padre? ¿Mañana?

—Sí —dijo Eugenia, y alzó la boca para que la besara.

William había supuesto que la actitud de Harald respecto a él cambiaría bruscamente en el momento en que sacase a relucir la cuestión de casarse con Eugenia. Harald había sido vagamente amable, y a veces había parecido que casi le estaba sorprendentemente agradecido a William por su conversación y su atención. Ahora, se decía a sí mismo, eso cambiaría. El patriarca blandiría la espada defensora. Haría que percibiese el atrevimiento de su propia falta de perspectivas y de posición. Casi seguro que lo echaría de allí. La absoluta seguridad de Eugenia de que eso no sería así sólo reflejaba su inocente confianza. Se encontró en pugna consigo mismo. Moriré si no puedo tenerla, clamaba su sangre en su propio tono. Y aun así tenía sueños que eran reminiscencias de los inducidos por los espíritus del *caapi*, sueños de raudos vuelos sobre los bosques, de planear a gran velocidad por encima del mar, impulsado por el viento de las alturas, de luchar contra los rápidos de los recodos más altos del Amazonas, de abrirse camino entre las enredaderas con un machete.

Le contó a Harald que llevaba tiempo amando a Eugenia en silencio, y que sólo había caído en la cuenta por casualidad de que ella le correspondía, o podría corresponder al menos sus sentimientos. No había querido hacerlo a espaldas de su padre, se había propuesto no decir nada, pero ahora le parecía que debía preguntar, y que si era rechazado debería irse.

—Desgraciadamente sé que no tengo nada que ofrecer que pueda compensar mi falta de perspectivas.

—Usted es valiente e inteligente, y amable —dijo el padre de Eugenia—. Todas

las familias tienen necesidad de esas cualidades si quieren sobrevivir. Y al parecer usted cuenta con el amor de Eugenia. Tengo que decirle que daría cualquier cosa por ver feliz a Eugenia. Ha tenido muchos problemas y yo casi había perdido la esperanza de que reuniese las fuerzas necesarias para alcanzar su propia felicidad en este terreno. Ella dispone de su propia fortuna, que es vinculante y permanecerá en sus propias manos.

Tal vez se debiera a la falta de valor de William Adamson, o fuera quizá una muestra de la delicadeza o el tacto adecuados, el que no sacase a relucir en ese momento la cuestión de las capitulaciones, de los acuerdos de manutención, de sus propias expectativas. Resultaba algo más que vulgar, siendo hombre y no aportando nada, preguntar qué podría recibir, de recibir algo. Harald seguía hablando, con soltura, distraídamente, haciendo promesas calurosas e imprecisas. William era lo bastante astuto como para darse cuenta de esa imprecisión, pero no tenía deseos, ni de hecho razones, para poner peros o exigir claridad.

—Podría quedarse aquí —dijo Harald—, con esta familia, de momento; usted y Eugenia, de modo que cuando, como usted bien podría desear, haga otro viaje, ella se encuentre entre su propia gente. No creo que vaya a apetecerle cambiar enseguida, creo que será muy feliz aquí. Espero que haga viajes más tarde, si le apetece. Espero que sí le apetezca, y poder serle de gran ayuda a ese respecto. Y también espero que entretanto consienta en dedicar parte de su tiempo a la conversación con la generosidad que ya ha demostrado con creces. Eso espero. Me doy cuenta de que me abro camino mucho mejor entre las marañas del pensamiento sobre nosotros mismos y el mundo en el que estamos, contando con el beneficio de la claridad de su mente. Hasta podríamos dejar constancia por escrito de nuestras discusiones como si fueran una especie de diálogo filosófico.

Por lo visto, tendría que pagar con sus pensamientos. Eso era algo que podía permitirse fácilmente, algo que podía hacer de la misma forma que respiraba aire o comía carne y pan. Y durante el tiempo que transcurrió entre la aceptación de Eugenia y su boda, que fue lo más corto que se pudo para que no hubiera que retrasar el matrimonio de Rowena, justo el necesario para la confección del traje de novia, William charló con Harald Alabaster. Él mismo había rechazado la religión de tormentos, sufrimientos y promesas de felicidad de su padre con un suspiro de alivio: el suspiro de alivio del cristiano cuando se le cae la carga del hombro tras el Cambio de Piel. Pero Harald estaba parcialmente metido en esa piel. Sus pensamientos le suponían un tormento; su propio rigor intelectual, una fuente de privación y de dolor.

Hablaba a menudo de la locura de aquellos que argumentaban sin poder de convicción en favor de la existencia de Dios, o de las verdades de la Biblia, cosa que iba en perjuicio de su propia causa. ¿Cómo se *atreve* William Whewell a afirmar que la duración de los días y las noches se ajustaba a la del sueño del Hombre?,

preguntaba Harald. Estaba dolorosa y gloriosamente claro que toda la creación vivía y se movía a un ritmo que respondía al calor y la luz del sol y a su retirada: la savia corría por los árboles, las flores se abrían y se cerraban, los hombres y las bestias dormitaban o cazaban, el verano seguía al invierno. No debíamos ponernos en el centro de las cosas, a menos que pudiéramos percibir de verdad que *estábamos* allí. No debíamos hacer a Dios a nuestra imagen y semejanza, o pareceríamos tontos. Era porque esperaba, porque a veces esperaba más allá de toda creencia, que se pudiese demostrar la existencia de un Creador Divino más allá de una duda razonable, por lo que no podía soportar aquellos razonamientos sobre las tetillas de los machos y la cola rudimentaria del embrión humano, que veían al Creador como un artesano revoltoso que había cambiado de opinión a medio camino. Un hombre podía comportarse así, pero Dios no, si pensaban con claridad, sin dejarse nublar por la emoción, un solo momento. Y sin embargo había argumentos provenientes de la analogía entre la Mente Divina y la mente humana que aceptaba, que le servían de apoyo, que no descartaba.

—¿Qué me dice del argumento de la belleza? —preguntó a William.

—¿Qué clase de belleza, señor? ¿La de las mujeres, la de los bosques, la belleza de los cielos, la de los animales?

—La de todos ellos. Me gustaría afirmar que nuestra capacidad humana para amar la belleza de todas estas cosas (para amar la simetría, y la gloriosa claridad, y la intrincada excelencia de las formas de las hojas, y los cristales, y las escamas de las serpientes y las alas de las mariposas) indica en nosotros algo desinteresado y espiritual. ¿Un hombre que admira una mariposa es más que una bestia bruta, William? Desde luego es más que la propia mariposa.

—El señor Darwin cree que la belleza de la mariposa existe para atraer al macho, y que la belleza de la orquídea está diseñada para facilitar que la abeja la fecunde.

—Y yo le contesto que ninguna abeja ni ninguna orquídea experimenta nuestra exquisita sensación de alegría al ver la perfección de los colores y las formas de estas cosas. Y vamos a suponer que un Creador creó el mundo entero por el placer de establecer la variedad de las especies, de las piedras y la arcilla, de la arena y el agua, ¿no? ¿Sólo vamos a imaginarnos a ese Creador precisamente porque nosotros mismos estamos poseídos por una necesidad de fabricar obras de arte que no pueden satisfacer ningún bajo instinto de mera sobrevivencia o de perpetuación de las especies, sino que sólo son bellas, y complejas, y nos sirven de alimento espiritual?

—Un escéptico, señor, le respondería que nuestras propias obras, tal como dice usted, no son distintas del reloj de Paley, del que él dijo que llevaría a cualquiera a deducir un Hacedor cada vez que se encontrase dos ruedecillas engranadas. Tal vez la sensación de pasmo ante la belleza, ante la forma, de la que usted habla no es más que lo que nos hace humanos en vez de brutos.

—Yo creo, igual que el duque de Argyll, que la brillantez superflua de las aves del paraíso es un poderoso argumento a favor de que quizá, en cierto sentido, el

mundo original *fue* hecho para disfrute del hombre. Porque ellas no pueden recrearse en ellas mismas, como nosotros en ellas.

—Danzan para sus compañeras, como hacen los pavos y los pavos reales.

—¿Pero no siente que su propia sensación de asombro corresponde a algo que va *más allá* de usted mismo, William?

—La verdad es que sí. Pero también me pregunto qué tiene que ver esa sensación de asombro con mi sentido moral. Porque no parece que esa Creación que admiramos tanto posea un Creador que se preocupe de sus criaturas. La Naturaleza tiene «rojos colmillos y garras», tal como dijo el señor Tennyson. La selva amazónica despierta en efecto un sentimiento de asombro por su abundancia y exuberancia. Pero allí hay un espíritu, un espíritu terrible de *lucha estúpida* o de inercia indiferente, una especie de codicia vegetal e inmensa decadencia, ante las que resulta mucho más fácil creer en una descuidada fuerza natural. Porque supongo que no aceptaré los viejos argumentos deístas, según los cuales los tigres y las lujuriantes higueras fueron diseñados para proteger los misterios de la vejez del ciervo y de la podredumbre de los troncos de los árboles, en mayor medida de lo que acepta las ideas de Whewell sobre el día y la noche...

—El mundo ha cambiado tanto, William, en lo que llevo de vida. Soy lo bastante mayor como para haber creído de niño en nuestros Primeros Padres en el Paraíso, en Satán oculto tras la forma de la serpiente, y en el arcángel con la espada llameante cerrándoles las puertas. Soy lo bastante mayor para haber creído, sin cuestionármelo, en el Nacimiento Divino en una noche fría con el cielo lleno de ángeles cantores y los pastores contemplándolos maravillados, y los reyes exóticos avanzando por la arena sobre camellos con ofrendas. Y ahora se me presenta un mundo en el que somos lo que somos por las mutaciones de una gelatina blanda y de la materia cálcica del hueso a lo largo de un número inimaginable de milenios; un mundo en el que los ángeles y los demonios no se batan en los Cielos por la virtud y el vicio, sino que comemos y somos comidos y absorbidos para formar otra carne y otra sangre. Toda la música y toda la pintura, toda la poesía y todo nuestro poder son sobre todo una ilusión. Me descompondré como una seta cuando llegue mi hora, que no está lejos. Es probable que el mandato de amarnos los unos a los otros no sea más que un prudente instinto de sociabilidad, de proteccionismo paternal, en una criatura emparentada con un gran simio. Solía gustarme ver cuadros de la Anunciación, el ángel con sus alas bañadas de arco iris, del que la mariposa y el ave del paraíso eran ecos pobres e imperfectos, sosteniendo el lirio blanco y dorado y arrodillándose ante una muchacha pensativa que estaba a punto de ser la Madre de Dios, el amor hecho carne, el conocimiento que se nos daba, o se nos prestaba. Y ahora es como si todo eso se hubiera borrado, y hay un telón de fondo negro en un escenario vacío, en el que se ve a un chimpancé, de ojos perplejos, cejas sobresalientes y con una dentadura grande y fea, sujetando a su cría peluda contra el pecho arrugado, ¿y eso es el amor hecho carne?

»Sé mi respuesta: Lo es. Si Dios hace algo, lo hace en el simio para convertirlo en hombre; pero no puedo medir mi pérdida, es la fosa de la desesperación misma. Empecé mi vida como un niño cuyos actos se fundían en el registro dorado de sus acciones buenas y sus acciones malas, donde podrían ser sopesadas y examinadas por Alguien de ojos misericordiosos hacia quien yo caminaba, tambaleándome paso a paso. La termino como una hoja reducida a su esqueleto que se convierte en humus, como un ratón tronzado por un búho, como una ternera que va al matadero, a través de una puerta que sólo se abre de un lado, hacia la sangre, el polvo y la destrucción. Y entonces pienso: Ninguna bestia bruta podría tener semejantes pensamientos. Ninguna rana, ni siquiera un sabueso, podría tener una visión del Ángel de la Anunciación. *¿De dónde sale todo eso?*

—Es un misterio. El misterio puede ser otro nombre de Dios. Se ha sostenido, con razón, que el misterio es otro de los nombres de la materia; nosotros *somos* la Mente y tenemos acceso a ella, pero la Materia es misteriosa por su propia naturaleza, por mucho que decidamos analizar las leyes de sus metamorfosis. Las leyes de la transformación de la Materia no la explican de una forma convincente.

—Ahora está usted poniéndose de mi lado. Y sin embargo tengo la sensación de que todos estos razonamientos no son *nada*, tan sólo los movimientos de unas mentes que no están capacitadas para llevarlos a cabo.

—Y luego está la esperanza, y también el miedo. *¿De dónde proceden? ¿De nuestras mentes?*

Lejos del estudio hexagonal, se prestaba mucha atención a los misterios de lo mundano y de lo material. Eugenia y Rowena, y las otras muchachas también, ya que iba a haber toda una corte de damas de honor, se pasaban el tiempo probándose cosas. Un flujo constante de modistas, sombrereras y costureras entretejían sus caminos entrando y saliendo de los distintos cuartos y tocadores. Se podían tener extraños vislumbres de las damitas, inmóviles, envueltas en seda, mientras sus pequeñas sirvientas, pulcras y modestas, con la boca erizada de alfileres y las manos ocupadas en chasquear las tijeras, daban vueltas a su alrededor. Se hacían los preparativos de los nuevos dormitorios de William y Eugenia. Ella le llevaba a veces muestras de telas cruzadas de seda o de damasco para que les diese el visto bueno. Él tenía la sensación de que no era posible *negarse* y, en cualquier caso, le interesaban lo bastante poco los caprichos de su muchachita como para que le divirtieran ligeramente toda aquella laboriosidad y toda aquella demostración de buen gusto, aunque le hacía menos gracia ser él mismo el centro de atención del sastre y el ayuda de cámara de Lionel Alabaster, que le confeccionaban un vestuario que no sólo consistía en su traje de boda, sino en la ropa de campo adecuada para un caballero: pantalones de montar, americanas, botas... A medida que se aproximaba la fecha, las cocinas empezaron a oler deliciosamente con la cocción de hornadas de pasteles,

jaleas y pudines. Ahora se esperaba que William, prácticamente al contrario que antes, se sentara en el salón de fumar con Edgar y Lionel y Robin Swinnerton y sus amigos, cuya conversación giraba siempre en torno a dos temas: los misterios de la cría de caballos y sabuesos, y la realización de apuestas y la aceptación de desafíos. Después de unos cuantos vasos de oporto, Edgar se ponía siempre a relatar los momentos más importantes de su vida. La vez en que él y Sultán habían volado por encima del muro para caer en una explanada lejana, donde casi se habían partido el cuello. La vez en que había hecho saltar a Ivanhoe por una ventana del vestíbulo, y habían salido patinando hasta el otro lado sobre una alfombra turca. La vez en que había atravesado el río crecido con Ivanhoe, y casi se los había llevado la corriente.

A William le gustaba quedarse tranquilamente sentado en su rincón durante estos relatos, invisible, o eso esperaba, tras una nube de humo. A Edgar se le hinchaban las venas de las sienes y del cuello. Tenía fuerza bruta y a la vez un temperamento nervioso, como su caballo. Su voz iba de un murmullo profundamente melodioso a una especie de grito ahogado desagradable al oído. William lo juzgaba. Pensaba que era probable que muriese de una apoplejía en un futuro no demasiado lejano, lo que no tendría ninguna consecuencia, ya que su existencia carecía por completo de finalidad o de valor. Se imaginaba al pobre caballo bufando y deslizándose por el suelo del vestíbulo, las ancas de seda retorcidas por la tensión. Y al hombre, riéndose como se reía en acción, mientras lo *hacía* bailotear sobre la piedra como nunca habría hecho en plena naturaleza. William no se había deshecho enteramente de la religión hipercrítica de su padre. Juzgaba a Edgar Alabaster a los ojos de un Dios en el que ya no creía, y lo encontraba falto de virtudes.

Una noche, sólo una semana antes de la boda, se dio cuenta de que Edgar también lo juzgaba a él. Estaba cómoda e invisiblemente sentado mientras Edgar contaba una historia de meterse con un calesín por los estrechos huecos que había entre siete setos, y debió de dejar que sus pensamientos le aflorasen a la cara, porque se encontró con el rostro caliente y rojo de Edgar desagradablemente cerca del suyo.

—*Usted* no debe de tener el coraje ni la fuerza para hacerlo, señor. Se queda ahí sentado y sonrío como un tonto, pero *usted* no podría conseguir una cosa semejante.

—Seguro que no —dijo William pacíficamente, las piernas estiradas hacia adelante, los músculos relajados, como sabía que deberían estar, enfrentados a semejante agresión.

—No me gusta su actitud. Nunca me ha gustado. Sé que en el fondo me desprecia.

—No es ésa mi intención. Ya que vamos a ser cuñados, espero no dar esa impresión. Estaría muy mal.

—¡Ja! *Cuñados*, dice. No me gusta la idea. Usted no tiene clase, señor, usted no es un buen partido para mi hermana. Su sangre no tiene categoría, es vulgar.

—No acepto lo de que no tiene categoría ni lo de vulgar. Soy consciente de que no soy un buen partido porque no tengo porvenir ni dinero. Su padre y Eugenia han

tenido conmigo la gran amabilidad de pasarlo por alto. Espero que usted sepa aceptar su decisión.

—Más bien debería usted desear batirse conmigo. Le he insultado. Es usted una criatura miserable sin educación ni valor. Debería levantarse, señor, y enfrentarse conmigo.

—Yo creo que no. En cuanto a lo de la educación, tengo a mi padre por un buen hombre, un hombre honrado y amable, y no encuentro otra *buena* razón para respetarlo más que su gran éxito. En cuanto a lo del valor, creo que debo señalar que he vivido diez años en el Amazonas en condiciones muy duras, que he sobrevivido a conspiraciones para matarme y a serpientes venenosas, y que un naufragio y quince días en un bote salvavidas en medio del Atlántico tal vez puedan compararse razonablemente a hacer que un pobre caballo entre en una casa por la ventana. Creo que sé lo que es el verdadero valor, señor. Y desde luego no consiste en responder con puñetazos a los insultos.

—Bien dicho, William Adamson —dijo Robin Swinnerton—. Bien dicho, mi compañero en estas lides del matrimonio.

Edgar Alabaster agarró a William por el cuello de la chaqueta.

—No la tendrá, ¿me oye? No está hecha para nadie como usted. *Levántese*.

—Por favor, no me eche el aliento a la cara. Parece usted un dragón enfadado. No va a conseguir que deshonre una casa y una familia a las que espero pertenecer.

—*Levántese*.

—En el Amazonas, los jóvenes de las tribus que se vuelven estúpidos con el alcohol se comportan como usted. A menudo acaban matándose los unos a los otros en un descuido.

—No me importaría que usted acabara muerto.

—No. Pero le importaría acabarlo usted. Y a Eugenia le importaría mucho si se tratase de mí. Ella ya ha...

No había sabido adónde estaba yendo a parar. Estaba horrorizado de que su lengua, por muy indignado que estuviera, hubiese llegado tan lejos como para citar al amante muerto de Eugenia. El efecto que produjo en Edgar incluso aquella alusión a medias, inmediatamente abortada, fue sobrecogedor. Se puso blanco, se incorporó torpemente y se sacudió con fuerza el polvo de los pantalones varias veces. William pensó: «Ahora intentará matarme de verdad», y esperó el golpe, giró para evitarlo, para saltar a un lado y darle una patada en la entrepierna. Pero Edgar Alabaster se limitó a emitir un sonido incoherente y ahogado, y salió de la habitación mientras seguía sacudiéndose la ropa con las manos. Lionel dijo:

—Le ruego que... que no tenga muy en cuenta a Edgar. Se pone como loco cuando bebe, y luego se tranquiliza; a menudo no recuerda lo que ha pasado. Fue la bebida lo que le hizo insultarlo.

—Me alegro de poder aceptar esa explicación.

—Mi compañero en estas lides es un buen hombre, un hombre civilizado. No

somos guerreros armados, ¿verdad? Somos hombres civilizados, con sus batines puestos, que se quedan sentados como es su deber. Le admiro, William. Edgar es un anacronismo. Apuesto a que usted creía que no conocía esa palabra...

—Al contrario. Gracias por su amabilidad.

—Tendremos que vernos a menudo a lo largo de nuestros matrimonios.

—Será todo un placer.

Más tarde le resultó difícil recordar exactamente las emociones del día de su boda. Sacó en conclusión que todas las ceremonias traían consigo, además de una sensación de trascendencia intensamente vivida, otra intensificada de irrealidad, como si él fuera un espectador en vez de un participante. Pensaba que esta sensación de *estar al margen* derivaba de la carencia de una simple creencia en la historia cristiana, en el mundo cristiano, tal como Harald se lo había descrito tan conmovedoramente. Analogías irrelevantes se abrían camino entre las cortinas de su ojo interior, incluso en aquellos momentos tan sagrados, de modo que, mientras permanecía junto a Robin Swinnerton bajo el órgano atronador de la iglesia parroquial de San Zacarías y veía cómo avanzaban Eugenia y Rowena por el pasillo del brazo de Edgar y Lionel, pensaba en los festivales religiosos de Pará y Barra, en las grotescas imágenes de la Virgen, adornada con encajes y cadarzos y cintas de plata, sonriendo perpetuamente de camino a la iglesia y aún más allá, hacia las danzas de los poblados indios, donde él parecía un enano al lado de seres enmascarados con cabezas de lechuza, o de ibis, o de anacondas.

Y aun así, fue una boda muy inglesa, muy bucólica. Eugenia y Rowena iban vestidas como hermanas, pero no como gemelas, con trajes de seda blanca con largas colas de encaje, una toda adornada con capullitos rosas, y otra, la de Eugenia, con nata y oro. Ambas llevaban coronas de los mismos capullos, y collares de perlas. Las dos sostenían también una mezcla de lirios y rosas; su perfume lo mareó mientras el cortejo llegaba hasta el sitio donde él aguardaba para recibirla. Tras ellas venía una corte de niñas, con cintas y gallardetes en rosa y oro, que llevaban vestidos de redecilla blanca y fajines de raso. La iglesia estaba abarrotada: la ausencia de amigos y familiares suyos se vio compensada con creces por las filas de Alabaster y Swinnerton y de amigos de las cercanías, y demás parientes, todas con la cabeza cargada de flores y cintas. Rowena estaba colorada de la emoción, y Eugenia blanca como la cera, con un toque dorado en las pestañas abatidas, los labios pálidos, y las mejillas uniformemente descoloridas por igual. Hicieron sus promesas ante Harald, que casó a sus dos hijas con una sonora satisfacción en la repetición de las frases y habló brevemente de la conmovedora naturaleza de una doble boda, lo que dejaba más claro que nunca que la familia aumentaba el número de sus miembros más que verse despojada de ninguno de ellos; porque Rowena permanecería en la parroquia, y Eugenia en casa por el momento, ahora que William Adamson se encontraba allí, lo

que era motivo de alegría.

Debería haber sido consciente, pensaba, de aquellas dos almas que hacían juntas sus promesas, pero no lo fue. Fue consciente de todos los delicados adornos que envolvían el cuerpo de Eugenia, del perfume de las flores, y de la perfección y la claridad con las que decía sus responsorios, al contrario que Rowena, que se embrollaba y se trabucaba, y se llevaba la mano a la boca, y sonreía a su marido pidiéndole perdón. Eugenia miraba directamente al frente, al altar. Cuando él le cogió la mano para ponerle el anillo, tuvo que empujar, que forcejear, como si el dedo no tuviera voluntad o vida propia. Y pensó, allí de pie en la iglesia, en la circunferencia de sus faldas, ¿estaría tan entumecida de noche en la cama?, ¿qué iba a hacer? Y entonces consideró cuántos hombres en su situación debían de haber tenido aquellos pensamientos secretos, todos ellos acallados e indecibles. Y pensó, a medida que volvían a posarse en la iglesia, que entre las damas respetables con sus casquetes de flores y los oscuros hombres con sus corbatas de seda, entre los sirvientes modestamente ataviados con sus sombreros de paja y los escasos braceros del fondo, todo el mundo en la boda tendría un pensamiento secreto sobre él y ella, ¿cómo se comportarían aquellos dos cuando los dejaran juntos a solas? La imaginación de cada uno de ellos le cosquilleaba, le aguijoneaba y se agarraba a él a medida que pasaba por delante de ellos. *Ella* era demasiado inocente para saber, pensó. Intentó imaginarse a lady Alabaster proporcionando información a Eugenia, y no pudo. Allí estaba, en primera fila, sonriendo benignamente de malva brillante.

Todo el mundo sobrevive a su noche de bodas, pensó, mientras regresaba parpadeando a la luz del patio de la iglesia, a la cháchara de los pájaros en los árboles y a los grititos agudos de las niñas. La especie se propaga, las niñas inocentes se convierten en esposas y madres, en todas partes, todos los días. La mano de Eugenia reposaba muy quieta en la suya, la cara blanca, el aliento débil. No tenía ni idea de lo que estaba pensando o sintiendo.

Las niñas les tiraban pétalos que una repentina ráfaga de viento alzó en el aire como una nube de alas, rosas, doradas y blancas. Se arremolinaban en torno a las dos parejas, emitiendo sus ruiditos agudos, y lanzando sus delicados misiles.

El día transcurrió entre comida y discursos y carreras por el césped, y al final hubo un baile. Bailó con Eugenia, que seguía blanca y silenciosa, mientras medía atentamente sus pasos. Bailó con Rowena, que se reía, y con Enid, que le habló de su llegada a la casa como de la de un naufrago desconocido. Vio pasar a Eugenia en brazos de Edgar, y luego en los de Lionel, y después en los de Robin Swinnerton, y parecía que todo el mundo daba vueltas medio mareado incluso cuando paró la música. Cuando por fin los jóvenes Swinnerton se retiraron y los Alabaster empezaron a hacer los preparativos para la noche, no sabía muy bien adonde ir y nadie le ofreció ayuda. Edgar y Lionel ganduleaban en el salón de fumar, y pensó que

no sería bien recibido incluso si quisiera estar allí, que además no quería. Harald se cruzó con él en el pasillo, le hizo detenerse y dijo:

—Dios te bendiga, hijo. —Pero no le dio ningún consejo.

Lady Alabaster se había retirado temprano. Las pertenencias de William se habían trasladado de su cuartito del ático a su nuevo vestidor, que daba a la nueva alcoba dispuesta para él y para Eugenia. Se encaminó hasta allí, nervioso y solo (Eugenia ya había subido), sin estar seguro de cuál era el ceremonial a seguir, si es que había que seguir alguno.

En su vestidor, un ayuda de cámara estaba abriéndole la cama y templándole las sábanas, una actividad que seguro se juzgaba innecesaria. Le habían preparado una nueva camisa de dormir, y unas flamantes zapatillas de seda, bordadas por Eugenia. El ayuda de cámara, una criatura delgada vestida de negro, de largas manos blancas y suaves bigotes rojizos, vertió agua de un jarro azul en su jofaina, y le proporcionó jabón y una toalla. Le señaló los nuevos cepillos de pelo con revés de marfil, un regalo de Eugenia, y salió rápidamente de la habitación haciendo una reverencia, casi sin sentir. William fue hasta la puerta que comunicaba las dos habitaciones y llamó con los nudillos. No tenía ni idea de cómo estaba ella, de en qué estado se encontraba, de lo que debía hacer. Creía vagamente que podrían consultárselo el uno al otro.

—Pasa —dijo la clara voz, y él abrió la puerta para encontrarla de pie en medio del círculo replegado y arrugado de su vestido, con todo el encaje desparramado por el suelo y los hombros blancos sobresaliendo de su combinación, marmóreos e intocables como los había visto aquella primera noche. Su tocado estaba tirado sobre la cómoda, y había empezado a marchitarse. Su doncella estaba quitándole las horquillas del pelo. Le caía en arroyuelos encrespados sobre los hombros. La doncella, una muchacha delgada, con un vestido de paño negro, cepillaba aquel cabello sedoso, pasada tras pasada. Se alzaba eléctricamente para ir al encuentro del cepillo, y se quedaba allí pegado, hinchándose como un globo, hasta la siguiente pasada. Crepitaba.

—Lo siento —dijo él—. Me iré.

—Martha sólo tiene que desabrocharme y acabar de cepillarme... Necesito por lo menos que me lo cepille doscientas veces cada noche si quiero que mi pelo tenga algo de vida. Espero que no estés demasiado cansado.

—¡Qué va! —dijo él, de pie en el umbral. Era blanca toda ella. Hasta sus pezones debían de ser blancos. Recordó a Ben Jonson. «¡Pues así de blanca, así de suave, así de dulce es ella!» Entonces se sintió un intruso, con toda su ropa encima, delante de Martha, la doncella, que compartía su incomodidad, que torcía la cabeza y cepillaba y cepillaba y cepillaba, cada vez más absorta.

Eugenia no se sentía incómoda. Se salió del anillo de las colas de encaje y las sedas flotantes desechadas.

—Como ves —dijo—, ya casi hemos acabado. Ocupate de estos encajes, Martha, deja de cepillarme hasta que los hayas quitado de aquí. No creo que todo esto esté

como esperabas encontrarlo. ¿Te gustan tus aposentos? Presté especial atención a los colores que parecías preferir: una especie de verde, con toques de carmesí en algunos sitios. Espero que todo esté a tu gusto.

—Claro que sí. Es todo precioso, muy acogedor.

—No tires, Martha. Desabróchame, aquí y aquí. Sólo me llevará un momentito, William.

Le estaba diciendo que saliera. Regresó a su vestidor, dejando la puerta entornada, y se puso su propia camisa de dormir y las zapatillas bonitas. Luego esperó, de pie a la luz de la vela, con la luz de la luna tras ella: una curiosa figura amortajada, atenta a los ruiditos. Oyó ir y venir a la doncella, oyó crujir la cama cuando Eugenia se subió a ella. Y luego oyó a la doncella llamar suavemente a su puerta para abrirla después.

—La señora ya está preparada para usted, señor. Si no le importa entrar, todo está listo.

Y le sostuvo la puerta abierta, e hizo una reverencia, y dobló hacia fuera la punta del embozo y salió rápidamente de la habitación con pasos silenciosos y los ojos bajos.

Le daba miedo hacerle daño a Eugenia. También le daba miedo, de un modo más oscuro y apremiante, mancharla, como la tierra manchaba la nieve del poema. Él no llegaba puro hasta ella. Había aprendido cosas, muchas cosas, en los disolutos lugares de baile en Para, en las horas de sueño después de las danzas en los poblados de los mulatos, cosas que era mejor no recordar aquí, aunque esos conocimientos podrían tener su utilidad. La vio incorporada en la cama, que era amplia, tenía cortinas y una serie de edredones de plumas de ganso, fundas de almohada guarnecidas de encaje blanco y cojines mullidos, amontonados los unos sobre los otros: un nido acogedor en medio de una caja severamente amenazadora. Cómo debía de temer la hembra inocente el poder del macho, pensó. Y con razón; ella tan delicada, tan blanca, tan intacta, tan intocable. Se quedó allí parado, con las manos en los costados.

—Bueno —dijo Eugenia—. Aquí estoy, ya ves. Aquí estamos.

—Ay, querida. No me puedo creer lo feliz que soy.

—Vas a coger frío, si no te lo puedes creer lo suficiente como para venir hasta aquí y meterte dentro.

Llevaba un camisón con un bordado calado, y el pelo bien cepillado desparramado en abanico sobre los hombros. Su rostro bailaba ante sus ojos a la luz de las velas, en torno a las cuales bailoteaba y se precipitaba una sola mariposa nocturna, una armiño parda. Cuando se aproximó hasta ella, lentamente, muy lentamente, temeroso de sus propios conocimientos ilícitos y de su poder, ella soltó una risita, apagó de repente la vela, y se sumergió bajo las sábanas. Una vez metido en la cama, ella extendió sus brazos invisibles hacia él y William buscó su suavidad,

que descubrió al tacto. La abrazó con fuerza para evitar los temblores, los suyos y los de ella, y le susurró entre el pelo:

—Te he amado desde el primer momento en que te vi.

Ella respondió con una serie de sonidos sin articular, dulces y lastimeros, mitad de miedo, mitad los de un pájaro que se acomoda. Él le acarició el pelo, los hombros, y sintió que lo ceñían sus brazos, sorprendentemente fuertes y seguros, y luego la vacilación de sus piernas contra las suyas. Ella se hundía más hondo y más adentro, y tiraba hacia aquel nido oscuro y templado, casi asfixiante, en el que cada vez aumentaba más el calor, y con él una humedad que brotaba rápidamente en su piel, en la de ella, entre los dos.

—No quiero hacerte daño —dijo, y los gemiditos y grititos e insinuaciones de placer e incitación de ella se volvieron más perentorios mientras se retorció risueña, primero contra él, y luego apartándose. La siguió un rato, tropezando con sus manitas calientes donde ponía las suyas, armándose de valor para tocarle los pechos, el vientre, el hueco de la espalda; y Eugenia respondía con suspiritos, si de miedo o de satisfacción no lo sabía. Y cuando, por fin, su propia urgencia lo desbordó, y entró en ella con un grito estremecedor, sintió sus dienteitos afilados en el hombro, mientras lo recibía, palpitante, doliente y desfallecida.

—Ah —dijo, entre el calor y la humedad—, eres pura miel, eres tan *dulce*, querida.

Oyó una extraña risita ahogada, algo entre la risa y el llanto, proveniente de su garganta. Pensó en los misterios del conocimiento, en lo que el hombre y la mujer, al igual que los animales, podían hacer si seguían sus instintos sin temor. Ella, la blanca y fría Eugenia, le hundía la cara caliente en el cuello, y le besaba una y otra vez donde le latía la vena. Tenía los dedos enredados en su pelo, las piernas entrelazadas con las suyas, y aquélla era Eugenia, de quien había dicho que moriría si no podía tenerla.

—Ah, querida mía —dijo—, vamos a ser tan felices, vamos a ser tan felices juntos, esto es *desbordante*.

Y ella soltaba risitas ahogadas, y giraba sobre su espalda y tiraba de él, y pedía más. Y cuando se durmieron, inquietos, William se despertó en la oscuridad del amanecer para ver que ella tenía sus enormes ojos clavados en él, y se encontró con que sus manos le acariciaban las partes íntimas y los ruiditos sollozantes empezaban otra vez, y le pedían más, y más, y más aún.

Y entonces la doncella llamó a la puerta, con el agua caliente y el té mañanero y las galletas, y Eugenia giró sobre sí misma y se apartó, rápida como un lagarto sobre una piedra caliente, y se quedó inmóvil, como la bella durmiente, la sonrosada cara serena bajo su pelo.

¿De modo que vivió feliz para siempre? Entre el final del cuento de hadas con su

triunfo nupcial, entre el final de la novela con su visión moral obtenida a duras penas, y el breve atisbo de muerte y obligada descendencia, yace una pseudo-eternidad de armonía, apacible y tranquila, de cariño creciente y retoños balbuceantes, de huertos maduros y campos de maíz de pesadas mazorcas, recolectados en noches calurosas. William, como muchos seres humanos, se esperaba algo parecido en algún tranquilo rincón de sus emociones y, aunque no lo habría reconocido si se lo hubieran preguntado, se habría mostrado debidamente precavido respecto al incierto futuro. Desde luego, esperaba que se desarrollase una especie de nueva comunicación íntima entre él y su esposa y, de alguna manera, contaba con que fuese ella quien la iniciara. Las mujeres eran expertas en cuestiones emocionales, y gran parte de las cosas que le preocupaban: su ambición, su deseo de descubrir cosas, sus ganas de viajar, parecían temas inadecuados para exploraciones tan delicadas. Durante las primeras semanas de su matrimonio tuvo la sensación de que sus cuerpos se hablaban el uno al otro en una especie de revoloteo de oro fundido que los bañaba, una especie de tienda radiante de tacto sedoso y suavidad reluciente, de manera que los silencios largos y tiernos eran una forma natural de comunión a la luz mundana y gris del día. Luego, una tarde, su mujer vino hasta él con los ojos bajos y dijo en un susurro sereno que creía estar esperando un niño, que creía que podían esperar un feliz acontecimiento. Si su primera emoción fue un pinchazo de miedo, se apresuró a ocultarla, para acariciarla y felicitarla, para hacerla volverse, risueño, y decirle que parecía muy distinta, una criatura nueva, maravillosamente misteriosa. Ella se sonrió rápida y brevemente al oírlo, y luego dijo que no se sentía del todo ella misma, que se encontraba un poco mal, que tenía algunas náuseas, aunque sin duda era de lo más normal. Y tan deprisa como se había abierto la puerta de su felicidad, se cerró de golpe de nuevo, el jardín dorado de las noches, la miel y las rosas. Dormía solo, y su mujer dormía sola en su nido blanco y se hinchaba poco a poco, mientras se le desarrollaban unos pechos enormes y una papada cremosa, junto con el bulto que llevaba delante.

Con su embarazo, Eugenia desapareció en un mundo de mujeres. Dormía mucho, se levantaba tarde, y se retiraba otra vez al atardecer. Se entretenía haciendo ropitas de encaje, fajitas de gasa, gorritos con cintas, y calcetines diminutos. Se pasaba horas sentada mirando en el espejo la redondez cremosa de su cara, mientras tras ella su doncella le cepillaba una y otra vez el pelo, que se volvía más brillante a cada pasada. Se le hincharon los tobillos; se quedaba tumbada en los sofás, con un libro cerrado en la mano, mirando al vacío. A su debido tiempo la espera llegó a su fin, se llamó al doctor, y se retiró a Eugenia a su habitación con una multitud de enfermeras y sirvientas, una de las cuales, tras un periodo de casi dieciocho horas, anunció a William que era el feliz padre no ya de una, sino de dos criaturas vivientes, dos niñas, las dos en perfecto estado. Mujeres atareadas se deslizaban por delante de William mientras asimilaba esta información, cargadas con cubos de lavazas inidentificables y cestos de paños manchados. Cuando entró para ver a Eugenia, estaba recostada sobre almohadas recién almidonadas, con el pelo adornado con una cinta azul celeste, y el

cuerpo oculto hasta la barbilla bajo colchas immaculadas. Sus hijas yacían junto a ella en un cesto, como dos huevos en una caja, fajadas como momias diminutas, las caritas con manchas pasajeras de color rojo y marfil y azul pizarra, estrujadas bajo capotas sujetas con imperdibles. Había un olor a lavanda proveniente de las sábanas, y perduraba aún toda otra serie de olores debidos al alumbramiento, posteriormente disimulados, de carácter furtivo, lechosos y sanguinolentos. William se inclinó para besar a su mujer en la mejilla, que estaba fría, a pesar de que tenía gotas de sudor en el nacimiento del pelo y a lo largo del labio superior. Eugenia cerró los ojos. Él se sentía enorme, sucio, inflado, *impropio* en aquella habitación, entre aquellos olores. Eugenia dio un suspiro, sin decir nada.

—Estoy muy orgulloso de ti —dijo William, a la vez que sentía cómo su voz masculina gruñía y raspaba entre aquellas capas de suavidad.

—Ahora tiene que irse, está agotada —le dijo la comadrona.

A las niñas les pusieron de nombre Agnes y Dora, y las bautizó Harald en la capilla. Para entonces, ya tenían cara. Idénticas caras, idénticas bocas que se abrían en idénticos momentos, idénticas mejillas e idénticos ojos azules. Recordaban al propio Harald, eran de pura cepa. Tenían una ligera pelusilla blanca en sus cabecitas palpitantes.

—Como las crías de cisne —le dijo William a Eugenia, una vez que se encontró, en contra de su costumbre, sentado a su lado en el salón, cuando la niñera bajó a las niñas para la visita diaria a su madre—. Tú eres como el plumón del cisne, y ellas son tus crías. No se parecen nada a mí.

Eugenia, embozada en chales de seda, sacó una mano de entre las niñas y le cogió la suya.

—Ya se parecerán —dijo, con una nueva esperanza de matrona—. He visto tantos bebés... Cambian de una semana para otra, incluso de un día para otro. Los parecidos pasan por sus caritas como las nubes, a papá un día, al abuelo el otro, a la tía Ponsonby el martes y a la bisabuela el viernes a la hora de cenar. Es por lo *blandos* que son, los pobrecitos, por lo plásticos; de repente ves tu propia barbilla en Agnes y a una de tus abuelas sonriéndote desde los ojos de Dora a poca paciencia que tengas.

—Seguro que tienes razón —dijo William, a la vez que notaba con sorpresa y satisfacción que la manita redonda seguía en la suya, que aquellas yemas tan suaves seguían en contacto con su palma.

A las niñas las amamantaba una nodriza, Peggy Madden, que no se correspondía en absoluto con las fantasías de William al respecto, quien se imaginaba una mujer de imponente aspecto, toda abundancia y generosidad, con los brazos gordos y el regazo amplio, además del pecho capaz. Peggy Maden era una criatura delgada, con el cuello largo como una grulla, y brazos de alambre. Por regla general, llevaba un vestido color tierra, abotonado hasta la barbilla, bajo un delantal azul marino. Bajo esta ropa

discreta y modesta, se veía que sus pechos eran desproporcionados, dos globos prominentes sin relación alguna con su elegante cintura y sus hombros delicados. Su contemplación hacía que William tomara incómoda conciencia de la correspondiente hinchazón que provocaban en su cuerpo. De todas formas, la existencia de Peggy había restablecido el uso del cuerpo de Eugenia, y William, de retirada, se encontró la puerta del dormitorio de ella insinuantemente abierta, y un fuego cálido parpadeando más allá. Se adentró en su resplandor, y fue recibido en la cama con los mismos arrumacos acogedores, el mismo éxtasis fulgurante, los mismos grititos que antes, sólo que la piel estaba más blanda y dilatada, que los pechos donde reclinaba su cabeza triunfante eran más grandes y azucarados, que el centro estaba más blando y replegado. Y el modelo completo se reprodujo otra vez: las breves semanas de placer, los largos meses de languidez amistosa y excluyente, la fabricación del nido, el nacimiento de su hijo, otra cría de cisne con la cabeza blanca, y vuelta a empezar, exactamente igual, hasta que tuvo otro par de gemelas, Meg y Arabella. Eugenia dijo que el niño tenía que llamarse Edgar, y ésa fue la única vez que puso pegos o que trató de hacerse valer. Había un Edgar en cada generación de Alabasters, dijo Eugenia poniendo morritos y metiendo su generosa barbilla. William dijo que su hijo no era un Alabaster sino un Adamson, y que desearía darle un nombre de su propia familia, por poco distinguido que fuera.

—No veo por qué —dijo Eugenia—. No vemos a tu familia, ni nos tratamos con ella, ni parece que vayamos a hacerlo. Tu familia no viene hasta aquí, y Edgar no los va a conocer, supongo. *Nosotros* somos tu familia, y creo que debes reconocer que hemos sido buenos contigo.

—Más que buenos, querida, más que buenos. Sólo que...

—¿Sólo que...?

—Me gustaría tener *algo mío*. Y mi hijo es mío, en cierto modo.

Ella lo meditó entristecida, confusa. Luego dijo pacíficamente:

—Podríamos llamarlo William Edgar.

—Mi nombre no, el de mi padre, Robert. Robert es un bonito nombre inglés.

—Robert Edgar.

Parecía una descortesía protestar porque le pusieran Edgar después de eso. Y al niño se le conoció por Robert, y a veces William pensaba que veía su propia mirada despierta en la cara de la criaturita, aunque el niño, como los otros cinco, era sobre todo un Alabaster, una criatura pálida, bien dibujada, nerviosa. Cinco en tres años era, incluso en aquellos días, una familia extensa y rápida, una masa de carne infantil tambaleante como una camada de cachorros, se sorprendió William pensando una vez. Porque no era feliz. Tal vez no hubiera sido nunca exactamente feliz, aunque tenía lo que había deseado, lo que había escrito en su diario que había deseado.

No era feliz por muchas razones. Ante todo, y todos los días, le preocupaba haber

perdido sus objetivos, incluso su vocación. No podía pedirle a Harald que le ayudara a organizar otra expedición, con unos hijos recién nacidos tan pequeños; parecía una grosería. Volvió a ponerse a catalogar la colección de Harald, y dedicó horas y días y semanas de trabajo a enmarcar especímenes, a inventar ingeniosas formas de almacenaje, y hasta a comparar, bajo el microscopio, hormigas y arañas africanas con las procedentes de Malaya y de América. Pero la colección era tan aleatoria, tenía tantas lagunas, que a menudo se descorazonaba. Y aquel trabajo no era para lo que estaba hecho. Él quería observar *la vida*, no conchas muertas, quería conocer los procesos de las cosas vivientes. A veces establecía una analogía, casi amargamente, entre la colección de élitros y cajas torácicas y patas de elefante y plumas del paraíso de Harald con el interminable libro circular de Harald sobre el Plan divino, que se metía en un lío tras otro, que pasaba de un claro momentáneamente iluminado al matorral espinoso de la duda honesta.

Cuanto más miraban los dos pieles, dientes, flores, picos y trompas, más consciente se hacía él de una inmensa fuerza inexorable, fortuita y constructiva, que no era paciente porque era necia y descuidada, que no amaba porque era implacable descartando lo inútil o lo dañado, que no era artística porque no hacían falta maravillas para abastecer sus delicadas y brutales energías, sino que era compleja, bella y terrible. Y cuanto más se deleitaba en las propias observaciones derivadas de los trabajos que iba haciendo, más vanos y patéticos le parecían los intentos de Harald de arrojar una red de teología sobre ella, de buscar en sus manejos y en sus cavilaciones un espejo de su propia mente, de exigirle bondad o justicia. A veces habría discutido ferozmente con Harald; siempre experimentaba una especie de inhibición a la hora de expresar con total claridad lo que creía, porque se sentía en deuda con aquel hombre mayor que él, además de deferente y protector. Y era lo bastante arrogante para creer que, si *decía* todo lo que pensaba de verdad, llevaría a su mecenas y suegro a la desesperación más absoluta. Y también era lo suficientemente humano como para que le repugnase hacerlo.

Pero esa inhibición acrecentaba la soledad que era su otro problema. Había estado solo en las selvas del Amazonas. Se había sentado junto a un fuego en un claro, mientras escuchaba aullidos de monos y zumbidos de alas, y se había dicho a sí mismo que habría dado *cualquier cosa* por escuchar una voz humana, una pregunta convencional, «¿Qué tal estás?», un comentario banal sobre el tiempo, o sobre el monótono sabor de la comida. Pero allí también había tenido conciencia de sí mismo: un ser pensante que sobrevivía gracias a aguzar su ingenio, una mente en un cuerpo frágil, bajo el sol y la luna, bañado en sudor y en los vapores del río, picado por mosquitos y moscas agresivas, con los sentidos alerta por las culebras y los animales de los que podía alimentarse. Aquí, en medio de la cerrada y complicada sociedad de la casa de campo, se sentía solo de una manera diferente, a pesar de que casi nunca estaba exactamente solo. No tenía cabida en el mundo femenino de la cocina, el cuarto de los niños, y el saloncito. A sus pequeñas se las pasaban de mano en mano,

de la nodriza a la niñera, las llevaban en cochecitos y las alimentaban con frascos y cucharillas. Su mujer sesteaba y cosía, y sus sirvientas la alimentaban y acicalaban. Las otras muchachas se ausentaban para hacer una cosa u otra, se vestían y se desvestían y jugaban a juegos complicados por las noches con palitos y cartas alfabéticas, con tableros y dados. Los jóvenes no solían estar en casa y, cuando lo estaban, se pasaban el tiempo fumando y haciendo ruido. Le gustaba Robín Swinnerton, a quien parecía caerle bien, pero las relaciones entre Eugenia y Rowena se habían enfriado cuando Rowena no había tenido niños y Eugenia sí, y los Swinnerton solían salir de viaje a los Lagos, o a París o a los Alpes.

Los criados siempre estaban ocupados y, en general, callados. Se perdían de repente tras sus propias puertas en zonas misteriosas en las que él nunca se había internado, aunque se los encontraba en todos los recodos de los lugares en donde se desarrollaba su propia vida. Le preparaban el baño, le abrían la cama, le servían la comida y le retiraban los platos. Se llevaban su ropa sucia y se la traían limpia. Tenían tantas cosas que hacer urgentemente como pocas los niños de la casa. Una vez que se había levantado a las cinco y media porque no se podía dormir, había cruzado una puerta que llevaba a la cocina, con la intención de coger un poco de pan y caminar hasta el río, para ver el amanecer sobre el agua, y había sorprendido a una ayudante de cocina, un diminuto duendecillo negro con una cofia, que llevaba una escoba y dos cubos enormes, y que dio un gritito al verlo, porque no se lo esperaba, y dejó caer un cubo con gran estrépito. Al percibir señales de movimiento, él miró en el cubo y vio un hervidero de escarabajos negros, de varias pulgadas de fondo, que se tropezaban y agitaban las patas y las antenas, pringados de algo gelatinoso.

—¿Qué *está* haciendo? —le había preguntado.

—He estado vaciando las trampas —contestó la niña. No era más que una niña. Le temblaba la boca—. Cuando bajé, el fregadero estaba lleno de bichos, señor. Tengo que colocar las trampas por la noche, la señorita Larkins me enseñó cómo, se pone melaza en uno de estos cubos de lata tan profundos, y así caen dentro y no pueden ponerse derechos. Y luego tengo que sacarlos y echar agua hirviendo encima. Se asombraría de ver cómo vuelven, señor, da igual a cuantos achicharre. Odio el olor —dijo, y luego, como temerosa de aquel comentario humano, agarró el cubo—. Le ruego que me perdone —dijo vagamente, segura de que, de alguna manera, estaba equivocada.

Se le pasó por la cabeza la idea de hacer un estudio sobre aquellos escarabajos, que eran tan abundantes y tan poco deseados.

—Me pregunto si hay alguna manera de ver cómo se reproducen. ¿Cree usted que podría conseguirme unos veinticinco ejemplares gordos y saludables? A cambio de algo, claro.

—Comen casi de todo —dijo—, supongo. Son unos bichos asquerosos, te estallan bajo los pies por la mañana. No creo que a la señorita Larkins le guste que coja ninguno vivo si a usted le da lo mismo, quiere que los abra, y pronto, antes de que

los señores se levanten. Le *preguntaré* de su parte, pero no creo que le haga gracia.

Su aliento tenía un ligero olor que se distinguía a cierta distancia. Tanto la melaza como los insectos que se revolvían y crepitaban tenían un olor penetrante y enfermizo. Retrocedió, olvidándose del pan. Ella recogió sus cubos, mientras se le tensaban los músculos de sus hombros delicados y de su fino cuello. No pudo ponerse a imaginar su vida, sus hábitos de pensamiento, sus esperanzas y sus miedos. Pasó a tener una confusa impresión de ella en la memoria, con sus coleópteros atrapados, debatiéndose sin esperanza.

Si tenía un sitio era en los espacios entre la molicie acolchada de la familia y las jerarquías de sirvientes encerradas en los áticos, los sótanos y los trasteros. En el cuarto de estudio, por ejemplo, donde a veces se descubría a sí mismo observando a las habitantes de la colmena y del invertido hormiguero de cristal, ambos consolidados con éxito y en pleno funcionamiento. Se iba hasta allí cuando sabía que las niñas estaban jugando fuera o de paseo, y de vez en cuando se encontraba con Matty Crompton, cuya posición en la casa, pensaba a veces tristemente, era tan incierta como la suya. Los dos eran pobres, los dos empleados a medias, los dos, ahora, parientes de los amos, pero no amos. No se lo contaba a Matty Crompton, que se andaba con más cautela con William desde su matrimonio y se dirigía a él con puntilloso respeto. Empezó a preguntarse cómo pasaría los días, de la misma forma que también empezó a fijarse en el duro trabajo de criaturas como el duendecillo que achicharraba a los escarabajos, y llegó a la conclusión que a Matty Crompton se le pedía que «fuese útil» sin adjudicarle ningún puesto que la degradara. A las mujeres se les daba mejor ocuparse en algo útil, suponía. Las casas como aquella las llevaban mujeres, y estaban pensadas para ellas. Harald Alabaster era el amo, pero constituía, hasta donde llegaba el runrún de los relojes y los engranajes domésticos, un *deus absconditus* que lo ponía todo a funcionar, y tal vez pudiera pararlo con un solo toque, pero tenía poco que ver con la utilización de la energía.

Fue una sugerencia casual de Matty Crompton, de cualquier forma, lo que le llevó a emprender de nuevo una actividad con una finalidad concreta. Se la encontró una mañana de finales de primavera, sentada en la mesa, enfrente del hormiguero con un platito de porcelana con trocitos de fruta, de pastel y de carne, y un gran cuaderno, en el que escribía afanosamente.

—Buenos días, espero no molestarla.

—De ningún modo. Estoy haciendo experimentos sobre el comportamiento de estos fascinantes animalitos. Sin duda, a usted mis investigaciones le parecerán muy toscas.

Él lo puso en duda, y le preguntó qué estaba estudiando.

—He estado poniendo distintos alimentos en la superficie de la tierra del tanque, y contando el número de hormigas que se apresuran a aprovisionarse de comida y lo

rápido que acaban con ella, y cómo lo hacen. Acérquese y mire; les atraen mucho los trozos de melón y de uvas; a este pedacito de fruta dulce le ha llevado casi exactamente media hora convertirse en poco más que un acerico viviente. Siempre empiezan por lo mismo, mordiendo la fruta y absorbiéndola desde abajo, enterrando sus cuerpos en ella si se puede y chupándola poco a poco hasta que la dejan seca. Mientras que los trocitos de jamón los levantan a pulso varias hormigas a la vez, y los introducen en el nido por las rendijas de la superficie, donde se los pasan a otras hormigas. No se puede dejar de admirar la manera que tienen de comunicarse las unas a las otras la existencia del melón o del jamón, el número de hormigas que hace falta para chuparlo o transportarlo. Parece que sus métodos no tienen orden ni concierto, pero son tan deliberados... Estoy convencida de que todo este *hormiguelo* se puede traducir en mensajes dados y recibidos. Espero que mi Formica prima no se ahogue en el jugo. Lleva sin moverse de ahí lo menos diez minutos.

—No me diga que ha llegado a reconocer a las hormigas una por una.

—Durante unas cuantas horas puedo seguir a una, si es que alguna vez tengo *unas cuantas horas*, pero no se me ocurre ningún método para marcar a alguna de modo que pueda reconocerla cuando la vuelvo a ver. Me he fijado en que algunas hormigas, me parece, son mucho más *activas* que otras, incitan a las otras a moverse, cambian de actividad o de dirección. Pero nunca puedo quedarme lo suficiente de una sola vez.

—Si marcásemos a una con cochinilla, puede que sus compañeras la rechazasen...

—Seguramente sería una manera... ¿pero se *vería* el color?

—¿Puedo ver su cuaderno?

Miró sus dibujos, perspicaces y cuidadosos, a lápiz, con tinta india, de hormigas alimentándose, de hormigas luchando, de hormigas levantando parte del cuerpo para regurgitarse el néctar las unas a las otras, de hormigas acariciando larvas y cargando pupas.

—Hace usted que me avergüence, señorita Crompton. He estado dándole vueltas en secreto a... la interrupción de mis esperadas investigaciones sobre la vida de los insectos en la cuenca del Amazonas... dada la buena suerte que tengo últimamente... Y aquí está usted, haciendo lo que yo debería estar haciendo, observando el mundo desconocido que tenemos a mano.

—Naturalmente, mi radio de acción es más limitado. Estoy acostumbrada a fijarme en lo que tengo más cerca.

Sintió su mirada examinándolo, tasándolo.

—Si en algún momento —dijo— quisiera hacer un estudio del gran hormiguero del que salió esta colonia, por ejemplo, estoy segura de que podría «contratarnos» a mí y a las niñas como humildes ayudantes y encargadas de cuentas...

—He visto nidos tanto de *Acanthomyops fuliginosus* como de la *Formica sanguinea* que se dedica a atrapar esclavas cerca de nuestra ciudadela original. Un

estudio comparativo podría ofrecer mucho interés...

—Pero no podemos ver lo que pasa *dentro*, como aquí...

—No, pero podemos inventar medios y maneras de ver muchas cosas. Le estoy muy agradecido, señorita Crompton.

Estuvo a punto de decir: «Me ha devuelto usted cierta esperanza», pero se dio cuenta a tiempo de que no venía al caso, y hasta era un poco desleal.

Esta conversación tuvo lugar, por lo que pudo recordar luego, en la primavera de 1861, poco después del nacimiento de Agnes y Dora. Llevaba en Bredely casi un año exacto. Más tarde, vería en esta conversación el origen del estudio cada vez más ambicioso de las comunidades de hormigas y, en menor medida, de las colmenas de las inmediaciones del Hall, que a lo largo de los tres años siguientes iban a realizar él mismo y un equipo de ayudantes: las niñas del cuarto de estudio y la señorita Mead, el chico del jardinero y su hermanito, y la propia Matty Crompton, despierta y eficiente. Las hormigas son animales estacionales, que viven intensamente en los meses de verano y duermen cuando hace frío. William empezaba a descubrir en 1861 que su propia vida estaba sujeta a las mismas fluctuaciones estacionales. El renovado interés de Eugenia por él, una vez las niñas se encontraron a salvo en el cuarto de los niños con Peggy Madden y sus pechos hinchados, coincidió así con los acontecimientos en el campo a los que Matty Crompton le invitaba a prestar atención. Eugenia, la respetable madre, ya nunca estaba dispuesta a unirse a ningún paseo comunitario por la orilla del río, por no hablar de andar revolviendo la tierra del bosquecillo de los olmos, pero solía aparecer por allí una o dos veces, exquisita y vulnerable, vestida de muselina blanca, con cintas azul celeste y una sombrillita blanca, y se quedaba esperando que le hiciera caso, cosa que le premiaba con una sonrisita lenta y secreta. Después, la mayoría de las veces se daba la vuelta y regresaba despacio hasta la casa, sabiendo que él tenía que seguirla, que soltaría su desplantador y se uniría rápidamente a ella, que su mano lícita descansaría amorosamente en su fajín azul mientras, con una cierta conciencia, se irían adentrando en sus propias habitaciones. No obstante, de una manera un tanto fortuita, en ese primer año se descubrieron y clasificaron varios nidos.

Había un nido madre, con un túmulo de seis pies y una ciudad subterránea de aproximadamente cuatro, al que la vivaracha Margaret apodó irrespetuosamente el nido Osborne, por la residencia de verano de la reina Victoria. Tenía sus satélites o colonias, el Tronco del Bosquecillo de Olmos, la Colonia de las Zarzas y el Nido del Muro de Piedra, y una que había caído en desuso, denominada por la señorita Mead, que tenía un toque poético, el Pueblo Desierto. Fue también la señorita Mead la responsable del nombre del Tronco del Bosquecillo de Olmos, una acertada descripción de la localización del floreciente nido nuevo en el tocón del árbol, pero una referencia además al poema de Robert Browning «Nostalgia del hogar en el extranjero», en el que se describe la nostalgia del expatriado por la primavera inglesa, que William había experimentado tan intensamente en medio del calor constante, sin

estaciones, de los trópicos.

Ay, quién estuviera en Inglaterra
ahora que allí es abril
y cualquiera que se despierte en Inglaterra
ve, por sorpresa, una mañana
que las ramas más bajas y el haz de matas
que rodean el tronco del olmo se cubren de hojitas,
mientras el pinzón canta en una rama del huerto
en Inglaterra, ¡ahora mismo!

Hasta la primavera siguiente, en 1862, la añoranza contraria de olores tropicales, de monos aulladores, del espacio del río y de la gente indolente que había conocido, no se hizo sentir con su propia fuerza. En 1861 les dijo a la señorita Mead y a Matty Crompton cuánto había significado ese poema para él, cómo se habían grabado en su imaginación las hojitas y la frescura de la primavera, y ellas respondieron que todo eso les parecía muy interesante. El Nido Madre y sus satélites eran todos ciudades de la hormiga de los bosques, *Formica rufa*. Pero también se descubrieron ciudades de hormigas negras, *Acanthomyops fuliginosus*, y de hormigas amarillas del césped, *Acanthomyops umbratus*, y de las ferruginosas esclavistas, *Formica sanguinea*. La señorita Mead quería ponerles de nombre a las ciudadelas de estas últimas *Pandemónium*, según la ciudad de los demonios de Milton, y se quedó en el claro, con sus anteojos brillando a la luz del sol, y recitó *El paraíso perdido*.

«... pero sobre todo el espacioso vestíbulo...
totalmente plagado, tanto su suelo como su aire
acariciados por un frufrú de alas al rozarse.»

—Eso eran *abejas* —dijo Matty Crompton—. Sigue diciendo,

«... Igual que las abejas
en primavera, cuando el sol transita por Tauro,
rebotan racimos de su populosa prole
por toda la colmena; entre frescos rocíos y flores
vuelan de acá para allá, o sobre la alisada tabla,
la colonia exterior de su ciudadela hecha de paja,
con bálsamo recién frotada, detallan y cotejan
sus asuntos de estado: así de densa la etérea multitud
bullía y se apretaba; sin embargo, a una señal,
¡oh, maravilla!, los que hasta entonces parecían

superar en tamaño a los hijos gigantes de la tierra,
ahora menores que los más diminutos enanos, en un angosto espacio
se apiñan incontables, como esa raza de pigmeos
tras la cordillera india; o mágicos elfos,
cuyas juergas nocturnas, a la vera de un bosque
o de una fuente, algún campesino rezagado ve
o sueña que ve, mientras en lo alto la luna
se posa conciliadora, y más cerca de la tierra
sigue, rodando, su pálido curso; en sus risas y bailes
absortos, ellos con músicas alegres le encantan los oídos;
de contento y miedo al tiempo, el corazón le da un vuelco.»

—Deberíamos rebautizar la colmena con el nombre de Pandemónium si vamos a hacer referencia a Milton.

William se dio cuenta de que las observaciones de Milton sobre las abejas eran exactas, y de que la señorita Crompton se sabía su Milton extraordinariamente bien.

—Me hicieron aprenderme ese pasaje de memoria como ejemplo de comparación heroica —dijo la señorita Crompton—. La verdad es que no me arrepiento, es muy bonito, y no se puede decir que me costara aprenderlo. Tengo buena memoria, se me quedan las cosas rápidamente. Pero si le ponemos Pandemónium a la colmena, ¿qué nombre vamos a darle al hogar de las hormigas esclavistas?

—¡Qué comercio más horrible! —dijo la señorita Mead, con inusitada vehemencia—. Nunca he llorado tanto con un libro como con *La cabaña del tío Tom*. Rezo todas las noches por la causa del presidente Lincoln.

Se acababan de producir los primeros enfrentamientos en la guerra entre los estados. En Bredely había división de opiniones respecto a este tema (gran parte del dinero de la familia provenía del comercio de algodón de Lancashire), y por consiguiente no se discutía a fondo sobre él. William le contó a la señorita Mead que había visto el funcionamiento de la esclavitud en las plantaciones de caucho brasileñas, y estaba de acuerdo en que era tremenda, a pesar de que funcionaba de otra manera en aquel país donde sólo una pequeña parte de la población era racialmente pura, ya fuera blanca, negra o india.

—Varios de los compañeros más agradables que tenía allí —dijo— eran negros liberados, hombres de sólidos principios y amable disposición.

—¡Qué interesante! —dijo Matty Crompton.

—Y hay una ley que les prohíbe a los portugueses hacer esclavos a los indios, comprándoselos cuando son niños a los jefes de las tribus. Eso ha dado lugar a que los comerciantes portugueses de carne humana empleen un curioso eufemismo. Utilizan la palabra «rescatar» (*resgatar*) para decir que compran gente. La tribu de Manaos es muy guerrera y hace esclavos a sus prisioneros, que son luego «rescatados» por los portugueses y forzados a la esclavitud. Así que *resgatar* es la

palabra corriente para la compra de niños a lo largo del río. Con lo cual se degrada el concepto de rescate, tanto en un sentido teológico como humano.

—¡Qué horror! —dijo la señorita Mead—. Y usted vio esas cosas...

—Vi cosas que ni se me pasaría por la cabeza contarles —dijo William—, por miedo a provocarles pesadillas. Pero también vi inconcebibles muestras de bondad humana y de sana camaradería, sobre todo entre la gente de raza negra y mixta.

Volvió a sentir la mirada penetrante de la señorita Crompton. Era como un pájaro, de vista aguda y atenta.

—Me gustaría que nos contara más cosas. No deberíamos vivir a espaldas del resto del mundo.

—Reservaré mis relatos de viajes para las veladas de invierno junto a la chimenea. Ahora tenemos que ponerle un nombre al nido de las Formica sanguinea.

—Podríamos llamarla Atenas con toda justicia —dijo la señorita Crompton—, ya que la civilización griega, que tanto admiramos, se fundó sobre la esclavitud, y hasta me atrevería a decir que no habría brillado con tanto esplendor a no ser por ella. Claro que su arquitectura, si se puede denominarla así, es menos gloriosa.

Las diminutas habitantes del lugar correteaban bajo sus pies o entre ellos, nerviosas e irritables, acarreando pedacitos y hebras de esto y de lo otro.

—Propongo el Fuerte Rojo —dijo William—. Suena bastante guerrero, y hace alusión al color de las Sanguinea.

—El Fuerte Rojo entonces —dijo Matty Crompton—. Me consagraré a su geografía y a su historia, si no *ab urbe condita*, al menos a partir de *nuestro* descubrimiento de él.

Y una o dos veces más se la encontró trabajando diligentemente, registrando episodios de la vida de la colmena y la ciudad. Las hormigas de los bosques de toda aquella parte de Surrey escogieron la fiesta de San Juan para su vuelo nupcial. Nadie había contado con eso en 1861; de hecho, los jóvenes y las ocupantes del cuarto de estudio estaban todos participando en una merienda de fresas en el césped, cuando cientos de criaturas aladas, aturdidas y tambaleantes, machos y hembras, cayeron del cielo sobre los sandwiches de pepino y la nata líquida de las jarritas de plata, escabulléndose a toda prisa por parejas, ahogándose en jugo de fresas y en Orange Pekoe, trepando por cucharillas y servilletitas bordadas. Eugenia se enojó mucho, y se quitó con dos dedos y una quisquillosa mueca de disgusto varios machos que erraban por el cuello de su vestido, ayudada por William, que apartaba de un manotazo la multitud de patitas que se agarraban a su pelo y a su quitasol. Las niñas corrían de un lado a otro chillando y sacudiéndose la ropa. La señorita Crompton sacó su cuaderno de apuntes y se puso a dibujar. Cuando Elaine trató de echar un vistazo a sus bocetos cerró el cuaderno de golpe y lo metió en su cesto, para dirigir su atención a la batalla entre los Alabaster y las hormigas, sacudir el mantel con un vigoroso tirón

y guardar la mantequilla. Las hormigas muertas y las moribundas se acumulaban en sedosos montoncitos plateados y negros. La cocinera los barría del alféizar de la cocina con una escoba. Mientras las criadas se apresuraban a meterse dentro con las cosas de la merienda, William tuvo otro vislumbre de su diminuto duendecillo de los escarabajos, que trotaba porfiadamente por la hierba con la pesada tetera. La señorita Crompton, eximida de su responsabilidad, sacó de nuevo su cuaderno de dibujo. William (estaba en el final de su segunda luna de miel) siguió a Eugenia al interior de la casa para que se cambiara de vestido, para asegurarse de que ningún bicho de la plaga se había quedado atrapado en algún volante o algún pliegue de algodón almidonado.

Durante el invierno, incómodo por el frío, tanto por el humano de Eugenia como por el climático, William tuvo su primera discusión real con Harald Alabaster. El frío tampoco era bueno para Harald. El estudio estaba todo lo lejos posible de la cocina y de las instalaciones de la calefacción para que el amo de la casa se viese libre de los olores de la comida y del humo; por consiguiente, incluso con un fuego encendido en el hogar, era demasiado frío para trabajar. El invierno aportó vitalidad a los hombres más jóvenes de la casa. Edgar y Lionel se pasaban el tiempo fuera, disparando o cazando, y regresaban con pesadas cargas de animales sanguinolentos, con las plumas o la piel salpicadas de sangre, y sangre a menudo también en sus manos y en sus ropas. Su vitalidad hacía que el aislamiento de su padre pareciese aún mayor. Parecía casi confinado en su estudio, y era prácticamente invisible cuando se paseaba por los pasillos o se quedaba rondando el umbral del cálido nidito de su mujer. Mandó un criado para pedirle a William que fuese hasta allí y viese un pasaje nuevo que había confeccionado sobre las evidencias de la providencia divina.

—Pensé que le interesaría echarle un vistazo, sobre todo porque contiene ciertos argumentos, ciertos ejemplos, que caen dentro de su especialidad. He llegado a este razonamiento siguiendo la dirección del *misterio* y la certeza del *amor*. Tal vez tenga usted la bondad de echarle una ojeada.

Le alargó sus papeles, escritos con una letra diminuta y precisa, que empezaba a mostrar señales del temblor de las manos ancianas, del debilitamiento de los nervios y los músculos. El papel estaba muy trabajado, y recordaba una especie de labor de retales, con párrafos tachados con rayas negras, reinsertados más arriba o más abajo, encerrados en redondeles o partidos. William se sentó en la silla de su suegro y trató de encontrarle un sentido, mientras su irritación iba en aumento. Era una nueva exposición de viejos argumentos, algunos de los cuales el propio Harald ya había descartado, por insostenibles, en sus conversaciones.

«Te alabaré», clama el autor del salmo 139, «porque estoy formidable y maravillosamente hecho: ¡Qué admirables son tus obras! Y eso mi alma lo sabe bien.» Y el salmista continúa casi como si estuviese al tanto de los debates en boga sobre el origen de los seres vivos y el desarrollo de los embriones. «No se te ocultaba mi sustancia cuando en secreto era formado y misteriosamente plasmado en las entrañas de la tierra. Ya vieron tus ojos mi sustancia, aun siendo imperfecta; y en tu libro estaban escritos todos mis miembros, que a continuación fueron forjados, aun antes de existir el primero de ellos. ¡Cuán preciosos me son también, oh, Dios, tus pensamientos! ¡Qué ingente el número de ellos! Si quisiera contarlos, son más que las arenas: cuando despierto, aún estoy contigo.»

Todos hemos tenido estas intuiciones, estas inspiraciones, de temor reverencial por *estar formidable y maravillosamente hechos*, y es nuestro instinto natural dar por sentado un *hacedor* de semejante complejidad, de la que nuestras mentes desarrolladas apenas pueden creer que haya surgido por pura casualidad. El salmista se anticipa así a los teóricos de la evolución con su conocimiento de la *perfección de la sustancia* y la *forja continua* que lleva a producir seres vivos. Antes escribe sobre la amorosa solicitud de Dios para con el niño aún no nacido, en el versículo 13: «Porque tú has poseído mis entrañas: tú me has protegido en el seno de mi madre.» Es razonable preguntar de qué manera se diferencia semejante Deidad de lo que el señor Darwin denomina Selección Natural, cuando escribe: «Puede decirse que la selección natural es un escrutinio de día en día y de hora en hora, a lo largo y ancho del mundo, de cada variación, hasta de la más mínima, en el que se descarta lo que está mal, y se preserva y acrecienta lo que está bien; un trabajo silencioso e imperceptible, cuando quiera y dondequiera que se presenta la oportunidad, de mejora de cada ser orgánico...»

¿Y no es este amoroso cuidado otra manera de describir la providencia por intercesión de la gracia de Dios en la que tradicionalmente se nos ha enseñado a creer? ¿No podríamos de hecho argumentar que la nueva forma de entender los medios por los que se efectúan esos cambios providenciales del señor Darwin no es en sí misma una *nueva providencia* que contribuye tanto al avance y desarrollo humanos como a nuestra capacidad de asombrarnos, de conocer, de fomentar y restaurar esas fuerzas que Dios ha puesto en movimiento, y a las que el señor Richard Owen ha descrito como el «operar continuo de una transformación ordenada»? Nuestro Dios no es un *Deus Absconditus*, que nos haya dejado a oscuras en un yermo estéril, ni tampoco un Relojero indiferente que haya enroscado un muelle para contemplar, desprovisto de pasión, cómo se desenrosca lentamente camino de una inercia final. Él es un artesano cuidadoso, que constantemente inventa nuevas posibilidades a partir de las abundantes gracias y materias primas que les proporciona.

No hace falta ser Pangloss^[9] para creer en la belleza, la virtud, la verdad, la felicidad y, por encima de todo, en el compañerismo y el amor, tanto humano como

divino. Evidentemente no todo conduce al bien en el mejor de los mundos posibles, y sería el colmo de la locura, del espejismo, pretender deducir la existencia de Dios de los alegres brincos de los corderos saltarines, de la luminosidad de los ranúnculos, o incluso de una promesa de arco iris en un cielo tempestuoso, a pesar de que el escritor del Génesis ofrece a menudo a todos los hombres la imagen del arco-iris como una promesa de que, mientras perdure, la siembra y la cosecha, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche no cesarán. En la Biblia se nos dice que la tierra está maldita desde la Caída del Hombre; se nos dice que la maldición fue suprimida en parte tras el Diluvio; y se nos dice también que nuestra propia naturaleza destructiva puede ser redimida, es redimida, por el rescate pagado por Nuestro Señor Jesucristo. El rostro de la tierra no es siempre sonriente, incluso si Dios nos habla por boca de las piedras y las flores, de las tempestades y los torbellinos, o hasta de la humilde diligencia de las hormigas y las abejas. Y se puede discutir, si es nuestro deseo, una *mejora* de nuestra propia naturaleza maldita, que se resuelve por sí misma en nuestra vida cotidiana, con muchos contratiempos, con muchos esfuerzos, desde el día en que Nuestro Señor nos ordenó «Ama al prójimo como a ti mismo» y se reveló como el Dios del Amor, así como el de la Potestad y de una especial Providencia.

Hablemos, como Él, en parábolas. Sus parábolas están sacadas de los misterios de esa Naturaleza, de la cual, si hemos de creer su Evangelio, él es Hacedor y Sustento. Nos habla del nacimiento de los gorriones y de los lirios del campo que no se afanan ni hilan. Nos habla, incluso Él, del despilfarro de la Naturaleza, que tanto espanta al Laureado, en Su parábola de las semillas que caen entre las malas hierbas o en terreno pedregoso. Si consideramos las humildes vidas de los insectos sociales, creo que podremos discernir verdades que son *paradigmas en clave* para la comprensión de nosotros mismos. Se nos ha acostumbrado a pensar en *el altruismo y la abnegación* como virtudes humanas, esencialmente humanas, pero al parecer no es así. Esos animalitos las ejercitan ambas, a su manera.

Se sabe hace tiempo que, tanto en las comunidades de abejas como de hormigas, sólo hay *una* verdadera hembra, la Reina, y que el trabajo de la comunidad lo desempeñan hembras estériles, o monjas, que se encargan de la alimentación, la construcción y la cría de toda la sociedad y su colonia. También se sabe desde hace tiempo que los propios insectos parecen capaces de determinar el sexo del embrión, o larva, según la atención que le dedican. Chambers nos dice que la fase preparatoria de la Abeja Reina lleva dieciséis días; de las estériles, veinte; y de los machos, veinticuatro. Parece que las abejas amplían la celda de la larva hembra, hacen un agujero piramidal para permitir que adopte la vertical en vez de la posición horizontal, la mantienen más caliente que a otras larvas, y la alimentan con una clase especial de comida. Estos cuidados, incluido el acortamiento del estado embrionario, producen una verdadera hembra, una reina destinada, como muy bien dicen Kirby y Spence «a disfrutar del amor, a consumirse de celos y de ira, a ser incitada a la venganza, a pasar el tiempo sin hacer nada». El señor Darwin ha reconocido con

pesar la ferocidad con la que las envidiosas reinas vigilan y asesinan a las hermanas que van surgiendo en la colmena. Se preguntó si esta matanza de las recién nacidas, si esta auténtica masacre de inocentes, no demostraba que la Naturaleza en sí misma era cruel y derrochadora. Se podría suponer a la inversa que se da una especial providencia en la sobrevivencia de la reina más adecuada para proporcionar a la colmena nuevas generaciones, o al enjambre un nuevo comandante. Sea como sea, es cierto que el desarrollo más largo de las obreras produce una criatura muy distinta, una criatura, de nuevo en palabras de Kirby y Spence, «celosa del bien de la comunidad, una defensora de los derechos públicos, que disfruta de inmunidad ante los estímulos del apetito sexual y los dolores de la reproducción; laboriosa, trabajadora, paciente, ingeniosa, hábil; constantemente ocupada en criar a las más jóvenes, en recolectar miel y polen, en elaborar cera, en construir celdas, y lo que es más, ¡en prestar la atención más respetuosa y asidua a cosas que, si sus ovarios se hubieran desarrollado, habría detestado y perseguido con una furia sumamente vengativa hasta destruirlas!».

No creo que sea una tontería afirmar que la sociedad de las abejas se ha desarrollado gracias a las pacientes monjas que convierten su trabajo en una primitiva forma de altruismo, abnegación y amorosa dedicación. Y aún resulta más asombrosamente cierto respecto a sus hermanas, las hormigas obreras, que se saludan las unas a las otras con grandes demostraciones de afecto y delicadas caricias, que siempre se están ofreciendo traguitos de sus cálices de néctar recolectado, mientras se apresuran a llevárselo a las habitantes desvalidas y dependientes de sus criaderos. También las hormigas, aunque no se sabe cómo, son capaces de determinar el sexo de las habitantes de sus criaderos, de modo que la comunidad reponga el número deseable de obreras, machos o reinas fértiles en sus distintas épocas. El cuidado de sus compañeras podría considerarse en sí mismo una providencia especial, si se pensara que es consciente, o una auténtica *elección moral*. Se ha puesto mucho empeño en intentar distinguir la voz de la autoridad en estas comunidades: ¿se trata de la reina o de las obreras, o de algún Espíritu de la Ciudad más omnipresente, localizado en todas partes y en ninguna, que determina estas cuestiones? ¿Qué es lo que dicta el movimiento coherente de todas las células de mi cuerpo? Yo no; a pesar de que tengo Voluntad, e Inteligencia, y Razonamiento. Crezco y envejezco según leyes que obedezco y no puedo alterar. Y eso mismo hacen estas criaturas menores de la tierra. ¿Qué nombre le pondremos a la Fuerza que las dirige? ¿Pura Casualidad o amorosa Providencia? En el pasado, los hombres de Iglesia siempre hemos dado una respuesta. ¿Vamos a acobardarnos ahora? Los científicos que tratan de «explicar» fenómenos como el desarrollo de los embriones de hormigas han recurrido a la idea de una «*forma formativa*», una Fuerza Vital, que tal vez resida en gémulas infinitamente numerosas. ¿No podemos preguntarnos con razón qué está detrás del poder formador, de la Fuerza Vital, de la física? Algunos físicos han llegado a hablar de una *x* o una *y* desconocidas. ¿No es posible que esta *x* o esta *y* sean el Misterio que

ordena las conductas de las hormigas y de los hombres, que mueve el sol y las otras estrellas, como escribió Dante, a través de los cielos: el Espíritu, el Aliento de Dios, el Amor Mismo?

¿Qué lleva a la Humanidad a anhelar la Confirmación Divina, la certeza del Cuidado Divino y la mano ordenadora del Creador y Perpetuador Divino? ¿Cómo habríamos tenido el ingenio necesario para inventar un concepto tan pasmoso si nuestras mentes diminutas no se correspondieran con cierta Presencia verdadera en el Universo, si no percibiéramos confusamente y no NECESITÁRAMOS aún más decisivamente un Ser semejante? Cuando vemos el amor de las criaturas por su descendencia, en la mirada tierna de una madre humana inclinada sobre su niño desvalido, que sin su amorosa vigilancia sería absolutamente incapaz de sobrevivir un día de hambre y sed, ¿no *sentimos* que el amor es el orden de las cosas, de las que somos una parte maravillosa? El Laureado trata de llenar las terribles cuestiones negativas en su gran poema^[10]. Nos permite echar un vistazo al nuevo rostro de un mundo regido sin propósito alguno por la Casualidad y la pura Suerte. Nos presenta, con canto lastimero, la posibilidad de que Dios no sea más que nuestra propia invención, y el Cielo una piadosa ficción. Da a la Duda nacida del demonio la importancia que se merece, y hace que sus lectores se estremezcan con esa angustia impotente que es parte del espíritu de nuestro tiempo.

Ay, a pesar de que confiamos en que el bien
será la meta definitiva del mal,
las punzadas del ser, las faltas del deseo,
los fallos de la duda y las manchas de sangre;

en que nada camina con pies sin propósito;
en que ni una vida será aniquilada
o arrojada como basura al vacío,
cuando Dios haya acabado su colección;

en que ni una lombriz es partida en vano;
en que ni una polilla con vanos deseos
se consume y marchita en un fuego sin fruto,
sino que redundará en beneficio ajeno;

fijaos bien, no sabemos nada de nada;
sólo puedo confiar en que el bien sobrevenga
al fin, dentro de mucho tiempo, para todos,
y todo invierno se convierta en primavera.

Así discurre mi sueño: ¿mas qué soy yo?

Un niño pequeño que llora en plena noche:
un niño pequeño que llora por la luz,
sin ningún otro idioma más que su llanto.

En el siguiente poema, el señor Tennyson aún escribe con más fuerza sobre la crueldad y la indiferencia de la Naturaleza, que grita: «No me preocupo de nada, todo pasará», y del Pobre Hombre:

quien confiaba en que Dios era pues el amor
y el amor la ley final de la Creación
(aunque Natura, rojos colmillos y garras,
con gran violencia chillaba contra su credo).

¿Y cómo responde a esta terrible acusación? Responde con la *verdad del sentimiento*, al que no debemos ser impermeables, a pesar de que pueda parecer puerilmente simple, ingenuo, casi impotente. ¿Podemos aceptar esta verdad del *sentimiento* desde el fondo de nuestro ser, cuando las cuestiones difíciles han aturdido y embotado nuestros intelectos?

No Lo encontré en mundo o sol alguno,
ni en ala de águila u ojo de insecto;
ni en las preguntas que se hacen los hombres:
las nimias telarañas que tejemos.

Si, cuando la fe se había dormido,
escuchaba una voz: «No creas más»
y oía una costa siempre batida
que se hundía en un piélago sin Dios,

un calor en mi pecho derretía
lo más frío de la razón glacial
y, como un hombre airado, el corazón
se alzaba y respondía: «He sentido.»

No; como un niño inseguro y miedoso.
Pero aquel clamor ciego me hizo sabio;
yo era entonces como un niño que llora,
mas que, al llorar, siente a su padre cerca.

Y lo que soy contenía de nuevo
lo que es, pero ningún hombre entiende;

y de lo oscuro salían las manos
que a Natura traspasan, moldeando hombres.

¿No fue una auténtica orientación la que permitió que el señor Tennyson se convirtiese de nuevo en un niño, y *sintiese* la Paternidad del Señor de los Anfitriones? ¿No fue significativo que las cálidas y organizadas células de su corazón y su sangre circulante se alzasen contra la «razón glacial»? El niño que llora de noche no recibe ninguna ilustración, sino la caricia cálida de una *mano* paternal, y así cree, así vive su creencia. Estamos hechos de un modo maravilloso, a Su Imagen, padre e hijo, hijo y padre, de generación en generación, misteriosamente y según un orden dispuesto.

Harald se había puesto la capucha de su toga por el frío. Su rostro alargado, sobre el cuello escuálido, escrutaba a William mientras leía, tasando el parpadeo de sus ojos, la presión de sus labios, los gestos aislados de asentimiento o negación de su cabeza. Cuando William hubo terminado, Harald dijo:

—No está usted convencido. No cree que...

—No sé cómo puedo creer o no creer. Como dice usted de forma muy elocuente, es una cuestión de *sentimiento*. Y no puedo sentir que estas cosas sean así.

—¿Y mi razonamiento en base al amor, al amor paternal? —Es rimbombante. Pero voy a responderle como lo hace Feuerbach, «*Homo homini deus est*», nuestro Dios somos nosotros mismos, nos veneramos a nosotros mismos. Hemos fabricado a nuestro Dios a partir de una analogía engañosa, señor; no quiero ofenderle, pero llevo varios años pensando sobre esto; fabricamos imágenes perfectas de nosotros mismos, de nuestras vidas y destinos, como hacen los pintores con el Ecce Homo, o con la escena del Establo, o como usted dijo una vez, con una Criatura alada de cara seria hablándole a una muchacha. Y adoramos estas cosas, igual que los pueblos primitivos adoran las máscaras del terror, el caimán, el águila, la anaconda. Se puede argumentar cualquier cosa en base a una analogía, señor, que es lo mismo que no argumentar nada. Mi punto de vista es ése. Feuerbach comprendió algo fundamental sobre nuestras mentes. Necesitamos descubrir una bondad amorosa en la *realidad*; y a menudo no la encontramos, así que nos inventamos un Padre divino para un niño que llora de noche, y nos convencemos a nosotros mismos de que todo está bien. Pero, en realidad, muchos gritos quedan sin ser oídos para siempre.

—Eso no es una refutación.

—Dada la naturaleza del caso, no puede serlo. Deja el asunto exactamente donde estaba al principio. Deseamos que las cosas sean así, de modo que inventamos un cuento o un cuadro que dice: Somos así y así. También podría usted decir que somos como hormigas, de la misma forma que es probable que las hormigas se desarrollen hasta ser como nosotros.

—Claro que lo podría decir. Creo que todos somos una misma vida, penetrada por

Su amor. Eso creo y eso espero.

Cogió de nuevo sus papeles con manos cuidadosas, en las que los papeles temblaron. Las manos eran marfileñas, con la piel sutilmente arrugada por todas partes, como la costra de un charco de cera, y bajo ella había señales moradas, bultitos artríticos, manchas irregulares, marrones como el té. William observó cómo las manos doblaban los papeles vacilantes y sintió una pena enorme por ellas, como por unos animalitos enfermos y moribundos. La carne bajo las uñas callosas era cética y estaba exangüe.

—Tal vez se trate de una carencia emocional mía, señor, el que no pueda sentir la fuerza de su argumento. La trayectoria de mi vida, de mi trabajo, me ha cambiado mucho. Mi propio padre era el vivo retrato de un Juez terrible, que predicaba ríos de sangre y destrucción, y cuya profesión también era sangrienta. Y luego el inmenso desorden, la indiferencia hacia la escala y las preocupaciones humanas, en el Amazonas, no han alentado en mí precisamente una propensión a descubrir la bondad de las cosas.

—Pero espero que la haya adquirido aquí. Porque debe usted saber que *nosotros* tenemos que considerar su llegada como una providencia especial, para construirle una nueva vida a nuestra querida Eugenia, y ahora a sus pequeños.

—Estoy muy agradecido...

—Y feliz y contento, espero. —La cansina voz anciana persistió en el aire, quedó colgando como una pregunta.

—Muy feliz, claro, señor. Tengo todo lo que había deseado, y más. Y cuando me paro a pensar en mi futuro...

—Ya pondremos los medios, en la medida que usted se merece, no tenga miedo. Aún no se puede pensar en abandonar a Eugenia; no iba usted a decepcionarla de esa forma; su felicidad es muy reciente; pero, a su debido tiempo, verá todas sus necesidades cubiertas, y muy generosamente, no tema. Le considero un hijo mío. Y me propongo proporcionarle los medios necesarios. A su debido tiempo.

—Se lo agradezco, señor.

Había escarcha en el interior de las ventanas, y una acumulación de lágrimas involuntarias en los bordes rojos de los ojos velados.

A William no se le invitaba a unirse a las diversiones de Lionel y Edgar, aunque Eugenia sí salía a caballo hasta las reuniones previas a las cacerías con un vestido de terciopelo, y regresaba colorada y sonriente. Había una conspiración tácita, casi podría haberla llamado así, para dar por sentado que, al no ser un auténtico caballero, no tendría la habilidad ni la valentía suficientes para esos pasatiempos cortesés, por muy ingeniosamente que hubiese resistido en el Amazonas. Daba largos paseos por el campo, la mayoría de las veces solo, a veces con Matty Crompton y las pequeñas. Se esperaba también que se uniese a los juegos vespertinos en el salón, donde a lady

Alabaster le gustaba jugar al dominó, a los palillos, o al Black María, y donde de cuando en cuando se organizaban charadas muy ambiciosas. Una vez hizo que todas se rieran mucho comparando estas charadas con las fiestas del poblado de los indios, en las que todo el mundo iba fantásticamente vestido, y en donde una vez se había encontrado a un bailarín de color con una camisa roja de cuadros, un sombrero de paja, una red y una caja, en la que reconoció una parodia de sí mismo. También provocó grandes risotadas una representación especialmente ingeniosa de AMAZONAS^[11], en la que AM la representó Lionel en el papel de Moisés oyendo la Voz de Dios^[12] procedente de la zarza en llamas, una fantástica creación de ramas de tejo, seda roja y oropel de Matty Crompton. A la representaron los niños y la señorita Mead, que fingieron estar dando una clase para aprender el alfabeto, en la que se arrancaron manzanas de un árbol de papel, salieron volando abejas de una colmena, y un cocodrilo animado mordisqueó los talones de todo el mundo^[13]. ZONAS consistió en una escena de amor en la que Edgar, vestido de etiqueta, le puso un precioso cintillo^[14] plateado a Eugenia en la cintura. AMAZONAS fue el propio William, remando en una canoa hecha con un banco dado la vuelta tras unos juncos de papel y unas enredaderas colgantes de lana, observado por una tribu de niños indios, pintarrajeados y con plumas, capitaneados por Matty Crompton con un manto impresionante, de plumas pintadas, y una máscara de halcón. Mariposas de papel de seda bailoteaban en las plantas de invernadero amontonadas en el escenario, y vistosas culebras hechas de cuerda y papel siseaban y serpenteaban de un modo muy teatral.

Willam felicitó a la señorita Crompton por el decorado de este *tour de force*, cuando se la encontró al día siguiente enrollando las cintas carmesíes y doblando el oropel de la zarza ardiente.

—Era fácil saber de quién era la ingeniosa mente que se escondía detrás de todas estas cosas bonitas —dijo.

—Hago lo que se tercia lo mejor que puedo —dijo ella—. La actividad aleja el aburrimiento.

—¿Se aburre a menudo?

—Procuro evitarlo.

—Eso no es una respuesta.

—Supongo que todos sentimos que tenemos más habilidades de las que se nos exigen en nuestra vida cotidiana.

Le dedicó una de sus miradas penetrantes mientras se lo decía, y él tuvo la incómoda sensación de que sólo había contestado a aquella pregunta que se entrometía en su vida personal para sonsacarlo. Empezaba a darle un poco de miedo la agudeza de Matty Crompton. Siempre lo había tratado con mucha benevolencia, y nunca había descubierto su juego de ninguna manera. Pero sentía una especie de furia reprimida en ella, de la que no estaba nada seguro que quisiera saber más. Se

controlaba mucho a sí misma, y William pensaba que prefería dejar las cosas así. Sin embargo, respondió porque necesitaba hablar, y no podía hablar con Harald o con Eugenia de estos asuntos. Sería una equivocación. Por lo menos en aquel momento, en aquella coyuntura.

—De hecho yo siento algo parecido de cuando en cuando. Es curioso que en el Amazonas me despertase todos los días soñando con la suave luz inglesa, con cosas simples y maravillosas como el pan, la mantequilla, en vez de la eterna mandioca. Y ahora me despierto soñando con la cortina de la selva, con el movimiento del río, con mi *trabajo*, señorita Crompton. Aquí no tengo trabajo, mi propio trabajo; aunque mi vida no podría ser más agradable, ni mi nueva familia más amable.

—Creí que trabajaba con sir Harald en su libro.

—Lo hago, pero no se me *necesita* realmente, y mis opiniones... mis opiniones, en resumen, no están totalmente de acuerdo con las suyas. Él quiere que haga de *advocatus diaboli* de sus razonamientos, pero me temo que le altero y no contribuyo mucho al avance de la obra...

—Tal vez debería escribir usted su propio libro.

—No tengo opiniones formadas que ofrecer, y ningún deseo de que nadie se convierta a mis propios puntos de vista, por lo demás bastante dudosos.

—No hablaba de *opiniones*. —Quizá hubiese un cierto matiz de desprecio, no estaba seguro, en su voz incisiva—. Quería decir un libro de hechos. Un libro de hechos científicos, como el que sólo usted está capacitado para escribir.

—Tenía intención de escribir un libro sobre mis viajes; sé que esos libros tienen mucho éxito; pero todas mis notas detalladas, todos mis especímenes se perdieron en el naufragio. No tengo coraje para inventármelo, aunque pudiera.

—Pero más a mano... más a mano hay cosas que podría observar y sobre las que podría escribir.

—Ya me lo ha sugerido antes. Estoy seguro de que tiene razón, le estoy muy agradecido. De hecho me propongo empezar un estudio minucioso de los nidos del Bosquecillo de Olmos tan pronto como vuelvan a la vida en primavera; pero un estudio científico requeriría mucho tiempo, y mucho rigor, y yo esperaba...

—Usted esperaba...

—Yo esperaba poder realizar otro viaje al extranjero para recoger más información del mundo inexplorado; me gustaría hacerlo; sir Harald insinuó, o más bien prometió, que me ayudaría...

Matty Crompton apretó bien fuerte sus labios angulosos.

—El libro que me gustaría verle escribir —dijo— no es un estudio científico importante. No se trata de la obra de su vida; sino de un libro que creo que podría serle útil, y me atrevería a decir que también beneficioso, en un futuro próximo. Creo que si se pusiese a escribir una *historia natural* de las colonias durante un año, o dos si sintiese una absoluta necesidad, tendría usted algo muy interesante para un público muy amplio, pero también con un valor científico. Podría dedicar sus grandes

conocimientos a tratar concretamente de la vida de estas criaturas, hacer comparaciones, hablar de sus parientes amazónicas, pero contado de una forma *accesible*, con anécdotas, y folclore, e historias sobre cómo se hicieron las observaciones...

Lo miró directamente a los ojos. Los ojos oscuros de ella destellaban. Captó la idea.

—Podría ser interesante, y divertido...

—Y divertido —repitió la señorita Crompton—. A las niñas les serviría de ocupación. Yo misma me sentiría orgullosa de ayudar. La señorita Mead haría lo que pudiera. Veo a las niñas como personajes del drama. Porque tiene que ser un drama desde luego, si queremos que le interese a todo el mundo.

—Debería escribirlo usted misma, me parece. Es idea suya, y se llevaría usted la fama...

—Qué va, no tengo los conocimientos suficientes, ni el tiempo libre, aunque es difícil decir en qué paso los días; no me veo como escritora, sino como *ayudante*, señor Adamson, si me aceptara. Sería un honor. Puedo dibujar y anotar, y copiar si es necesario...

—Le estoy extraordinariamente agradecido. Ha cambiado mis perspectivas...

—Casi nada. Pero creo que servirá de algo. Con buena voluntad y mucho trabajo.

En la primavera de 1862, aproximadamente en la época del nacimiento de Robert Edgar, empezó la observación organizada de las hormigas. Se trazaron mapas de la ciudad y de sus satélites de los alrededores, y se registraron cuidadosamente todas sus entradas y salidas. Se hicieron dibujos del modo en que de noche se cerraban las puertas de la ciudad, con barricadas de ramitas, tras las cuales dormían las vigilantes. Se hicieron mapas de los senderos de las hormigas forrajeras, y prudentes investigaciones de las cámaras de cría, los huevos, las larvas y las pupas que formaban a la vez la población de la ciudad y su tesoro viviente. Se realizó una especie de censo de los huéspedes y parásitos de la comunidad. Había una población floreciente de «ganado» de áfidos en el Tronco del Olmo, asiduamente acariciado y mimado por sus hormigas guardianas para provocar la secreción de gotas de dulce rocío de miel, ansiosamente sorbido y almacenado. Había gran cantidad de huéspedes de paso, cuya presencia era alentada o tolerada: el escarabajo, *Amphotis*, que pedía insistentemente sorbos de néctar a las obreras que venían de vuelta, pero que, a cambio, parecía segregarse algún maná maravilloso que sus anfitrionas raspaban y lamían enérgicamente en sus élitros y en su tórax; otro escarabajo, *Dinaida*, que parecía yacer tranquilamente por los corredores, y que engullía unos cuantos huevos cuando nadie lo vigilaba. Se estudió y documentó todo el proceso de limpieza del nido, a medida que los convoyes de hormigas fluían hacia el gran montículo de basura, cargando con comestibles triturados, excrementos repugnantes y los

cadáveres de sus hermanas muertas o moribundas. Gran parte de los procesos internos del nido (la laboriosa parturición de la reina, su acicalamiento y nutrición constantes por parte de las obreras, cómo se llevaban y cuidaban los huevos, cómo trasladaban los huevos y las larvas a cámaras de cría que eran más templadas o más frías) podían verse en el nido con paredes de cristal del cuarto de estudios, donde ponían a las niñitas a documentarse de muy buena gana sobre una cámara de cría, o sobre la reina, una hora o dos seguidas. William hizo un estudio de los comestibles introducidos por dos entradas concretas durante toda la estación, y creyó percibir claras variaciones estacionales en lo que se elegía y se ofrecía, dependiendo de la necesidad que las larvas tenían de secreciones, o más tarde de carne de insecto, y cómo se reducía esta necesidad, en la última parte del año, de alimentar las miríadas de bocas dependientes. William y la señorita Crompton empezaron a confeccionar juntos una historia militar de toda la sociedad, que acabó guardando una notable semejanza, en ciertos aspectos, con las artes humanas de la guerra, con repentinas invasiones de un ejército en la fortaleza vecina de otra comunidad. Observaron cercos llevados a cabo con éxito y luchas que terminaban en tablas o en retiradas simultáneas. Matty Crompton hizo algunos dibujos muy inspirados de formicae luchadoras; se sentaba en un morón de hierba mientras William yacía completamente tumbado en tierra, identificando las oleadas de atacantes y defensoras.

—Cómo puede sobrevivir algo con una cintura como un pelo me asombra —dijo—. Parecen tan vulnerables, con esas patitas que les sobresalen y esas antenas tan delicadas, y sin embargo están armadas con aguijones y unas mandíbulas feroces, pueden rebanar y perforar tan bien como cualquier caballero armado, y además están blindadas. ¿Qué le parecerían unas cuantas ilustraciones caricaturescas para su texto? Mire, he dibujado una con un estilete, y aquí otra con un casco con visera y una especie de *llave inglesa* muy pesada.

—Me parece que podrían añadirle mucho interés humano —dijo William—. ¿Se ha fijado en lo rápido que pueden cortar antenas y patas y partirse las unas a las otras por la mitad? ¿Y en cuántas combatientes avanzan con ayudantes colgando de las patas para enfrentarse a una adversaria? Dígame, ¿de qué puede servirles semejante ayuda? ¿No es más bien un *estorbo*?

—Déjeme ver —dijo, a la vez que se ponía de rodillas a su lado—. Anda, pues es verdad. Nunca dejan de *sorprenderme*. Mire a esta pobrecita toda retorcida para picar a una adversaria que lleva una terrible tenaza en la cabeza. Morirán las dos, como Balín y Balan, supongo.

Llevaba una falda de algodón marrón, y una blusa a rayas arremangada hasta los codos. Su cara la ensombrecía un sombrero de paja bastante raído con una cinta carmesí floja, y todo ello constituía el atuendo que usaba siempre para la exploración de las hormigas. A esas alturas, él ya conocía todo su guardarropa; no era muy extenso: dos faldas de algodón, el traje de los domingos, en verano, de popelina marinera, con una colección de cuellos almidonados, y tal vez cuatro blusas

diferentes, en colores ocres y grises. Era delgada y huesuda; se descubrió a sí mismo estudiando ensimismado los huesos de sus muñecas y los tendones del dorso de sus manos morenas mientras ella dibujaba. Sus movimientos eran rápidos y decididos. Un golpecito, un barrido, una serie de ganchitos y curvitas, y aparecía una reproducción esquemática exacta de mandíbulas de hormiga tronchando patas de hormiga, de tórax de hormiga y gasteros de hormiga retorcidos por el dolor o el esfuerzo de infligirlo. Al lado de estas imágenes ilustrativas trotaban diminutas hormigas soldado antropomórficas, con espadas, rodelas, tridentes y cascos en la cabeza. Su trabajo la absorbía. William se encontró de pronto inhalando intensamente lo que debía de ser su olor particular: un olor a axila ligeramente ácido procedente del interior de las mangas de algodón a la luz del sol, mezclado con una tintura de algo que podía ser verbena de limón, y con un toque de lavanda, bien de su jabón, bien de las hierbas del cajón donde se guardaban sus blusas. Aspiró aún más profundamente. El cazador que llevaba dentro, ahora en desuso, tenía un sentido del olfato altamente desarrollado. Había animales de la selva cuya presencia percibía con toda clase de sentidos que, suponía, no se habían desarrollado en los ingleses de ciudad: un escozor en la piel, una fluctuación en el delicado revestimiento nasal, un estremecimiento del cuero cabelludo, una alteración de su sentido del equilibrio. Todos ellos lo habían atormentado en las calles de Londres, donde habían reaccionado de más a la cebolla frita y las aguas residuales, a las prendas de los pobres de ciudad y los perfumes de las señoras. Volvió a aspirar, en secreto y en silencio, el perfume que identificaba a la señorita Crompton al aire libre. Más tarde, en el dormitorio de Eugenia, cuando ella lo reclamó, y él se enterró en los olores de las sábanas limpias y de su sexo fluido, de sus cálidos cabellos y su boca jadeante, aquel olorcillo penetrante regresó brevemente como un fantasma del mundo exterior, y él se quedó perplejo un momento, mientras apretaba a Eugenia contra el colchón mullido, pensando en lo que podría ser, y recordó las antenas cercenadas y las atareadas muñecas de Matty Crompton.

Matty Crompton le dio un nombre, por lo menos un nombre de pila, a la niña a la que él se refería como el duendecillo de los escarabajos, a quien reclutó para que vigilase el nido de las *Formica sanguinea* en sus tardes libres. Su nombre resultó ser Amy, y la señorita Crompton afirmó que le vendría bien un poco de aire fresco, al no tener familia ni sitio adonde ir, así como ganar unos cuantos peniques extras. Se sentaba junto al hijo del jardinero, al que hubo que disuadir de que le metiera ciervos volantes por el cuello, pero era observadora. Fueron ellos dos los que alertaron a William y a la señorita Crompton del cambio en las actividades de las hormigas esclavistas. Tom dijo que había visto algunas *Formica sanguinea* «como rondando», según sus propias palabras, el Nido del Muro de Piedra; y un día, a instancias de Tom, Amy llegó corriendo por el césped gritando:

—¡Rápido, vengan! ¡Rápido! Tom dice que está saliendo un gran ejército de las

sangrientas, como si fueran gaseosa. Dice... Dice que vengan rápido, que pasa algo. Yo también las he visto, parecen una salsa hirviendo. ¡Vengan!

Seguía siendo una cosita menuda, encorvada y pálida, pero el proyecto y Tom habían proporcionado un poco de color a sus mejillas; y estaba adquiriendo una belleza como de pájaro, de la que era completamente inconsciente.

William y Matty salieron disparados, armados con taburetes plegables y cuadernos, y llegaron a tiempo de ver surgir de repente, tras mucho meneo de antenas y de patas y de carreras aparentemente inútiles, a las fuerzas de las esclavistas muy decididas, guiadas por una avanzadilla de exploradoras especialmente excitadas, a través de las treinta o más yardas que separaban sus túmulos más pequeños del Tronco del Olmo. Salieron en tropel formando varios regimientos, acompañadas, como William señaló debidamente, de una fuerza considerable de hormigas de los bosques esclavas, cuyo comportamiento parecía ser idéntico al de sus amas.

William escribió lo que vieron, y se lo leyó más tarde en alto a Matty Crompton y al resto de los ocupantes del cuarto de estudio.

El gran asalto de las esclavistas tuvo lugar un caluroso día de junio, cuando la temperatura llevaba un buen rato aumentando sin parar, y con ella las actividades de las Formica sanguinea, según informaron a nuestros historiadores sus espías y piquetes. Eso nos llevó a preguntarnos si las redadas de esclavas, al igual que otros éxodos masivos y cambios de población, son instigadas por el calor del sol. Las hormigas no se mueven con tiempo fresco, y duermen de noche, incluso en los placenteros días de verano; son animales de sangre fría, y necesitan del calor exterior para llevar a la práctica sus deseos y sus planes. Sea como fuere, la cercanía del solsticio de verano suscitó en las ciudadanas Formica sanguinea un zumbido creciente de conversación y actividad. Llegaban mensajes cada vez más rápida y más frecuentemente. Se podían ver cada vez más exploradoras espiando el pacífico abastecimiento de las hormigas de los bosques, u hollando senderos entre su nido y el de sus víctimas incautas.

Por fin, a alguna señal, esperada ansiosamente por las multitudes chismosas e indignadas que se habían apresurado a acudir al *agora* en la cima de su montículo, los ejércitos rojos se dividieron en cuatro grupos, que partieron en línea recta por el terreno, siguiendo rutas bien definidas, utilizadas, sospechamos, en anteriores asaltos. Cuando los cuatro regimientos habían tomado posiciones alrededor del Nido del Tronco del Olmo, pudimos observar a las cabecillas de los cuatro correteando excitadas como diminutos Napoleones a lo largo de las filas, para fomentar el valor y la decisión con golpecitos de sus antenas y sacudidas de sus cuerpos. De repente, las soldados que formaban el primer grupo de sanguíneas se movieron de común acuerdo para tomar al asalto las entradas (cuidadosamente cerradas de noche con barricadas, y ahora francamente abiertas a la estimulante luz del sol). El segundo regimiento, el tercero y el cuarto patrullaban las posiciones que habían tomado, con energías y

ferocidad renovadas.

Las hormigas de los bosques salieron resueltamente para rechazar a las ladronas y secuestradoras. Meneando sus antenas y apresurándose como locas, mordían las patas y las cabezas y los palpos de las atareadas hormigas sanguíneas, para intentar, a menudo con éxito, sujetar a las invasoras y aguijonearlas a muerte. Observamos que las sanguíneas no tomaban represalias a no ser que se les impidiera completamente el paso. Sólo tenían un propósito: secuestrar a las criaturas que aún no habían salido de sus capullos en la cámara de cría, y llevárselas de vuelta, en sus delicadas mandíbulas, a su propia fortaleza. Mientras las hormigas de los bosques militares luchaban para entretenerlas, las cuidadoras de las criaturas indefensas agarraban a sus hermanas pequeñas y trataban de ponerlas a buen recaudo. Resultaba muy extraño ver a las hormigas de los bosques, de idéntico aspecto a las habitantes del Tronco del Olmo, precipitarse por los corredores del castillo y asir pupas que no ponían a salvo, sino que devolvían a los terraplenes y cuerpos defensores de las *sanguinea* que las aguardaban, las cuales constituían la retaguardia para un regreso sin peligros al Fuerte Rojo. Éramos un número suficiente de observadores como para asegurarnos completamente, gracias al reiterado rastreo de ejemplares sueltos de *sanguinea* y hormigas de los bosques, de que las habitantes del Tronco del Olmo no distinguían a las rubicundas extranjeras de las esclavas de su propia raza, así que las atacaban por igual.

Todo se terminó asombrosamente deprisa. Hubo muy pocas bajas. Las hormigas sanguíneas no habían realizado ninguna carnicería, y habían actuado con tanta rapidez, con tanta resolución, que las defensoras de las hormigas de los bosques, revanchistas como eran con la invasiones territoriales agresivas de su propia especie, se habían quedado desconcertadas y perplejas, y habían permitido que sus atacantes llevaran a cabo su asalto limitado sin oponer una resistencia muy eficaz. Y en fila regresaron las invasoras victoriosas, sosteniendo con cuidado las crías capturadas, cuyo destino era vivir y morir como *sanguinea* (y no como verdaderas hormigas de los bosques), alimentar y criar a las pequeñas *sanguinea*, y responder al calor del sol concentrándose para atacar a unos padres y hermanas a los que ya habían olvidado. No parecía que hubieran conseguido que el número de ocupantes de la cámara de cría mermase tan seriamente como para alterar el modo de vida del Tronco del Olmo, que, tras el alboroto, siguió siendo muy parecido. No violaban ni se entregaban al pillaje, como los soldados humanos, no saqueaban ni destruían. Venían, veían y vencían; lograban su objetivo, y se iban otra vez. Se cree que no se dedican a la captura de esclavas más que una vez al año, así que tuvimos suerte (como las propias sanguíneas) de tener buenos espías que nos alertasen de este interesante acontecimiento.

Las esclavistas inglesas no están tan especializadas como otras esclavistas más grandes. A éstas se las conoce como hormigas amazonas, aunque no son originarias de la cuenca del Amazonas, sino que comúnmente se las encuentra en Europa y

Norteamérica. Las amazonas (la *Polyergus rufescens*, por ejemplo) nunca excavan sus nidos ni se ocupan de sus crías. Se les otorga ese nombre probablemente porque como las clásicas guerreras amazonas, que eran todas mujeres, acaudilladas por una reina feroz, han reemplazado las delicadas virtudes domésticas asociadas al sexo femenino por la beligerancia. A diferencia de las hormigas sanguíneas, las amazonas han desarrollado unas herramientas y unas armas para la lucha y el latrocinio que son incapaces de llevar a cabo cualquier otra función, y dependen enteramente de sus esclavas para alimentarse y abrillantar su rojiza armadura. Sus mandíbulas no pueden sujetar las presas: tienen que rogarles a sus esclavas que las alimenten; pero pueden matar y pueden cargar. Podría decirse que la Selección Natural ha perfeccionado el carácter de máquinas guerreras de estas criaturas, pero, en el transcurso de ese proceso, las ha hecho inexorablemente dependientes y parásitas. Habría que preguntarse si no deberíamos aprender algunas lecciones de esta situación social curiosa y extrema.

—De hecho, la Naturaleza nos enseña cosas —dijo la señorita Mead—. Ahora mismo se está librando una guerra terrible en el Atlántico, no sólo para asegurar la liberación de esos desgraciados esclavos, sino la salvación moral de aquellos cuyo ocio y cuyo enriquecimiento se basa en sus crueles actividades.

—Y se nos anima —dijo Matty Crompton— a que luchemos del lado de los comerciantes de esclavos para defender el trabajo, es decir el pan de cada día, de nuestros propios obreros de las fábricas de algodón. Y nuestros filántropos, en cambio, intentar liberar a esos *esclavos que parecen máquinas* de su trabajo especializado. No sé dónde vamos a ir a parar con todas estas ideas.

—La analogía es una herramienta resbaladiza —dijo William—. Los hombres no son hormigas.

Sin embargo, en los calurosos días que siguieron al solsticio de verano, cuando aumentaron la vigilancia para poder observar, si era posible, el vuelo nupcial de las reinas y sus pretendientes, le resultó difícil no ver su propia vida en términos de una analogía con las diminutas criaturas que hacía de menos a los humanos. Había trabajado tanto, observando, contando, diseccionando, rastreando, que sus sueños estaban plagados de antenas espasmódicas, ejércitos en avance, mandíbulas rechinantes y ojos oscuros, inescrutables y complejos. Su visión de sus propios procesos biológicos: su delicioso y frenético apareamiento, tan abruptamente finalizado, su consumo de las comidas habituales preparadas por las fuerzas oscuramente silenciosas que habitaban tras las puertas forradas de tapete, la misma regularidad de sus observaciones, dictada por la regularidad de los ritmos del nido, le llevaron sin que se diera cuenta a verse a sí mismo como una especie de complicada suma de sus células nerviosas y sus deseos instintivos, de sus respuestas sociales

automáticas de respeto o de obligatoria amabilidad o de cariño paternal. *Una* hormiga en un hormiguero no estaba aquí ni allá, era prescindible, no era nada. Esa sensación se intensificó, a pesar de reconocer el aspecto inexorablemente cómico de su reacción, al registrar el destino de las hormigas macho. Este pasaje no se lo leyó en alto a todo el equipo de investigadores; se lo enseñó en invierno, tras haberlo reescrito varias veces, a su colaboradora jefe, Matty Crompton.

En 1862, también tuvimos la suerte de poder observar el espectáculo de la danza nupcial de los miles de reinas aladas y pretendientes aspirantes que plagaron el Nido Osborne y el Tronco del Olmo, como a una señal dada, a un toque de trompeta, o al tañido resonante de un gong. Ojos jóvenes y vigilantes habían observado cómo los machos trataban de abandonar el nido días antes, y cómo guardianas muy decididas los habían retenido hasta el momento señalado. Teníamos una ligera idea de cuándo se produciría, porque habíamos anotado la fecha exacta de las ceremonias nupciales del verano anterior, cuando las parejas que daban vueltas y más vueltas habían sucumbido, como otros tantos Ícaros o ángeles caídos, a una asfixia cremosa o a la muerte, al ahogarse en una caldera humeante de fragante Mysore^[15] en medio de nuestra merienda de fresas campestre. El día señalado en 1862 era el 27 de junio, y todos los invitados al baile salieron en nubes de gasa y remontaron el vuelo en frágiles chapiteles. Muchas hormigas consuman su unión en pleno vuelo, abrazándose mutuamente muy por encima de la tierra. Parece que las hormigas de los bosques se aparean en realidad en tierra; el tamaño de los machos de esta especie se aproxima más al de las reinas que el de muchas otras, en las que la reina puede superar a su consorte veinte veces o más en volumen, y puede transportar fácilmente a su amante a través de los cielos. En esta ocasión fuimos incapaces de comprobar si la reina de las hormigas de los bosques practica la poliandria, aunque se sabe que otras especies de hormigas lo hacen; esperamos ser capaces de contemplarlo más de cerca el año que viene. Pero sí observamos cómo forcejeaban y se peleaban ferozmente montones de cuerpecitos negros, envueltos en sus diáfanos velos, y cómo a cada reina se la disputaban diez o veinte pretendientes muy decididos, que se agarraban furiosamente los unos a las patas de los otros para encontrar un punto de apoyo en algún sitio; cosa que recordaba más a un partido de rugby que al elegante minueto para el que podría parecer diseñada su sedosa vestimenta. Las pequeñas obreras se mantienen a la expectativa y observan, tirando en ocasiones de alguno de los actores del apasionado drama. Cabría imaginar que experimentan una cierta complacencia en la inmunidad que las protege de ese terrible deseo, tan asesino y suicida como amoroso, que impulsa a las aladas criaturas sexuadas. También parece que tienen cierto interés en organizar las cosas de modo que salgan bien, y le dan un tirón o un empujón o un pellizco a alguno de los combatientes abrazados; no podríamos determinar el propósito de estas intervenciones, aunque en otras razas de hormigas más primitivas, donde el acoplamiento tiene lugar en el nido, se sabe que

las obreras controlan el acceso de los machos a las reinas, eligiendo a los que serán admitidos ante su presencia y a los que habrá que mantener a raya a golpe de mandíbulas y aguijón.

¡Qué animado, qué festivo, qué feliz parecía el baile! ¡Qué trágico su resultado para casi todos los participantes! El vuelo nupcial de las hormigas de los bosques ofrece un ejemplo absolutamente conmovedor del funcionamiento secreto e inexorable de la Selección Natural, de forma que a cualquiera que lo contemple le impresionará a la fuerza lo exhaustivamente que parecen explicarlo las ideas del señor Darwin. Los machos forcejean poderosamente para poseer a las reinas aladas; deben demostrar la potencia de su vuelo, sus habilidades combativas, su capacidad de atraer y ganarse la confianza de la hembra cautelosa, caprichosa como es al poder elegir entre un número casi infinito de amantes que la presionan. Y las propias reinas, que surgen a cientos, deben poseer fuerza y habilidad, y astucia y tenacidad, para sobrevivir algo más que unos instantes a la fecundación llevada a cabo con éxito, por no hablar de las que requiere fundar un nido. Los momentos en el cielo azul, el vertiginoso torbellino con sus trajes de gasa dura solamente unas cuantas horas. Luego deben despojarse de sus alas, como una jovencita que se sale dando un saltito de sus velos de novia, y escabullirse para encontrar un lugar seguro donde fundar una nueva colonia. Muchas se convierten en presas de pájaros, de otros insectos, de ranas y sapos, de erizos y pisotones de humanos. De hecho, sólo unas pocas se las apañan para abrirse camino de nuevo bajo tierra, donde pondrán sus primeros huevos, criarán a su primera prole de hijas (unas enanas raquílicas, frágiles y lentas, estas niñas prematuras) y, a su debido tiempo, a medida que las obreras se hagan cargo de la organización de la cámara de cría y el aprovisionamiento de comida, olvidarán que una vez vieron el sol, o que pensaron por sí mismas, o que escogieron un sendero por el que corretear, o que volaron en el azul en pleno verano. Y se convertirán en máquinas de poner huevos, gordas y relucientes, incesantemente lamidas, acariciadas, tranquilizadas y calmadas: verdaderas Prisioneras del Amor. *Ésta* es la verdadera naturaleza de la Venus bajo la Montaña: en este mundo en miniatura una criatura inmovilizada por su función reproductora, por la ciega violencia de sus pasiones.

¿Y qué pasa con los machos? Su destino, aún más patéticamente, sirve de ejemplo a la implacable determinación fortuita de la Madre Naturaleza, de la Selección Natural. Se cree que los primeros machos de las hormigas primitivas eran también en cierto sentido obreros, miembros de la comunidad. Pero, a medida que las sociedades de insectos se hicieron más complejas, más auténticamente interdependientes, las formas sexuales de las criaturas implicadas se volvieron más y más especializadas. No todo el mundo sabe que las hormigas obreras pueden poner huevos (y de hecho lo hacen de vez en cuando) de los que parece que sólo salen criaturas macho. Pero, por lo visto, únicamente lo hacen si la reina está enferma, o el nido amenazado. En general las reinas prohíjan a la comunidad entera, y su cuerpo se ha transformado para ser capaz de hacerlo, se ha hinchado de huevos, los suficientes huevos

fertilizados por un único encuentro matrimonial para toda una generación. Los cambios en la forma del cuerpo, según la función requerida, se dan en todas las sociedades de insectos. Hay hormigas cuyas cabezas encajan exactamente en los agujeros de los tallos de las plantas en las que viven, que cuando no están obturados se convierten en entradas y salidas. Hay hormigas, conocidas como hormigas odres, que cuelgan de los techos de sus sótanos como odres vivientes, infladas de néctar almacenado. Y los machos también se han especializado, de la misma manera que las manos de una fábrica son *manos* especializadas en la fabricación de horquillas o de abrazaderas. Toda su existencia está enfocada *solamente* al vuelo nupcial y a la fertilización de las reinas. Tienen los ojos grandes y penetrantes. Sus órganos sexuales, a medida que se acerca el día fatal, ocupan casi todo su cuerpo. Son amorosos proyectiles volantes, poco más que los dardos ardientes del alado dios del Amor de los ojos vendados. Y tras su día de gloria, son innecesarios y superfluos. Corretean de acá para allá, sin propósito fijo, con las alas sucias. A la mayoría se les rechaza en las puertas de sus nidos natales, y se les aleja para que vaguen desorientados hasta morir en las noches frescas de finales de verano y principios de otoño. Al igual que los zánganos de la colmena, ellos no se afanan, ni tampoco hilan, aunque también como a los zánganos se les mimaba en las primeras fases de su vida; son bellos parásitos consentidos, que ensucian y entorpecen los tranquilos trabajos del nido, a los que hay que alimentar con rocío de miel y acicalar después en los corredores. También los zánganos, cuando se acerca el otoño, se topan con un destino terrible. Una mañana en la colmena una misteriosa Autoridad arma y alerta a las hermanas obreras, que caen sobre las hordas durmientes de holgazanes de terciopelo, y proceden a arrancarles miembro a miembro, a pinchar, a cercenar, a cegar, a poner de patitas en la calle a los heridos, y a negarles despiadadamente su readmisión. Cuán pródiga es la Naturaleza con sus semillas, con sus hijos, fabricando miles para que *uno solo* pueda transmitir su herencia a sus descendientes.

—Muy elocuente —comentó Matty Crompton, secamente—. Me muero de pena por todos esos pobres machos inútiles. Tengo que admitir que nunca había pensado en ellos bajo ese punto de vista. ¿No le parece que puede que haya sido un tanto *antropomórfico* en la retórica que ha elegido?

—Creí que ésa era nuestra intención en esta historia: atraer al mayor número posible de personas a base de contar verdades, verdades científicas, con un toque fantástico. Tal vez me haya excedido. Puedo rebajarlo un poco.

—Estoy completamente segura de que no; servirá *perfectamente* tal como está; apelará a los sentimientos dramáticos del público. Se me ha ocurrido la idea de escribir yo misma algunas *fábulas* verdaderas, que acompañen mis dibujitos de cruces entre hadas e insectos. Me gustaría emular a La Fontaine, el cuento de la cigarra y la hormiga, ya sabe, sólo que con más *precisión*. Y he estado coleccionando en un cuaderno las citas literarias que pensé que podrían ponerse como

encabezamiento de sus capítulos. Es importante que el libro sea *precioso*, aparte de profundo y fiel a la verdad, ¿no le parece? He encontrado un poema maravilloso de John Clare, ese pobre loco, que como la colmena-Pandemónium de Milton parece indicar que las hadas son sólo insectos antropomórficos. Me gusta su Venus bajo la Montaña. Está relacionada con toda la Gente Pequeñita que vive bajo la Colina en los cuentos de hadas británicos tradicionales. Estoy convencida de que muchos de los demonios voladores de los muros de las iglesias están inspirados en los ciervos volantes y en sus frentes. ¡Pero no paro de hablar! Aquí está el Clare. Dígame lo que piensa. Tanto las soberanas como las obreras eran hombres para él, ya lo verá.

¡Qué prodigio asombra al curioso, mientras contempla
la ciudad de la hormiga negra, junto a un árbol carcomido
o la loma de un bosque! Ignorantes, meditamos:
al detenernos, enojados, no sabemos lo que vemos,
tanto gobierno y razón parece haber allí;
algunas vigilan, y otras se apresuran a afanarse,
arrastrando servilmente sus cargas de tallos doblados;
y lo que es más prodigioso, cuando el peso de la carga impide
que una o dos hormigas la acarreen, rápidamente entonces
una multitud se apiña en torno para ayudar a sus compañeras.
Seguro que hablan un idioma de susurros,
demasiado sutil para que lo oigamos; y desde luego sus maneras
demuestran que poseen reyes y leyes, y que son
vestigios deformes de los tiempos de las hadas.

Tenía entusiasmo, tenía recursos, pensó William. En parte deseaba poder confiarle su carácter de zángano, como cada vez tendía más a verlo, aunque, claro, era imposible por toda clase de razones. No podía traicionar a Eugenia, o degradarse a sí mismo quejándose de ella. Además, quejarse de esa manera haría que pareciera tonto. Había suspirado por Eugenia, y *tenía* a Eugenia, y su cuerpo era esclavo de Eugenia, como tenía que resultarle evidente, en aquella comunidad cerrada, incluso a un ser asexuado como Matty Crompton.

Le llamaba la atención pensar en ella como en un ser asexuado. Aquella idea debía de haber salido de alguna comparación con las hormigas obreras. Era *seca*, era Matty Crompton. Comenzaba a ver que no soportaba a los tontos gratuitamente. Empezaba a pensar que aquel cuerpo afilado y huesudo, aquellos ojos negros y despiertos, contenían toda clase de ambiciones frustradas. En cuanto al libro, rebosaba decisión e ingenio. Estaba absolutamente empeñada no sólo en que se escribiera, sino en que tuviera éxito. ¿Por qué? Él mismo tenía el sueño tácito, apenas reconocido, de conseguir el dinero suficiente para poder partir otra vez hacia el hemisferio sur sin ayuda de Harald ni de Eugenia; pero la señorita Crompton no

podía querer eso mismo, no podía saber que *él* lo quería, no podía querer que se fuese cuando *él* contribuía tanto a hacerle la vida interesante. No creía que fuera un ser tan altruista.

El final del verano le hizo pensar de un modo bastante amargo en el destino de los zánganos, no sólo en lo relativo a *él* mismo y a las hormigas, sino también en lo relativo a los demás miembros masculinos de la casa. Harald andaba enredado en los problemas del instinto y la inteligencia, y parecía que se le había paralizado la facultad de pensar. Lionel se había roto un tobillo saltando el muro de un parque por una apuesta, y estaba echado en la terraza, en una tumbona de caña, desde donde se quejaba en voz alta de su inmovilidad. Edgar salía a cabalgar, y les hacía largas visitas a varios hacendados vecinos. Robin Swinnerton y Rowena habían regresado a las intermediaciones, y seguían sin descendencia. Robin invitó a William a cabalgar con *él*, y le dijo que le envidiaba la suerte que tenía:

—Un hombre se siente un imbécil, ya sabe, cuando un heredero no hace acto de presencia a su debido tiempo y, a diferencia de Edgar, yo no tengo hijitos naturales por toda la región para demostrar que, si quiero, puedo engendrarlos.

—No sé nada de la vida privada de Edgar.

—Un auténtico centauro, ¿o debo decir un sátiro? Un hombre con muchos *apetitos*; no se salva ni una, dicen, excepto las muchachitas de reputación más intachable, que se proponen conquistarlo inocentemente, y de las que *él* huye como de la peste. Dice que le gustan los revolcones. Yo creo que un hombre no debería comportarse así, aunque no se puede negar que muchos lo hacen, tal vez la mayoría.

William, a punto de indignarse honradamente, se acordó de varias criaturas de piel dorada, ambarina o color café, a las que había amado en noches calurosas, y sonrió molesto.

—La avena silvestre —dijo Robin Swinnerton—, según Edgar, es más fuerte y más sabrosa que la cultivada. Siempre quise comprometerme con una sola, para la que me había estado reservando.

—No lleva mucho tiempo casado —dijo William incómodo—. Estoy seguro de que no debería perder la esperanza.

—No la pierdo —dijo Robin—. Pero Rowena está alicaída, y ve la felicidad de Eugenia con cierta envidia. Sus pequeños dan muy bien el tipo, son auténticos Alabaster.

—A veces pienso que es como si el ambiente lo hiciera todo y la herencia nada. Maman la esencia de los Alabaster, y se convierten en perfectos Alabaster en pequeñito; rara vez descubro algo mío en su expresión...

Pensó en las hormigas de los bosques esclavizadas por las *sanguinea*, y se estremeció. Los hombres no son hormigas, se dijo William Adamson, y además la analogía no servía; una hormiga de los bosques esclavizada parece una hormiga de

los bosques, aunque puede que a una *sanguinea* le huela como ella misma. Estoy convencido de que su forma de reconocerse depende casi por completo del olfato. Aunque es posible que se orienten por el sol, y eso tiene que ver con los ojos.

—Está usted en las nubes —dijo Robin Swinnerton—. Si está de acuerdo, le propongo una galopada.

Una mañana temprano, ese otoño, un desagradable incidente le reveló a William el centauro o el sátiro que Edgar llevaba dentro. William se había levantado temprano e iba de camino hacia el patio de las cuadras cuando oyó una especie de sonido ahogado en un lavadero a un lado del pasillo, y torció hacia ese lado para investigar. En el lavadero estaba Edgar, inclinado sobre la pila, de espaldas a William. William se dio cuenta poco a poco de que Edgar tenía sujeto a su duendecillo de los escarabajos, Amy, cuyos rizos se habían hecho más brillantes y espesos con el verano, aunque su cara seguía siendo blanca y afilada. Edgar la había doblado hacia atrás, y tenía una mano tapándole la boca y la otra incrustada en su corpiño. Las nalgas le abultaban detrás, y tenía los genitales empotrados contra las faldas de Amy.

Se preguntó si debería batirse en retirada. Amy dio un grito inarticulado. Edgar dijo:

—No sabía que tuviera usted ningún interés en esta cosita.

—No lo tengo. No es un interés personal, sino en su bienestar en general...

—Ah, en su bienestar en general. Dile, Amy, ¿te estaba haciendo daño? ¿Te molestaban mis atenciones tal vez?

Amy seguía doblada contra la pila. Edgar retiró el brazo de sus ropas con la prudencia de un pescador de truchas abandonando un arroyo lleno de ellas. Se podían ver las marcas de sus dedos en la piel de Amy, alrededor de la barbilla y de la boca. Ella tragó aire.

—No, señor. No, señor. Ningún daño. Estoy perfectamente, señor Adamson. *Por favor.*

William no tenía claro lo que significaba esa súplica. Quizá ella tampoco. En cualquier caso, Edgar dio un paso atrás, y ella se irguió con la cabeza colgando, mientras las manos recomponían, nerviosas, los botones y la cinturilla.

—Creo que debería disculparse, señor, y dejarnos a solas —dijo Edgar fría y enfáticamente.

—Pues yo creo que Amy debería salir corriendo —dijo William—. Creo que haría mejor en salir corriendo.

—¿Señor? —le dijo Amy muy bajito a Edgar.

—Sal corriendo entonces, mocita —dijo Edgar—. Siempre te puedo encontrar cuando me hagas falta.

Su boca amplia y pálida no sonrió mientras lo dijo. Era la constatación de un hecho. Amy les hizo una vaga reverencia a los dos hombres, y se escabulló a toda

prisa.

—Los criados de esta casa —dijo Edgar— no son asunto suyo, Adamson. No paga usted sus honorarios, y le agradecería que no se entrometiera.

—Esa chiquita no es más que una niña —dijo William—. Una niña que no ha tenido una infancia propiamente dicha...

—¡Tonterías! Es un bonito paquetito de carne, y le late el corazón cuando se lo busco, y se le abre la boquita dulce y ansiosamente. Usted no sabe nada, Adamson. Me he dado cuenta de que usted no sabe *nada*. Vuélvase a sus escarabajos, y a sus bichos. No le haré daño a esa pollita, puede creerme. Sólo le añadiré un poco de especias naturales. De todas formas, no es asunto suyo. *Usted es un advenedizo*.

—Y aún tengo que aprender de qué le sirve *usted* al mundo, o a cualquiera que viva en él —dijo William, mientras crecía su indignación. Para su sorpresa, Edgar se rió con eso, brevemente y sin esbozar ninguna sonrisa.

—Ya se lo he dicho —dijo—. Me he dado cuenta de que no sabe *nada*.

E hizo a William a un lado y salió hacia las cuadras.

Se juntaron todas las partes del libro de una manera provisional en el invierno de 1862. Su título definitivo iba a ser

LA CIUDAD PLAGADA

*Una historia natural de la sociedad de un bosque;
sus formas de gobierno, su economía, sus armas
y sistemas de defensa;
sus orígenes, expansión y decadencia.*

William trabajaba en él con bastante regularidad, y Matty Crompton leía y revisaba los borradores, y hacía copias en limpio de las versiones definitivas. Siempre habían tenido en mente dedicar un verano más a la comprobación y revisión de las observaciones del verano anterior. Datos de dos años eran mejores que de uno, y William escribió rápidamente con muchos interrogantes algunas observaciones comparativas entre varias regiones de hormigas del mundo. El proyecto de un libro publicable sólo lo compartían, por un acuerdo tácito, William y Matty Crompton: en realidad, no había ninguna razón aparente por la que tuviera que ser así, pero los dos se habían comportado como conspiradores desde el principio, como si la familia fuese a pensar que el estudio de las hormigas era un divertimento educativo y familiar, el tiempo libre de un caballero empleado en algo útil, mientras que *ellos*, los escritores, sabían que era otra cosa.

El libro tomó forma. La primera parte era narrativa, una especie de viaje de descubrimiento de las niñas a los misteriosos mundos que las rodeaban. El capítulo I iba a ser

LOS EXPLORADORES DESCUBREN LA CIUDAD

y William escribió escenas de las niñas, de Tom y Amy, de la señorita Mead y sus comparaciones poéticas, aunque se encontró con que era incapaz de convertirse a sí mismo o a Matty Crompton en personajes, y utilizó una voz narradora que era una especie de Nosotros regio o científico, para incluirlos a los dos, o a uno de los dos, en determinados momentos. La señorita Crompton mejoró considerablemente esta parte con pequeños detalles olvidados de la rivalidad amistosa entre las niñas, o con fragmentos de meriendas que las hormigas forrajeras se habían llevado por la fuerza.

El segundo capítulo era

DENOMINACIÓN Y TOPOGRAFÍA DE LAS COLONIAS

y luego venía la parte más seria, en la que se describían sus trabajos:

Constructoras, barrenderas, excavadoras.

El cuarto de los niños, el dormitorio, la cocina.

Otros habitantes: animales domésticos, plagas, predadores, visitantes ocasionales y ganado.

La defensa de la ciudad. Guerra e invasión.

Prisioneros del Amor: las reinas, los zánganos, el vuelo nupcial y la fundación de nuevas colonias.

El orden cívico y la autoridad: ¿cuál es el origen del poder y las decisiones?

Tras esto, William planeaba algunos capítulos más, abstractos e inquisitivos. Discutía consigo mismo varios encabezamientos posibles.

Instinto o inteligencia

Estrategia o Casualidad

El individuo y la mancomunidad

¿Qué es un individuo?

Eran cuestiones que le preocupaban personalmente, y de un modo tan profundo como le preocupaba a Harald la cuestión del Plan y el Autor del Plan. Discutía consigo mismo en el papel, sin estar muy seguro de si sus cavilaciones merecían publicarse.

Podríamos señalar que existe una continua disputa entre los seres humanos que

estudian a estas criaturas sobre si poseen, individual o colectivamente, algo que pueda denominarse «inteligencia» o no. También podríamos señalar que la actitud del observador humano se tiñe a menudo de lo que *desearía* creer, de su actitud hacia la Creación en general, es decir, de una tendencia muy generalizada a ver todas las demás cosas, ya sean vivas o inanimadas, en términos antropomórficos. Nos preguntamos qué utilidad tienen para el hombre otras criaturas vivientes, y uno de los usos que hacemos de ellas es tratar de utilizarlas como espejos mágicos que reflejen nuestras propias caras con alguna diferencia. Buscamos en sus sociedades analogías con las nuestras, estructuras de poder, formas de comunicación. En el pasado se creía que tanto las hormigas como las abejas tenían reyes, generales y ejércitos. Ahora sabemos más cosas, y describimos a las hormigas obreras hembras como esclavas, monjas u operarias de fábrica. Los que hemos llegado a la conclusión de que los insectos carecen de lenguaje, de la capacidad de pensar, de «inteligencia», y que sólo tienen «instinto» tendemos a describir sus acciones como las de autómatas, a los que imaginamos como pequeños inventos mecánicos que van zumbando por ahí igual que relojes a los que se ha dado cuerda.

Aquellos que desean creer que se da una especie de inteligencia en el nido o en la colmena pueden señalar otras cosas además de la maravillosa matemática de las celdas hexagonales de las abejas, de la que recientes pensadores opinan que sólo consiste en una función de sus movimientos constructores y de la forma de sus cuerpos. Nadie que se haya pasado largos periodos observando cómo resuelven las hormigas el transporte de una pajita difícil de manejar o una voluminosa oruga muerta a través de los intersticios de un suelo de barro se sentirá capaz de argumentar que sus movimientos son fortuitos, que no resuelven problemas todas juntas. He visto a un equipo de una docena de hormigas maniobrar con un tallo tan alto para ellas como un árbol para nosotros, con casi tantos falsos comienzos, aparentemente válidos, como los que realizaría un equipo similar de colegiales, antes de descubrir qué extremo había que introducir primero y en qué ángulo. Si *esto es instinto*, se parece a la inteligencia en lo que tiene de encontrar un método particular para resolver un problema específico. M. Michelet, en su reciente libro, *L'Insecte*, incluye un pasaje sumamente elegante sobre la respuesta a los ataques saqueadores de una polilla grandona, Sphinx atropos, que fue introducida en Francia en la época de la Revolución Americana, probablemente como oruga de la planta de la patata, protegida y extendida por Luis XIV. M. Michelet escribe elocuentemente sobre la terrible apariencia de este «ser siniestro», «marcado con bastante precisión con una fea calavera de color gris intenso»; en realidad es nuestra mariposa de la muerte. Le encanta la miel, y saquea las colmenas, a la vez que se come huevos, ninfas y pupas en sus estragos. El gran Huber decidió proteger a sus abejas, y su ayudante le contó que las abejas ya habían resuelto el problema, ya fuera, por ejemplo, con una variedad de barreras experimentales (construyendo nuevas fortificaciones con ventanas estrechas que no dejaban pasar a la gruesa invasora); ya fuera fabricando

una serie de barreras con muros consecutivos en forma de zigzag tras las estrechas entradas, que configuraban una especie de laberinto serpenteante en el que la mariposa de la muerte no podía meter su corpachón. A M. Michelet le fascina todo esto; para él demuestra la inteligencia de las abejas concluyentemente. Lo llama «el *Coup de'État* de los animales, la revolución de los insectos», un golpe asestado no sólo a la mariposa de la muerte, sino a los pensadores como Malebranche y Buffon, que negaron a las abejas cualquier capacidad de pensar o enfocar su atención en nuevas direcciones. Las hormigas también pueden fabricar laberintos y aprenderse laberintos hechos por los hombres; algunas mejor que otras. ¿Prueban todas esas cosas que estos animalitos son capaces de un desarrollo consciente? El orden de sus sociedades es infinitamente más antiguo que el nuestro. Se descubren hormigas fosilizadas en las piedras más antiguas; se han comportado como lo hacen ahora durante un número inimaginable de milenios. ¿Tienen costumbres profundamente arraigadas (por muy complejas y sutiles que puedan ser); siguen a una fuerza rectora: una pauta instintiva, rígida e invariable como los cauces de piedra, o son blandas, dúctiles, flexibles, maleables, gracias al cambio y a su propia voluntad?

Mucho, muchísimo, casi todo, depende de lo que pensamos que es esa fuerza, ese poder o ese espíritu que lo baña todo, llamado «instinto». ¿En que se distingue el «instinto» de la inteligencia? Todos debemos admirar el milagro de las *aptitudes heredadas, la sabiduría heredada* de una reina fundadora de una nueva colonia de hormigas que nunca ha salido del nido paterno, que nunca se ha dedicado a excavar o a recolectar comida, y sin embargo es capaz de criar a sus pequeños, de alimentarlos y cuidarlos, de construir su primer hogar, de abrir los capullos de las pupas. Esto es inteligencia heredada, y es parte de la sensatez y la inteligencia difundidas por toda la comunidad, que les proporciona a todas la capacidad de saber cómo responder a las necesidades de las demás de la forma más adecuada. El debate entre los defensores del instinto y los de la inteligencia alcanza su punto culminante al considerar al Vigilante que, en nombre de toda la comunidad, toma decisiones, como cuántas obreras, cuántas soldados, cuántas amantes aladas o reinas vírgenes puede necesitar una comunidad en cualquier momento dado. Esas decisiones tienen en cuenta la comida disponible, el tamaño de la cámara de cría, la fuerza de las reinas en activo, la muerte de otras, la estación, los enemigos. Si estas decisiones se toman por Casualidad, entonces estas comunidades atareadas y eficientes están regidas por una serie de felices accidentes, tan complejos que la Casualidad debe parecer tan sabia como muchas deidades locales; si se trata de una respuesta automática, ¿en qué consistiría la inteligencia? La inteligencia que dirige las actividades de la reina fundadora, o de la obrera adulta, es la inteligencia de la propia Ciudad, del conglomerado que cuida del bienestar de todas y prolonga su vida, en el tiempo y en el espacio, de modo que la comunidad es infinita y eterna, a pesar de que tanto las reinas como las obreras sean mortales.

No sabemos del todo lo que queremos decir ni con la palabra «instinto» ni con la

palabra «inteligencia». Dividimos nuestras propias acciones en las gobernadas por el «instinto» (la succión del pecho que realiza un recién nacido, el regate del corredor para evitar el peligro, el olisquear nuestro pan y nuestra carne para detectar signos de putrefacción) y en las gobernadas por la «inteligencia» (previsión, análisis racional, pensamiento reflexivo). Cuvier y otros pensadores compararon las labores del «instinto» con las de la «costumbre», y el señor Darwin ha señalado sutilmente que en los seres humanos «la comparación nos da buena cuenta del marco mental bajo el que se lleva a cabo un acto instintivo, pero no de su origen. ¡Qué inconscientemente se llevan a cabo muchos actos habituales, a menudo, de hecho, en franca oposición a nuestra voluntad consciente, aunque puedan modificarlos la voluntad o la razón!». ¿Tenemos que ver las acciones de las hormigas y las abejas como si estuviesen controladas por una combinación de instintos tan constantes como los movimientos engullidores y natatorios de la ameba, o tenemos que ver su comportamiento como una combinación de esos instintos, de hábitos adquiridos y de una inteligencia rectora que no reside en ninguna hormiga en particular, pero a la que pueden acceder cuando hace falta? Una combinación semejante gobierna nuestros cuerpos. Nuestras propias células nerviosas responden a estímulos, y responden con mucha intensidad a las emociones del pánico, el amor, el dolor o la actividad intelectual, despertando con frecuencia la posibilidad de nuevas puestas en práctica de nuestras habilidades de las que no sabíamos nada. Éstas son cuestiones profundas, sobre las que han reflexionado todas las generaciones de filósofos, pero a las que ninguna de ellas ha dado una respuesta satisfactoria. ¿Dónde residen el alma y la mente en el cuerpo humano? ¿En el corazón? ¿En la cabeza?

¿Y de verdad encontramos la analogía con nuestros seres individuales, o con las cooperativas células de nuestros cuerpos, más útil cuando entendemos a las hormigas? He podido observar a hormigas solas que normalmente se movían más nerviosa y enérgicamente, exploraban territorios más lejanos, se acercaban a otras hormigas para que se interesaran por actividades nuevas o para exhortarlas a realizar mayores esfuerzos. ¿Se trata de *personas* aisladas de su sociedad, inquietas e ingeniosas, o de células grandes y bien alimentadas en los centros de energía? A mí me gustaría considerarlas criaturas aisladas, llenas de amor, de miedo, de ambición, de angustia, y sin embargo también sé que su naturaleza se vería alterada por completo si cambiasen sus circunstancias. Agiten a una docena de hormigas en un tubo de ensayo, y caerán unas encima de otras y se pelearán furiosamente. Separen a una obrera de su comunidad, y dará vueltas y más vueltas, y caerá taciturnamente en coma y aguardará la muerte: no sobrevivirá más que unos días como mucho. Aquellos que dicen que las hormigas tienen que comportarse ciegamente como les dicta el «instinto» están convirtiendo el «instinto» en un Dios Calvinista, en otro nombre de la Predestinación. Y los que observan reacciones similares en los seres humanos, que pueden perder la voluntad y la memoria tras lesiones físicas o traumas, que pueden haber nacido sin la capacidad de razonar que nos hace humanos (o que la

pueden perder, por la presión de un deseo extremo, o de un extremado temor a la muerte), están sustituyendo la Predestinación del cuerpo y del instinto por el control de hierro de una Deidad amorosa y vengativa, sentada en un Trono dorado e inmutable en un Cielo de Cristal.

La terrible idea (terrible para algunos, terrible, tal vez, para todos en un determinado momento o de una determinada manera) de que estamos *biológicamente predestinados* como otras criaturas, de que sólo nos diferenciamos de ellas en el ingenio y en la capacidad de reflexionar sobre nuestro destino sigue discretamente de cerca al juicio arrogante que hace de una hormiga un autómatas esasmódico.

¿Y qué podemos aprender, o tal vez tememos aprender o evitamos aprender, de la comparación entre nuestras propias sociedades y las de los insectos sociales?

Podemos ver sus comunidades como verdaderos individuos, de los que sus criaturas independientes, al realizar sus funciones, vivir y morir, no son más que células que se reponen y renuevan constantemente. Esto encajaría con la fábula de Menenio en *Coriolano* de la república como un cuerpo, cuyos miembros al completo sirven a la prolongación de su vida y de su bienestar, desde los dedos de los pies hasta el vientre voraz. El profesor Asa Gray, de la Universidad de Harvard, ha argumentado convincentemente que en el caso del mundo vegetal, al igual que en la rama de las comunidades animales de corales, es la *variedad* lo que es individual, ya que las criaturas pueden dividirse y propagarse asexualmente sin perder la vida. La comunidad de las hormigas es más variada que la de los corales, en la división del trabajo y en la variedad de formas que alcanzan sus criaturas, pero es posible creer que sus fines ni son más complejos ni difieren mucho. Consisten en la *perpetuación de la ciudad, de la raza, de la casta original*.

Hice un amigo belga en mis viajes por el Amazonas, que era un buen naturalista, poeta en su propia lengua, y muy dado a la meditación sobre las cuestiones más profundas de la existencia. Escribió descorazonadoramente sobre los efectos en los animales sociales de la *gran elaboración* del instinto social, que se desarrollaba en su mayor parte, afirmaba, a partir de la familia, las relaciones madre-hijo, la agrupación defensiva de los grupos primarios. Él estaba en la selva porque no era un ser sociable, sino un aspirante a Hombre Salvaje, solitario y romántico, pero sus apreciaciones sobre estos asuntos no dejan de ser interesantes. Cuanto más perfecta es la asociación, decía, más probabilidades existen de que se desarrollen severos sistemas de autoridad, de intolerancia, represiones, y una proliferación de reglas y reglamentos. Las sociedades organizadas, decía, tendían a la condición que se da en las fábricas, en los cuarteles, en las galeras, sin ocio ni descanso, en donde se utiliza despiadadamente a las criaturas en base a su *rendimiento funcional* hasta que se agotan y se las puede desechar. Calificaba memorablemente a ese ser social como «una especie de desesperación pública» y veía las ciudades de las termitas, en las que a las compañeras se las convierte racionalmente en comida cuando ya no son útiles,

como una parodia de los paraísos terrestres hacia los que los planificadores sociales de las ciudades y las comunidades humanas tienden con tanta ilusión. La Naturaleza, decía, no desea la felicidad. Cuando le repliqué que las comunidades de Fourier estaban basadas en la búsqueda, consentida por la razón, de placeres e inclinaciones (1620 pasiones, exactamente), dijo con aire pesimista que estos grupos estaban condenados al fracaso, bien porque se desintegrarían en un caos belicoso, bien porque la organización racional sustituiría la Armonía por el militarismo tarde o temprano.

Repliqué a eso que Réaumur afirmaba haber observado hormigas que jugaban como los antiguos griegos, entregándose a luchas inofensivas en días soleados. Desde entonces, debo confesar que he observado varias veces lo que me pareció ser este fenómeno lúdico, sólo para llegar a la conclusión al examinarlo más de cerca de que lo que estaba contemplando no era un juego, sino una guerra en serio, librada, como suele suceder con las guerras entre hormigas, por objetivos limitados y sin ningún ánimo de masacre en masa. Alfred Wallace, que viajaba por los mismos sitios en aquel momento, y es un socialista convencido, muy influido por la visión y los resultados prácticos de los afortunados experimentos de Robert Owen en New Lanark, intentó ver el problema a una luz más suave y más amable. Owen, argumentaba, había demostrado con sus experimentos sociales que el ambiente podía, en gran medida, modificar la personalidad para bien («que ninguna personalidad es tan mala como para que no pueda mejorarla mucho un entorno realmente bueno que opere sobre ella desde la primera infancia, y que la sociedad tiene el poder de crear ese ambiente»). El restringido aumento de Owen de la responsabilidad *individual* de sus trabajadores, su preocupación por su educación *personal*, mejoraron los deseos de éstos, que eran el modo de ser particular de cada uno de ellos. Wallace escribió (cito una carta inédita): «La herencia, gracias a la cual, ahora sabemos, reaparecen continuamente las características ancestrales, proporciona esa infinita diversidad de personalidades que es la auténtica sal de la vida social; por medio del ambiente, incluida la educación, podemos así modificar y mejorar la personalidad hasta ponerla en armonía con el entorno real de su poseedor, y de este modo adecuarlo a la realización de alguna tarea útil y agradable en la gran organización social.»

Me he apartado mucho, pensarán ustedes, del Tronco del Olmo y del Osborne, del Fuerte Rojo y de la Ciudad del Muro de Piedra. De hecho estas cuestiones fundamentales de la influencia de la herencia, el instinto, la identidad social, la costumbre y la voluntad, surgen a cada momento en nuestro estudio. Descubrimos parábolas dondequiera que miremos en la Naturaleza, y las construimos más o menos sabiamente. Los pensadores religiosos han visto en el amor de madre e hijo, del Padre y el Hijo, un reflejo de las relaciones eternas entre la Causa Primera con el Mundo Creado y con el Hombre mismo. Mi amigo belga veía el amor, por otro lado, como una respuesta instintiva que llevaba a la formación de sociedades que aún proporcionaban una identidad más restringida y funcional a sus miembros. He mencionado el papel del Instinto como Predestinación, y de la Inteligencia como algo

que reside más en las comunidades que en los individuos. Preguntarnos qué son las hormigas en su mundo desbordante de actividad es preguntarnos quiénes somos nosotros, cualquiera que sea la respuesta...

William se quedó mirando su página. Había dado rodeos y más rodeos, sin pensar realmente en su publicación, porque si lo hubiera hecho, pensó, lamentablemente, al menos por lo que se refería al público numeroso y joven previsto por Matty Crompton que seguramente lo leería para cultivarse, tendría que haber prestado más atención a las susceptibilidades de sus padres y tutores. Pensó en añadir aquella coletilla tan útil de *El Anciano Marinero* de Coleridge

Reza bien quien bien ama,
lo mismo al hombre que al ave y a la bestia.

Decidió entregarle sus páginas a Matty Crompton, y calibrar, si podía, su respuesta. Le sorprendía no saber nada de sus opiniones religiosas. Un amigo de Charles Darwin le había contado una vez que casi ninguna mujer estaba preparada para cuestionarse las verdades de la religión. Se le ocurrió entonces que todo lo que acaba de escribir iba, de alguna manera, en contra de lo que Harald Alabaster trataba de decir; más aún de lo que salía a relucir en su escritura, porque como la mayoría de sus contemporáneos, tenía cierto miedo de expresar plenamente, incluso ante sí mismo, su auténtica sensación de que el Instinto era Predestinación, de que él era una criatura tan dirigida, determinada, constreñida como cualquier cosa que volara o se arrastrara. Escribía sobre la voluntad y la razón, pero no *sentía*, en sus huesos, en la percepción de su propio peso dentro de la masa de vida que se debatía sobre la tierra, que fueran entidades muy poderosas o importantes, como lo eran para un teólogo del siglo XVII a los Ojos de Dios, o para un descubridor de nuevas estrellas exultante de poder. Sus células nerviosas le daban punzadas, le dolía la mano, tenía la cabeza llena de una niebla negra y reptante. Su vida le parecía una lucha fugaz, un escabullirse por oscuros pasillos sin ninguna salida a la luz.

Cuando le entregó sus reflexiones finales a Matty Crompton para que las leyera, descubrió que aguardaba ansiosamente su opinión. Ella se llevó las páginas un día, y las trajo al día siguiente, diciendo que eran exactamente lo que se necesitaba, precisamente unas consideraciones generales tan escrupulosas eran las que acrecentarían en gran medida el atractivo del libro para un público amplio, y llevarían a que se discutiese sobre él en todos los círculos.

—¿Le parece posible —añadió— que pueda haber generaciones futuras que serán felices creyendo que son seres finitos sin más vida que ésta, o que su modo de ser se verá plenamente satisfecho con el papel que jueguen en la vida de toda la comunidad?

—Ya existen esos seres, supongo. Viajar produce un curioso resultado: que todas las creencias parecen más... más relativas, más tenues. Me impresionó mucho la incapacidad general de los indios del Amazonas para imaginarse una comunidad que no residiese en las orillas de un río inmenso. No son capaces de preguntar: «¿Vives cerca de un río?», sólo «¿Cómo es *tu* río? ¿Es rápido o lento, vives cerca de los rápidos o de posibles avalanchas de tierra?». Se imaginan el mar como un gran río, estoy seguro, por mucho que intentemos describirlo de un modo claro y fiel. Es como tratar de explicarle a un ciego los principios de la perspectiva, cosa que intenté una vez. Y eso me llevó a preguntarme sobre qué no reflexiono, qué hechos importantes ignoro en mi representación del mundo.

—Muchos, la mayoría, no tendrían su humildad y su prudencia intelectual.

—¿Eso cree? Los que no aceptan los descubrimientos del señor Darwin se dividen en los que están muy enfadados y completamente seguros de que tienen razón (los que dan patadas a piedras imaginarias, como el doctor Johnson cuando refuta a Berkeley), y aquellos, como sir Harald, cuya búsqueda de garantías, de confirmaciones de su Fe está cargada de problemas, de angustia en realidad.

—La sabiduría de la serpiente tal vez daría a entender que refuerce su causa con vistas a una posible explicación que podría cuadrar con la Providencia.

—¿Usted cree que debería hacer eso?

—Creo que un hombre debe ser lo más veraz posible, o nunca se descubrirá toda la verdad. No debe decir nada que no piense.

Hubo un silencio. Matty Crompton hojeó rápidamente las páginas.

—Me gustó su pasaje sobre Michelet —dijo—, acerca de los estragos de la Sphinx atropos. Es asombroso cuánto ganan los animales, cuánto misterio, cuánto encanto de cuento de hadas, con los nombres que les otorgamos.

—En la selva solía pensar en Linneo constantemente. Ligó el Nuevo Mundo tan inextricablemente a la imaginación del Viejo cuando les puso a las macaones los nombres de los héroes griegos y troyanos, y a las Heliconiae los de las musas. Allí estaba yo, en aquellas tierras en las que ningún inglés se había adentrado antes, y a mi alrededor flotaban Helena y Menelao, Apolo y las nueve musas, Héctor y Hécuba y Príamo. La imaginación del científico había colonizado la selva inexplorada antes de que yo llegase. Tiene algo de maravilloso *dar nombre* a las especies. Poner una cosa que es salvaje, y rara, y desconocida hasta ese momento, bajo la red de la observación y el lenguaje humanos; y en el caso de Linneo, con tanto ingenio, tanto orden, y utilizando tan alegremente nuestra herencia de mitos, cuentos y personajes. Quería llamar a la Atropos la Caput mortuum, ¿sabe?, la Cabeza de la Muerte exactamente, pero el sistema de nomenclatura requiere un monosílabo.

—Así que escogió a la Furia ciega con sus Tijeras abominables. Pobrecito insecto inocente, que su vida diminuta tenga que soportar la carga de semejante significado... Me chocó en parte la Sphinx atropos porque yo también he estado escribiendo... Y lo que he estado escribiendo ha acabado por relacionarse curiosamente justo con estos

nombres que eligió Linneo; he sacado muchas enseñanzas tanto del *Systema Naturae* como de la copia del *Theatrum Insectorum* de Thomas Mouffet que está en la biblioteca de sir Harald.

—Me tiene asombrado con sus habilidades. Latín, griego, una mano excelente para el dibujo, un vasto conocimiento de la literatura inglesa...

—Fui educada con mis superiores en las clases de un obispo. Mi padre fue el tutor y la mujer del obispo tenía muy buenas intenciones. Le agradecería mucho —dijo, al parecer pasando rápidamente por alto cualquier otra cuestión personal— que le echara un vistazo a este escrito cuando tenga un momento libre. No pretendía más que una fábula ilustrativa, ya lo verá; estaba entretenida rastreando la etimología de la *Cerura vinula* y otra *Sphinx*, *Deilephila elpenor*, y se me ocurrió escribir una *fábula didáctica* sobre estos bichos tan curiosos; pero me parece que me entusiasmé demasiado y he escrito una cosa más larga de lo que pensaba, y demasiado ambiciosa tal vez para un simple cuento en clave; y ahora no sé qué hacer con ella.

—Debería publicarlos con su propio nombre, un volumen entero de esos cuentos.

—Nunca he creído que tuviera dotes creativas. Ha sido la crónica de nuestras ciudades de insectos lo que me ha animado a convertirme en autora. Pero no creo que tenga mucho mérito. Confío en que usted sea despiadadamente honesto diciéndome los fallos que tiene.

—Estoy seguro de que me llenará de admiración —dijo William honesta pero distraídamente. Matty Crompton se quedó pensativa mirando hacia abajo, sin enfrentarse a sus ojos.

—Ya le he dicho, en otro contexto, que no debe decir nada que no piense.

Leyó su cuento de noche en la cama, a la luz de una nueva vela. Al otro lado de la puerta que separaba su habitación de la de su mujer pudo escuchar una nueva clase de sonido, regular y confortable: los recientes ronquidos de Eugenia; un zureo, como de paloma torcaz, un silbidito, como de uñas sobre seda, y luego un ronquido como de foca hambrienta.

Las cosas no son lo que parecen

Había una vez un campesino que lo pasaba muy mal labrando sus tierras, que estaban llenas de espinos y de cardos. Tenía tres hijos, demasiados para heredar aquel terreno tan difícil, así que al menor, de nombre Seth, se le envió a recorrer mundo con un hatillo de comida y ropa, en busca de fortuna. Viajó por todas partes, cruzando una y otra vez los mares, hasta que un día naufragó de verdad, y se vio arrojado a una costa arenosa con unos cuantos compañeros. No tenían ni idea de dónde estaban (el viento los había apartado completamente de su ruta), pero juntaron los paquetes de los víveres que habían salvado, y se dispusieron a ascender por la playa e internarse

en los extensos bosques que tenían delante. Oían las risas de los pájaros y de los monos, y veían los relampagueos secretos de miríadas de alas en las copas de los árboles, pero no encontraban ni rastro de viviendas humanas, y estaban a punto de decidir que eran los nuevos gobernadores de una isla deshabitada cuando se toparon con unos rastros y un sendero que luego se abrió en una amplia vereda entre los árboles, por la que siguieron andando.

Después de un rato, llegaron hasta un muro liso y alto, demasiado alto para ver por encima de él, con una puerta que estaba cerrada con llave. Discutieron un momento entre sí, y llamaron con los nudillos, y la puerta se abrió de pronto ante ellos sobre unos goznes suaves y engrasados, y luego se cerró detrás con la misma facilidad, a pesar de que parecía que no había nadie que la sujetara. Y oyeron cómo encajaban los cerrojos y los seguros en su sitio dentro de la gran cerradura. Ante lo cual, uno era partidario de dar la vuelta, y otro de que se dispersaran y se escondieran, pero los demás, incluido Seth, querían seguir audazmente hacia adelante. Así que continuaron andando, mientras atravesaban suelos de mármol y salones frescos y espaciosos, mientras oían el chapoteo de las fuentes en los patios y cuchicheaban sobre la suntuosidad de la arquitectura y del mobiliario doméstico.

Y por fin se encontraron en un comedor de gala, con una gran mesa de ébano servida con un exquisito festín: apetitosas tartas y pasteles, deliciosas jaleas y cremas de vainilla, montañas de frutas relucientes, y vasos llenos de vino centelleante. Se les hizo la boca agua de una manera tan exagerada al verlo que, sin más dilación, se sentaron, se sirvieron y se pusieron a comer desordenadamente hasta que se les salieron los jugos por las comisuras de la boca, porque estaban medio muertos de hambre. El único que no comió fue Seth, pues su padre siempre le había dicho que se asegurase de no comer nada que no le ofrecieran gratuitamente. De niño había recibido buenas palizas por entrar sin permiso en los huertos vecinos, y se andaba con pies de plomo.

Cuando llevaban un rato comiendo, y estaban medio atontados del atracón, oyeron un sonido de campanillas y cuerdas de arpa, y una puerta al otro extremo de la sala se abrió de golpe para dar paso a una extraña concurrencia. Había un mayordomo, que parecía más una cabra que un hombre; una ternera muy bonita, blanca como la leche, con rosas entrelazadas en los cuernos; una comitiva de garzas reales y de ocas, adornadas todas con collares salpicados de rubíes y zafiros; unos gatitos peludos, muy, muy bonitos, algunos de color azul plateado y otros de un color cervatillo que tiraba al rosa; un elegante galguito plateado, con cascabeles alrededor del cuello, y una preciosísima spaniel King Charles, de largas y sedosas orejas rojizas y enormes y suplicantes ojos castaños. Y en el medio había una dama, de aspecto alegre y *acogedor*, vestida un poco como una pastora, con una capota con volantes y un precioso mandil bordado, y dueña de unos hermosos tirabuzones blancos que le llegaban hasta los hombros. En la mano llevaba el cayado de pastora más bonito del mundo, decorado con cintas plateadas, rosas y azul celeste, y tenía una sonrisa la mar

de encantadora, y unos ojos de lo más chispeante. Todos los marineros naufragados se sintieron hechizados de inmediato por su presencia, y empezaron a sonreír tontamente entre la grasa y el zumo de frutas que les resbalaba por los labios y la barbilla. Era fácil ver que no trabajaba de pastora, sino que se trataba de una gran dama que había elegido vestirse así, por condescendencia o sencillez de espíritu.

—¡Qué *encanto* —exclamó— recibir una visita inesperada! Comed lo que queráis, servíos vino hasta que desborden las copas. Me *encanta* tener visitas.

Y los marineros le dieron las gracias, y se pusieron a comer otra vez, porque aquellas palabras les habían vuelto a despertar mucha hambre, a todos excepto a Seth, si bien es verdad que ahora le habían invitado, conque no iba a infringir la prohibición de su padre. Pero seguía sin tener ganas de darse un banquete. La deliciosa dama vio que no comía, y la cabra le tendió una silla, de modo que, más o menos, se vio obligado a sentarse. Y cuando vio que no comía, la encantadora dama se acercó con un frufú de sus bonitas faldas e insistió en ofrecerle platos de toda clase de golosinas, a la vez que le servía vasos de julepe cordial y jarabes aromáticos, que parecían llamas bailarinas dentro del cristal.

—Tienes que comer —dijo—, o desfallecerás de hambre, porque se ve que habéis tenido un viaje horrible, y estáis sucios de sal y muertos de cansancio.

Seth dijo que no tenía hambre. Y la dama, sin perder el buen humor ni la sonrisa, le cortó unos trozos de frutas exquisitas con un cuchillo de plata, y los colocó en abanico, como una flor: rajadas de melón, rodajas de naranja reluciente, olorosas uvas negras y manzanas blancas y crujientes, porciones de granadas carmesíes tachonadas de semillas de ébano.

—Te consideraré terco y maleducado —dijo ella—, si ni siquiera pruebas un pedazo de manzana, o una uva bien madura, o un sorbo de zumo de granadas.

Así que por pura vergüenza cogió una porción de granada, que parecía menos sustanciosa que la pulpa crujiente de la manzana, y se comió tres semillas negras con su dulce gelatina color sangre.

Uno de sus compañeros eructó y dijo:

—Usted debe de ser un Hada muy importante, señora, o Alteza, para tener todas estas cosas en medio de una zona deshabitada.

—Claro que lo soy —dijo ella—. Soy un Hada a la que le gusta hacerles agradables las cosas a los mortales, como podéis ver. Mi nombre es doña Cottitoe Pan Demos, que quiere decir «para todo el mundo», ¿sabéis?, y eso es lo que soy yo. Soy para todo el mundo. Mi casa está abierta para todo el que venga. Todos sois bienvenidos.

—¿Y puede hacer magia? —preguntó el cocinero del barco, que no era más que un niño demasiado crecido para su edad, y asociaba la magia a trucos y desapariciones, a plumeros y ramilletes que salían de la nada.

—Claro que puedo —dijo con una risa argentina.

—Enséñenos, enséñenos algo de magia —dijo el cocinero, relamiéndose.

—Bueno —dijo ella—, puedo hacer que este festín se desvanezca en un periquete. —Y tocó la mesa con su cayado de plata, y desapareció todo, aunque la fragancia de la fruta, y el sabor de la carne, y el fuerte aroma del vino permanecieron en el aire—. Y os puedo encadenar a las sillas sin cadenas —dijo con una sonrisa aún más alegre, y a una imperiosa sacudidla de su cayado los marineros se dieron cuenta de que ya no podían ponerse de pie ni alzar las manos de las sillas.

—Eso no ha estado muy bien —dijo el cocinero—. Déjenos marchar, señora; tenemos que volver para reparar nuestro barco y reanudar el viaje.

—¡Qué desagradecidos son los hombres! —dijo la dama—. No se quedan les demos lo que les demos; no se dedican a descansar, sino que se hacen a la mar. Creí que a lo mejor os gustaría quedaros y formar parte de mi familia durante un tiempo. O para siempre. Mi casa está abierta a todo el que venga.

—No, muchísimas gracias, señora —dijo el cocinero—. Me gustaría irme ahora.

—No creo —dijo ella, y le tocó en el hombro con su cayado de plata, que se alargó a ese efecto. E inmediatamente, con un extraño grito medio humano, el cocinero se convirtió en un gran cerdo, por lo menos a juzgar por su cabeza y sus hombros, con un hocico húmedo, grandes colmillos, y cerdas. Sólo sus pobres manos, agarradas a la silla, seguían siendo manos, manos duras como pezuñas, peludas y torpes. Y la dama fue dando la vuelta a la mesa, y tocando a cada uno de los marineros, y cada uno de ellos se convirtió en una especie diferente de cerdo, desde el gran jabalí blanco hasta el pulcro tostado con manchas negras, desde el *sanglier* francés hasta el azul de Bedford. A Seth le interesaba la variedad de especies de cerdo, a pesar del gran peligro que corría. Fue el último al que tocaron con el cayado, que le produjo una especie de choque eléctrico por todo el cuerpo, como un mordisco de serpiente. Se llevó una mano a la cabeza para palparse el hocico y cuál no sería su sorpresa al darse cuenta de que, a diferencia de sus hermanos, lo podía hacer. Su cara parecía exactamente la misma, su nariz, su boca, sus cejas. Pero sentía una especie de picor y de ajetreo en la cabeza, y se tocó arriba y resultó que su pelo brotaba hacia fuera como agua de una fuente, formando una especie de melena retozona.

Doña Cottitoe Pan Demos se rió de buena gana al verlo.

—*Nunca* sé qué efecto producirá mi magia en los que sólo comen frugalmente —dijo—. Me parece precioso el pelo de tu cabeza, mucho más bonito que esos colmillos y esas cerdas. Pero sigues teniendo que formar parte de nuestro *grupo*, ¿sabes? Te pondré a trabajar de porquero; crío a mis cerdos en el fondo de las cavernas rocosas que hay debajo de este palacio, porque a los cerdos no les hace falta la luz del día, y te enseñaré cómo tienes que prepararles el pienso y limpiar sus pocilgas, y me temo muy mucho que se te castigará terriblemente si no lo haces bien. Porque todos debemos cooperar, ya sabes, por el bien de nuestra casa. Ven conmigo, querido.

Y condujo a todos los animales (los nuevos cerdos y las ocas y las garzas reales, la ternera y la vieja cabra) a trote rápido por los pasillos, riéndose melodiosamente

cuando sus torpes pezuñas les hacían resbalar, blandiendo su bonito cayado que se clavaba despiadadamente dondequiera que tocase pellejo o pelo. Y bajo el palacio, se encontraron con una enorme sucesión de corrales, cavernas y jaulas, en los que languidecían toda clase de criaturas: dóciles conejos, apacibles liebres palpitantes, pavos reales con la cola ajada y sucia, unos cuantos burros, unos cuantos patos de Barbary, y hasta un nido de ratones blancos.

—No tienes por qué escuchar los ruidos que hacen —dijo doña Cottitoe Pan Demos—, a no ser que quieras, y te aconsejo que no, porque hacen una mezcla muy *desagradable* de gruñidos, chillidos, rebuznos y graznidos, que es mejor ignorar. Me temo que tendré que encerrarte con ellos; puedes dormir sobre esta paja fresca, y aquí tienes una deliciosa rebanada de pan de hace sólo una semana, y una estupenda agua de manantial que beber, así que no tendrás razones para quejarte de tus diversiones. Seguro que estás de acuerdo conmigo en que no hay *nada* más saludable que el buen pan y el agua clara. De vez en cuando te enviaré mensajes a través de una de las criaturas de la *casa*; las ocas pueden llevar cestitos, y a la spaniel se la ha entrenado para llevar cartas en la boca a buen recaudo. No necesitas preocuparte por cómo responderme. *Debes* hacer lo que yo te diga, ésas son las normas, y desgraciadamente cualquier infracción tropieza siempre, me temo, con las más terribles consecuencias. Eso lo dejo a tu imaginación. Sé que la imaginación se alimenta estupendamente a oscuras de pan y de agua, un poco como las semillitas que brotan debajo de la tierra; puedes imaginarte *toda clase* de consecuencias, querido. Que tengas felices sueños.

Y, tras decir esto, cruzó rápidamente las puertas del sótano, haciendo tap, tap, tap con sus zapatillitas de diamantes, y con su gran capota balanceándose sobre sus bucles blancos como la nieve. Y el pobre Seth se quedó casi a oscuras, rodeado de ojos afligidos que lo miraban fijamente, ojos medio humanos en rostros peludos, o que se esforzaban para verlo entre las arrugas de su piel de cerdo, bañados de lágrimas relucientes.

El pobre Seth lo pasaba muy mal en aquellas cavernas miserables. Hacía lo que podía para que las cosas les fueran más fáciles a los animales, en parte porque temía el poder vengativo del Hada, pero también porque le daba lástima su situación desesperada. Les enjugaba las lágrimas, les curaba las llagas, les cambiaba el agua y escuchaba sus sollozos y sus gemidos, que le hacían mucho daño, tal vez porque no podía traducirlos en las palabras que querían ser. De cuando en cuando tramaba planes de fuga. Se abalanzaría sobre la puerta. Sobornaría a la spaniel King Charles. Un día intentó de hecho hablar con la perrita.

—Supongo que tú también eres un ser humano encantado —le dijo—, sin duda una persona muy hermosa, a juzgar por el pelo lustroso y los ojos que tienes ahora. Te ruego que asientas con la cabeza si estás dispuesta a ayudarme a pensar una manera de escapar de esta servidumbre, que no puede resultarte más agradable que a mí, aunque tu suerte sea más llevadera.

Pero el animalito se limitó a echarse a temblar: se le puso el pelo de punta, y gimoteó para apartarse de la puerta y regresar a los corredores. Cuando él se le acercó, se puso a gruñir, temblando aún, y le mordió la mano.

Tras este fracaso, se volvió a su rincón, se sentó en la paja, y lloró amargamente. Sus lágrimas caían cada vez más deprisa y por más sitios, humedeciendo el polvo que había a sus pies y colándose misteriosamente por los rincones. De repente se dio cuenta de que desde hacía un ratito una voz insignificante y ronca no paraba de balbucear a gritos:

—Para, me estás ahogando, para.

Miró alrededor buscando a aquel interlocutor invisible, pero no vio a nadie.

—¿Dónde estás? —dijo por fin.

—Aquí, a tus pies, en medio de toda esta agua salada.

Conque miró hacia abajo, y allí estaba una hormiga negra como el azabache, bastante grande, enroscada en una de sus lágrimas, con todas aquellas patas como hebras pegadas a su cuerpo, y las antenas colgando. Deshizo la lágrima con una pajita, y sostuvo la pajita para que el animalito se subiese a ella.

—¿Por qué estás poniéndolo todo perdido de barro? —preguntó la hormiga.

—Porque estoy preso, y nunca saldremos de este agujero. Mi vida está acabada.

—Yo puedo entrar y salir.

—Ya veo. Pero tú eres una criatura diminuta y yo soy un enorme zoquete que no vale para nada. Esto no tiene remedio.

—No empieces a llorar otra vez. Te puedo hacer un favor, porque me has salvado la vida, a pesar de que fuiste tú quien la puso en peligro. Espera un momento.

Y el animalito se fue corre que te corre, y desapareció en una grieta de la roca de la caverna. Así que Seth esperó. No tenía muchas más opciones, pensara lo que pensara de la capacidad que tenía la hormiga de brindarle alguna ayuda material. Tras un buen rato, vio que meneaba sus antenas como una loca en el borde de la grieta, y que luego se abría paso a duras penas, seguida de dos compañeras. Cargaban entre las dos un paquete del tamaño de una gran miga de pan, un buen colchón de plumas según su escala, que arrastraron hasta sus pies y depositaron en tierra. Había algo casi invisible envuelto con mucho esmero en un trozo de hoja seca, cosido o atado con un hilo que apenas se distinguía.

—Toma —dijo la hormiga—. Esto servirá.

—¿Qué hago con eso?

—Comértelo, naturalmente.

—¿Qué tiene dentro?

—Tres semillas de helecho. Son especiales. Fueron recogidas más allá del muro, claro.

Titubeó. Estaba a punto de preguntar: «¿Qué efecto me va a hacer?», cuando la hormiga dijo en un tono casi tan enérgico como el de doña Cottitoe Pan Demos:

—¡Deprisa!

Así que se lo puso en la punta de la lengua, donde se le disolvió con un sabor a sombras del bosque, y sintió algo parecido a un hormigueo en la venas y un vértigo horrible, y lo siguiente que supo fue que se encontraba al lado de la hormiga y ya sólo medía, más o menos, el doble que ella. Tenía un aspecto mucho más amenazador y misterioso ahora que ella era más grande o él más pequeño. Sus grandes ojos negros lo examinaban desde sus oscuras ventanas relucientes. Aquellas mandíbulas como tijeras de podar se abrían y se cerraban.

—Ahora estoy peor que antes —dijo él—. Ahora aún valgo para menos. Cualquiera de esos cerdos o de esos burros me puede aplastar sin darse cuenta. Las gallinas y las palomas me pueden comer. Por favor, devuélveme a mi tamaño normal.

—Te dije —respondió la hormiga, en lo que ahora era una mezcla de estampido y crepitación— que puedo salir y entrar. Si yo puedo, tú también. Sígueme, por favor.

Y de esta forma comenzó un viaje terrible, a través de túneles de tierra que serpenteaban y torcían en todas direcciones, con la hormiga portavoz a la cabeza, y las otras ayudando a Seth a abrirse paso en aquella oscuridad absoluta a fuerza de cogerlo por sus extremidades y empujar y tirar, con suavidad y precisión. Ellas pisaban con delicadeza y él resbalaba, tropezaba, hasta que después de un rato, al doblar una esquina muy pronunciada, salieron casi de repente a la clara luz del sol, y como él no la había visto durante tanto tiempo, no hacía más que guiñar los ojos, que se le llenaron de lágrimas.

No podía ver dónde se encontraba, porque estaba bien hundido entre las raíces de un césped muy extenso y tupido, y su campo visual se reducía a cierta gravilla pedregosa y al techo oscilante del bosque de hierbas. Las hormigas le sugirieron que trepase al rosal que había allí cerca, conque así lo hizo, subiéndose con cuidado a las espinas más grandes como un ladrón que escalase las defensas de un castillo. Y cuando ya estaba muy arriba y había salido al aire libre, y podía ver a larga distancia, vio que se encontraba en una especie de jardín amurallado, con árboles frutales entrelazados que crecían al sol junto al muro, y con céspedes, y bancos de piedra, y arriates de flores, y parcelas de hortalizas, de hierbas, de frutas blandas, que se extendían hasta donde le alcanzaba la vista. Pero todo era tan excesivamente exagerado para su nueva perspectiva que se empezó a marear muchísimo, y tuvo que agarrarse muy fuerte de una hoja y cerrar los ojos un momento para defenderse del terrible carmesí de los pétalos de rosa, grandes como alfombras persas, o del resplandor del bosque de hierbas, tan ancho como el Canal de la Mancha.

Imaginaos una manzana roja, dura y reluciente y pesada como el Albert Hall, colgada de un cable, oscilando sobre vuestra cabeza indefensa. Imaginaos entonces cuánto más terrible tiene que parecer la montaña veteadada y esférica, maravillosamente rayada de morado brillante, rodeada de una cresta verde y mullida y con dobleces que forman grietas y hendiduras, que es una col reluciente rebosante de vigor, lista para ser cosechada. Seth se vio desbordado por una mezcla de temor reverencial, de aprensión, y de admiración por el enorme poder que había detrás de

toda aquella floración. Bajó a tierra de nuevo, y dio las gracias a las hormigas por su amabilidad. Pensó que podría intentar vivir en el jardín hasta que fuera capaz de encontrar una manera de recuperar su forma original y rescatar a sus camaradas. Creía que podría esconderse lo suficientemente bien de doña Cottitoe Pan Demos, a no ser, claro, que ella supiera un truco que lo descubriese. Este pensamiento lo desanimó un poco. Empezó a apartarse deprisa del muro del castillo por el bosque de hierba, como si le sirviera de algo distanciarse de su radio de acción. Las hormigas lo habían ayudado. Tal vez encontrara a alguien más que le ayudase, se dijo a sí mismo, para darse ánimos.

Podía oír todas clase de sonidos a su alrededor. Algunos de ellos los habría oído en su estado natural: los gorjeos fluidos de los pájaros, que ahora eran como una orquesta tocando en una catarata; el intenso zumbido de las abejas, que se precipitaban de una flor a otra. También oía sonidos que nunca habría escuchado sin aguzar el oído: la masticación, y los mordiscos, y el ruido de sierra de miles y miles de bocas que se comían hojas y flores, frutos, pulpas y huesos. Oía deslizarse a las orugas por la tierra cerca de él, como trenes viscosos y bocas sedientas que absorbían el rocío y los jugos. Después de un rato se acostumbró a todos estos ruidos, como un hombre que camina despreocupadamente entre el tráfico de una gran ciudad, y empezó a mirar a su alrededor con mayor confianza. Al salir del túnel de hierba, se encontró al borde de una plantación de frambuesas. Pensó que tal vez podría arreglárselas para arrancar una frambuesa y comer un trozo (de repente tenía hambre), y comenzó a trepar por el tallo de una, una mano tras otra, como solía hacer en sus días de navegación. Con este método consiguió aproximarse al remate bañado por el sol de un muro bajo, contra el que se alzaban las cañas, y estaba a punto de alargar el brazo para alcanzar un fruto cuando oyó un siseo lento y amenazador proveniente de las hojas. Y del muro le llegó una especie de gruñido carrasposo que daba miedo, como la voz de un cocodrilo enfadado.

Por las ramas del frambueso se arrastraba la más terrible de las criaturas, un repugnante dragón de morro chato, con una cabeza horriblemente hinchada y unos ojos enormes que miraban fijamente. Y a lo largo del muro, emitiendo aquel gruñido, avanzaba otra meneando una cola ahorquillada que parecía una tralla, a la vez que alzaba una boca muy grande y cavernosa con la que gruñía muy fuerte. Esta última tenía el lomo color vino, y la cabeza y la cola de color verde claro. Se movía lentamente, como en un vaivén, mientras que la bestia con más aspecto de serpiente *rezumaba* sobre la rama.

Seth se echó hacia atrás, buscando desesperadamente un arma. Encontró en el muro una lasca de pizarra que podría servirle, en caso necesario, para cortar o apuñalar, y cogió un puñado de piedrecitas para arrojárselas.

—¡Fuera! —gritó—. ¡Atrás!

La serpiente de las ramas se bamboleó de un lado a otro. Habló con una especie

de voz espesa e hinchada, como si tuviera la boca llena de cosas asquerosas.

—Soy-muy-desagradable-en-efecto. Voy-a-hacerte-mucho-daño. Soy-muy-peligrosa. No-deberías-acercarte.

Y la de la pared dijo:

—Soy-muy-cruel. Me-lo-como-todo. No-dejaré-ni-los-huesos.

—¡Atrás! —gritó Seth. Podía oler sus cálidos alientos, carnosos y cargados. Le tiró un guijarro a la de la cola ahorquillada, que se detuvo y contrajo la piel, y luego avanzó otra vez. Seth creyó que había llegado su hora; no podía escapar porque tras él se alzaba el muro escarpado, y delante tenía a la serpiente de la cabeza gorda. Estaba atrapado entre las dos.

Y justo en ese momento, alguien descendió muy rápido del cielo en el extremo de una larga cuerda de seda, que no parecía estar sujeta a ningún lado. Dos relucientes zapatos negros se posaron de un saltito, y sobre ellos alguien largo y delgado y negro: una criatura de cuatro patas, que resultó ser una forma humana, femenina, con un abrigo largo y negro y una capotita blanca que protegía una carita pálida con unas grandes gafas de concha apoyadas en una nariz afilada. Iba envuelta en una capa larga y plateada. La persona en cuestión enrolló la cuerda de seda caída del cielo, y la dejó a sus pies.

—Buenos días —dijo—. Parece que tiene problemas.

—Estoy a punto de que me coman vivo dragones y serpientes.

—No creo —dijo—. Son amigas mías, Deilephila elpenor, y Cerura vinula. Les da usted tanto miedo como ellas a usted. Cuentan muchas mentiras sobre sí mismas, y se hinchan para aterrorizar a quienes creen que pueden hacerles daño. No creo que esta criatura vaya a hacerlos daño —dijo a los dragones—. Lo habéis asustado muy bien. Pero ya basta. Tenéis que daros prisa y comer más. No os queda mucho tiempo.

—Tienen un aspecto terrible y peligroso.

—Les encantará saberlo. ¿No es cierto, Elpenor? ¿A que sí, Vinula? Fíjese bien en Vinula, señor, y verá que sus *verdaderas* mandíbulas ocupan un pequeño espacio bajo la gran Máscara que le enseña al mundo. Y mire cómo se desinfla Elpenor, y verá que sus terribles ojos sólo son dos puntos de su parte de atrás, bien hinchados para hacer que parezca más pequeña su auténtica cabeza, que ya es muy pequeña. La verdad es que tiene un morrito encantador, más parecido al de un cerdito que al de un enorme Dragón. Las cosas no son siempre lo que parecen, ¿sabe? ¿Le importaría decirme su nombre?

—Me llamo Seth.

—Yo soy la señorita Mouffet. —Le tendió una mano huesuda—. ¿Le gustaría merendar conmigo? Supongo que debe de haberse escapado de las pocilgas, y tal vez yo pueda ayudarle, si confía en mí.

Así que Seth se sentó en el remate del muro con la señorita Mouffet, quien le ofreció pan y queso y manzanas que sacó de su cesto, todo lo cual tenía el tamaño adecuado para él en su estado actual, y también para ella. La señorita Mouffet lo miró

cariñosamente con aquellos ojos que relucían tras las gafas, y le contó cosas del Jardín.

—El Jardín es de doña Cottitoe Pan Demos, que lo usa para cultivar frutas y verduras para su mesa, y flores para decorar su tocador y su salón; también le gusta pasearse por él, como verá, porque doña Cottitoe es buena jardinera, y se le dan estupendamente las plantas. Pero también hay otras criaturas que se pasan la vida aquí, y no están sujetas a la autoridad de doña Cottitoe; que vinieron del otro lado del muro, y tienen otras intenciones. Elpenor y Vinula son criaturas de este tipo en cierto sentido, o se *convertirán* en criaturas de éstas, como espero que pueda ver, porque a pesar de que han nacido en este Jardín, y no tienen recuerdos de ningún otro lugar, no están sujetas a sus leyes y lo abandonarán. Y muchas otras criaturas se cuelan en el Jardín con paraguas de seda, o con cuerdas muy largas como hago yo. Y muchas más se introducen por las madrigueras y las grietas de la tierra, porque el Jardín es parte del reino de un Hada mucho más poderosa que doña Cottitoe, que le permite que lo cuide, pero a quien le gusta ver cómo les va a sus criaturas, y enviar y recibir mensajes de este lado del muro. Mire la hierba, y verá que está señalada por todas partes con cuerdas de seda, como en la que vine yo; cada una pertenece a una araña, que hará aquí su nido, y tejerá su tela, y se mantendrá al acecho. Y también los pájaros, y las semillas aladas de algunos árboles, que entran y salen dando vueltas, y las nubes de polen procedentes de otros, y los parasoles del perifollo y del diente de león, todos llevan mensajes.

—¿Y quién es el Hada? ¿Me ayudaría a mí y a mis pobres compañeros encantados? ¿Y quién es usted?

—Yo soy la Registradora de este Jardín, o más bien se podría decir la Espía, porque doña Cottitoe no sabe de mi existencia. Cuido de las criaturas como Elpenor y Vinula, y de usted, parece ser. Un pariente mío de otro mundo era uno de los grandes Dadores de Nombres, uno de los grandes historiadores de este Jardín. Fue él, de hecho, el que les puso sus nombres a Elpenor y a Vinula, que son unos nombres tan preciosos como poemas, ¿sabe? Yo misma salgo en un poema, «La pequeña señorita Mouffet» se titula; sin embargo se presta a confusión asociarme a las arañas, eso sí, pero insinuando también que yo, la prima del autor de *Theatrum Insectorum sive Animalium Minimorum* podría tener *miedo* de una araña, cuando en realidad soy la registradora de sus nombres y características, además de una buena amiga.

—Cuénteme sobre los nombres poéticos de Elpenor y Vinula, señorita Mouffet. Porque yo también provengo de una familia campesina, en la que poner nombres a las cosas es una afición familiar.

—Pues sabrá usted que «Elpenor» era el nombre de un marinero griego, que fue convertido en cerdo por una pariente de doña Cottitoe llamada Circe, y mi padre escogió ese nombre por el aspecto de hocico de su narizota. Tiene una pariente pequeña llamada Porcellus, cochinito, por la misma razón. Y el nombre de Vinula es Cerura vinula: Cerura por dos palabras griegas, κέρας (keras), cuerno, y οὐρά (oura),

cola, porque de su cola, ya sabe, salen como dos cuernos, que además son duros. Y mi pariente llamó Vinula «a una oruga *elegante*, vive Dios, y más bonita de lo que se pueda imaginar». Los nombres, mire usted, son una forma de entretejer el mundo relacionando unas criaturas con otras, y una especie de *metamorfosis*, podría decirse, derivada de una *metáfora*, que es una figura retórica para que una idea se impregne de otra.

—Claro —dijo Seth, que seguía el curso de sus propios pensamientos—. Claro, son orugas. Creí que eran unas serpientes horribles, o lagartos.

—Lo mismo les sucede a los seres humanos grandes y a los pájaros hambrientos. En eso consiste su inteligencia. Y como todas las verdaderas orugas, se convertirán en seres alados. Y entonces se les añaden nombres y se les cambian otra vez. Sé dónde algunas hermanas de Elpenor están a punto de salir de sus escondites. ¿Quiere venir y verlas? Creo que pueden ayudarle. Porque le llevan mensajes muy especiales al Hada del otro lado del muro, y en cierta forma se les ha puesto esos nombres por Ella, y a lo mejor se dignan llevarlo ante Su presencia, si tiene usted el valor.

Así que fueron por el remate del muro, acompañados por las orugas dragones, que se arrastraban muy afanosamente. Y después de un rato descendieron en un rincón lejano del jardín, donde un elegante sauce daba sombra a macetas de hierbas y a una parcela de hortalizas, con apretadas filas de puerros como pilares verdes de una catedral, hojas de zanahoria con aspecto de helechos como palmeras exuberantes, y emparrados de hojas de patata, en donde se podía ver a una oruga enorme mascando grandes bocados que rasgaba y desgarraba con mucha fuerza.

—Ésta es una pariente de Elpenor —dijo la señorita Mouffet—. Su nombre es Manduca, que en latín quiere decir simplemente «glotona», que no es muy bonito, pero es lo adecuado, ¿sabe?, porque es tan grande, y ha de crecer tanto, que tiene que comer muy rápido. A mí me parece muy bonita, a pesar de ese nombre tan feo. Por aquí hay varios parientes de Elpenor alimentándose de adelfas, que *no* es una de las protegidas de doña Cottitoe, sino que entra volando con la brisa colgada de fibras de seda y puede hacer su guarida en cualquier mella o cualquier grieta. Y a los parientes de Vinula se les puede ver por todo ese árbol, porque les encantan los sauces. Si se acerca al árbol, le enseñaré las crisálidas que tejieron las Vinula para pasar el invierno dentro, descansando. Mire, allí, en aquella rendija de la corteza.

Seth miró, pero no consiguió ver nada.

—Tiene que estar a punto de salir en cualquier momento —dijo la señorita Mouffet—. Estoy aquí para anotar la fecha de su transfiguración.

—No veo nada de nada.

—Y sin embargo es su casa, o su cuna, o hasta su féretro, si se lo quiere llamar así —dijo la señorita Mouffet—. Está fuertemente tejido con una seda preciosa; se enrosca sobre sí misma y devana esa hebra tan suave a partir de su propia sustancia, utilizando su cabecita a modo de lanzadera. Cada una construye una casa

característica. Manduca no teje seda, sino que se fabrica un caparazón córneo, como un féretro de momia egipcia, de un color caoba muy oscuro, y lo entierra profundamente en la tierra, donde yace tranquilamente a la espera. Y Elpenor se fabrica un estuche similar, sólo que más pálido, y lo esconde en la superficie del terreno. Debe de haberlos visto, cuando era... más grande. Puede que hasta haya roto alguno, mientras cavaba en su jardín. Su padre debe de desenterrarlos muy a menudo, en ese terreno lleno de espinos. Pero si, por casualidad, abre el féretro mientras su constructora duerme, no se encontrará ni una oruga ni una mariposa plegada, sino una sopa amarilla, como la yema de un huevo, que parece producto de la putrefacción y es el material de la vida y del propio renacimiento. Porque las cosas no son lo que parecen, como debe recordar usted siempre.

—Lo haré —dijo Seth, y guiado tal vez por este excelente principio, o quizá por el estremecimiento que precedía a la transformación, de repente fue capaz de ver la crisálida de Vinula, que era una gran tienda, o nido, en la corteza del árbol, tan maravillosamente tejido con trocitos de corteza, de serrín y de madera, que parecía una prolongación del propio árbol y no tenía nada que ver con las orugas o las mariposas. Pero de su interior salió la cabecita blanda, y luego los finos hombros, y después las alas ceñidas, húmedas y trémulas de la mariposa, que se agarró a la corteza del árbol con sus delicadas patitas, lánguida y exhausta.

—Se le secará la piel, y esperará a que se le endurezcan las alas con el aire y la luz —dijo la señorita Mouffet, que evidentemente era una persona a la que le producía un gran placer instruir a los demás—. Mientras tanto, aquí hay una hermana de Elpenor, que ya ha encontrado la salida, y está esperando a que anochezca. A mí me parece muy bonita, con ese cuerpo y esas alas rosas rayadas de ese verde musgo tan precioso. Es como el capullo de una rosa de musgo, aunque no se la llame así. Es una gran mariposa azor elefante^[16].

—Qué nombres más raros —dijo Seth, a la vez que estudiaba a la hermosa criatura rosa, con las alas en punta y el tórax peludo—. Porque un elefante y un azor no se parecen en nada, ¿así que cómo va a parecerse Elpenor a los dos a la vez?

La señorita Mouffet se quedó perpleja un momento. Luego dijo:

—Su familia son las mariposas azor nocturnas. La Manduca glotona también es una mariposa azor. Se las llama así por la precisión y la rapidez de su vuelo, y por la forma puntiaguda de la cabeza. Supongo que lo de «elefante» es una reminiscencia de su morro en el estado de oruga. Su nombre científico es Sphinx deilephila elpenor. Deilephila es una palabra bien bonita que significa «amante de la noche», porque le gusta volar en el crepúsculo.

—¿Y Sphinx? —preguntó Seth.

La señorita Mouffet bajó la voz.

—Sphinx es uno de los nombres de la gran Hada. En parte significa «la que propone enigmas». Y también la que los resuelve. Le encantan estas mariposas porque son enigmas, como ella.

—¿Qué es un elefante y un cerdo y un amante del crepúsculo y un monstruo del desierto a la vez? —dijo Seth queriendo ayudar.

—Sí, esa clase de enigmas, pero no sólo éstos —respondió la señorita Mouffet.

—¿Y cuál es el verdadero nombre de Cerura Vinula? —preguntó Seth, mientras observaba que las alas, al secarse, se convertían en la más bella plata flotante, salpicada de oro y de humo gris, y que el cuerpo húmedo, al hincharse, resultaba estar cubierto por una piel gris ceniza.

—Es la mariposa minino^[17], como puede ver, y pertenece a la familia de las Notodonta, de νότος (notos), espalda, y ὀδόντος (odontos) diente; como ve, tiene puntúas afiladas en las alas superiores. También es una especie de remedo de dragón en reposo, pero es suave y delicada.

Pero ahora se acerca la noche, y la mariposa nocturna más grande, la esfinge cuya larva era Manduca, la hambrienta, debe de estar desperezándose, lista para volar más allá del muro. Podría pedirle que lo llevara, porque se presentará ante Ella. Pero el viaje da mucho miedo, y el lugar donde Ella reside no es para miedicas. Porque hay que adentrarse en las Sombras y aún más lejos, y pocos regresan de allí.

—¿Y Ella me ayudará?

—Nos ayuda a todos, aunque algunos no sabemos reconocer su manera de ayudarnos.

—¿Me devolverá mi forma anterior?

—Lo transformará, porque ése es su trabajo. Puede que el cambio consista en una restitución.

—Entonces iré —dijo Seth—. Lléveme hasta la mariposa.

En un primer momento, cuando vio a la gran esfinge, pensó que era bonita y tranquila, porque sus alas estaban salpicadas de vivos matices, sombra tostada y carboncillo, rosa oscuro y plata, hermosamente veteados. Tenía largas antenas emplumadas, que tremolaban levemente en aquel aire cada vez más oscuro, y su voz era dulce y soñadora. La señorita Mouffet se puso delante de ella, y le preguntó si llevaría consigo a aquel humano metamorfoseado hasta Su reino, y ella contestó, vocalizando dulcemente:

—Si eso es lo que quiere, encantada.

—Primero, que vea su montura —dijo la señorita Mouffet, que de pronto parecía más alta y más negra y más derecha; y su capa plateada, más misteriosa y lunar.

Y la gran mariposa desplegó sus alas (las traseras eran doradas como la luna, con una orla de hollín), y allí, en su lomo, bordada en su propio pelo, había una máscara que te miraba fijamente, y que podía parecer la de un chacal, la de un demonio, o la de una calavera humana con cuencas óseas que una vez habían tenido ojos. Y Seth tuvo un momento de terror, al pensar en internarse en las tinieblas a lomos de una calavera, y hasta pensó: «Las cosas no son lo que parecen, y tal vez la señorita Mouffet sea una bruja, y Madame Esfinge sea sencillamente una polilla horrible y voraz.»

—¿Cuál es el verdadero nombre de esta mariposa? —preguntó, aunque en el fondo sabía la respuesta.

—Es la mariposa de la muerte, *Sphinx acherontia atropos* —respondió la señorita Mouffet—. El Acheron es el Río del Dolor en el inframundo, donde tiene usted que ir, y Atropos es la Parca que corta el hilo de la vida con sus terribles tijeras, pero no tenga miedo y responda a la pregunta del Hada, y todo le saldrá bien. Agárrese fuerte a la esfinge, sin que le importen las figuras que pasen flotando a su lado, y recuerde: las cosas no son lo que parecen, y la calavera no es el rostro de la Atropos, sino un nido acogedor donde se puede usted resguardar si se atreve.

Así que Seth se subió a aquella espalda enorme, desde donde ya no podía ver las cuencas de la muerte porque ahora eran mullidos cojines marrones, y se despidió de la señorita Mouffet.

—No me ha dicho nada de la pregunta.

—Le dije que Ella era la fuente de los enigmas, pero también de las soluciones —dijo la señorita Mouffet—. Y si no tiene usted miedo, y recuerda que las cosas no son lo que parecen, seguro que encuentra la respuesta...

—¿Y si no la encuentro?

La contestación de la señorita Mouffet se perdió entre el ruido que hicieron aquellas alas enormes cuando la mariposa alzó el vuelo batiéndolas rítmicamente, para internarse enseguida, por encima del muro, en la oscuridad que había más allá.

El viaje estuvo lleno de horrores y delicias, que vosotros mismos podéis imaginar. A veces la luna se vio oscurecida por grandes alas ganchudas como de cuero, otras la tierra brilló plateada y tranquila allá abajo. Volaron y volaron, sobre mares y ciudades, ríos y bosques, e iniciaron un descenso largo y lento en un barranco entre rocas que no se acababa nunca, tan profundo que parecía que las estrellas se habían desvanecido por encima de él. Y a medida que el cielo y la luna y las estrellas iban desapareciendo, una luz diferente desvelaba otro mundo, un mundo negro bañado por parpadeantes fuegos plateados, y con visos de los colores del arco iris, cuya fuente no se podía distinguir. Y finalmente la mariposa se posó en lo que parecía ser la escalinata de un templo excavado en una cara de la roca, rodeado por un espeso bosquecillo de árboles negros, silenciosos y vigilantes. En la escalinata del templo había una esfinge mucho menor, de color verde hierba, con las alas traseras doradas, y cierto aspecto de hojas terrenales en aquel lugar oscuro.

—Ésta es una pariente mía —susurró *Acherontia atropos*—. Su nombre es *Proserpinus proserpina*, y ella y su familia se ocupan constantemente de la Señora. Ella te conducirá hasta la Gruta, a través del Jardín, si lo deseas.

Así que Seth desmontó, y siguió a la voladora mariposilla verde. Tras las puertas del Templo había un jardín cerrado y soñador, donde todo dormía. Campos de margaritas cerradas se extendían bajo aquella extraña luz uniforme, cercados por espalderas de aguileña también cerrada donde anidaban pájaros dormidos, y por

árboles soñolientos bajo los que dormían culebras enroscadas y corderos con los hocicos metidos entre las pezuñas, y muchos otros animales, todos inmóviles y en tranquila espera. Sólo las mariposas se movían: alas de plata, alas ocres, alas de tiza que visitaban las flores y revolvían el aire quieto con penachos silenciosos.

Al final llegaron a una gruta, de la que parecía salir la luz a raudales, ahora blanca, ahora fragmentada en muchos colores. Las mariposas nocturnas bailoteaban ante la luz, y tras ellas había un tupido velo de hebras de seda vivientes, que no paraban de moverse de acá para allá. Y sobre la gruta estaba escrito: «Soy todo lo que ha sido y será, y ningún mortal ha descornado aún mi velo.» Y Proserpinus proserpina bailoteaba ante la seda dorada que parecía devanada de la luz del interior. Y dentro había una Figura que sostenía un báculo, o un huso, y a la que no se podía distinguir por culpa de todo el material viviente que hilaba en el interior de la luz. Pero Seth creyó ver un rostro de gran belleza, bañado por un resplandor dorado, y luego le pareció distinguir a un león, cálido y rubicundo, con el labio alzado como en un rugido y los dientes ensangrentados. Y se postró en tierra y dijo:

—Os ruego que me ayudéis. He venido hasta aquí para suplicaros ayuda.

Una polilla marrón oscura, con lo que aparentaban ser jeroglíficos garrapateados en las alas delanteras que arrastraba por el suelo, dijo:

—Soy Noctua caradrina morpheus, y estoy al servicio de la hacedora de sueños. Se te ordena que te echas ante el umbral y duermas entre el polvo, y aceptes los sueños que puedas tener, sean buenos o malos.

—Me dormiré muy a gusto —dijo Seth—. Tengo mucho sueño. Me gustaría dormir aquí, incluso en el suelo.

Así que se echó entre el polvo en el umbral de la Gruta del Hada, y Caradrina morpheus revoloteó pesadamente sobre sus párpados, espolvoreándolos como con un hollín marrón, y él cayó en un sueño muy profundo. Soñó con manos amables que le acariciaban la frente, y con un aliento cálido y sangriento en sus oídos, y oyó una voz que clamaba: «No temas más», y otra que decía: «No me importa nada, todo tiene que desaparecer», y vio en su sueño todo lo existente, como un río enorme que corría hacia el borde de una gran catarata y se precipitaba en un aluvión de materia entremezclada, líquidos y sólidos, sangre, pellejos y plumas, hojas y piedras, y se despertó con un alarido terrible, y la luz uniforme seguía siendo la misma.

Y la Figura de detrás del velo se dirigió a él directamente en voz baja, una voz que no era masculina ni femenina, y le preguntó quién era y qué quería.

De modo que lo explicó, y pidió ayuda para él y para sus compañeros.

Y la voz dijo:

—Antes de que se te pueda ayudar, tienes que responder a mi pregunta.

—Lo intentaré —dijo Seth—. Más no puedo hacer.

—Mi pregunta es: ¿Cuál es mi nombre?

Y en su mente resonaron muchos nombres juntos, nombres de hadas y diosas, y también de monstruos, como un ruido de agua en sus oídos. Y no pudo escoger. Así

que se quedó mudo.

—Tienes que decir algo, Seth. Debes nombrarme.

—¿Cómo os puedo nombrar a vos, que tenéis más nombres que todas las criaturas, que tienen tantos cada una, y Elpenor es Elefante, Azor, Cerdo, Amante del Crepúsculo y Esfinge, y sólo es una diminuta mariposa rosa? ¿Cómo os puedo nombrar, cuando os ocultáis tras un velo, e hiláis vuestro propio escondite, y confeccionáis vuestra propia luz? ¿Qué sería para vos cualquier nombre que yo eligiera? No os puedo nombrar, y sin embargo creo que me ayudaréis, porque la señorita Mouffet me dijo que lo haríais, si lo deseabais, y yo creo... yo creo que sois pura bondad...

Y en ese momento todas las mariposas nocturnas se pusieron a revolotear como locas, y la luz del interior se estremeció de risa, y la voz dijo:

—Has resuelto el enigma estupendamente, porque es verdad que soy pura bondad, y ése es uno de mis nombres, uno de los mejores. Se me conoce como Señora de la Bondad en muchos sitios, y has respondido a mi pregunta fiándote de mí. Así que te ayudaré; te enviaré de vuelta al jardín de doña Cottitoe Pan Demos, y también enviaré a Caradrina morpheus contigo, que puede colarse en el palacio y en el jardín y, con su polvo mágico, sumir a todo el mundo en un sueño profundo. Y algunos verán cosas agradables y otros las verán horribles porque, a pesar de que Caradrina morpheus parece una criatura insignificante y sombría, tiene otro nombre, y otro aspecto, porque ella tampoco es lo que parece, y también es Phobetor, la Aterradora. Es una buena aliada para ti, aunque su poder sobre doña Cottitoe no puede durar mucho, porque doña Cottitoe tiene mucha fuerza de voluntad, y romperá el encanto hasta en sus sueños tenebrosos. Así que debes apurarte y rescatar a esas criaturas hechizadas, cosa que harás tocándolas con esta hierbita insignificante, que se llama Moly. Y tú recuperarás tu forma anterior, a tu vuelta, del mismo modo. Aquí, como tal vez hayas observado, tienes muchas formas y muchos tamaños, porque eres como se refleja en la pupila de mi Ojo, que no puedes ver, ya que se esconde tras el velo y se contrae o se dilata como una luna oscura, como la pupila de un gato enorme. Y lo que yo veo y lo que mi Ojo refleja es tu revestimiento exterior, que contiene el ser en que te convertirás, como la pupa de la Atropos, a la que se denomina así por una muñeca de madera, o por una niña, lista para crecer. A mis ojos sigues siendo pequeño, Seth, y puedes hacerte más grande o aún más pequeño, o desaparecer, con un solo guiño mío. Puedes ver a mi discípulo, o a mi títere, según escojas el bien o el mal. Todo tiene dos caras. Las cosas no son lo que parecen.

Y el ser que estaba tras el velo soltó una risita y luego un suspiro, y debió de parpadear, porque Seth pudo apartar la mirada, y allí estaba la suave y zumbante Atropos, que aguardaba para llevarlo de vuelta, con Caradrina morpheus revoloteando a su alrededor.

Y todo resultó como la Señora de la Bondad había profetizado. Esperaron junto al

muro a que cayesen las sombras de la noche, y entonces Morpheus salió revoloteando, como una hoja barrida por el viento que cruzara el césped y traspasara el umbral para adentrarse en el gran *salón*, donde desplegó las alas, y se transformó en una criatura monstruosa, del tamaño de un águila enorme, y luego las sacudió y llenó la estancia de una nube de polvo castaño oscuro en suspensión. Y la cabra y la ternera y la spaniel se quedaron donde estaban como bloques de hielo o de mármol; y doña Cottitoe esgrimió su cayado de plata para golpear al monstruo, estornudó por culpa del polvo, como una anciana que hubiese inhalado demasiado rapé, y se quedó congelada en su sitio. Y entonces Seth entró por una puerta lateral, y fue corriendo a las Pocilgas y liberó a sus camaradas, que se pusieron a mirar alrededor y a pestañear, y que por poco lo matan con tanta emoción porque se había olvidado de recuperar su propio tamaño. Así que lo hizo, surgiendo entre ellos como por arte de magia, mejor dicho, *por arte de magia*, para su gran asombro y satisfacción.

Y mientras se alejaban corriendo del palacio para emprender una nueva aventura, Seth oyó un zumbido en su oído, y allí, flotando en el extremo de un cordón de seda, y más pequeña que su dedo meñique, estaba la esbelta figura delgada y negra de la señorita Mouffet, sostenida por su capa de seda gris como si tuviera alas, y con sus anteojos reluciendo de satisfacción. Y Seth le dio las gracias, y siguió corriendo, porque tenía que encontrarse a millas de distancia antes de que el jardín retumbase con la cólera de doña Cottitoe Pan Demos.

A William le sorprendieron mucho los vuelos de la imaginación de la señorita Crompton. Lo desasosegaron de un modo que no pudo analizar y, al mismo tiempo, su propia imaginación no acababa de conseguir verla *escribiendo* esta historia. Siempre le había parecido fría, y en este cuento, aunque estuviese escrito un poco en broma, palpitaba cierta clase de emoción. Esperó un día o dos antes de devolvérselo, y en ese tiempo pareció que ella lo evitaba. Finalmente, reunió el valor necesario en sus manos, junto con aquellas páginas audazmente escritas, y le salió al paso en la habitación que ocupaban por las mañanas.

—He estado esperando a devolverle su obra. Estoy muy sorprendido y lleno de admiración. Es todo tan divertido y tan elocuente... La verdad es que está... tan llena de sorpresas.

—Ah —dijo ella, y luego—: Me temo que me *dejé llevar* demasiado. Cosa que no suele sucederme, o que no me sucede nunca. Me empezaron a intrigar las orugas. ¿Se acuerda de cuando la pequeña Amy trajo la gran mariposa azor elefante, diciendo que creía que era una especie de lagarto? Pues yo pensé que aquella cosa era una especie de figura retórica andante, y empecé a consultar etimologías, y resultó que todo se me escapaba de las manos. Era como si algo tirase de mí, quisiera o no; el *lenguaje*, claro, que me llevaba de la Esfinge a Morpheus y a Thomas Mouffet. Supongo que mi *Hermes* era Linneo, que no aparece.

—Desde luego, es la mar de ingenioso.

—Me temo —dijo la señorita Crompton con cautela— que es demasiado didáctico. Que tiene demasiado *mensaje*. ¿No le pareció que tenía demasiado mensaje?

—No, no creo que sea así. La impresión que me dio fue como la de un *misterio* que se va enmarañando, como el enigma de la propia esfinge, un personaje realmente portentoso. Creo que a los lectores infantiles les va a parecer instructivo y divertido a la vez.

—Ah —dijo la señorita Crompton, y luego—: La verdad es que quería escribir un cuento fantástico, no una alegoría.

—En cierto momento me pregunté si doña Cottitoe Pan Demos era la Iglesia. Como los obispos llevan báculo... Hay unas alegorías religiosas muy bonitas con las mariposas, dado que Psique es Alma y el nombre griego para mariposa...

—No tenía grandes aspiraciones, se lo puedo asegurar. Mi mensaje iba unido al título.

—«Las cosas no son lo que parecen» —dijo William—. Bueno, por lo menos eso es cierto. Es una buena lección. Podía haber incluido el fenómeno de mimetismo que se da entre las mariposas inofensivas y las venenosas que observó Bates...

—Es verdad. Pero el texto ya era demasiado largo para lo que pretendía ser. Me alegro de que me lo haya devuelto.

—Creo que debería explotar mucho más esa faceta. Tiene usted una imaginación realmente fértil.

—Gracias —dijo la señorita Crompton, con una brusquedad final que no venía a cuento.

En la primavera de 1863, Eugenia dio a luz a Meg y a Arabella, dos criaturitas pálidas y delicadas, tan parecidas como dos guisantes de una vaina. En verano, con precisión científica, William comprobó y elaboró sus observaciones sobre las colonias de hormigas, a la vez que se las arreglaba para contemplar el apareamiento de las *sanguinea* ese año, así como el de las hormigas de los bosques, lo que dio origen al experimento que puso en marcha su *coup de théâtre*. Introdujo en el nido de cristal de las hormigas de los bosques del cuarto de estudio dos o tres reinas *sanguinea*, probablemente recién fecundadas, que había atrapado tras su vuelo nupcial.

Lo que sigue es una historia de paciencia y subterfugios, de decisión y poderío racial. La pequeña reina aguardó pacientemente fuera del nido, sin ofrecer resistencia a las obreras de la colonia que la atacaron, con la cabeza gacha en gesto de sumisión y negándose al combate, para regresar únicamente cuando las guardianas de la ciudad habían ido a ocuparse de sus asuntos. Poco a poco se abrió paso a lo largo de los

angostos túneles que la conducían al centro del nido. La desafiaron una o dos veces, y se replegó, como un conejo ante un sabueso que se le acerca. En otro momento, una defensora de la ciudad más inquieta, o más lista, la atacó abiertamente, agarrándola y mordiéndola, mientras trataba de apuntar su aguijón contra la rubicunda armadura nueva de la joven princesa. Entonces, la joven intrusa se espabiló, y devolvió el ataque, asiendo la cabeza de su atacante, y cercenándola limpiamente con sus mandíbulas. Lo que hizo después fue realmente asombroso, teniendo en cuenta que apenas acababa de salir del refugio de su capullo y difícilmente había visto otras hormigas, amigas o enemigas. Recogió los tristes despojos de su valerosa oponente, y siguió su camino, siempre hacia el interior, cargando con el cuerpo muerto por delante de ella. Esto debió de confundir tanto a las habitantes del nido, debió de enmascarar con tanta eficacia su rareza, su olor extraño, que esta Medea fue capaz de introducirse en una grieta contigua a la cámara misma donde dormían las reinas del nido de cristal. Allí se quedó, con el cuerpo enemigo atravesado en el umbral, inmóvil y alerta. Nos tememos que también hambrienta, porque no la vimos alimentarse durante todo ese tiempo. Y entonces, un día, empezó a socavar el terreno otra vez, obedeciendo a algún consejero interior en lo referente a lo que había tras la delgada pared que estaba destruyendo, hasta que, finalmente, irrumpió en la cámara de las soberanas, donde sus esclavas se dedicaban a lamer aquellos cuerpos enormes y a llevarse sus huevos a la cámara de cría. La reina roja miró a su alrededor, y avanzó dispuesta a atacar. Las reinas negras estaban hinchadas de huevos y nadando en el lujo de su harén. No contaban con tener que luchar, y no tomaron represalias con una furia equivalente a la fuerza desarrollada en el asalto por la agresora, que enseguida había montado encima de una desgraciada y le cortaba la cabeza con un preciso movimiento de sus mandíbulas. Se produjo cierta agitación y cierto desconcierto entre las doncellas de las cámaras de cría y las de las damas, pero ninguna se enfrentó a la regicida, que se quedó exhausta un rato, sin librar de su abrazo mortal a su adversaria.

Y durante muchos días más siguió sin librarla de su abrazo. Comenzó a moverse con mayor libertad por la cámara, pero siempre a caballo, por así decirlo, de la cáscara sin vida de su rival, como si fuera un fantasma, o un demonio que poseyera y animara la marioneta de una reina. Y entonces puso sus primeros huevos, que fueron servilmente recogidos y transportados hasta su cuna por las esclavas de las hormigas de los bosques, exactamente como si aquella farsante, aquella impostora, fuera la verdadera heredera de la asesinada. El aspecto de los huevos difiere considerablemente de los de sus rivales, pero parece que eso no supone ninguna diferencia para las nodrizas, que los «reconocen» por los escasos rastros del olor de la pobre madre muerta que aún quedan en su asesina. Y las criaturas rojas crecerán entre las negras y, durante un tiempo, trabajarán juntas y, quién sabe, tal vez lleguen a ser más numerosas que las hormigas de los bosques, y puede que el palacio cambie de forma, y la colonia, en su estado actual, muera. O quizá se pierda el linaje, y el nido

de cristal vuelva a manos de sus soberanas anteriores. Esperaremos año tras año, estación tras estación, a que el reino subterráneo nos revele su historia secreta...

En los primeros días de aquel otoño, a medida que disminuía la actividad en el nido, se llevó el libro a término, y sus páginas (la ciencia de William, las meditaciones de William, los precisos dibujos explicativos de la señorita Crompton) fueron esmeradamente reunidas y copiadas con la firme caligrafía de esta última. William escribió a un amigo del Museo Británico, preguntándole como de pasada por casas editoriales para un posible proyecto futuro, y la señorita Crompton empaquetó el manuscrito y se fue hasta la ciudad más cercana que tenía mercado, con el pretexto de ir a buscar unas botas de invierno nuevas.

—Porque no me fío de que la administradora de correos del pueblo no le cuente *a todo el mundo* que no sé qué grueso paquete ha salido para donde haya salido; y no queremos llamar la atención sobre algo que puede resultar un esfuerzo totalmente infructuoso, ¿verdad? Cuando el libro esté bellamente encuadernado, y listo para que lo reseñen, *entonces* tenemos que ser francos. Pero ese momento aún no ha llegado.

—Creía que íbamos a incluir algunos cuentos suyos en el texto. Tal como está, tenemos una cuantos poemas ilustrativos: Clare, y Wordsworth y Milton y demás, pero ni una sola fábula de las suyas.

—Me desanimé un poco con el tono y la *extensión* de «Las cosas no son lo que parecen». Así que me contuve, y pensé que intentaría reunir una *colección* de cuentos de ésos. Me encantaría tener mis propios ingresos. ¿Suena muy raro? No sé cómo decirle lo mucho que me gustaría.

—Mi deseo habría sido que, por su propio bien, se hubiera puesto a escribir un poco antes.

—Es que estaba esperando a mi musa. Nuestras hormigas, ¿sabe usted?, fueron mis musas. Ellas me inspiraron.

Cuando llegó la carta del señor Smith, seguía sin parecer el momento adecuado para explicarles a los Alabaster que se había convertido en autor. Matty Crompton le llevó la carta a su propio estudio, donde estaba montando una piel muy *frágil* de un pájaro de México. Nunca la había visto tan llena de vida; tenía las mejillas amarillentas coloradas, y el aliento entrecortado. Se dio cuenta de que llevaba semanas vigilando las idas y venidas del cartero, como un halcón. Se quedó en el umbral, con los puños apretados entre las faldas, y los músculos tensos y angulosos, mientras él leía la carta, al principio para sí mismo, y luego, casi en un susurro, en alto.

Estimado señor Adamson:

Hay que felicitarlo a usted de corazón por su ingeniosa Historia Natural, que es

exactamente la clase de libro del que el mundo de las letras no puede prescindir en este momento. Tiene todo lo que pueda desearse: abundancia de hechos, reflexiones útiles, drama, humor, y diversión. Nos alegramos mucho de que haya elegido nuestra casa para su publicación, y esperamos llegar a un feliz acuerdo en cuanto a lo que, sin la menor duda, será una asociación sumamente *provechosa*.

Matty Crompton suspiró muy fuerte, y se apoyó desfallecida contra la jamba de la puerta.

—Lo sabía. Desde el principio. Lo sabía. Pero tenía tanto *miedo*...

—No me lo puedo creer...

—No debe usted ser demasiado optimista. No tengo *ni idea* de las ganancias que puede dar un libro que tenga éxito.

—Ni yo... ni yo. —Hizo una pausa—. No me apetece nada decírselo a sir Harald. Está muy atascado con su propio proyecto. Ayer mismo rompió varios fajos de sus escritos. Me parece que no le he prestado el apoyo que necesita...

—Lo comprendo...

—Al fin y al cabo, tal vez no sea demasiado seguro aún como para contarlo. Quizá deberíamos guardar silencio un poco más de tiempo. Lo hemos hecho tan bien... hasta ahora...

—Por mí encantada de seguir así. La impresión, mejor dicho, la sorpresa, será aún más grande cuando tengamos que descubrir lo que hemos estado haciendo...

También contaba, aunque William no podía hablar de eso, la turbación que, en compañía de los Alabaster, le producían sus últimos contratiempos con Edgar. Porque había notado (había ido invadiendo muy despacio, demasiado despacio, el ámbito de sus preocupaciones) que su duendecillo de los escarabajos, Amy, ya no trotaba por los pasillos con sus cubos, ya no escapaba a la explanada en su día libre. De hecho, se había dado cuenta poco a poco de que Amy ya no estaba allí. Le preguntó a la señorita Crompton si sabía dónde estaba Amy, y la señorita Crompton respondió lacónicamente que creía que Amy había sido despedida. William no quiso investigar más, pero unas preguntas que le hizo de pasada a Tom, el hijo del jardinero, provocaron una explosión repentina, ahogada (de una forma igualmente repentina) por la prudencia.

—Amy está en el asilo de los desamparados con su bebé, señor, o si no irá a parar allí cualquier día de éstos. Pero si no es más que una niña... Y no tiene *ningún carácter*, señor... No sé qué va hacer. Cualquiera sabe... Pobrecita...

A William empezó a hervirle la sangre al recordar a Edgar en el fregadero, al recordar la curvatura sumisa de la columna vertebral de Amy. Salió, sin pensárselo más, hacia el patio de las cuadras, donde Edgar estaba ensillando a Ivanhoe.

—Quería decirle algo.

—¿Qué pasa? —Sin siquiera volver la cabeza.

—Espero que lo que le pasa a la pobre Amy no tenga nada que ver con usted.

—No sé nada, ni me importa nada de «la pobre Amy».

—Me parece que miente. Esa pobre chica tiene problemas, y usted es la causa.

—Saca usted conclusiones rápidamente. Y en cualquier caso, no veo qué tiene que ver con usted.

Edgar soltó la cincha que había estado ciñendo firmemente al vientre de Ivanhoe, se enderezó, y miró a William con una ligera sonrisa en su cara pálida.

—¿Qué interés *tiene* en este asunto? —preguntó despacio e intencionadamente.

—Una simple cuestión de humanidad. No es más que una niña. Una niña que me cae bien, que me preocupa, y que ha tenido una infancia penosa...

—Ah, es usted un socialista al que le «preocupan» las fregonas. Podría preguntarle hasta dónde le ha llevado su preocupación. Nadie que nos haya observado a los dos tendría la menor duda sobre quién ha pasado más tiempo con esa mujercita, ¿no es cierto? Piense en cómo se tomaría la gente su interés. Piénselo.

—Eso es ridículo. Y usted lo sabe.

—Y yo le digo lo mismo, sus acusaciones son ridículas. La chica no se ha quejado, y usted no puede hacer nada para refutar lo que yo *afirmo*.

—¿Cómo que no? Puedo ir a buscar a Amy y preguntárselo...

—Eso no serviría de nada, se lo puedo asegurar. Y debería pensar en lo que podría parecerle a Eugenia. O en lo que yo podría decidir contarle a Eugenia.

Edgar parecía tan contento consigo mismo que William se quedó perplejo un momento, y pudo sentir cómo le estallaba la sangre en la cabeza.

—Podría estamparlo contra la pared —dijo William—. Pero eso no le serviría de nada a Amy. Habría que asegurarle el porvenir.

—Y usted debería dejárselo hacer a quienes pueden hacerlo —dijo Edgar—, entre los cuales no se cuenta usted; ya se ocuparán ellos de eso como crean conveniente. Mi madre mandará algo de regalo. Es cosa suya. Usted mismo ha comprobado que somos bastante generosos, supongo...

—Ya me ocuparé de que se haga algo.

—No, me ocuparé *yo*. La chica estaba a *nuestro* servicio, y a no ser que quiera pasarle por la cara a Eugenia su *interés* por ella...

Se volvió hacia su caballo, lo sacó fuera, y montó.

—Que pase un buen día, *cuñado* —dijo Edgar, y clavó los tacones en Ivanhoe, que con el susto dio un brinco y se alejó trotando.

No consiguió hablar de Amy con ninguna de las mujeres, ni con lady Alabaster, ni con Eugenia, ni con Matty Crompton. Edgar había despertado en él cierta vergüenza masculina, desproporcionada e inhibitoria, por su carencia de poder y su impotencia. Pensó en reunir la suma de dinero que pudiera, por muy miserable que

fuese, y pedirle a Tom que se la diera a Amy; y luego pensó en la inutilidad de esa suma, en las malas interpretaciones a las que se prestaría su actuación, y no hizo nada. Bien podría ser que, desperdigadas por Brasil, hubiera criaturas de ojos claros y piel oscura con su sangre en las venas, a cuyo sustento no contribuía, y que no sabían nada de él. ¿Qué derecho tenía a erigirse en juez? *No era cosa suya* preocuparse por Amy, en eso Edgar tenía razón. Así que flaqueó, y no hizo nada; mientras tanto, cabía presumir que el reloj biológico de Amy seguía dulce o dolorosamente su curso inevitable.

En el invierno de 1861, Edgar se había pasado la mayor parte del tiempo a la caza del zorro, o de cacería con una escopeta, y la familia había sido en casa aún más sedentaria y femenina que en verano. En este invierno de 1863, mientras se imprimía la historia de las hormigas, Robin Swinnerton le preguntó a William con cierta timidez si le importaría cazar, porque tenía un caballo que necesitaba hacer ejercicio, y podía montarlo. Ningún Alabaster se lo había propuesto, ni siquiera habían supuesto que pudiera interesarle, y tal vez otras circunstancias, el tacto o la delicadeza que le debía a la familia, le habrían llevado a declinar la oferta de Robin, pero estaba enfadado con Edgar, y lleno de nervios por la marcha de su libro. No quería quedarse quieto en casa. Así que aceptó, y salió un par de veces con la yegua de Robin, Beauty, que saltaba perfectamente, como un gato, pero no era la montura más rápida del mundo. Casi era feliz atravesando los crespos prados ingleses en la mañana gris, oliendo el cuero encerado y las cálidas crines y el cuello lustroso de Beauty, oliendo también, más allá de estos olores animales, el otoño entero y el rastrojo y los helechos, o una vaharada de humo de leña, un aroma penetrante de hojas de espino aplastadas que repentina y sorprendentemente, mientras Beauty alzaba las orejas y se enderezaba con un golpe de aire hundiendo los cascos en el barro, le recordaba el olor secreto de Matty Crompton, sus axilas angulosas, aquel toque acre entre la lavanda y el limón.

Los cazadores se reunieron un día en las afueras de la Posada del Laurel, en una aldea vecina. Edgar y Lionel se alejaron a caballo inmediatamente detrás del montero mayor, en el lugar que solía corresponderles. No se dieron por enterados de la presencia de William en la cacería, como si en el mundo exterior no hubiera que mantener las mínimas normas de cortesía que regían en Bredely Hall. Saludaron a Robin, cuando no estaba con William, y eso llevó a William a retroceder mientras el grupo de cazadores apretaba el paso, y a partir en la retaguardia. Ese día los cazadores se dispersaron rápidamente y a bastante distancia; William oyó cómo se desvanecía el sonido del cuerno, y el débil eco de las galopadas, mientras él mismo se las entendía aún con un tranquilo sendero trillado entre setos altos. Fue allí donde un mozo de cuadras de Bredely, al que sólo conocía de vista, se puso a su altura, montado en una flemática jaca, y le dijo:

—Señor Adamson, se le ruega que vuelva con la señorita Eugenia, por favor, señor.

—¿Se ha puesto enferma? ¿Pasa algo malo?

—No sabría decirle, señor. No creo que sea nada malo o me lo habrían dicho al darme el recado, pero no han añadido nada. Se le ruega que vuelva con la señorita Eugenia.

William se enfadó un poco. Dio la vuelta, mientras oía el cuerno y los ladridos de los sabuesos, y se puso en camino a buen trote; Eugenia *nunca* solicitaba su presencia, así que el asunto debía de ser urgente. Los setos se deslizaban a los lados; galopó pacíficamente a través de unos cuantos campos y dobló hacia el interior en las verjas de los establos. El mozo de cuadra le cogió las bridas, y William salió deprisa hacia la casa. No había nadie por allí. En las escaleras se encontró con la doncella de Eugenia.

—¿Se encuentra bien mi esposa?

—Supongo que sí, señor.

—¿Dónde está?

—Creo que en su habitación, señor —dijo la muchacha, sin sonreír—. Le cepillé el pelo, me llevé su desayuno, y me dijo que no se la molestara hasta después de la cena. Pero me parece que sigue allí.

Había algo extraño en la conducta de la chica. Algo furtivo, algo de aprensión y también de agitación. Bajó los ojos recatadamente y siguió bajando las escaleras.

William subió, y llamó a la puerta de Eugenia. No hubo respuesta. Se puso a escuchar, con el oído pegado a la madera. Dentro había movimiento, y tuvo la sensación de que alguien, alertado, se ponía a su vez a escuchar atentamente y se quedaba quieto. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Volvió a escuchar, y luego dio un rápido rodeo por su propia habitación y por el vestidor, y abrió la puerta sin llamar.

Eugenia estaba echada en su cama, casi desnuda, aunque una especie de *négligé* le colgaba aún de brazos y hombros. Ahora estaba mucho más rechoncha, pero seguía siendo blanca como la seda e igual de apetecible. Cuando vio quién era, se sonrojó; una gran oleada de un rosa furioso inundó su cara, su cuello, sus pechos. De pie, cerca de la cama, con la camisa puesta y nada más, había un hombre, un hombre corpulento de espaldas a William: Edgar. Un olor inconfundible, almizclado, salobre, afrodisíaco, terrible, llenaba el cuarto.

William no sabía qué sentir. Sintió asco, pero ningún terror primitivo. Sintió que una risa macabra estallaba en su interior ante el grotesco aspecto de Edgar y ante su propia idiotez boquiabierta. Se sintió humillado, y al mismo tiempo muy poderoso. Edgar soltó una especie de bramido ahogado, y por un momento William le leyó el pensamiento: que le sería más fácil matarlo ahora, rápidamente, antes de que pudieran pasar o saberse más cosas. Más tarde iba a pensar que Edgar *podría* haberlo matado, si no lo hubiera pillado con el rabo entre las piernas. Porque una polla

desnuda, que hace un par de minutos significó poder en presencia de la hembra, resulta vulnerable y ridícula cuando hay tres personas en la habitación.

—Vístase —le dijo bruscamente a Edgar.

Edgar tanteó torpemente tratando de obedecerle. William se volvió más tajante.

—Vamos. Váyase *de una vez*.

Ni el hermano ni la hermana podían decir: «No es lo que tú te piensas», y ninguno lo intentó. Edgar no conseguía sacar los pies por sus pantalones de montar. Se tambaleó y juró en voz baja. William seguía mirando a Edgar fijamente y no miraba a Eugenia. Cuando Edgar se agachó para calzarse las botas, William, que empezaba a marearse y a temblar embargado por una poderosa emoción, le dijo:

—Cójalas, lléveselas en la mano con las demás cosas, y salga de aquí.

Edgar abrió la boca, no dijo nada, y la volvió a cerrar. William le señaló la puerta con la cabeza.

—Le he dicho *que se vaya*.

Edgar cogió las botas, la chaqueta, el látigo, y se fue.

William miró a su mujer. Jadeaba. Sin duda, era de miedo, pero aquellos jadeos recordaban bastante a los del amor, que él conocía.

—Tú también. Vístete. Vamos... *tápate*.

Eugenia volvió la cabeza hacia él sobre la almohada. Tenía los labios entreabiertos y las lánguidas piernas aún separadas. Alzó una mano trémula y trató de tocarle una manga. William se apartó bruscamente como si le hubiese picado algo.

—Vístete —repitió en un tono cortante.

Ella se arrastró muy despacio fuera de la cama, y recogió sus ropas. Estaban desperdigadas por toda la habitación. Las medias en la alfombra, las bragas en una silla, el corsé tirado sobre un taburete.

—Parece una casa de putas —dijo William, diciendo sencillamente la verdad, y delatándose a sí mismo por añadidura, cosa que pasó inadvertida. Dios santo, se acordó entonces de haber pensado que podría mancillarla. Su malestar iba en aumento. Ella correteaba por allí, encorvada, tapándose los pechos con los brazos, gimiendo.

—No me puedo poner esto sin Bella... Ayúdame.

—No quiero ni tocarte. Déjalo. Date prisa. Estás horrible.

Obedeció, y se puso un vestido blanco que colgaba extrañamente de su carne sin comprimir. Se sentó ante el espejo y se pasó el cepillo por el pelo automáticamente un par de veces. Cuando contempló su propia cara, unas cuantas lágrimas se desbordaron entre sus preciosas pestañas. Se quedó sentada, pesadamente, frente al espejo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé —dijo William sinceramente. Estaba echando la vista atrás, pero con dificultad—. No quiero que pienses que tienes que mentirme, Eugenia. Esto... lleva pasando mucho tiempo, ¿no es verdad? ¿Todo el tiempo que llevo aquí?

Vio cómo desfilaban las mentiras por su cara, igual que nubes por delante de la luna. Luego se estremeció, y asintió con la cabeza.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Desde que era muy pequeña. Sí, muy pequeña. Empezó como un juego. Seguramente no lo puedes entender.

—No. No puedo.

—Al principio parecía... que no tenía nada que ver con el resto de mi vida. Era algo simplemente... secreto... que *era*, ya te imaginas... como otras cosas que no se deben hacer, pero que las haces. Como tocarte a oscuras. Tú no lo entiendes.

—No, no lo entiendo.

—Y luego... luego... cuando iba a casarme con el capitán Hunt... él vio... vio... bueno, no tanto como has visto *tú*... pero lo suficiente como para imaginárselo. Y se obsesionó. Se obsesionó completamente. Entonces le juré que se acabaría... Y se acabó *de verdad*... Quería casarme, y ser buena, y... como las demás personas... y le... le convencí de que estaba equivocado. Fue muy difícil, porque no decía lo que se temía... no podía decirlo en alto... Y entonces fue cuando me di cuenta... de lo horrible que era... y de lo horrible que era yo.

»Sólo... que no podíamos parar. No creo que él... —se atragantó al referirse a Edgar— tuviera siquiera intención de parar... Él... él es... *fuerte*... y claro, el capitán Hunt... alguien le hizo ver... vio... no *mucho*... pero lo suficiente. Y nos escribió una carta terrible... a... a los dos... y decía... —rompió a llorar de repente— que no podía vivir sabiéndolo aunque *nosotros* sí pudiéramos. Eso era lo que decía. Y luego se pegó un tiro. En su escritorio había una nota para mí, en la que decía que yo sabría por qué había muerto, y que esperaba que pudiese ser feliz.

William la veía llorar.

—Pero incluso después de eso... seguiste.

—¿A quién podía recurrir?

Seguía llorando. William repasó su vida.

—Recurriste a mí —dijo—. O me utilizaste, de todas formas. —Empezaba a encontrarse realmente mal—. Todos tus hijos, que responden de un modo tan sorprendente al tipo exacto de la familia...

—No lo sé, no lo sé. Me aseguré de no poder saberlo —gritó Eugenia con un nuevo tono agudo como de loca. Empezó a balancearse adelante y atrás, exageradamente, golpeando el espejo con la cabeza.

—No hagas tanto ruido —dijo William—. No te interesa llamar más la atención.

Hubo un largo silencio. Eugenia gemía, y William seguía de pie, paralizado por una furia y una indecisión en pugna. Cuando sintió que no podía prolongar aquella escena insoportable un solo momento más, dijo:

—Me voy. Ya hablaremos después.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Eugenia, con una vocecita neutra.

—No sé lo que voy a hacer. Ya te lo diré cuando lo sepa. Bien puedes esperar a que tome una decisión. No te preocupes, que no me mataré.

Eugenia lloraba en silencio.

—Ni tampoco lo mataré a él —dijo William—. Quiero ser un hombre libre, no un asesino convicto.

—Qué frío eres —dijo Eugenia.

—Ahora sí que lo soy —dijo William, mintiendo al menos en parte. Se retiró a su propia habitación, y cerró la puerta con llave de su lado.

Se tendió en su propia cama y, para su sorpresa posterior, cayó de inmediato en un sueño profundo, del que se despertó igual de repentinamente e incapaz, por un momento, de recordar *qué* había sucedido que era terrible, aunque si recordaba que había sucedido algo. Y entonces se acordó, y se sintió mal y sobreexcitado, e inquieto, y no podía pensar qué iba a hacer. Se le pasaban toda clase de cosas por la cabeza. Divorcio, huida, una confrontación con Edgar en la que le hiciera prometer que se iría y no regresaría jamás. ¿Podía hacerlo? ¿Lo haría? ¿Podía quedarse él mismo en aquella casa?

No obstante, se levantó, se puso su ropa de casa, y bajó a cenar; allí, aparte de la ausencia tanto de Edgar como de Eugenia, las cosas eran como todas las noches: la bendición de Harald, las riñas de las niñas, y una especie de ruido entre la rumia y el sorbetón que hacía lady Alabaster. Los criados servían los platos, y luego se los llevaban, en silencio, discretamente. Tras la cena, alguien propuso jugar a las cartas, y William pensó rehusar la invitación, pero Matty Crompton le dijo por los pasillos, de camino al salón donde se servía el té:

—«Oh, ¿qué tendréis, caballero armado, / que vagáis solo y pálido?»

—¿Tengo aspecto de que me pasa algo? —preguntó William, obligándose a sí mismo a hablar despreocupadamente.

—Tiene usted un aire meditabundo —dijo su amiga—. Y está sumamente pálido, si no le importa que se lo diga.

—No pude galopar —dijo William—. Me llamaron de vuelta... —Se detuvo al considerar por primera vez lo extraño de aquel aviso. La señorita Crompton pareció no darse cuenta. Reclamó su ayuda en un juego de anagramas con lady Alabaster, las niñas mayores, y la señorita Fescue, con quien siempre se contaba para que ayudara a lady Alabaster. Se colocaron en torno a la mesa de juego, a la luz de un quinqué. Parecían todas tan cómodas, pensó William, tan inocentes, tan a gusto...

El juego consistía en construir palabras con cartas del alfabeto, adornadas con bonitos dibujos de arlequines, monos, colombinas y demonios con tridentes. Cada uno tenía nueve letras, y podía pasar cualquier palabra completa que consiguiese construir en secreto a otro jugador, que debía cambiar al menos una letra y seguirla pasando. El juego estribaba en no quedarse con las letras que llevaran un demonio,

que eran, de una forma bastante aleatoria, algunas de las letras más difíciles, como la Q y la X, y algunas de las más solicitadas, como las «es» y las «eses». William jugaba sin concentración, pasando palabras fáciles como «era», «suya» y «mía», a la vez que acumulaba demonios. En determinado momento, al encontrarse con O F X N I T S C E, se espabiló de golpe, y fue capaz de obsequiar a Matty Crompton con INSECTO, a pesar de que eso suponía quedarse con una X que llevaba un demonio. La señorita Crompton, a quien la luz de la lámpara le dejaba el rostro prácticamente en sombras, soltó un bufidito de risa ante esa palabra, meditó un rato sobre ella, reordenó las cartas, y se la volvió a pasar. Él estaba a punto de señalar que las reglas no permitían devolver la misma palabra después de añadirle o quitarle una letra, cuando vio *lo* que ella le había pasado. Allí estaba, descansando inocentemente en su mano, INCESTO. Barajó precipitadamente aquella evidencia, levantó la vista, y se encontró con sus inteligentes ojos oscuros.

«Las cosas no son lo que parecen», dijo Matty Crompton afablemente. William miró sus cartas, y vio que podía construir otra palabra, y deshacerse de la X, y responder de paso a su mensaje. Así que le devolvió su palabra, y ella soltó otro bufidito de risa, y el juego prosiguió. Pero ahora sus ojos se encontraban de cuando en cuando con los de ella, que tenían un brillo de complicidad y, sí, de emoción. Y no sabía si le consolaba o le asustaba más el que ella lo supiera. ¿Cuánto tiempo llevaba sabiéndolo? ¿Cómo? ¿Qué opinaba? Su sonrisa no era de conmiseración, ni tampoco era provocativa, reflejaba más bien satisfacción y diversión. El azar que disponía las letras era casi sobrenatural. Le hacía tener la sensación, que en ocasiones tenemos muchos de nosotros, de que por mucho que protestemos nos mueve el azar, y de que, zarandeado por golpes y sacudidas, existe realmente un Plan, un Destino, que nos tiene en sus manos.

Era posible, claro, que *ella* le hubiese amañado las cartas de alguna manera. Le gustaban los acertijos. Observó el rápido movimiento de sus muñecas precisas y finas, cuando le pasó FÉNIX a Elaine, deshaciéndose claramente de la peligrosa X. ¿Le parecía un inocentón, una pobre víctima? ¿*Siempre* le había visto de esa forma? Las cosas no eran lo que parecían, en efecto.

Al final del juego, se las arregló para decirle en voz baja:

—Tengo que hablar con usted.

—Ahora no. Luego. Ya encontraré el momento. Luego.

Le costaba dormir esa noche. Al otro lado de la puerta cerrada con llave estaba Eugenia. No conseguía oírla roncar, y no la oía moverse, y un par de veces resistió el impulso de entrar y ver si se había matado. Pensaba que no lo haría; no era de ésas; aunque, claro, no sabía nada de ella, después de aquella mañana. Todo lo que creía que sabía se había derrumbado. O tal vez no. En parte había sabido que no conocía a Eugenia. Había pensado que o no tenía *ninguna* vida interior, o la guardaba bajo

llave, donde él no podía acceder a ella. Le habían hecho algo terrible. Y a ella también, pensó. Quizá debiera desear matar a Edgar. Salvo que, en ciertos aspectos, incluso Edgar no era tan sencillamente odioso en aquella situación infernal. Era más impulsivo, y menos brutal y despótico de un modo arrogante y vulgar de lo que había parecido.

William oyó un golpecito en la puerta del pasillo, que entonces se abrió silenciosamente para dejar pasar a una figura oscura. Era la señorita Crompton, vestida aún con su ropa de día, que consistía en una falda larga de seda negra y una blusa de popelina gris. Se quedó en el umbral de la puerta, y le hizo una seña sin decir nada. William salió de la cama y se envolvió en su bata. La siguió en silencio por el pasillo, y subió tras ella un tramo de escaleras que daba a un largo rellano convenientemente alfombrado de pana, para cruzar por fin la puerta de lo que vio enseguida que era su dormitorio. Ella puso la vela sobre el pequeño tocador. La habitación era angosta, como una caja alta, y tenía una silla recta y dura y una cama estrecha con un cabezal de hierro forjado y un edredón acolchado blanco, primorosamente doblado. Había una librería diminuta, en roble oscuro, y libros por todas partes donde se podía ponerlos, debajo de la silla, sobresaliendo de cajas que había bajo la cama, debajo del tocador... En la parte de atrás, la puerta tenía ganchos de los que colgaba el reducido vestuario que él conocía tan bien. Bajo la ventana había una pequeña cómoda, sobre la que reposaba un cristal con unas cuantas cardenchas y cápsulas de amapolas. Eso era todo.

—Coja una silla, por favor —dijo la señorita Crompton—. Espero que no piense que esto se parece demasiado a una conspiración.

—No —respondió él, aunque en parte lo pensaba. Le resultaba incómodo estar encerrado con ella, en su sitio privado.

—Quería usted hablar —dijo ella, a la vez que se sentaba en el borde de la cama, y parecía que se quedaba un poco perpleja porque no sabía por dónde empezar.

—Esta noche me pasó usted una palabra —dijo él—. Y hoy alguien me mandó llamar para que volviese a casa, cuando no se me necesitaba. Cuando ocurría de todo, menos que se me necesitase.

—Yo no lo mandé llamar —dijo ella—, si eso es lo que está pensando. Mire, en una casa hay gente que sabe todo lo que pasa, gente invisible; y de vez en cuando *la casa* simplemente decide que algo tiene que ocurrir. Creo que ese mensaje le llegó tras una serie de malentendidos que, a cierto nivel, eran muy intencionados...

Hubo otro silencio. Estaban muy incómodos juntos; ahora se encontraban en su territorio, en el pequeño territorio que ella gobernaba.

—Pero usted sabe lo que vi —dijo él.

—Sí. En las casas hay personas, entre los habitantes visibles y los invisibles, absolutamente invisibles para *ambos*, que pueden saber muchas cosas o nada, según elijan. Yo elegí saber ciertas cosas, y no saber otras. Ha acabado interesándome saber cosas que tengan que ver con usted.

—Me han utilizado. Me han puesto en ridículo.

—Incluso si eso fuera así... no es lo más importante. Quiero saber... lo que siente. Necesito saber qué va a hacer.

Le chocó su extraña manera de decirlo, pero no hizo comentario alguno. Contestó apesadumbrado, lo mejor que pudo.

—Supongo que... mi sentimiento predominante... es el de que soy libre. Tendría que estar... escandalizado, o con ganas de vengarme... o humillado... y a ratos, siento todo eso... pero sobre todo, tengo la sensación... de que ahora puedo irme, puedo dejar esta casa, puedo volver a mi verdadero trabajo...

»Evidentemente no puedo. Tengo cinco hijos y una esposa, y no tengo ingresos... aunque podría buscar trabajo...

—Se habló de sufragar una nueva aventura amazónica...

—*Ahora* no puedo coger ni un solo penique de los Alabaster. Tiene *usted* que darse cuenta de eso; empiezo a pensar que usted se da cuenta de todo. Tengo que irme de aquí, y pronto. Y no volver nunca. No me interesa desquitarme. Le pediré... le pediré dinero a Edgar, para Amy... No me importa lo que le parezca, me aseguraré de que Amy tenga una renta de por vida... Y luego me iré. Y no volveré nunca. Nunca.

Esa frase hacía que se emocionase.

—Usted es la única a la que echaré de menos —siguió diciendo—. En el fondo de mi corazón... nunca he sentido ningún cariño... por todas esas... criaturas pálidas.

—Eso puede ser fruto del momento.

—No, no. Puedo irme. Me iré. Mi libro... nuestro libro... dará algún dinero... Se puede ganar más.

—He vendido mis cuentos de hadas —dijo Matty Crompton.

—No puedo aceptar... No me lo estaba ofreciendo... Perdona...

—He dado algunos pasos —dijo Matty Crompton con una voz tensa—. Enteramente sujetos a su aprobación. Tengo... tengo una letra de cambio del señor George Smith que debería ser más que suficiente... y una carta del señor Stevens en la que se ofrece a gestionar la venta de especímenes igual que antes... y una carta de un tal capitán Papagay, que zarpa de Liverpool hacia Río dentro de un mes. Tiene dos plazas libres.

—Efectivamente, es usted un hada buena —dijo William con una pizca de rebeldía—. Sacude la varita, y tengo todo lo que deseo, antes de que me dé cuenta de que lo deseaba.

—Me limito a observar, a ingeniármelas como puedo, a escribir cartas, a estudiar su manera de ser —dijo Matty Crompton—. Y usted lo desea *realmente*. Acaba de decirlo.

—Dos plazas... —dijo William.

—Iré con usted —dijo la señorita Crompton—. Usted me ha despertado un gran deseo de ver todos esos sitios paradisíacos, y no descansaré hasta que haya visto el gran Río y respirado el aire del Trópico.

—No puede hacer eso —dijo William—. Piense en la fiebre, piense en todos esos animalitos terribles que pican, piense en la comida monótona y escasa, en los hombres tan brutos que hay por allí, las borracheras...

—Y sin embargo usted desea volver.

—No soy mujer.

—Ah, y yo sí.

—No es *sitio* para una mujer...

—Pero allí hay mujeres.

—Sí, pero no de su clase.

—No creo que sepa usted qué clase de mujer soy.

Se levantó, y se puso a pasearse por la habitación, como una prisionera en una celda, en un cuartito. Él se quedó callado, observándola.

—Usted no sabe que yo soy mujer —dijo ella—. ¿Por qué no puede seguir todo igual? Usted *nunca me ha mirado*. —Su voz tenía una nueva dureza, un matiz nuevo—. No tiene ni idea de quién soy. Ni siquiera tiene idea de qué edad tengo. ¿O sí? Piensa que tendré entre treinta y cincuenta años, confiéselo.

—Y si sabe tan bien lo que pienso, es porque debía de querer que lo pensara.

No obstante, era verdad lo que ella decía. No tenía ni idea, y eso era lo que había pensado. Ella siguió paseándose.

—Pero, ya que lo ha sacado a colación, dígame entonces qué edad tiene.

—Tengo veintisiete años —dijo Matty Crompton—. Sólo tengo una vida, y ya se me han pasado veintisiete años, y me propongo empezar a vivir.

—Pero en la selva tropical no, en el Amazonas no. Es la Selva Esmeralda, que parece un paraíso terrenal, hasta que se da uno cuenta de que todas las casas están cerradas, de que sólo hay vida vegetal, y ningún animal, de que un pobre hombre tiene la cara con una costra de mosquitos, y su comida es un hervidero de ellos, y le sangran las manos. En muchos aspectos ese sitio es un *Inferno*...

—Pero usted va a volver.

—Mi trabajo está allí. Y sé cómo vivir esa vida.

—Aprenderé. Soy fuerte. No he vivido entre algodones, en contra de lo que parece. Tengo recursos. No es necesario que se ocupe de mí, una vez haya terminado el viaje.

—Es como un sueño.

—No. Es *lo que voy a hacer*.

Apenas reconocía a la señorita Crompton práctica e irónica de los primeros tiempos. Siguió paseándose y se volvió. Se balanceó un poco adelante y atrás, con una mano en la cadera.

—Señorita Crompton, Matty...

—Mi nombre —dijo ella— es Matilda. De noche, aquí arriba, no hay ninguna Matty. Sólo Matilda. Míreme.

Y se llevó las manos a la cabeza y deshizo las trenzas de pelo que llevaba sobre

las orejas, y se lo ahuecó, se acercó y se puso delante de él. Y el rostro que enmarcaba aquella cabellera oscura era anguloso, y estaba ansioso y hambriento, y él vio con cuánta elegancia se daba la vuelta y dijo:

—Me he fijado en tus muñecas, Matilda. He soñado con ellas de vez en cuando. Tienes unas muñecas... muy poco corrientes.

—Sólo quería que me vieras —dijo Matilda, con menos confianza, una vez comprobó que él la había visto realmente. Él vio que tenía los pómulos altos y acusados, que la boca era dura, no era suave, pero estaba llena de vida. Vio lo rápido que giraba su talle, y pensó enseguida en un galgo.

—No creo que eso fuera lo único que quisieras.

—Quiero que seas feliz —dijo Matilda intensamente.

William se puso de pie, la miró a los ojos, y le puso las manos en la cintura.

—Lo seré —dijo—. Lo seré.

La atrajo hacía sí, a la inflexible Matty Crompton, a aquella nueva Matilda hambrienta.

—¿Me quedo aquí? —le preguntó—. ¿O me voy?

—Me gustaría que te quedaras —dijo Matilda—. Aunque aquí no se está muy cómodo.

—Si vamos a viajar juntos, ya verás como esto acabará pareciéndonos el paraíso de la comodidad.

Y en cierto sentido, y en muchos, así fue.

Dos escenas más. William fue a ver a Eugenia para comunicarle sus decisiones. Había dado a entender que estaba enferma, y ordenado que le sirvieran las comidas en su cuarto, cosa que no era lo suficientemente insólita como para provocar ningún comentario en la casa. Le envió un recado a través de su doncella, en el que le decía que deseaba discutir ciertas disposiciones con ella. Cuando entró en su habitación, vio que se había arreglado con mucho esmero. Llevaba un vestido de seda gris plata, con lazos azul celeste, y un ramillete de capullitos de rosa en el pecho. Parecía mayor; el barniz de serenidad se había desvanecido, y había sido sustituido por una nueva suavidad, una nueva sensualidad manifiesta.

—Así que ya has decidido —dijo—. ¿Cuál va a ser mi destino?

—Tengo que confesar que me interesa más el mío. He decidido dejarte. Me iré con una expedición a explorar las partes más lejanas del Río Negro. No tengo intención de regresar a esta casa.

—Supongo que querrás que te extienda un talón para el pasaje, para tus gastos y todo eso.

—No. He escrito un libro. Con ese dinero será suficiente.

—¿Y... hablarás con alguien... se lo dirás a alguien?

—¿A quién se lo puedo decir, Eugenia, sin destrozarlo al contárselo? Lo único

que puedo decir es que tienes que vivir contigo misma, que tienes que vivir como puedas contigo misma.

—Sé que estuvo mal —dijo Eugenia—. Sé que estuvo mal, pero tienes que entender que no lo *sentía* así... Fue creciendo poco a poco, de juegos infantiles completamente inocentes y naturales... que a nadie le parecían mal... Nunca he sido capaz de hablar con nadie de ello, tienes que perdonarme por hablarlo contigo... Sé que te he ofendido, a pesar de que intentaba que me quisieras... Si hubiese podido hablar con alguien, tal vez me habría hecho ver lo mal que estaba. Pero... *él* creía que no... Decía que... hay personas a las que les gusta poner normas y otras a las que les gusta saltárselas... Me hizo creer que todo era completamente *natural* y así era, era *natural*. No se alzó ninguna voz en nuestro interior para decirnos... que era... *antinatural*.

—Los criadores saben —dijo William secamente— que incluso los matrimonios entre primos hermanos provocan que se hereden los defectos... que aumente el parecido...

Eugenia abatió las pestañas.

—Eso es un comentario muy cruel.

Apretaba sus manos, nerviosa, sobre el regazo. Tenía las cortinas medio corridas para protegerse de la luz del sol y ocultar las sombras producidas por las manchas de sus lágrimas. Era encantadora, y complaciente, y amoral, y él sintió que ahora estaba esperando que se fuera para poder reanudar su propia nutrición, su comunión consigo misma. En cierto sentido, lo que le había sucedido a Eugenia *no le convenía*, y él estaba a punto de eliminar aquel inconveniente: él mismo.

—Morpho eugenia —dijo—, eres preciosa...

—No me ha hecho ningún bien —dijo Eugenia— ser guapa, que me admirasen. Me gustaría ser diferente.

Pero William no pudo tomárselo en serio, mientras la veía componer el gesto de la boca, y abrir aquellos ojos tan grandes, y mirarlo esperanzada.

—Adiós, Eugenia, no volveré.

—Nunca se sabe —respondió distraídamente, apartando ya la atención de él, con un delicado suspiro de alivio.

Y la segunda escena es muy diferente. Imaginad al resistente barquito *Calypso* avanzando velozmente a través de la noche en medio del Atlántico, lo más lejos de tierra que estará en cualquier momento de este viaje. El cielo es una insondable extensión de un color negro azulado, salpicada por la corriente fluida y tachonada de lentejuelas de la Vía Láctea, que reluce y se desliza con soles y lunas y mundos, grandes y pequeños, como semillas esparcidas. El mar también es una profunda extensión de un color negro azulado con nevaduras verdes, coronada, cuando se da la vuelta, de espuma plateada y crestas arrugadas de etérea agua salada. También está

plagada de placton fosforescente, de *Medusae*, que nadan con cilios diminutos, y ofrecen una especie de imagen invertida de la profusa sopa de estrellas. William y Matilda están en la cubierta, apoyados en la borda, viendo cómo la proa del barco cabecea arriba y abajo.

Ella lleva un chal carmesí, y una pañoleta de rayas en el pelo, y el viento le revuelve las faldas en torno a los tobillos. La mano morena de William le sujeta la muñeca morena apoyada en la borda. Respiran aire salado y esperanza, y su sangre fluye cargada de ilusión de futuro; y éste es un buen lugar para dejarlos, en la cresta de la ola, entre los setos y los campos verdes y ordenados y la masa de selva serpenteante y tenaz que se extiende por la costa amazónica.

El capitán Arturo Papagay, para quien ésta es su primera travesía con ese cargo, se acerca, y esboza una sonrisa franca, una mezcla de dientes blancos en una cara tostada con unos ojos oscuros y risueños. Le ha traído al señor Adamson una curiosidad. Es una mariposa que un guardia marina ha encontrado en el cordaje. Es dorada como el ámbar, con una orla oscura en las alas, que están un poco despeluchadas, incluso raídas. Es una Danae, dice William, emocionado, Danaus Plexippus, de la que se sabe que realiza grandes migraciones a lo largo de la costa americana. Son potentes voladoras, le explica a Matilda, pero los vientos pueden arrastrarlas cientos de millas mar adentro. Matilda comenta a William y al capitán Papagay que sus alas aún están impregnadas de vida.

—Me llena de emoción —dice—. No sé muy bien si se trata de temor o de esperanza. Es tan frágil, y se la puede aplastar tan fácilmente, y está tan lejos del sitio adonde se dirigía. Y sin embargo sigue viva, y radiante. Bien mirado, es asombroso.

—Eso es lo más importante —dice el capitán Papagay—. Estar vivo. Mientras uno sigue vivo, bien mirado, todo resulta asombroso.

Y los tres se pusieron a mirar, con renovado interés, los puntos de luz que había en la oscuridad que los rodeaba.

El ángel conyugal

I

Lilias Papagay tenía una imaginación desbordante. En su profesión, era una cualidad sospechosa, aunque necesaria, y había que vigilarla, que reprimirla. Sophy Sheekhy, quien veía con sus propios ojos y oía con sus propios oídos a los visitantes del otro mundo, era aparentemente más flemática y práctica. Hacían buena pareja por esa misma razón, tal como la señora Papagay había intuido cuando a la vecina de al lado, la señora Pope, le había dado un auténtico ataque de histeria al oír a su nueva institutriz hablando con la prima Gertrude y su hijo pequeño, Tobías, ahogados ambos hacía muchos años. Estaban sentados a la mesa del cuarto de los niños, dijo Sophy Sheekhy, y sus ropas, si bien totalmente nuevas y secas, despedían un olor a agua salada. Querían saber qué había sido del reloj de pared del abuelo que, en tiempos, estaba en el rincón del cuarto. A Tobías siempre le había gustado cómo el sol y la luna se perseguían el uno al otro por la esfera con sus caras sonrientes. La señora Pope, que había vendido el reloj, no quiso escuchar más. La señora Papagay ofreció asilo a la serena y menuda señorita Sheekhy, que recogió sus escasas pertenencias y se mudó. La propia señora Papagay nunca había ido más allá de la escritura automática (a pesar de que debía reconocer que la había practicado mucho), pero creía que Sophy Sheekhy podría obrar prodigios. De cuando en cuando provocaba pismo y asombro, en efecto, pero no lo hacía a menudo. Pero precisamente esa parquedad era una garantía de autenticidad.

Al final de una tarde borrascosa de 1875, avanzaban a lo largo del paseo marítimo de Margate, para tomar parte en una sesión de espiritismo en el salón de la señora Jesse. Lilias Papagay, unos pasos por delante, llevaba un vestido de seda color vino tinto con una cola con volantes, y un sombrero cargado de un plumaje oscuramente reluciente: negro azabache, esmeralda tornasolada, azul libélula iridiscente sobre rechonchos soportes azul ultramar de alas sueltas con airosas plumas de cola, como las alitas que revoloteaban en el gorro o en los talones de Hermes en las pinturas antiguas. Sophy Sheekhy llevaba un traje de lana color paloma con el cuello blanco, y un práctico paraguas negro.

El sol se ponía sobre el agua gris: un gran disco rosa oscuro del color de una quemadura reciente, en un baño de rojiza luz dorada vertida entre las barras de nube acerada, como el resplandor del fuego de una parrilla bruñida.

—Mire —dijo Lilias Papagay, haciendo señas con una imperiosa mano enguantada—. ¿No ve al Ángel? Vestido de nubes y con un arco iris en la cabeza, como si su cara fuera el sol, y sus pies columnas de fuego. Y en la mano, un librito abierto.

Veía sus músculos y sus tendones nubosos abarcando el mar; veía su cálido rostro rojo y sus pies ardientes. Sabía que se estaba esforzando. Deseaba hacerlo *así* para ver a los habitantes invisibles del cielo entregados a sus asuntos, y el aire alado, cubierto de plumas. Sabía que aquel mundo penetraba e interpenetraba éste, el

Margate sólido y gris, igual que Stonehenge y la catedral de Saint Paul. Sophy Sheekhy comentó que era, en efecto, una puesta de sol espectacular. Una de las piernas de fuego del ángel fulguró y se extendió, dejando fugaces ondas rosas en el agua apagada. Su tronco gris e hinchado se inclinó y se torció, ceñido de oro.

—Nunca me canso de ver la puesta de sol —dijo Sophy Sheekhy. Su cara era pálida como una luna llena; estaba un poco picada con cráteres de un ligero ataque de viruela, y ensombrecida en algunos sitios por unas cuantas pecas. Tenía la frente despejada, y una boca gruesa y descolorida, cuyos labios solían descansar juntos tranquilamente, igual que sus manos entrelazadas. Las pestañas eran largas, sedosas, y casi invisibles; se le veían un poco las orejas venosas, bajo unas pesadas ondas de pelo color heno. No se habría sorprendido si le hubiesen dicho que el sol y la luna son magnitudes constantes para la percepción del ojo humano, que les otorga dimensiones soportables, aproximadamente del tamaño de una guinea. Mientras que la señora Papagay, como William Blake, habría imaginado a toda una hueste de la Corte Celestial cantando: «Santo, Santo, Santo es el Señor Todopoderoso»; o como Swedenborg, que veía grandes huestes de criaturas celestiales flotando en el espacio como espadas llameantes. Un grupo de gaviotas enfadadas se disputaban un bocado en el aire; se elevaban juntas, chillando y dándose golpes, a medida que el ángel de la señora Papagay se apagaba y se derretía. Su último resplandor hizo que un rubor momentáneo cruzase la cara blanca de Sophy. Apuraron el paso. La señora Papagay nunca llegaba tarde.

El grupo habitual se reunía en el salón de la señora Jesse. No era una habitación confortable; la señora Jesse no poseía el don de hacer acogedores los sitios; tenía una pátina de polvo, el barniz estaba un poco rayado, y las cortinas de encaje algo raídas. Había muchos libros en vitrinas de cristal, y varias colecciones de piedras y de conchas acumulando polvo en cuencos y cajas. En la ventana había un telescopio de latón perfectamente limpio, y otros instrumentos náuticos: un sextante, un cronómetro, compases, ocupaban su propia vitrina. Reluciendo sobre el terciopelo carmesí, también estaba la *Médaille de Sauvetage en Or* del capitán Jesse, especialmente acuñada para él por el emperador Napoleón III, y la Medalla de Plata de la Sociedad Humanitaria Real, un objeto como una luna del tamaño de un plato. El capitán Jesse había obtenido estas dos condecoraciones tras retirarse a Margate, donde, a falta de una lancha de socorro oficial, había reanimado, nada menos que en tres ocasiones, a los pescadores y echado al agua un bote, manejando él mismo el timón, para rescatar barcos que se iban a pique en medio de galernas en alta mar. Había salvado a la tripulación entera en cada ocasión, un barco francés, un barco inglés, y un barco español. Eso fue antes de que la señora Papagay lo conociese, pero nunca se cansaba de escuchar los detalles de aquellos rescates a la vez tan prácticos y tan románticos. Lo veía todo, lo vivía todo: la turbulencia de las aguas, el azote de sus

crestas, el aullido de aquellos muros que se desintegraban; los chillidos y los rugidos de la galerna, las estrellas como puntos entre las veloces nubes de tormenta, las luces de los faroles como alfilerazos en la furiosa oscuridad, la resolución del capitán Jesse amarrando cuerdas mojadas con manos expertas, trepando a gatas de vez en cuando por cubiertas chorreantes e inclinadas, bajando por una escalera resbaladiza hasta el remolino de una cabina burbujeante para rescatar al diminuto grumete francés, poniendo a salvo aquel cuerpo liviano y semiconsciente con su propio cinturón salvavidas, aunque, igual que muchos capitanes, no sabía nadar.

—William no sabe lo que es el miedo —decía la señora Jesse, con aquella voz firme y resonante, y el capitán asentía tímidamente con la cabeza y murmuraba que, al parecer, no tenía cabida en su carácter, que simplemente hacía lo que le parecía mejor en cada momento sin contar con que lo que podría costarle; de todos modos, no tenía la menor duda acerca de que el miedo les era útil a la mayoría de los hombres, pero, por lo visto, no formaba parte de su naturaleza, así que no tenía ningún mérito; de hecho, el verdadero valor sólo se daba en los que tenían miedo, pero él era como el príncipe de aquel cuento de hadas, no se acordaba de cuál exactamente, y no sabía muy bien en qué consistía aquello, aunque suponía que había visto sus efectos en los demás, cuando se paraba a pensarlo, cosa que tal vez no hiciera lo bastante a menudo; no, no pensaba sobre eso lo suficiente. La conversación del capitán Jesse era copiosa e indiscriminada, lo que no dejaba de resultar sorprendente en un hombre de acción con una apariencia tan digna.

Estaba de pie, delante de la repisa de la chimenea, alto y erguido, con su pelo cano y su barba totalmente blanca, hablando con el señor Hawke, en quien se conjugaban diversos oficios, diácono de la Iglesia de la Nueva Jerusalén, editor de la *Hoja Espiritual*, delegado del Fondo de Ayuda a los Marineros, coordinador de las reuniones nocturnas. El señor Hawke no tenía ningún aspecto de azor^[18]; era un hombre bajo y regordete, como una *manzana*, pensaba la señora Papagay, con un vientre esférico y unos relucientes carrillos rojos también esféricos, sobre los que flotaban mechones de pelo leonado bajo un cráneo calvo, redondo y rosa. A su juicio, tendría unos cincuenta años, y no se había casado. Tanto él como el capitán Jesse eran hombres que sostenían una corriente continua de conversación, sin escuchar demasiado las respuestas del otro. El señor Hawke era un experto en teología. Había sido ritualista, metodista, cuáquero, baptista, y ahora venía a parar, definitiva o temporalmente, a la Iglesia de la Nueva Jerusalén, que había empezado a existir en el mundo espiritual en el año 1787, cuando la antigua orden había desaparecido, y aquel Colón espiritual, Emanuel Swedenborg, había realizado sus viajes a través de los diversos cielos e infiernos del universo, y a quien se le había revelado que este último tenía la forma de un Humano Divino, y que cada cosa espiritual o material correspondía a alguna parte de este Gran Hombre infinito.

El capitán Jesse y el señor Hawke estaban tomando té. El capitán Jesse hablaba del cultivo del té en las laderas de las montañas de Ceilán, y lo describía tras

tomárselo.

—... aromático y con un sabor *fresco*, señor, como aquí una infusión de hojas de frambueso, el té transportado en arquillas reforzadas con plomo siempre tiene un regusto *mohoso* para los que lo han probado en su lugar de origen, sacado de sencillos cuencos de terracota no más grandes que este salero; sabe a tierra, señor, y a sol, a auténtico néctar.

El señor Hawke hablaba simultáneamente de que Swedenborg no cesaba de tomar café, a cuyos nocivos efectos algunos espíritus no precisamente gloriosos habían achacado sus visiones.

—Porque el café, al actuar sobre un temperamento puro, dicen que produce excitación, insomnio, una actividad anormal de la mente y de la imaginación, y visiones fantásticas; y también locuacidad. Doy crédito de estos efectos del café, he observado que son así. Pero es un pedante en medicina quien insinúe que los *Arcana* o el *Diarium* salieron de una taza de café. Aunque no deja de ocultarse una verdad en eso. Dios hizo el mundo y, por lo tanto, todo lo que contiene, incluido, supongo, el arbusto del café y su semilla. Si el café predispone a la clarividencia, no veo que los medios no justifiquen el fin. Sin duda, los videntes son estructuras tan uniformes como los cristales, y en su preparación no se omite ni una droga ni una baya cuando hace falta. Vivimos en una época materialista, capitán Jesse; dejando a un lado la metafísica, ya pasó el tiempo en el que se creaba cualquier cosa a partir de la nada. Si las visiones son buenas visiones, su origen material también es bueno, me parece. Que las visiones critiquen pues el café y viceversa.

—Sé de alucinaciones causadas por el té verde —respondió el capitán Jesse—. Teníamos un marinero lascar que veía constantemente demonios en las jarcias hasta que un compañero lo convenció de que restringiera la cantidad que ingería.

La señora Papagay se acercó a la señora Jesse, que compartía el sofá con la señora Hearnshaw, y ofrecía té en tazas ribeteadas con gruesos capullos de rosa y llamativos nomeolvides. La señora Hearnshaw estaba de luto riguroso, vestida completamente de seda negra, con un sombrero de encaje negro sobre su abundante cabello castaño, y un enorme relicario de ébano que colgaba sobre su pecho redondo de una cadena de eslabones de azabache labrado. Tenía la piel cremosa y los ojos grandes, de color marrón claro pero hundidos en un gris azulado, y su boca caída reflejaba cansancio. Acababa de enterrar a la quinta Amy Hearnshaw en siete años; todas habían tenido una vida muy corta, entre tres semanas y once meses, y a todas las había sobrevivido el pequeño Jacob, un niño de tres años, guapo y enfermizo. El señor Hearnshaw permitía a la señora Hearnshaw que acudiese a las sesiones, pero él no asistía. Era director de un pequeño colegio, y tenía firmes creencias cristianas un tanto tenebrosas. Creía que la muerte de sus hijas eran tribulaciones que Dios le había enviado para ponerlo a prueba y castigarlo por su falta de fe. Pero no llegaba a insinuar que hubiese algo esencialmente malo o perverso en las actividades espirituales: ángeles y espíritus abarrotaban las páginas del Viejo y del Nuevo

Testamento. La señora Papagay creía que permitía a su esposa venir a las sesiones porque, si no, la intensa violencia de su dolor le parecía insufrible y desconcertante. Formaba parte de su modo de ser y de su oficio el reprimir las muestras de excesiva emoción. Si a Annie se la consolaba, su casa estaba más tranquila. O eso suponía que podría él razonar la señora Papagay, una gran tejedora de narraciones a partir de las sutiles hebras de las apariencias, las palabras y los sentimientos.

A la señora Papagay le gustaban las historias. Las hilaba con carretes de cotilleo u observación; se las contaba a sí misma por la noche o cuando iba andando por la calle; constantemente se veía tentada a irse de la lengua para recibir a cambio valiosos atisbos de otros argumentos, de otras cadenas de causas y efectos. Cuando se había quedado viuda y sin medios, pensó en escribir cuentos para ganarse la vida, pero sus habilidades lingüísticas no estaban a la altura o manejar la pluma con la intención expresa de escribir para el público la inhibía; por la razón que fuera, lo que escribía era una porquería afectada y empalagosa, carente de interés hasta para sus propias ambiciones, por no hablar de las de cualquier lector anónimo. (La escritura automática era diferente.) Se había casado con el señor Papagay, un capitán de origen mestizo, porque, como Otelo a Desdémona, la extasiaba con cuentos de sus aventuras y sus padecimientos en lugares remotos. Se había ahogado hacía diez años, en el Antártico, o por allí cerca, o eso creía ella, porque desde entonces nadie había vuelto a ver al *Calypso* ni a nadie de su tripulación. Realmente asistió a su primera sesión para averiguar si era viuda o no, y la respuesta, como suele suceder, fue ambigua. La médium de aquella vez, una aficionada, emocionada con el descubrimiento reciente de sus poderes, había dictado un mensaje de Arturo Papagay, identificando su ondulado pelo negro, su diente de oro, su sello de cornalina, y exigiendo comunicarle a su amor máspreciado que descansaba en paz, y que deseaba que ella estuviese tranquila y contenta como él de que se acercase el tiempo en que el primer cielo y la primera tierra desaparecerían, y ya no habría mar, y Dios secaría todas las lágrimas de sus ojos.

La señora Papagay no estaba segura de que este mensaje proviniese de Arturo, cuyos términos cariñosos eran más concisos, más crudos y más picaros, y quien habría sido incapaz de descansar felizmente en paz en un mundo donde ya no hubiera mar. Arturo siempre tenía que estar haciendo algo, y el mar tiraba de él como un imán: su olor, su aliento, su peso movedizo y peligroso, cada vez más profundo. Cuando la señora Papagay probó por su cuenta con la escritura automática por primera vez, recibió lo que sin ningún género de dudas le parecieron mensajes de Arturo, de antes o de aquel momento, vivo o muerto, enredado en las algas o en su memoria. Sus decentes dedos escribieron imprecaciones en varios idiomas de los que no sabía ni palabra, y nunca se molestó en traducirlas, porque sabía de sobra lo que significaban *aproximadamente*, con tanta jota, tanto «cu» y tanto «co»: las palabritas de Arturo cuando se ponía furioso, las palabritas de Arturo cuando experimentaba un intenso placer. Ella había dicho, como en sueños: «Ay, Arturo, ¿estás vivo o muerto?»

y la respuesta había sido: «Mala-mar lio-conchas arena arena rompe rompe rompiente c.j.j.c. mala Liliás, infin che'l mar fu sopra noi richiuso.»

De lo que dedujo que, en resumidas cuentas, probablemente se había ahogado mientras luchaba por salvar su vida. Así que se puso de luto, admitió dos huéspedes, intentó escribir una novela, y se dedicó cada vez más a la escritura automática.

Poco a poco se fue haciendo un hueco en la comunidad de aquellos que pretendían conectar con el mundo de los espíritus. A la gente le gustaba que se sumase a las sesiones de las casas particulares, porque en su presencia los visitantes invisibles siempre daban más golpecitos y enviaban mensajes más detallados y más sorprendentes que las vagas promesas a las que eran propensos. Empezó a ser capaz de caer en trance y a experimentar una especie de desmayo, caluroso, frío, húmedo, nauseabundo y penoso, por la pérdida de control, para alguien tan perspicaz y metódico como la señora Papagay. Era consciente, desde el otro extremo de un túnel reticular color crema, color gusano, de cómo golpeaban la alfombra sus propias botas, de cómo se esforzaban sus propias cuerdas vocales mientras aquellas voces ásperas hablaban a través de ella. Se daba cuenta de que hasta ahora no había estado *completamente segura* de que la escritura automática no la realizase alguna otra parte de su Yo coherente. Por medio de ella se manifestaban alternativamente un espíritu bueno llamado Pomona y otro malicioso y entrometido llamado Dago. Ahora que contaba con la compañía de Sophy Sheekhy, caía en trance menos a menudo, porque Sophy parecía deslizarse fácilmente hacia otro mundo, dejando tras ella a una criatura fría como el barro, cuyo aliento apenas empañaba una cuchara de plata. Relataba extrañas visiones y extraños dichos; era capaz de explicar, con una exactitud asombrosa, dónde había que ir a buscar los objetos y los parientes perdidos. La señora Papagay estaba convencida de que Sophy podía hacer que los espíritus se materializaran si quería, como el famoso Florence Cook y su espíritu Katie King. Sophy, que tardaba en dar muestras de curiosidad y en ver sus propios intereses, había dicho: «¿Qué?», y añadido que no acababa de imaginarse por qué los muertos iban a *querer* recuperar sus cuerpos, era muchísimo mejor estar como estaban. No existían para realizar trucos de circo, decía Sophy Sheekhy. Eso les haría *daño*. La señora Papagay era demasiado inteligente para no comprender su punto de vista.

Ahora, sin apenas darse cuenta pero con una mínima astucia, se habían deslizado del mundo de los experimentos meramente *amateurs* y particulares al mundo exquisitamente organizado de las médiums remuneradas. Nada vulgar: «regalos» de los caballeros que organizaban estas cosas, honorarios por consultas. («Estoy en mi *derecho*, señora Papagay, si recurro a sus habilidades como podría recurrir a las de un ministro de la Iglesia, un gran músico, o un sanador. Todos nosotros debemos poseer los recursos necesarios para mantener unidos el cuerpo y el alma, hasta el bendito momento en el que crucemos la meta para unirnos a esos otros, más allá.»)

La señora Papagay era el tipo de mujer inteligente que se cuestiona las cosas, el tipo que, en una época anterior, habría sido una monja con preocupaciones teológicas,

o que, en una posterior, habría seguido una carrera universitaria, como filosofía, psicología o medicina. De cuando en cuando se hacía grandes preguntas, como por qué los muertos precisamente ahora, tan recientemente y con tanto empeño, habían elegido irrumpir de nuevo en el territorio de los vivos con golpecitos, palmaditas, mensajes, emanaciones, materializaciones, floraciones espirituales y estanterías de libros viajeras. No sabía mucha Historia, aunque había leído todas las novelas de Walter Scott, pero se imaginaba que alguna vez tenía que haber habido una época en la que se fuesen al más allá y se quedasen allí. En los días de los Discípulos y de los Profetas que los habían precedido, era verdad, los hermosos ángeles entraban y salían volando de las vidas de la gente, trayendo consigo luces brillantes y delicadas, música celestial, y una ráfaga de misteriosa importancia. Los padres de la Iglesia también los habían visto, y algunos habían contemplado espíritus inquietos. El padre de Hamlet caminaba, y muertos amortajados chillaban y farfullaban en las calles de Roma; siempre había habido, la señora Papagay estaba completamente segura, extrañas apariciones locales de poca monta en las carreteras, los caminos apartados y las viviendas viejas, cosas que se ponían a dar sacudidas, o despedían olores desagradables o tañidos encantadores, cosas que venían y clavaban en ti una mirada horripilante o hacían que se te helaran los huesos y que te afligieras: el fantasma, el duende, la presencia tenaz de algún malhumorado granjero muerto o de una muchacha que sufría muchísimo.

Pero aquellos nuevos ejércitos de la noche, tíos y tías, poetas y pintores, niños inocentes y escandalosos marineros ahogados, que parecían estar detrás de cada silla y encerrados en cualquier armario, que se congregaban en masa en el jardín y subían en tropel por las escaleras, ¿de dónde habían salido repentinamente?, ¿qué querían? En los muros de las viejas iglesias, tras el altar de la Capilla Sixtina, se les podía ver en sus antiguos sitios de costumbre sentados en filas apretadas en la corte celestial coronada de oro, o gimiendo y retorciéndose en los brazos de chivos negros con ardientes lenguas rojas, camino del infierno. ¿Los habían sacado de su sitio los nuevos conocimientos? Las estrellas brillaban y se precipitaban en espacios vacíos, había soles que podían sumir este pequeño mundo en el fuego, como una pepita de naranja en las brasas. Bajo el infierno estaban los campos verdes de Nueva Zelanda y los desiertos rojos de Australia. La señora Papagay pensaba: ahora lo *sabemos*, nos imaginamos que es así, están perdiendo su dominio sobre nosotros arriba y abajo. Y sin embargo no podemos soportar el pensamiento subsiguiente, que nos convertimos en nada, como los saltamontes y el ganado vacuno. Así que les pedimos, a ellos, a nuestros ángeles personales, que nos tranquilicen. Y acuden, acuden a nuestra llamada.

Pero no era por eso, lo sabía en el fondo de su corazón, por lo que se desplazaba hasta las sesiones, por lo que escribía y daba golpecitos y vociferaba, era por *el presente*, por más vida en *el presente*, no por la otra vida, que sería como era, como siempre había sido. Porque ¿qué le aguardaba a una viuda dudosa en apuros, si no la

represión y el tedio? No podía soportar quedarse sentada charlando de gorritos y bordados, del eterno problema de las criadas, quería *vivir*. Y este comercio con los muertos era la mejor manera de saber, de observar, de amar a los vivos, pero no como se mostraban cuando se sentaban educadamente a tomar el té, sino en su yo más íntimo, en sus deseos y sus miedos más profundos. Se le revelaban a ella, a Liliás Papagay, como nunca lo habrían hecho en sociedad. La señora Jesse, por ejemplo, no era rica, pero sí toda una dama, los familiares del capitán Jesse eran terratenientes. La señora Papagay no se habría mezclado con los Jesse a no ser por la democracia del mundo de los espíritus.

II

La señora Jesse era una mujer bajita y guapa, de unos sesenta y pocos años, con una cabeza imponente que a veces parecía demasiado grande para su cuerpo menudo. Los ojos, de un azul muy claro, destacaban en aquel rostro agitanado de cutis moreno, de rasgos marcados, y con un acusado perfil. Su pelo negro y fino, entreverado de gris, seguía siendo abundante; lo llevaba peinado en delicadas crenchas, que caían a los lados de su cara. Tenía manos de pájaro, una mirada penetrante también de pájaro, y una voz asombrosamente grave y resonante. A la señora Papagay le había sorprendido mucho su fuerte acento del Linconshire. La señora Jesse era dada a enfáticas declaraciones; la primera vez que la señora Papagay la había visto, se había entablado una discusión sobre el proceso del dolor, y la señora Jesse había asentido solemnemente con la cabeza: «Lo conozco. Lo he sentido», como una especie de coro trágico. «He sentido de todo; lo conozco todo. No quiero ninguna emoción nueva. Sé lo que es sentirse como una piedra.» Si esta nota profética y repetitiva le recordaba a la señora Papagay al terrible cuervo del señor Poe con su «Nunca más», era en parte porque la señora Jesse siempre iba acompañada de su propio cuervo doméstico, Aarón, al que llevaba atado a la cintura por una correa de cuero y al que alimentaba con carne cruda de una siniestra bolsita que viajaba con él. Aarón asistía a las sesiones, lo mismo que Pug, un animal color elefante con unos diminutos dientes marfileños que descansaban sobre sus labios flácidos, y unos inteligentes y protuberantes ojos marrones. Pug era insensible a las fluctuaciones de emoción que se producían en torno a la mesa, y solía quedarse echando un sueñecito en el sofá; a veces hasta roncaba o emitía otros ruidos húmedos y explosivos en los momentos más delicados. Aarón también era motivo de distracciones en los momentos de intensa concentración: un tamborileo de garras, un graznido estridente y repentino, o el frufú de sus plumas cuando se sacudía.

La señora Jesse era la heroína de una historia trágica. En su juventud, cuando tenía diecinueve años, había amado, siendo correspondida, a un brillante joven, un

amigo universitario de sus hermanos, que había visitado la rectoría donde la familia vivía recluida, y que se dio cuenta casi inmediatamente de que eran almas gemelas y le pidió que fuera su esposa. El destino, tomando en un principio la forma del padre mundano y ambicioso del joven, había intervenido. Se le prohibió verla, o comprometerse con ella, hasta que cumpliera los veintiún años. Ese día llegó y se fue: a pesar de la ausencia y la oposición constantes, los amantes habían perseverado fielmente en su verdad, el uno con respecto al otro. Así que se anunció el compromiso, y el joven pasó unas Navidades entrañables con su amada y su familia. También se intercambiaron cartas en las que expresaban su devoción. En el verano de 1833, él había viajado al extranjero con su padre, y escrito a Emily (Ma douce amie) desde Hungría, desde Pesth, de camino a Viena. A principios de octubre, el hermano de la señora Jesse recibió una carta del tío del joven. La señora Papagay se sabía de memoria el principio. Se lo había oído decir a la señora Jesse con su voz profunda y melancólica; y también al capitán Jesse, palabra por palabra, con su barboteo superficial y monocorde:

Mi querido señor:

Le escribo por expreso deseo de una familia sumamente afligida, porque, desde el abismo de dolor en el que han caído, no tienen fuerzas para hacerlo ellos mismos.

Su amigo, señor, y mi queridísimo sobrino, Arthur Hallam, ha dejado de existir; ha sido voluntad de Dios apartarlo de este primer escenario de la existencia, para conducirlo a ese Mundo mejor para el que fue creado...

El pobre Arthur tuvo un ligero ataque de escalofríos (de los que padecía a menudo), ordenó que encendieran el fuego, y charló tan animadamente como siempre. De repente perdió el conocimiento, y su espíritu lo abandonó sin dolor. El médico trató de extraerle algo de sangre, y al analizarla todos opinaron que no podía haber vivido mucho más...

La joven había bajado las escaleras, esperanzada, al oír llegar al cartero, y cuando su destrozado hermano le leyó *aquello* en voz alta, el mundo se desvaneció ante sus ojos en sombras, y fue víctima de un profundo desmayo; pero el despertar había sido mucho más terrible, más traumático, que el primer golpe; así lo contaba ella, y así lo creía la señora Papagay; incluso lo experimentaba de tan intensa que era la narración.

—Parece —relataba la señora Jesse— que se fue tan silenciosamente, de un modo tan imperceptible, que su padre fue capaz de sentarse junto al fuego con él, creyendo que estaban leyendo en compañía, hasta que le chocó que el silencio fuera demasiado largo, o tal vez que algo no iba bien, no se sabe, y *él* no lo recuerda. Porque cuando tocó a mi querido Arthur, no tenía la cabeza en una postura del todo natural y tampoco contestó, así que se mandó llamar un médico, y se le abrió una vena en el brazo y otra en la mano; todo inútil, se había ido para siempre.

Tras aquel día negro, ella se había encerrado durante todo un año en su

dormitorio, postrada por el dolor y la impresión, para reaparecer luego ante su familia y sus amigos; la señora Papagay no se imaginaba la escena desde el interior del cuerpo de la joven, como le sucedía con la primera conmoción, sino a través de los ojos perplejos de los presentes cuando ella había entrado lentamente en la habitación, dolorosa y orgullosamente erguida, de luto riguroso pero con una rosa blanca en el pelo, como a su Arthur le gustaba verla. Regresaba al mundo pero no era *de* este mundo, tenía el alma enferma y moraba en las sombras. Tarde, demasiado tarde, como ocurre siempre en las historias trágicas, el adusto padre se arrepintió de su crueldad, y la amada de su hijo fue invitada a aquella casa a la que nunca había acudido con su amante; se convirtió en la amiga íntima de su hermana, en la «hija viuda» de su apenada madre, y en la destinataria, tal como se hizo saber, de una generosa renta de trescientas libras al año. Estas cosas siempre son secretas pero siempre se saben, el chisme vuela en un susurro de salón en salón, se alaba la generosidad y a la vez se cuestiona el motivo en tono despectivo: ¿para comprar afecto?, ¿para aliviar la culpa?, ¿para asegurarse una devoción perpetua? Esto último no se había conseguido ni total ni perfectamente, porque allí estaba el capitán Jesse. Cómo o dónde pasaba exactamente a formar parte del cuadro, la señora Papagay no lo sabía. Según los rumores, aquel matrimonio representó una cruel desilusión tanto para el viejo señor Hallam como para el hermano de la señora Jesse, Alfred, el mejor amigo de Arthur. A la señora Papagay le habían enseñado, con *la más absoluta* reserva, una carta de la poetisa Elizabeth Barrett (antes de convertirse en la señora Browning y de unirse ella misma a la feliz congregación de los espíritus) en la que calificaba el comportamiento de la señora Jesse como una «desgracia para las mujeres» y «el colmo de la *maldad*». La señorita Barrett se refería desdeñosamente al capitán Jesse (en aquel entonces, 1842, el teniente Jesse) como a un «teniente grandón». Despreciaba tanto al novio como a la novia por haber aceptado continuar recibiendo la renta que el viejo señor Hallam, con suma generosidad, no había retirado. Y llegó al colmo de la indignación con lo que la señora Papagay estaba a veces dispuesta a considerar como un toque poético y romántico: el nombre que le había puesto a su primer hijo, Arthur Hallam Jesse. «Eso fue un querer agarrarse desesperadamente al “sentimentalismo”... ¡pero falló!», había sentenciado la señorita Barret, hacía ya tantos años. ¿Tal vez la *señora Browning* habría sido más comprensiva?, se preguntaba la señora Papagay. Su compasión había aumentado de una forma tan maravillosa con su propia fuga y su propio matrimonio...

Por lo que respecta a la señora Papagay, le gustaba pensar que le habían dado ese nombre como una garantía de perpetuidad, como una manera de que su amante muerto siguiera vivo, como una confirmación para los creyentes de la maravillosa comunidad del mundo de los espíritus. Porque el propio Señor había dicho: «En el Cielo no hay matrimonio ni concesión en matrimonio.» Aunque de nuevo Emanuel Swedenborg, que había estado allí, había visto los matrimonios de los ángeles, que se correspondían con la unión entre Cristo y Su Iglesia; así que se lo sabía de otro modo,

o al menos podía explayarse sobre *por qué* Nuestro Señor había dicho eso, cuando el amor conyugal era tan importante para los ángeles. Llamar Arthur Hallam Jesse al hijo mayor no fue muy afortunado, como se vio después. Era una especie de militar, pero parecía vivir en un mundo propio, quizá porque, como en el caso del capitán Jesse, sus ojos azul claro no veían mucho más allá de sus narices. Tenía, al igual que sus padres, un rostro de una belleza romántica y al mismo tiempo dulcemente afable. El viejo señor Hallam era su padrino, y también lo era del hijo mayor de Alfred, a su vez piadosamente bautizado *in memoriam*, aunque esto no se desaprobó de la misma forma, ya que Alfred Tennyson había escrito *In Memoriam*, que hizo de Arthur Hallam, A. H. H., un objeto de duelo nacional veinte años después de su muerte, y que más tarde llevó a la nación a confundir de algún modo a su joven promesa con el tan llorado príncipe Alberto, por no hablar del legendario rey Arturo, la flor y nata de la caballería y el alma de Bretaña.

Sophy Sheeky se sabía de memoria trozos enteros de *In Memoriam*. Le gustaban los poemas, parecía, a pesar de que nunca conseguía que le interesara una novela; un rasgo curioso de sus gustos, pensaba la señora Papagay. Decía que le gustaba el ritmo, que la conmovía; primero el ritmo, y luego el significado. Por lo que se refiere a la señora Papagay, le gustaba Enoch Arden, un cuento trágico de un marino naufragado que volvía a su hogar para encontrar a su esposa felizmente casada con hijos, y que moría virtuosamente resignado. El argumento recordaba al de la novela fallida de la señora Papagay, en la que un marinero, el único sobreviviente de un buque quemado en medio del océano, habiendo sido rescatado tras muchas semanas flotando en una balsa bajo el sol ardiente, así como encarcelado por una cariñosa princesa tahitiana, secuestrado por piratas, presionado por un buque de guerra que había vencido a los piratas, y herido en una gran batalla, volvía hasta su Penélope para encontrarse con que se había casado con su odiado primo y era madre de muchos pequeños que tenían sus rasgos pero no eran suyos. A la señora Papagay esto último le parecía un toque sutil y trágicamente irónico, pero no le daba la imaginación para el incendio, la esclavitud, Tahití y las rondas de enganche, a pesar de que Arturo había hecho que todo aquello le pareciera de verdad cuando caminaban por los Downs^[19] o se sentaban de noche junto al fuego. Seguía echando de menos a Arturo, sobre todo porque no se había presentado otro amante que la distrajera. Le gustaba especialmente un poema del Laureado sobre los peligros del retorno de los muertos.

Pueden los muertos, cuyos ojos moribundos
se cerraron con llantos, reanudar su vida,
que se encontrarán con un cruel acogida
de la madre y el hijo cuando se levanten.

Bien estuvo, una vez templados por el vino,
brindarles una lágrima benevolente,

hablar de ellos, querer que estuvieran aquí,
considerar su recuerdo medio divino;

pero si se presentaran los que se fueron,
verían a sus novias en distintas manos,
y al rudo heredero pasear por sus tierras
decidido a no cederlas ni un solo día.

Sí, pues, aunque su hijo no fuese de éstos,
de igual modo el señor aún amado haría
que la confusión fuese peor que la muerte,
al tirar los pilares de la paz doméstica.

Ay, amigo mío, pero vuelve hasta mí:
pese a los cambios que hayan forjado los años,
sigo sin encontrar un solo pensamiento
que clame en contra de mi deseo de ti.

«Ay, amigo mío, pero vuelve hasta mí», murmuraba para sí la señora Papagay, junto con la reina y muchísimos hombres y mujeres afligidos, en un gran suspiro rítmico de desesperada esperanza. Y eso mismo sentía, seguro, Emily Tennyson, Emily Jesse, el amor que aquel joven había saboreado con la mitad de su mente pero que no había tocado; porque ella lo llamaba en sus sesiones, deseaba verlo y oírlo; para ella estaba vivo, aunque llevara ausente cuarenta y dos años, casi el doble de su estancia en la tierra. Nunca habían logrado comunicarse con él de un modo que no dejara lugar a dudas, ni siquiera Sophy Sheekhy; y la señora Papagay, una experta en autoengaño e imágenes vanas, sólo podía admirar la entereza con la que la señora Jesse se negaba rotundamente a dejarse seducir por simulacros, o espíritus displicentes, a mover mesas con sus propias rodillas o a instarlas, a ella y a Sophy, a mayores esfuerzos.

—Se ha ido muy lejos —había dicho Sophy en una ocasión—, tiene muchas cosas en que pensar.

—Siempre las tuvo —dijo la señora Jesse—. Y se nos dice que no cambiamos más allá de la tumba, que sólo continuamos por el camino en el que estamos.

III

El sofá donde Emily Jesse estaba sentada con la señora Hearnshaw era amplio, tenía el respaldo alto, y estaba tapizado con un lino estampado, diseñado por William Morris, en el que se veía una espaldera con ramas oscuras que se cruzaban al azar y a

la vez se repetían geométricamente, sobre un misterioso fondo verde oscuro; el color, pensaba Emily, con el inveterado romanticismo de su familia, de las profundidades del bosque, de los bosquecillos sagrados, de los claros de hoja perenne. Las ramas estaban tachonadas de florecitas blancas como estrellas, y entre ellas serpenteaban granadas carmesíes y doradas, y pajaritos con crestas azules y rosas, el pecho moteado de color crema y los picos curvos: una especie de híbridos imposibles entre los exóticos periquitos amazónicos y el zorzal inglés. Emily no se preocupaba mucho de la casa, creía que en la vida había cosas más importantes que las vajillas y los asados domingueros, pero disfrutaba del sofá, del entretejido que el señor Morris había hecho de una especie de serie acabada y formal de objetos mágicos que le recordaban su infancia en la rectoría blanca de Somersby, cuando los once habían jugado a *Las mil y una noches* y a la corte de Camelot, cuando sus hermanos, de elevada estatura, habían esgrimido sobre el césped caretas y floretes mientras gritaban: «¡Toma, traidor con pintas de sapo!», o habían defendido con palos el puentecillo que cruzaba el arroyo, posteriormente inmortalizado, de los chicos del pueblo, como Robin Hood. En aquel entonces, allí todo tenía dos caras: era verdadero y querido, cercano y actual, y a la vez relucía mágicamente y despedía un vago perfume frío a mundo perdido, a huerto de rey, al jardín de Haroun-al-Raschid. Las ventanas del comedor gótico que su padre furiosamente enérgico, el rector, había construido con sus propias manos y la ayuda de Horlins, su cochero, podían verse, con una imaginación despierta, de dos maneras: como troneras que sirvieran de marco a damas vestidas a la última moda, listas para escabullirse en dirección a sus citas, o como ventanas mágicas tras las que Ginebra y la Azucena^[20] aguardasen a sus amantes con el corazón palpitante. El sofá del señor Morris admitía esos dos mundos; se podía sentar uno en él, y hacía alusión al paraíso. A Emily le gustaba eso.

Había habido un sofá amarillo en el cuarto de estar de Somersby donde se sentaba la señora Tennyson a zurcir la ropa, y los pequeños retozaban como una camada de cachorros o como las olas de un mar picado, agitándose a su alrededor. Allí se había sentado Emily a solas con Arthur, en aquella visita navideña, el bello Arturo con sus rasgos cincelados y su aire de conocer los caprichos y las coqueterías del sexo femenino. Le había pasado la mano por el hombro, su amante aceptado, y su delicada boca le había rozado la mejilla, la oreja, la ceja morena, los labios. Hasta ahora podía acordarse de cómo temblaba Arthur, ligerísimamente, como si no pudiese controlar del todo las rodillas, y a ella la había invadido el miedo; ahora no podía acordarse exactamente de qué: ¿de verse desbordada?, ¿de responder de una forma inapropiada o inadecuada?, ¿de perderse? Él tenía los labios secos y templados. Escribió a menudo sobre el sofá amarillo después de eso, apareció en sus cartas, un misterioso objeto macizo con un sentido ambiguo, mezclado con suspiros chaucerianos sacados de algún romance ideal.

Ay, mi Emily

ay, que nos dejas
ay, mi reina sin corazón.

Él se había perdido tanto el principio como el final de este lamento:

¡Ay, la muerte, mi Emily!
¡Ay, que nos dejas!
¡Ay, mi reina sin corazón! ¡Ay, mi esposa!

Ella se lo decía a sí misma de vez en cuando: «¡Ay, mi reina sin corazón! ¡Ay, mi esposa!», cosa que nunca había llegado a ser. Pobre Arthur. Pobre Emily desaparecida, con sus largos bucles morenos y su rosa blanca. Tras aquel delicado abrazo ella había quedado tan conmovida en cuerpo y alma que guardó cama durante dos días, aunque su corta visita apenas había durado dos semanas. Le escribió notitas desde su encierro en un italiano encantadoramente impreciso (o eso le había parecido a Arthur), que él le corrigió pacientemente y le devolvió con la página marcada en donde las había besado. *Poverina, stai male. Assicurati ch'io competisco da cuore al soffrir tuo. Un verray parfit gentilhomme, Arthur.*

La señora Hearnshaw no se fijaba en el sofá. Estaba contándoles su desgracia a Emily y a Sophy Sheekhy, que se había colocado en un taburete cerca de ellas.

—Parecía tan *fuerte*, ¿sabe, señora Jesse?, movía los brazos con tanto vigor y daba unas patadas con sus muslitos y sus piernitas... Y me miraba tan tranquila con aquellos ojos llenos de vida. Mi marido dice que tengo que aprender a no encariñarme tanto con estas criaturitas que están destinadas a pasar tan poco tiempo con nosotros. ¿Pero cómo no voy a encariñarme? Es lo natural, me parece. Se han desarrollado debajo de mi corazón, querida, he sentido cómo se revolvían de miedo, cómo temblaban.

—Hemos de creer que son ángeles, señora Hearnshaw.

—A veces soy capaz de creerlo. Otras me imagino cosas terribles.

—Diga lo que se le pase por la cabeza —dijo Emily Jesse—, le sentará bien. Mire, los que hemos sido *heridos en lo más profundo* sufrimos por todos los demás, en cierta forma nos han destinado a que soportemos su dolor. Nos lamentamos *por ellos*. No es ninguna vergüenza.

—Doy a luz a la muerte —dijo la señora Hearnshaw, expresando el pensamiento con el que se paseaba constantemente. Podía haber añadido: «Me doy horror a mí misma», pero se contuvo. La imagen mental de los miembros moteados tras la convulsión, del lecho de arcilla áspero y mohoso la acompañaba siempre.

—Es todo lo mismo —dijo Sophy Sheekhy—. Lo vivo y lo muerto. Como las nueces.

Veía con mucha claridad aquellas formas diminutas, enroscadas en sus cajitas,

como los lóbulos blancos de piel marrón de las nueces secas, y un punto ciego como la cabeza de un gusano abriéndose camino hacia la luz entre un follaje aéreo. «Veía» mensajes a menudo. No sabía de quién eran aquellos pensamientos, si suyos o de otra persona, si provenían del exterior, o si todo el mundo veía mensajes similares de su propia cosecha.

El capitán Jesse y el señor Hawke se unieron a ellas.

—¿Nueces? —dijo el capitán Jesse—. Tengo debilidad por las nueces. Con vino de oporto, después de la cena, pueden resultar la mar de sabrosas. También me gustan las verdes y lechosas. Se dice que recuerdan al cerebro humano. Mi abuela me contó cómo se utilizaban en ciertos remedios campestres que debían de estar más cerca de la magia que de la medicina. ¿No le habría interesado esa comparación a Emanuel Swedenborg, señor Hawke? ¿La nuez encefalomórfica?

—No recuerdo haber leído nada en contra de las nueces en sus escritos, capitán Jesse, aunque son tan voluminosos que seguro que hay alguna referencia escondida en alguna parte. Cuando pienso en las nueces siempre me acuerdo de la mística inglesa doña Julian de Norwich, a la que se le reveló en una visión *todo lo que es* como una nuez en su propia mano, y a la que el propio Dios le dijo: «Todo estará bien, y tú misma verás que toda clase de cosas está bien.» Yo creo que puede que lo que ella viera fuera el pensamiento de un ángel, tal como se presentaba en el mundo de los espíritus o en el de los hombres. Puede que en cierto modo fuera una precursora de nuestro Colón espiritual. Sabrán que él cuenta cómo vio un hermoso pájaro en las manos de sir Hans Sloane, en el mundo de los espíritus, que no se diferenciaba en lo más mínimo de un pájaro similar de la tierra, siendo, sin embargo, según se le reveló, nada menos que el afecto de un determinado ángel, y desapareciendo al cesar la actividad de ese afecto. Ahora bien, parece que el ángel, al estar en el cielo, no sería consciente de esta aproximación *indirecta* al mundo de los espíritus, porque los ángeles lo ven todo en su forma más elevada, el Humano Divino. Se nos dice que a los ángeles superiores los que se acercan a ellos desde abajo los ven como niñitos, aunque no es así como se ven a sí mismos, porque sus afectos nacen de la unión del amor a la *bondad*, de un padre angélico, y del amor a la *verdad*, de una madre angélica, en amor conyugal.

»Y el propio Swedenborg vio aves en sus estancias en el mundo de los espíritus, y se le reveló que en el Gran Hombre los conceptos racionales tienen apariencia de pájaros. Porque la cabeza se corresponde con los cielos y el aire. *De hecho experimentó en su propio cuerpo* la caída de ciertos ángeles que se habían formado opiniones equivocadas en su comunidad sobre los pensamientos y su afluencia; sintió un temblor terrible en los nervios y en los huesos; y vio un pájaro oscuro y feo y dos delicados y bonitos. Y estos pájaros corpóreos eran los *pensamientos* de los ángeles, y él los veía en el mundo de sus sentidos: bellos razonamientos y feas falacias. Porque a todos los niveles todo se corresponde, desde lo más puramente material a lo más puramente divino, en el Humano Divino.

—Extraño, muy extraño —dijo el capitán Jesse, con cierta impaciencia. Al ser un gran charlatán, no podía escuchar pasivamente mientras el señor Hawke desenmarañaba para los presentes todas las hebras que conectaban al Humano Divino con los terrones de barro de este mundo. Una vez había empezado, el señor Hawke era dado a extenderse, y explicaba los Arcana y los Principia, la Clavis Hieroglyphica Arcanorum Naturalium et Spiritualium, los misterios de la Influx y la Devastación, el Amor Conyugal y la Otra Vida, porque sólo mediante su exposición el señor Hawke podía sostener en el aire todas las pelotas de su sistema a la vez, por así decirlo: un arco de malabarismo teológico, que Sophy Sheeky vio un momento, durante su digresión sobre los pájaros, como una ráfaga de palomas buchonas y de tórtolas de collar.

—En ese mundo, en el mundo espiritual —dijo el señor Hawke—, les llega la luz del sol espiritual, y no pueden ver el correspondiente sol material de nuestro mundo muerto. Para ellos se trata de una profunda oscuridad. También hay algunos espíritus bastante corrientes que no pueden soportar las cosas materiales, por ejemplo, los del plañera Mercurio, que corresponden en el Gran Hombre a la memoria de las cosas, extraída de las cosas materiales. Swedenborg los visitó, y se le permitió que les enseñara prados, tierras de barbecho, jardines, bosques y arroyos. Pero los detestaban, detestaban su *materialidad*, les gusta el conocimiento abstracto; así que llenaron meticulosamente los prados de serpientes y los oscurecieron, e hicieron que los arroyos se pusieran negros. Tuvo más éxito al enseñarles un agradable jardín repleto de lámparas y de luces, porque eso apelaba a su inteligencia, ya que las luces representan las verdades. Y también al enseñarles corderos, cosa que aceptaron, porque los corderos representan la inocencia.

—No muy distintos a algunos predicadores —dijo la señora Jesse—, los espíritus del plañera Mercurio. Capaces sólo de pensar en abstracciones relacionadas con otras abstracciones.

—Tampoco muy distintos a ciertos salvajes —dijo su marido—. Los que navegaron con el capitán Cook solían contar cómo los salvajes de Nueva Zelanda parecían incapaces de ver el barco anclado en la bahía. Se ocupaban de sus asuntos como si no estuviese allí, como si todo fuese igual que siempre, mientras pescaban y nadaban, ya saben, o hacían sus hogueras para asar los peces que habían cogido y todo eso, o cualquier otra cosa a la que se dedicaran. Pero en el momento en que se arriaron los botes y se hicieron a la mar, fue como si los hombres se hiciesen *visibles*, y provocaron que los salvajes se pusieran muy nerviosos, que se concentrasen muchas filas de ellos en la playa y agitasen los brazos saludándolos, y empezasen a gritar y a bailar como locos. Pero el barco *parecía que no podían verlo*. Cualquiera pensaría que podría haber funcionado una analogía, que podrían haber creído que se trataba de alguna gran cosa blanca con alas, alguna fuerza espiritual o qué se yo, si no podían verlo como un barco, pero no, no podían verlo en absoluto, al parecer, nada de nada. Lo cual contribuye, a mi entender, a reforzar la teoría de que el mundo de los

espíritus puede estar yuxtapuesto a éste, puede acribillarlo por todas partes como los gorgojos el pan, y podríamos *no verlo* porque no hemos desarrollado una manera de pensar que nos permita verlo, ¿entienden?, como sus mercuriales o mercurianos, que no querían saber nada de campos ni de cosas, o como los propios ángeles que sólo pueden ver el sol como una profunda oscuridad, pobrecitos.

Aarón, el cuervo, que estaba posado en el brazo del sofá, eligió ese momento para alzar sus dos alas negras en el aire, casi batiéndolas, y luego las volvió a acomodar, con un frufú de plumas y varios movimientos espasmódicos de su cabeza. Dio dos o tres pasos de lado hacia el señor Hawke, que retrocedió nervioso. Al igual que muchas criaturas que causan temor, Aarón parecía animarse con las señales de angustia. Abrió su grueso pico azul y graznó, echando la cabeza a un lado para observar el efecto que había producido. Los párpados de sus ojos también eran azulados y de reptil. La señora Jesse le dio un tirón a su correa a modo de aviso. El señor Hawke había preguntado una vez el origen de su nombre, suponiendo que tenía algo que ver con el hermano de Moisés, el sumo sacerdote que llevaba las campanas y las granadas diseñadas por Dios. Pero la señora Jesse respondió que su nombre obedecía al moro de *Titus Andronicus*, una obra de la que el señor Hawke no sabía nada, al no tener la erudición de los Tennyson.

—Una criatura negra, que se alegraba de su color, señor Hawke —había dicho ella en pocas palabras. El señor Hawke le contestó que creía que los cuervos eran, en general, pájaros de mal agüero. El cuervo de Noé, según la interpretación de Swedenborg de la Palabra, representaba a la mente caprichosa vagando sobre un mar de falsedades.

—Las falacias crasas e impenetrables —había dicho mirando a Aarón— son descritas según la Palabra como búhos y cuervos. Como búhos, porque viven en las tinieblas de la noche; como cuervos, porque son negras; como en Isaías 34, 11: «La lechuza y el cuervo morarán en ella.»

—Los búhos y los cuervos son criaturas de Dios —replicó la señora Jesse en esa ocasión con cierto humor—. No me puedo creer que algo tan encantador, tan suave y tan perplejo como un búho pueda ser una criatura del mal, señor Hawke. Fíjese en las lechuzas que le respondían al muchacho de Wordsworth, y en cómo imitaba él su ulular. Mi propio hermano, Alfred, tenía mucho éxito en ese tema cuando era niño, podía imitar a cualquier ave, y había toda una familia de mochuelos que venían cuando los llamaba para darles de comer con la punta de los dedos, y uno que se convirtió en miembro de nuestro hogar y vagaba por allí sobre su cabeza. Tenía un cuarto debajo del tejado de la rectoría, bajo el gablete. —La expresión de su rostro se suavizó, como siempre que se acordaba de Somersby. Sacó una bolsita de cuero y ofreció al cuervo un pedacito de algo que parecía hígado; él lo cogió con un rápido picotazo, lo volteó y se lo tragó. La señora Papagay estaba fascinada con los pedacitos de carne de la señora Jesse. La había visto meter a escondidas en su bolsita los restos de la carne asada de la cena, para el pájaro. Había algo desagradable en la

señora Jesse, así como algo puro y trágico, claro. Allí sentada, con aquella ave de mirada fija y aquel monstruoso perrito gris de colmillos afilados y cabeza abombada, era como una cabeza erosionada y vigilante entre dos gárgolas del tejado de una iglesia, pensó la señora Papagay un momento, por la que hubiesen pasado siglos de viento y de lluvia mientras ella miraba fijamente, desgastada y tenaz, al infinito.

El señor Hawke insinuó que, si ya estaban preparados, debían formar el círculo. Se puso una mesa redonda, cubierta con un tapete de terciopelo con flecos, en el centro de la habitación, y el capitán Jesse colocó las sillas en sus respectivos sitios, mientras se dirigía a ellas como si fueran criaturas vivas, «venga, vamos», «no seas pesada», «ya está bien». La señora Jesse suministró papel en abundancia, varios lápices y plumas, y una gran jarra de agua con vasos para todo el mundo. Se sentaron, en una penumbra únicamente iluminada por las llamas parpadeantes del fuego del hogar. La señora Papagay informó acerca de que así era cómo se hacía en los círculos espiritistas más avanzados. Parecía que a los espíritus les daba miedo la plena luz, o que les incomodaba; la composición de sus rayos no era la adecuada, había explicado una vez un caballero científico muerto en labios de una médium americana, Cora V. Tapman; un ambiente ideal para su manifestación era la tranquilizadora *luz violeta*. A Emily Jesse le gustaba el resplandor del fuego. Creía firme y sinceramente que los muertos tenían vida y se morían de ganas de comunicarse con los vivos.

Como su hermano Alfred, como los miles de fieles preocupados para los que en parte hablaba, sentía deseos, apremiantes pero amenazados, de saber que el alma individual era inmortal. Alfred, a medida que se iba haciendo viejo, se volvía más y más vehemente respecto a ese tema. Si no había otra vida, les gritaba a sus amigos, si se le demostraba que eso era así, se precipitaría al Sena o al Támesis, metería la cabeza en un horno, se envenenaría o se pegaría un tiro en la sien. A menudo se decía a sí misma los versos de Alfred:

Que todo el que parece algo independiente,
variará sus contornos y, al fusionarse
los alrededores del ser, se hundirá,
volviendo a emerger en el Alma total.

La fe es tan borrosa como desabrida:
la forma eterna seguirá separando
al alma eterna de sus proximidades;
y yo lo reconoceré al encontrarnos.

Le gustaba eso. «La fe es tan borrosa como desabrida» era un buen verso. Pero también le gustaba el fuego del hogar y parte de aquel antiguo yo infantil suyo, que

esperaba maravillas. Habían jugado a juegos campestres junto al fuego los once niños hacinados en la bonita rectoría; se habían contado cuentos aterradores y visiones mágicas los unos a los otros. Su anciano padre se volvió medio loco de rabia y de desilusión y de frustración intelectual. Y de beber, para hacer honor a la verdad. La mitad de los niños sufrieron de melancolía; uno de ellos, Edward, a quien no se mencionaba nunca, fue encerrado a perpetuidad en un manicomio de York. Septimus se tumbaba, afligido, junto al fuego, y Charles se aficionó a los sueños del opio. Con todo, habían sido felices, recordaba, muy felices. Le cogieron el gusto a la oscuridad. Veían cosas extrañas y les entusiasmaba contarlas. Horatio, su hermano pequeño, al pasar en pleno crepúsculo de camino a casa por delante del Bosque Encantado, entre Harrington y Bag Enderby, vio una repulsiva cabeza humana, aparentemente cercenada, que corría a su lado en el interior del bosque mientras lo miraba fijamente por encima del seto. El propio Alfred durmió con cierta ceremonia en la misma cama de su padre, menos de una semana después de su muerte, deseoso, decía, de ver un fantasma. La rectoría estaba tan increíblemente silenciosa sin los aullidos y los estrépitos de su padre, que las niñas le suplicaron que no tratase de despertar a aquel espíritu perturbado. Pero Alfred se había aferrado a su idea, a caballo entre lo morboso y lo sobrenatural. Se encerró en aquella habitación mal ventilada y apagó la vela. Y pasó una noche tranquila, informó a la mañana siguiente, pensando mucho en su padre, en su amargura, su desdicha, su intelecto privilegiado, sus ataques de penetrante sensatez, a la vez que se esforzaba en ver cómo se paseaba a grandes zancadas, alto e imponente, por delante de la cama.

—O cómo te echaba la mano al cuello —dijo Horatio—, que es que no tienes ningún respeto.

—A *ti* no se te va a aparecer ningún espíritu, Alfred —dijo Cecilia—. Eres demasiado despistado para ver ninguno, no eres receptivo.

—Los espíritus no se aparecen a los hombres que tienen imaginación, creo —dijo Alfred, y prosiguió hablando de un pastor de ganado que había visto el fantasma de un granjero asesinado, con una horquilla que le salía de las costillas. Arthur Hallam le había descrito cómo Alfred había leído su único documento, titulado *Fantasmas*, a los Apóstoles de Cambridge, aquella sociedad erudita de jóvenes que iban a convertir el mundo en algo a la vez más justo y encantador.

—Tenías que haberlo visto, queridísima Nem, tan terriblemente guapo y tan terriblemente tímido y avergonzado, apuntalado contra la chimenea y escrutando sus páginas, para poner entonces la voz del narrador de cuentos del rincón de la chimenea de Sidney, y aterrorizarnos a todos con su horrible semblante.

Una vez, había leído la primera parte del documento en una reunión de los Tennyson de Somersby.

El que tiene el poder de hablar del mundo espiritual, habla de un modo sencillo de un tema importante. Habla de la vida y de la muerte, y de las cosas de la otra vida.

Levanta el velo, pero la forma que hay detrás está envuelta en una oscuridad más profunda. Alza la nube, pero oscurece la perspectiva. Abre con una llave de oro las verjas de hierro del osario, las abre de golpe de par en par, y hace salir de las tinieblas interiores las colosales presencias del pasado, *majores humano*; algunos como vivieron, aparentemente pálidos, y ligeramente sonrientes; algunos como murieron, repentinamente helados aún por el frío de la muerte; y algunos como fueron enterrados, con los párpados cerrados, con los sudarios y las mortajas que los ciñen.

Los oyentes se arriman los unos a los otros, tienen miedo de su propio aliento, del latido de sus corazones. La voz del que habla solo, como un arroyo de montaña en una noche tranquila, llena e inunda el silencio...

A Arthur le habían encantado sus reuniones donde se contaban historias, el toque dramático, el acento moribundo que proporcionaba el grupo al relato de los demás. El hogar de Arthur, decía, era correcto y formal. Su hermano, sus hermanas y él mismo eran los supervivientes de una familia casi tan numerosa como los Tennyson. Se les vigilaba angustiosamente por si daban señales de decadencia, se les protegía como a un tesoro, se les ejercitaba en la virtud y se les educaba con rigor. No corrían a lo loco por los campos ni daban tumbos por los setos, no disparaban con arcos y flechas ni cabalgaban libremente por la campiña. Os quiero a todos, les había dicho a los Tennyson, con la cara arrebolada de felicidad, sabedor de ser también él portador de felicidad, porque ellos le querían a su vez; era bello y perfecto, iba a ser un gran hombre, un ministro, un filósofo, un poeta o un príncipe. Matilda lo llamaba el rey Arturo, y lo había coronado con hojas de laurel y acónitos de invierno. Él tenía paciencia con Matilda, que era un poco extraña, un poco brusca y cortante, debido a que de pequeña la habían dejado caer de cabeza y no había quedado bien. Matilda, a diferencia de Alfred, tenía apariciones de verdad. Ella y Mary habían visto cómo una figura alta y blanca, amortajada de la cabeza a los pies, avanzaba por la vereda de la rectoría y desaparecía luego a través de un seto en un sitio donde no había ningún hueco. A Matilda se le saltaron las lágrimas de la impresión, lloró y aulló como un perro, y se revolcó en la cama muerta de miedo. Unos días después fue Matilda la que se acercó andando hasta Spilby y recogió en la oficina de correos aquella carta terrible.

Su amigo, señor, y mi queridísimo sobrino, Arthur Hallam, ha dejado de existir; ha sido voluntad de Dios apartarlo de este primer escenario de la existencia, para conducirlo a ese Mundo mejor para el que fue creado.

Murió en Viena a su regreso de Buda, de apoplejía, y creo que sus restos llegarán por mar desde Trieste.

IV

El señor Hawke los colocó. Él se sentó entre Sophy Sheeky y Liliás Papagay, con un ejemplar de la Biblia y otro de *Cielo e Infierno* de Swedenborg delante de él. La señora Jesse estaba al lado de la señora Papagay, y al otro lado tenía a la señora Hearnshaw. El capitán Jesse se sentó entre la señora Hearnshaw y Sophy Sheeky, en una especie de parodia del protocolo de una cena cuando no había hombres suficientes. Era costumbre del señor Hawke empezar la sesión con una lectura de Swedenborg y otra de la Biblia. Emily Jesse no estaba completamente segura de cómo había conseguido convertirse en la figura central, cuando hasta la fecha no había demostrado tener ningunas facultades mediúmnicas. Al principio se había alegrado de poder contarle los prometedores, si no alarmantes, resultados de sus primeros y cautos experimentos espirituales. Al igual que su hermano mayor, Frederick, y su hermana, Mary, era una abnegada devota de la Iglesia de la Nueva Jerusalén de Swedenborg, y también una espiritista convencida. Mientras que los espiritistas reivindicaban a Swedenborg, que había realizado unos viajes tan trascendentales al interior del mundo espiritual, como a un fundador de la fe, muchos de los swedengborgianos más ortodoxos contemplaban con recelo lo que veían como un inseguro y peligroso juego de poder de los espiritistas. El señor Hawke no se había ordenado pastor de la Nueva Iglesia, sino que era un predicador errante, a quien le estaba permitido hablar pero que carecía de un rebaño que guiar; un grado, como nunca se cansaba de explicar, al que Swedenborg se había referido como *sacerdos, canonicus* o *flamen*. Se sentó de espaldas al fuego y leyó en alto:

La Iglesia de la tierra ante el Señor es un Único Hombre. Se divide también en grupos, y cada grupo es a su vez un Hombre, y todo lo que está en el interior de ese Hombre está también en el Cielo. Cada miembro de la Iglesia es además un ángel del cielo, porque se convierte en ángel tras la muerte. Por otra parte, la Iglesia de la tierra, junto con los ángeles, no sólo constituyen las partes internas del Gran Hombre, sino también las externas, las que se denominan cartilaginosas y óseas. La Iglesia genera todo esto, porque en la tierra a los hombres se les proporciona un cuerpo en el que lo esencial espiritual está revestido de lo natural, lo cual da lugar a la conjunción entre el Cielo y la Iglesia, entre la Iglesia y el Cielo.

—La lectura de hoy de la Palabra —continuó— está tomada del Libro de la Revelación, capítulo veinte, versículos del 11 al 15.

Y vi un gran trono blanco, y al que estaba sentado en él, de cuya presencia huyeron la tierra y el cielo; y no hubo lugar para ellos.

Y vi a los muertos, grandes y pequeños, que estaban delante de Dios; y fueron abiertos los libros; y fue abierto otro libro, que es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras.

Y el mar entregó los muertos que estaban en él; y la muerte y el infierno entregaron los que estaban en ellos; y fueron juzgados, cada hombre según sus obras.

Y la muerte y el infierno fueron arrojados al lago de fuego. Ésta es la segunda muerte.

Y el que no fue hallado escrito en el libro de la vida fue arrojado al lago de fuego.

Este pasaje del Libro de la Revelación hizo que un estremecimiento de placer recorriese el esqueleto de la señora Papagay, a la que le encantaban sus sonoras resonancias y sus vistosos colores: escarlata, oro, blanco y el negro del abismo. También le encantaban, le había sucedido desde niña, todas aquellas visiones e imágenes extrañas: los ángeles enrollando el telón de fondo de los cielos y despejándolos para siempre, las estrellas cayendo del cielo al mar como una lluvia de dorados globos llameantes, los dragones y las espadas, la sangre y la miel, las plagas de langosta y las huestes de ángeles, esas criaturas puras y blancas y a la vez de ojos ardientes, arrojando sus coronas doradas por todos lados en un mar cristalino. Se había preguntado a sí misma cada vez más a menudo por qué a todo el mundo le encantaban tanto la ferocidad de san Juan y su terrible visión, y se había respondido de varias maneras, como una buena psicóloga, que a los seres humanos les gustaba que los aterrorizaran; no había más que ver como disfrutaban con los cuentos más horribles del señor Poe, con los pozos, los péndulos, los enterrados vivos. No sólo eso, *les gustaba que los juzgasen*, le parecía; no podían proseguir si sus vidas carecían de importancia, de una importancia absoluta, a ojos de un ser más elevado que los observaba y les confería realidad. Porque si no hubiese muerte y juicio, si no hubiera cielo e infierno, los hombres no serían nada más que bichos, nada más que mariposas y moscardas. Y *si eso era todo*, sentarse y sorber té, esperar que fuera la hora de acostarse, ¿por qué se nos había otorgado semejante gama de cosas que adivinar, que esperar, que temer, y que iban más allá de nuestros voluminosos pechos encerrados en sostenes, o de nuestros problemas con las estufas? ¿Por qué aquellas criaturas blancas y etéreas encumbradas sobre nosotros, o la mujer revestida de sol y el ángel que se alzaba en él?

A la señora Papagay no se le daba bien dejar de pensar. Tenían por costumbre sentarse en silencio, formando un círculo, levemente cogidos de las manos para fundirse en uno solo, a la expectativa: una mente pasiva para que la utilizaran los espíritus, para que entrasen en escena y hablaran a través de ella. Al principio habían empleado un sistema de golpecitos y de respuestas, uno para *sí*, dos para *no*, y de cuando en cuando aún les sobrecogían repiques estrepitosos que venían de debajo de la mesa, o sacudidas de su superficie bajo los dedos, pero esperaban a que los espíritus diesen señales de su presencia, y entonces se dedicaban a la escritura

automática: tenían que sostener todos una pluma sobre el papel; todos, excepto el capitán Jesse, habían producido algún escrito, largo o corto, que luego habían examinado y sobre el que se habían preguntado cosas. Y así, si el día era bueno, los visitantes hablaban a través de Sophy o, más raramente, a través de ella misma. Y una o dos veces, Sophy pudo verlos, pudo describir lo que veía a los demás. Había visto al sobrino y a las sobrinas muertas de la señora Jesse, los tres niños de su hermana Cecilia: Edmund, Emily y Lucy, muertos respectivamente a los trece, a los diecinueve y, precisamente el año anterior, a los veintiún años. Tan lentos, tan tristes, pensó la señora Papagay, aunque los espíritus habían dicho lo felices que eran y lo ocupados que estaban en una tierra veraniega entre flores y huertos con una luz maravillosa. Era el matrimonio de su hermana, Cecilia, lo que se celebraba al final de *In memoriam* como el triunfo del amor sobre la muerte, con los piecitos de la novia en zapatillas. La señora Papagay los podía ver, trastabillando sobre las lápidas de los muertos en la vieja iglesia. Pero vivimos en un valle de lágrimas, tuvo que admitir la señora Papagay, necesitamos saber que existe el país del verano. El niño nonato que era la esperanza futura del poema del Laureado había venido y se había ido, como el propio A. H. H. Con quien, por alguna razón, ninguno de ellos, ni siquiera Sophy Sheekhy, era capaz de establecer comunicación.

El fuego del hogar proyectaba sombras sobre las paredes y los techos. La melena de pelo cano del capitán Jesse destacaba como una corona, su barba parecía la de un dios, y se reconocía la suave cabeza negra de Aarón en una silueta humosa y oscilante. Tenían las manos completamente iluminadas. Las de la señora Jesse eran largas y tostadas, manos de gitana con chispeantes anillos rojos. Las de la señora Hearnshaw eran delicadamente blancas, y estaban cubiertas de anillos de luto que contenían en estuchitos el pelo de los desaparecidos. Las del señor Hawke eran arcillosas, y con unos cuantos pelos pelirrojos. Tenía las uñas muy cuidadas, y llevaba un sello con una hematites. Era aficionado a dar palmaditas y apretones para animar y tranquilizar a sus compañeros. La señora Papagay también podía percibir sus rodillas, que de cuando en cuando rozaban las suyas, y estaba segura de que también las de Sophy Sheekhy. Sabía, sin necesidad de pensarlo, que el señor Hawke era un hombre excitable en ese sentido, que le gustaba la carne femenina, y pensaba mucho y muy a menudo en ella. Sabía, o creía que sabía, que le gustaba la idea de los muslos pálidos y frescos de Sophy Sheeky, que se imaginaba desabrochando el suave corpiño sin adornos, o pasando las manos por aquellas piernas pálidas que había debajo del vestido color paloma. Sabía, casi igual de seguro, que Sophy no respondía a su interés. Veía las pálidas manos de Sophy, de un color crema hasta debajo de las uñas, inmóviles e inertes en sus garras, y sin ningún sudor que denotase una respuesta, de eso la señora Papagay estaba segura. A Sophy parecían no interesarle aquella clase de cosas. Parte de su éxito espiritual podía deberse a aquella cualidad intacta suya. Era un recipiente puro, fresco, que aguardaba como en sueños.

La señora Papagay también sabía que el señor Hawke había considerado la

posibilidad de que ella misma fuera una fuente de consuelo animal. Le había pescado mirándole el pecho y el talle, como tasándolos involuntariamente; y sentía cómo sus dedos templados masajearan su palma en momentos de excitación. Una o dos veces le había descubierto tasando su boca gruesa y los rizos aún juveniles de sus cabellos. Nunca le había dado alas voluntariamente, pero no lo rechazaba de una vez por todas, como podía hacer, cuando tenía las manos muy largas o se frotaba contra ella. Trataba de sopesarlo todo. Creía que cualquier mujer que se lo propusiese podía *arrancarle* al señor Hawke una petición, si era razonablemente pechugona y él le gustaba un poco. ¿Quería ser la señora Hawke? La verdad era que necesitaba a Arturo, necesitaba lo que Swedenborg llamaba las «delicias conyugales» de la vida matrimonial. Quería dormir con unos brazos masculinos rodeándola, entre el perfume de las sábanas matrimoniales. Arturo le había enseñado muchas cosas, y ella había sido una alumna aplicada. Arturo tuvo el valor de hablarle a una esposa con los ojos desmesuradamente abiertos de lo que había visto en varios puertos, de las mujeres que le habían entretenido; y se extendió cada vez más cuando vio que su sorprendente esposa no se ofendía, sino que demostraba sentir curiosidad por los detalles. Liliás Papagay, ya lo creo, le podía enseñar al señor Hawke, o a algún otro hombre, un par de cosas que le sorprenderían. Si podía ponerse a ello después de Arturo. Una vez había tenido una pesadilla terrible, en la que abrazaba a Arturo y se encontraba devorada por una gran anguila marina, un dragón o una serpiente marina que, de alguna forma, había absorbido o extraído a medias partes de él. Aunque el sueño ocasional en el que él regresaba talmente «a la vida» casi le hacía más daño al despertarse. «Ay, amigo mío, pero vuelve hasta mí», se dijo la señora Papagay a sí misma y a su hombre muerto. Su pulgar extendido se vio calibrado, y frotado, por el pulgar tieso del señor Hawke. Intentó concentrarse en el objetivo de la reunión. Se reprochó su propia reincidencia al contemplar la fuerza expectante de la cara amplia y suave de la señora Hearnshaw.

A Sophy Sheeky se le daba mucho mejor vaciar su mente que a la señora Papagay. De hecho, antes de que la señora Papagay la hubiera llevado a hacer de ello una profesión, constantemente había disfrutado, o se había asustado o sentido incómoda con aquel deslizarse dentro y fuera de distintos estados de conciencia, igual que podía deslizarse dentro y fuera de sus varios vestidos y abrigos, dentro y fuera del agua templada o del frío aire invernal. Una de sus lecturas bíblicas favoritas, y también una de las del señor Hawke, porque le permitía reflejar las experiencias de Swedenborg, era la anécdota de san Pablo en 2 Corintios 12.

Conocí a un hombre en Cristo, que hace catorce años (si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe) fue arrebatado hasta el tercer cielo.

Y conocí tal hombre (si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé: Dios lo sabe).

Que fue arrebatado al paraíso, y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir.

De tal hombre me gloriaré, mas de mí mismo no he de gloriarme, sino en mis flaquezas.

Le gustaba aquella frase equívoca que se repetía «si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe». Describía gran parte de sus estados y se podía usarlo, como la poesía, para inducirlos con el reiterativo murmullo de su ritmo. Si no parabas de decírtelo a ti mismo, al principio se volvía *muy extraño*, como si todas las palabras estuviesen locas y erizadas de pelitos de cristal reluciente, y luego muy sencillo y carente de significado, como transparentes gotas de agua. Y estabas y no estabas allí; Sophy Sheeky se quedaba sentada como una monja gris con el rostro bajo, y veía algo. ¿Qué veía? La propia Sophy no creía que se diese una gran discontinuidad entre las criaturas y los objetos que se encontraba en sueños, las que vislumbraba a través de las ventanas o por encima del dique marítimo, las evocadas en los poemas o en la Biblia, o las que no venían de ninguna parte y se quedaban un rato; se las podía describir a los demás, se las podía ver, oler, oír, casi tocar y saborear: algunas eran dulces, otras ahumadas. Echada de noche en su cama, esperando dormirse, veía procesiones de todas clases, a veces en el aire a oscuras, a veces con los mundos que traían consigo, desconocidos o familiares: dunas desiertas, brezales con maleza, el interior de armarios oscuros, el calor de lumbres, huertos cargados de fruta. Veía bandadas de pájaros y nubes de mariposas, camellos y llamas, hombrecitos negros y desnudos y muertos amortajados con la mandíbula sujeta, erguidos y resplandecientes. Veía lagartos ardiendo y familias de esferas doradas, enormes e infinitesimales, veía lirios transparentes y pirámides andantes de cristal. Otras criaturas indescriptibles vagaban por su conciencia: algo parecido a una pantalla morada de chimenea, con unos brazos orlados de plata, se aproximaba, se abría y se cerraba, dando una sensación de gran contento; y una especie de erizo naranja de pura angustia se hinchaba y estallaba delante de ella. Muchas de ellas nunca trataba de describírselas a nadie. Eran su mundo. Pero parte de estas cosas que venían, o que podían ser evocadas, eran seres humanos completos, con sus rostros y sus historias, y había aprendido lenta y dolorosamente que se la requería, en ambos lados al parecer, para que mediase entre éstos y aquellos otros que ni los veían ni los oían. Cuanto mayor era el peso de la esperanza, cuanto mayor el absorbente remolino de dolor que *aquí* clamaba una y otra vez por ellos, más le costaba a Sophy Sheeky hacer lo que le pedían, invitar a aquellos visitantes *en particular* entre todos los demás, hacerles quedarse y hablar. A veces tenía la sensación de que la asfixiaban: los vivos, no los muertos.

Aquel día, al tranquilizarse, percibió que la habitación estaba llena de actividad. Tenía por costumbre recorrer despacio el círculo con la vista, para «ver» a sus miembros de una forma abstracta, sopesando, como si fuera con su sangre y con sus

huesos, las preocupaciones y los movimientos de la mente, para luego deshacerse de ellos y permanecer a la escucha. A menudo, en torno al círculo de los vivos, veía otro de criaturas que pugnaban por entrar, ansiosas y atentas, deseosas de público, listas para ponerse a dar vueltas en corro, para soltar risitas ahogadas, o para aullar. Se miró tranquilamente las manos, vio cómo un dedo del señor Hawke acariciaba la membrana que unía los suyos, haciendo que se quedasen helados como un muerto, fríos como una piedra; así que permanecía allí sentada con una pesada mano de mármol, con la vida encogida en el corazón. Miró al señor Hawke y vio en su lugar, como solía sucederle, una especie de criatura roja de terracota cascada, que de algún modo le recordaba a Pug, o a una figura vidriada de un león chino, o a un acerico de raso erizado de alfileres con la cabecita de cristal; una cosa del color de la punta rabiosamente reluciente de aquella parte del señor Pope que él llevaba agarrada delante, apuntando tiesa hacia arriba, el día que había entrado sonámbulo en su buhardilla, mientras soltaba gemiditos roncós, antes de que ella consiguiera que su propio cuerpo estuviese completamente helado como un pescado muerto, helado como un melocotón de mármol, en el momento en que el señor Pope había puesto una mano caliente sobre él, y retrocedido de un salto, abrasado por el hielo.

A la señora Papagay la veía como la señora Papagay, porque la quería como era, aunque veía su cabeza toda coronada de plumas de pavo real y de ave lira y de las avestruces más blancas, igual que una reina de los mares del sur. A la señora Hearnshaw solía verla toda mojada y con las mallas de grasa relucientes de agua, como una sirena sacada de las aguas, como un enorme león marino que se quejase al cielo sobre una roca. A veces le parecía ver a través de la señora Hearnshaw como a través de un florero o un cáliz inmenso en el que las formas se debatían vagamente, igual que melocotones en un tarro. Y al lado de la señora Hearnshaw, sujetando su propia mano, estaba el capitán Jesse. Una vez, al mirarlo, había visto a un gran animal de plumaje blanco, un animal con unas alas inmensas y poderosas y un pico cruel, confinado en su cuerpo, apretujado tras sus costillas, como algo enjaulado que miraba al exterior con unos ojos dorados e inhumanos. Después, estaba segura de que había sido después, el capitán Jesse le había enseñado sus grabados del gran albatros blanco que había visto en sus exploraciones polares. Le había contado muchas cosas de los desiertos de nieve y de los perros que tiraban de los trineos y tenían los ojos zarcos, y a los que se comían cuando estaban agotados. Le había hablado de grietas donde los hombres se hundían sin dejar rastro en extensiones de hielo verde como esmeraldas; el poeta tenía razón, le decía el capitán Jesse a Sophy, es justo ese verde, el de las esmeraldas, es científicamente *exacto*, querida, y muy loable.

Por lo que respecta a la señora Jesse, Sophy Sheekhy la veía a veces joven y hermosa, con un vestido negro y una rosa blanca en aquel pelo azabache, como a él le gustaba verla. Había percibido que, al contemplar desinteresadamente a casi cualquier mujer, salía a relucir el fantasma de la muchacha que en su día había sido, a la par que la vieja bruja en la que iba a convertirse. También veía a la señora Jesse

como a una bruja, envuelta y encapuchada con andrajos y harapos muy negros, de barbilla puntiaguda y nariz afilada, y con un costurón desdentado por boca. La muchacha no dejaba de esperar, y las manos arrugadas de la vieja descansaban junto a las garras del cuervo o acariciaban la flácida molla de grasa del cuello de Pug.

—¿Por qué no cantamos un poco? —sugirió la señora Papagay. Le correspondía a ella guiar el acercamiento al mundo de los espíritus después de que el señor Hawke hubiese hecho valer la autoridad de la Palabra. Su himno favorito era el del obispo Beber «Santo, Santo, Santo», gusto que compartía con el Laureado y con Sophy Sheekhy, que se sentía traspasada por cristalinos dardos de pura alegría con la estrofa:

¡Santo, Santo, Santo! Todos los Santos Te adoran
arrojando coronas de oro al mar de cristal;
querubín y serafín, postrándose ante Ti
que fuiste, y eres, y serás por siempre.

La señora Hearnshaw, sin embargo, tenía predilección por «Hay un hogar para los niños pequeños» y

En torno al Trono de Dios un coro
de ángeles gloriosos hay siempre.
Estrellas ven, dulces arpas sostienen,
ciñen sus cabezas coronas de oro.

Así que los cantaron los dos, mientras alzaban rítmicamente sus manos unidas formando un corro, y sentían como la fuerza pasaba de un dedo a otro: una pulsación eléctrica a lo largo de la cual los hilos de comunicación se podían abrir a la tierra de los muertos.

El fuego se apagó un poco. La oscuridad se hizo más espesa. Sophy Sheekhy dijo, clara y distendidamente:

—Aquí hay espíritus, siento su presencia, también me huele a rosas. ¿Nadie más se da cuenta de este fuerte olor a rosas?

La señora Papagay dijo que creía que ella también percibía el olor. Emily Jesse aspiró con fuerza por la nariz, y le pareció que captaba un rastro de rosas entre el aliento a hígado de Aarón y los restos que aún quedaban de un pedo de Pug, pero todos estaban demasiado bien educados como para comentarlo.

—Sniff, sniff, sniff —hacía el señor Hawke, y Sophy le dijo amablemente que se

quedase quieto, que las cosas no se harían manifiestas si él se esforzaba, que debía darles paso, ser pasivo, recibir. Y de repente la señora Hearnshaw gritó:

—Ah, ya lo huelo, ya lo huelo, me ha venido como una ráfaga de jardines en verano.

—Se me ocurre —dijo la señora Papagay— que tenemos que imaginarnos una rosaleda con macizos de rosas, y pérgolas de rosas, y céspedes mullidos, y grandes arriates de rosas de todos los colores, rojas y blancas y color crema y de todos los rosas posibles, y amarillas tirando a dorado, y de colores inimaginables en esta tierra, rosas encendidas como el fuego, rosas con el corazón azul como el cielo y de reluciente terciopelo negro...

Se las imaginaron. Ahora todo el mundo percibía la exquisita fragancia. La mesa que estaba bajo el círculo de manos empezó a tabletear y a moverse.

—¿Hay algún espíritu ahí? —dijo la señora Papagay.

Tres rápidos golpecitos afirmativos.

—¿Es un espíritu conocido?

Toda una plétora de golpecitos.

—He contado quince —dijo el capitán Jesse—. Quince. Cinco por tres. Cinco espíritus que conocemos, que ustedes conocen. Deben de ser sus pequeñas, señora Hearnshaw.

A Sophy la invadieron el dolor y la esperanza y el miedo de la señora Hearnshaw, como un pico enorme que la desgarrase. Gritó involuntariamente.

—Tal vez sea un espíritu maligno —dijo el señor Hawke.

—¿Quieren hablar con nosotros? —preguntó la señora Papagay.

Dos golpecitos de indecisión.

—¿Con *uno* de nosotros quizá?

Quince golpecitos otra vez.

—¿Quieren hablar con la señora Hearnshaw?

Tres golpecitos.

—Si cogemos las plumas, ¿las guiará? ¿Nos dirá quién es?

—¿Quién va a escribir? —preguntó la señora Papagay a los visitantes. Examinó a los componentes del círculo de uno en uno, y los espíritus se fijaron en ella, en la señora Papagay, como había esperado y creído que ocurriría. Podía sentir el tirón entre la señora Hearnshaw y Sophy, un tirón de puro dolor y una especie de vacío reluciente, y supo por instinto que tenía que intervenir, si había que enfrentarse a aquel anhelo voraz en vez de aumentarlo. Quería un *buen* mensaje para aquella pobre mujer desposeída, les rezó un poco a los ángeles para que la consolaran; que se consuele, les dijo mentalmente, antes de coger la pluma y vaciar la cabeza como era debido para que los mensajes le corriesen por los dedos.

Siempre había un momento de temor cuando su mano empezaba a moverse sin ninguna voluntad por su parte. En una ocasión, cuando estaba de visita en los South Downs en casa de una prima, la habían llevado a ver cómo trabajaba un zahorí que

iba sosteniendo sobre un prado una rama ahorquillada de avellano hasta que la ramita se levantaba sola y se retorció entre sus manos. Él se había fijado en la niña morena que estaba entre los familiares escépticos de su pueblo, y le tendió la ramita, diciéndole: «Prueba tú, venga, prueba.» Ella se quedó mirándola como si fuera un cuchillo, y su padre se rió y dijo: «Vamos, Lillas, no es nada más que un trozo de madera.» Y al principio había sido madera, madera cortada, madera muerta; y ella empezó a avanzar con cara de palo por la hierba, pensando que era tonta. Y entonces, de pronto, algo se vertió a lo largo y dentro de la rama que la hizo encabritarse y corcovear y retorcerse entre sus manos, y ella había dado semejante chillido de miedo que todo el mundo la creyó, nadie pensó que estuviera de broma. Ahora era fácil presentar este experimento como un primer contacto con los poderes del magnetismo animal. La señora Papagay lo contaba en los círculos espiritistas como un momento de fuerza espiritual vertida en sus dedos; una temprana indicación de los poderes que podría tener. Pero, en su momento, había enfermado de miedo, y ahora, siempre que cogía la pluma, por mucho que rebosara fe y esperanza, la ponía enferma una especie de miedo animal. Porque las plumas podían asumir ellas mismas el control como las ramas de avellano. La ramita de avellano corcoveaba y se retorció entre las manos de una niña, ¿y qué quería decir eso? Invisibles canales de agua fría que corrían por debajo de la tierra. Y la pluma... La pluma corcoveaba y se retorció entre sus dedos inertes, ¿y qué fuerza era la que formaba las letras?

La escritura automática de la señora Papagay tendía a comenzar con una especie de vaivén que rebuscaba entre sartas de palabras, como si estuvieran *enganchadas las unas a las otras*, hasta que de los garabatos surgía un mensaje o una cara, puesto que un lápiz serpenteante podía ir deslizándose hacia la representación de unos ojos habladores bajo una gruesa ceja, o cambiar de tempo y pasar de unas marcas sin objeto a una descripción urgente y precisa. El lápiz escribió:

Manos manos cruzadas manos mano encima debajo sobre entre bajo manos manitas morcillosas manitas morcillosas regordetas Corona Rosas manos sacudidas con lío sobre una calva calle sobre una calva calavera no calavera suave cabeza puertas del cielo abrieron en cabecita frías manos tan frías tan frías manos no más corona rosas AMY AMY AMY AMY AMY quiéreme te quiero te queremos en el jardín rosa te queremos tus lágrimas nos hacen daño nos queman la delicada piel como hielo quema aquí frías manos son rosas te queremos.

—Hable, señora Hearnshaw —dijo la señora Jesse.

—¿Sois mis niñas? ¿Dónde estáis?

Creemos en un jardín de rosas. Somos tus Amys. Te vemos te velamos vemos

todo lo que haces te reunirás con nosotras pasado un tiempo pasado un tiempo.

—¿Os reconoceré? —preguntó la mujer—. Recuerdo el olor de sus cabecitas —le dijo a Emily Jesse.

Ahora somos mayores. Crecemos y nos hacemos sabias. Los ángeles nos sonrían y nos enseñan a ser sabias.

—¿Tenéis algo que decirle a vuestra madre en particular? —dijo la señora Papagay.

La pluma garrapateó una larga curva en el papel, y de repente empezó a escribir incisivamente, sin la letra redondeada e infantil que había empleado hasta el momento.

Hemos visto formarse un hermano o una hermana nueva como una semilla terrenal que crece en la oscuridad, nos regocijamos a la espera de esa criatura en la tierra oscura y en este jardín de rosas. Deseamos que la aguardes con esperanza y amor y confianza pero sin temor, porque si se dispone que venga pronto a esta tierra veraniega será más feliz y tú soportarás el dolor ante esa certeza como soportarás el dolor de su venida soportarás el dolor de su ida nuestra muerte querida madre muerte querida te queremos y tú tienes que quererla. No debes darle Nuestro Nombre. Estamos aquí y vivimos para siempre y compartimos Nuestro Nombre pero basta. Somos los cinco dedos de una mano rosa.

La señora Hearnshaw parecía estar en trance de disolución. Se le estremecían las carnes, le temblaban; el rostro alargado se le había vuelto resbaladizo por efecto de una cálida película de lágrimas, le temblaban también los pechos enormes, y sus brazos ocultaban manchas de humedad.

—¿Cómo tengo que llamarla? —dijo—. ¿Con qué nombre?

Hubo una pausa. Luego, penosamente, en letras mayúsculas: «ROSA.» Una pausa más larga. «MUNDI.»

Luego, con la letra incisiva:

Rosamunda, Rosa de esta Tierra así que esperamos que se quede un poco contigo y te haga feliz en tu Tierra oscura querida Mamá no nos es dado saber si será así y nos encantará tener una nueva Rosa en nuestra corona si ha de suceder pero ella será fuerte si tú eres fuerte vivirá en tu tierra muchos años en eso confiamos y eso esperamos queridísima Madre muerte.

Era una peculiaridad de la escritura automática de la señora Papagay formar la palabra «muerte» cuando quería decir claramente «querida»^[21], y viceversa. Se escapaba a su control, y los participantes habían decidido no darle mucha importancia, exceptuando al señor Hawke, que se había preguntado si habría un significado o una intención oculta en la similitud de las dos palabras. La señora Papagay estaba en cierto modo aterrada por la seguridad con la que los espíritus habían proclamado tanto que la señora Hearnshaw estaba esperando otro bebé como que ese bebé sería niña. *Prefería* que los mensajes fuesen más discretamente ambiguos, como los del Oráculo de Delfos. La señora Jesse estaba secándole las lágrimas a la señora Hearnshaw con un pañuelo arrugado que también había utilizado para limpiarse los dedos después de dar de comer a Aarón. Sophy Sheekhy se había puesto de una especie de color nacarado mate, y estaba inmóvil como una estatua. El señor Hawke hizo hincapié, como *solía*, en el aspecto científicamente verificable de toda aquella escritura tan tiernamente conmovedora.

—Es una auténtica profecía, señora Papagay. Que puede ser verdadera o falsa.

La señora Hearnshaw se vio anegada por otro torrente de agua salada.

—Ay, señor Hawke, pero ése es precisamente el *quid* de la cuestión. Llevan razón en lo que han dicho. Sólo lo sé con certeza desde hace una semana, y no le he dicho nada a nadie, ni siquiera a mi querido marido, pero es como ellas dicen, estoy esperando otro niño y, si he de ser sincera, estaba en un estado de mucho más miedo que esperanza, cosa que con mi experiencia es fácil de entender, me parece, y de la que no se me puede culpar, y mis queridas pequeñas se han fijado en mi miedo, lo han entendido, y han tratado de consolarme. —Su cuello largo y blanco cloqueaba con los sollozos—. Hice todo lo que pude... para evitarlo... Había perdido completamente la *esperanza*... Sólo tenía miedo, mucho miedo.

La imaginación incontenible de la señora Papagay se introdujo rápidamente en el dormitorio conyugal de la señora Hearnshaw, pasmada, salaz, excitada. Vio cómo aquella mujer grande y llorosa se cepillaba el pelo; debía de tener un cepillo de marfil bastante bueno, sí, y un pequeño espejo de bastidor, y llevaría una especie de peinador de seda negra, un peinador de luto; estaría cepillándose su espeso cabello y se habría quitado todas aquella joyas: aquellas cruces y relicarios de ébano y de azabache, los anillos y los brazaletes de luto; yacerían tristemente delante de ella entre las velas, como un pequeño santuario en honor de las cinco Amys. Y entonces entraría él, el pequeño señor Hearnshaw; era un hombre menudo, como una avispa negra, con unos bigotes negros muy tiesos para hacerlo parecer más grande, para inflarlo, y una cresta de hirsuto pelo moreno en la cabeza, como las crines rapadas de un caballo. Y daría alguna muestra de que *aquello* era lo que quería. Tal vez se acercaría sigilosamente y alzaría una o dos trenzas y besaría la nuca de su triste cuello, o la acariciaría con los dedos, si le daba por ahí. Y la cabeza de la pobre mujer se inclinaría cada vez más, porque quería cumplir con su deber conyugal pero tenía miedo, tenía miedo ya desde el principio, de la semilla arrojada en su interior... La

señora Papagay le atizó un buen golpe en toda la cabeza a aquella imaginación suya tan calenturienta, pero no la podía parar... El señor Hearnshaw agarraba a la señora Hearnshaw y la empujaba hasta la cama. La señora Papagay reconstruyó el lecho, le puso cortinajes de terciopelo rojo y luego los hizo desaparecer, dada su inverosimilitud. Era una cama grande y *oscura*, de eso estaba segura, y amplia, como la señora Hearnshaw; tenía un edredón de seda morada y unas sábanas de lino limpias que olían a lavanda. Era una cama a la que había que trepar, y la señora Hearnshaw trepaba despacio, tras haberse quitado el peinador, y vestida ahora de algodón blanco adornado con bordados calados entrelazados con cintas negras. Sus pechos enormes se bamboleaban dentro de la bolsa formada por el camisón mientras se inclinaba sobre la cama y se metía dentro, con él siguiéndola de cerca, bien agarrado a sus voluminosas ancas; así era como lo veía la señora Papagay: el hombrecito empalmado, *metiéndola a ella a empujones*, como a una cerda en una cuadra. Veía sus piernas blancas bajo el camisón a rayas, cubiertas de pelitos negros entrecruzados como garabatos. Eran unas piernas delgadas, fuertes, *angulosas*, incómodas.

Y luego, el diálogo.

—Querida, *necesito*...

—No, por favor, me duele la cabeza.

—Lo necesito. De verdad. Sé amable conmigo, querida. Lo *necesito*.

—No lo puedo soportar. Tengo miedo.

—Ya se cuidará el Señor. Tenemos que hacer Su Voluntad y confiar en Su Providencia. —Mientras le pinchaba la cara con los bigotes, y las manitas tiraban de la carne abundante, y las rodillitas angulosas se movían cada vez más cerca de sus blancos costados.

—No sé si...

La señora Papagay, con un ataque de indignación, vio que el hombrecito montaba y bombeaba una y otra vez, como un poseso, de un modo masculino, sin consideración. Entonces se arrepintió y se enfadó consigo misma por su propia dramaturgia, que la había hecho indignarse, y trató de imaginárselo de otra forma: dos personas desconsoladas, que se querían mutuamente, que se volvían a oscuras la una hacia la otra, dejando cada una a un lado su dolor, para abrazarse en busca de consuelo; y al calor del consuelo surgía, naturalmente, una punzada de deseo. Pero aquello no le parecía tan natural como la primera escena. La señora Papagay regresó al presente, a la sesión (toda aquella acción había tomado cuerpo para luego desvanecerse en un abrir y cerrar de ojos), y se preguntó si las demás personas se contarían mentalmente cuentos como aquél, si todo el mundo se inventaba a los demás, a los vivos y a los muertos, si a aquello que sabía de la señora Hearnshaw se le podía llamar conocimiento o no eran más que mentiras, o las dos cosas, puesto que los espíritus habían *sabido* lo que la señora Hearnshaw había confirmado, que en efecto estaba *encinta*.

—Hay algo en la habitación —anunció Sophy Sheekhy como en sueños—. Entre el sofá y la ventana. Un ser vivo.

Todos miraron hacia el oscuro rincón; los que estaban frente a Sophy Sheekhy, especialmente Emily Jesse, que se encontraba justo enfrente de ella, volviendo la cabeza y torciendo el cuello, para ver tan sólo los borrosos contornos de las granadas y los pájaros y los lirios del señor Morris.

—¿Puede verlo claramente? —preguntó la señora Papagay—. ¿Es un espíritu?

—Puedo verlo claramente. No sé lo que es. No puedo describirlo. Hasta cierto punto. La mayoría de los colores no tienen nombre.

—Describalo.

—Está hecho de cierta sustancia que tiene aspecto de... No sé cómo decirlo... De... *crystal trenzado*, de cañones de pluma, o de tubos huecos de cristal, todos entrelazados como trenzas de pelo o como esos cuadros donde se ven los músculos de hombres despellejados todos imbricados... Pero éstos son como de cristal fundido. Parece que está muy caliente, suelta una especie de luz brillante y *efervescente*. En cierto modo, tiene la forma de un jarro o un frasco enorme, pero es un ser vivo. Tiene unos ojos llameantes a los lados de una especie de cabeza de cristal alargada, y un pico muy, muy largo... o una *trompa*... El cuello es largo y está ligeramente inclinado, y la nariz o el pico o la trompa... metida entre... entre las trenzas... de lo que, de alguna manera, es un pecho ardiente. Y *por dentro* es todo ojos, ojos dorados... En cierta forma tiene tres... tres capas de plumas, de todos los colores (no puedo describirlos), tiene plumas que forman como una niebla espesa, y una gola bajo la... cabeza... y una especie de capa rodeando la parte central... Y no sé si tiene una cola o un rabo o unos pies alados, no lo puedo *ver*, se revuelve todo el rato, y brilla y echa chispas y despide destellos de luz y tengo la impresión, la sensación, de que no le gusta que lo describa con palabras y comparaciones humanas que lo degradan... No le gustó que dijera «jarro o frasco», sentí su rabia, que era caliente. Pero estoy segura de que quiere que lo describa.

—¿Es hostil? —preguntó el capitán Jesse.

—No —dijo Sophy Sheekhy despacio—. Se enfada fácilmente —añadió.

—«Cubiertos su vientre y sus muslos de plumón dorado / y de colores bañados de cielo» —dijo la señora Jesse.

—¿También lo puede ver usted? —preguntó Sophy Sheekhy.

—No, citaba la descripción del arcángel Rafael en *El paraíso perdido*. «Un serafín alado; tenía seis alas para resguardar / sus divinas facciones.»

—Es interesante —dijo el capitán Jesse— lo de las alas de los ángeles. Se ha señalado que un ángel necesitaría un esternón que le sobresaliera varios pies para contrarrestar el peso de sus alas, como un pájaro, como un pájaro grande, ¿saben?, un esternón arqueado.

—Mi hermano Horado —dijo la señora Jesse— observaba una vez a una escultora que tallaba un retablo para una iglesia, y la desconcertó al decirle: «Los ángeles no son más que una especie de pollos mal hechos.»

—¡Qué frivolidad, señora Jesse! —dijo el señor Hawke—. ¡En un momento así!

—El buen Señor nos hace como somos, señor Hawke —contestó la señora Jesse—. Sabe que un poco de frivolidad es, en cierto modo, una expresión de temor reverencial, de nuestra propia incapacidad para asimilar prodigios. ¿Hemos de suponer que la señorita Sheekhy está contemplando en este momento la forma pura de un ángel? Un ángel hecho de aire, como el del señor Donne...

Entonces como un ángel, rostro y alas de aire,
no tan puro como él, aun siendo puro...

»¿Se puede comparar a un ángel con una botella de cristal con trompa?

La sesión, aun siendo la mar de intensa, visionaria y trágica, conservaba elementos del juego de salón. No es que la señora Jesse no creyera que Sophy Sheekhy viese al visitante; estaba muy claro que sí; era más bien que existían toda una serie de reservas de descreimiento, de escepticismo y de una cómoda y consoladora ignorancia de lo oculto, no reconocida, que funcionaban como controles y propiciaban una especie de prudente normalidad.

—Es posible —dijo el señor Hawke juiciosamente— que lo que ve la señorita Sheekhy sea la forma que ha tomado el pensamiento de un ángel en el mundo de los espíritus. Swedenborg tiene muchas cosas curiosas que contarnos de las emanaciones angélicas, reliquias de pasados estados mentales almacenadas interiormente para su futuro uso. Él creía, por ejemplo, que esas *emanaciones* eran introducidas en los niños mientras estaban en el vientre materno, a modo de reliquias de pasados estados de angélico amor conyugal; un afecto es *una estructura orgánica que tiene vida*, así que, en determinadas circunstancias, puede que se nos haga conscientes de él de un modo sensorial.

El señor Hawke, pensaba la señora Papagay, teorizaría aunque un enorme querubín rojo con una espada llameante avanzase hacia él para abrasarlo por completo; explicaría la situación mientras las estrellas cayesen del cielo al mar como higos maduros de una higuera sacudida.

Sophy Sheekhy observaba cómo la criatura hervía a fuego lento en el interior de sus brillantes frondas. Le hacía tener frío y calor alternativamente; la piel le palpitaba de color carmesí, y luego aquella marea caliente retrocedía y ella volvía a sentirse pálida, fría y húmeda. El frasco o la vasija que era la criatura parecía estar llena de ojos, estar hecha de grandes ojos dorados, de la misma forma que una masa de huevos de rana lo está de gelatina. De todas formas, tenía la sensación de que toda aquella masa de visión ardiente no la veía exactamente, que la conciencia de la criatura de la habitación donde se encontraban y de todos los presentes, era menos

precisa, más vaga, que la que ella tenía de la masa. Emitía una serie de notas dolorosas que le herían los oídos.

—Dice: «¡Escribe!» —dijo con un hilo de voz.

La señora Papagay alzó la vista, toda preocupada, y vio que Sophy Sheeky estaba pasándolo realmente mal.

—¿Quién tiene que escribir? —dijo amablemente.

Sophy cogió una pluma. La señora Papagay vio que tenía rígidos los tendones del cuello.

—Tengan mucho cuidado —les dijo a los otros—. Esta comunicación es peligrosa y dolorosa para la médium. Estense muy quietos y concéntrense para ayudarla.

La pluma dio una sacudidita, y produjo una letra clara y elegante, completamente distinta de los caracteres de colegiala, grandes y redondos, de Sophy.

Tú no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente!

*Tu estupidez me da mucho que pensar.
Tienes una obligación moral y no deberías
olvidar nunca a nuestra Dama que está muerta:*

Laodicea Laodicea

La pluma vaciló y luego retrocedió, tachando «Laodicea» para escribir muy despacio y con mucho cuidado

*Theodicaea Noviss Novissima. Restos perdidos, sus amados restos navegan
por las plácidas llanuras del mar tu oscura carga. Perdida, perdida.*

Tu oscura carga una vida perdida.

La señora Papagay podía percibir la emoción dividida pero fusionada de todo el grupo. La señora Hearnshaw estaba pasmada, le costaba respirar. El señor Hawke permanecía alerta, mientras su mente trataba de descifrarlo todo.

—Revelación 3, 15-16 —dijo—. La escritura encomendada al ángel de la iglesia de los laodiceos. «Conozco tus obras, que tú no eres ni frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! / Más porque eres tibio y ni caliente ni frío, te vomitaré de mi boca.» Se nos reprocha la falta de celo. Lo de la Theodicaea no lo sé; puede ser que no pongamos el suficiente celo en promover el Reino de Dios en Margate. Pero las palabras no están relacionadas.

—Uno de los versos —dijo el capitán Jesse— procede de *In memoriam*, me parece. Es uno de los versos sobre el barco que trae al muerto a casa. «Tu oscura

carga, una vida perdida.» Es un verso que siempre he admirado en especial, ya que el peso de la carga, por así decirlo, es el peso de la ausencia, de lo que ha desaparecido: una vida perdida. Lo pesado no es lo que queda, sino lo que no está allí, lo que es oscuro; creo que a esa figura se la llama paradoja, ¿no? El barco navega en una calma siniestra por la plácida llanura del mar, se desliza como un fantasma, mientras soporta...

—Richard, para de hablar —dijo la señora Jesse—. Todo el mundo sabe que ese verso es del poema de mi hermano. Los espíritus suelen utilizar ese poema para hablarnos, parece que es uno de sus favoritos, y no sólo en esta casa, donde naturalmente ocupa un lugar central en nuestros pensamientos, sino en muchas otras, en muchas otras realmente...

En la penumbra, volvió su rostro oscuro y feroz hacia Sophy Sheekhy. A su lado, el cuervo hizo crujir las plumas, y el perrillo enseñó sus dienteitos afilados.

—¿A quién va dirigido este mensaje, por favor? ¿A quién y de quién?

—¿Quién es «nuestra Dama que está muerta»? —añadió el señor Hawke, amablemente, a la par que concentraba su espabilada mente en el acertijo espiritual.

Sophy Sheekhy se quedó mirando al visitante cuyos ojos hervían con una especie de corriente inmaterial por convección. Volvió a coger la pluma.

*Tu voz está en el aire rodante
Te oigo donde corren las aguas
Te alzas sobre el sol naciente
Y cuando se pone eres hermoso.*

Revelación 2, 4.

El señor Hawke intervino inmediatamente.

—El ángel que se alza sobre el sol está de verdad en el Libro de la Revelación, pero no en el 2, 4, sino en el capítulo 19, versículos 17 y 18: «Y vi a un ángel que se alzaba en el sol, y clamó con gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por el medio del cielo: Venid y congregaos al festín del gran Dios, que podréis comer carne de reyes, carne de capitanes...»

—Todos conocemos ese texto, señor Hawke —dijo la señora Jesse—. Y es, como usted dice, Revelación 19, 17-18.

El capitán Jesse, que había cogido la Biblia de la mesa, la leyó amablemente.

—Aquí está el versículo del capítulo 2, versículo 4. Está dirigido al ángel de la iglesia de Éfeso. «Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor.» Dios mío, qué interesante. ¿Qué puede significar?

—¿Quién es nuestra Dama que está muerta? —insistió el señor Hawke.

—Es una traducción del italiano, de uno de los sonetos de la *Vita nuova* de Dante —dijo la señora Jesse ásperamente—. La Dama muerta es Beatriz, que murió a los

veinticinco años e inspiró *La divina comedia*. El poeta la conoció a los nueve años y permaneció fiel a su memoria, aunque se casó, tras la muerte de ella. ¿Nuestro visitante no nos va a revelar, señorita Sheekhy, a quién van dirigidos estos consejos?

Sophy Sheekhy se quedó mirando los ojos hirvientes y las orlas de plumas.

—Se está desvaneciendo —dijo.

La pluma escribió: «Ay, la muerte. Ay, mi E. Ay.»

—Es para usted, señora Jesse —dijo la señora Hearnshaw, que estaba menos puesta en la historia de la señora Jesse y, por lo tanto, menos alarmada por el carácter ligeramente amenazador de los mensajes, interpretados en términos de esta última.

—Eso he supuesto —dijo la señora Jesse—. Pero no sabemos de *quién*. Muchos espíritus, vivos o muertos, pueden entrar en el círculo, como todos sabemos.

Levantó las dos manos, y se las llevó a aquella cabeza suya con sus crenchas de pelo oscuras como la plata, rompiendo el círculo. Alertado por este movimiento, el cuervo alzó de repente sus grandes alas y las batió por encima de él, a la vez que abría su pico negro para mostrar una lengua negra, afilada y viperina, y daba una serie de gritos chillones y ásperos. Oscuras sombras emplumadas azotaron el techo. Pug salió de su sueño e hizo un ruido, mitad gruñido ronco, mitad ronquido ahogado, seguido de unos explosivos redobles de su barriga. Un Vesubio liliputiense de carbones se desmoronó en el hogar fulgurando espasmódicamente, primero escarlatas y luego carmesíes, con una vaharada de gas. El visitante de Sophy Sheekhy ya sólo era unas cuantas líneas brillantes en la oscuridad, un esquema más pálido que los frutos dorados y las estrelladas flores blancas del sofá que había tras él, y luego nada. La señora Papagay llevó la sesión a término. Le habría gustado muchísimo preguntarle con detalle a la señora Jesse sobre el significado de los mensajes del visitante, porque estaba claro que para la señora Jesse lo tenían (un significado muy preciso), que los espíritus habían dado en la diana, y que la señora Jesse no estaba dispuesta a compartir con los demás lo que había comprendido. Normalmente tomaban una taza de té o de café tras sus esfuerzos, y discutían el significado de lo que había ocurrido, pero en esta ocasión la señora Papagay se dio cuenta de que la señora Jesse estaba cansada y de que sería mejor que se fueran.

La señora Jesse no se lo agradeció. El capitán Jesse empezó una laberíntica perorata sobre la descripción que el Laureado hacía del mar en su gran poema. Afirmó que las estrofas sobre el entierro en el mar eran especialmente buenas.

—Podría pensarse que es la visión que tiene un hombre de tierra de esa ceremonia, y se estaría en lo cierto, claro; a un hombre que viva en tierra el mar le afecta de distinta manera que a un marinero. Me parece que el mar es más prosaico y más omnipresente y me atrevería a decir más *misterioso* para un marino que para un hombre de tierra; un marino se da cuenta a la fuerza de la profundidad y la extensión de esa agua salada en perpetuo movimiento que lo rodea constantemente, y en la que no podría sobrevivir; y tal vez eso le lleva, lógicamente, a ver nuestra existencia humana como algo precario y transitorio; el hombre que vive en tierra se deja llevar

más por una ilusión de estabilidad y permanencia, claro, le impresiona más la desaparición del cadáver en el agua, aunque yo nunca he visto hundirse un cuerpo con su blanca estela de burbujas, mientras el aire se mete en el agua, ¿saben?, y luego sale otra vez, forzado a subir, a medida que el cuerpo se adentra más y más despacio en ese otro elemento donde descansará... Nunca lo he visto sin una punzada de dolor y un momento de espanto... A todos los marinos les da miedo ese elemento, y con razón... Y se sorprenderían de cuántos hombres de mar se dicen a sí mismos en voz baja esos versos sobre la madre que suplica que Dios salve a su hijo marino justo en ese momento.

La lastrada hamaca que lo amortaja
se hunde en su inmensa y errante tumba.

»Eso de “Inmensa y errante” está muy bien, muy, muy bien. Los hombres de mar guardan el libro debajo de la almohada, ¿saben?, aprecian su comprensión...

—Para ya de hablar, Richard —dijo la señora Jesse.

VI

Un cabriolé se llevó a la señora Hearnshaw. El señor Hawke se ofreció a acompañar a las dos señoras hasta su casa; le cuadraba de camino, era de noche, el paseo les sentaría bien a todos. Ya en la acera intentó coger a ambas del brazo, pero Sophy Sheekhy retrocedió y, de alguna manera, acabaron avanzando por el paseo marítimo con el señor Hawke y la señora Papagay al frente y Sophy unos pasos detrás, como una niña obediente. A lo largo del paseo había farolas de gas, cuyas llamas amarillas bailoteaban y resplandecían. Más allá, el mar estaba negro como la tinta, con algún rizo que otro de cresta blanca debido a la brisa que corría. Una inmensa y errante tumba, ciertamente, pensó la señora Papagay. A estas alturas Arturo no debía de ser más que arena de huesos blancos. Era probable que no hubiese habido nadie que los envolviese pulcramente en una hamaca lastrada. Ay, amigo mío, pero vuelve hasta mí. Nunca más, musitó su mente.

—*Detesto* a ese pájaro, señora Papagay —dijo el señor Hawke—. Creo que no pinta nada en semejantes ocasiones. He tratado de insinuarlo, pero la señora Jesse se hace la sorda. El perrito no es un perrito agradable, es un perrito apestoso, si he de ser franco, señora Papagay. Pero a veces me parece que ese pájaro está poseído por un espíritu maligno.

—Me recuerda inevitablemente al cuervo de Edgar Allan Poe, señor Hawke.

«Viejo cuervo siniestro y cadavérico

que vagas por la orilla de la noche...
¡Dime cuál es tu nombre señorial
en la orilla de la Noche Plutónica!»
Pero el cuervo respondió: «Nunca más.»

—Es difícil —dijo el señor Hawke— adivinar si ese poema está compuesto como una especie de broma macabra, o como legítima respuesta al sentimiento de pérdida que tenemos por los seres amados que se han ido. Tiene un soniquete que es difícil tomarse en serio en unas circunstancias tan tristes y siniestras.

—Es muy fácil de aprender —dijo la señora Papagay—, y no hay quien se lo saque de la cabeza una vez que se te ha metido dentro.

Se apretó más el boa al cuello con la mano que le quedaba libre, y recitó sin pensar:

«Pero el cuervo continuaba incitando
mi alma compungida a la sonrisa,
y enseguida corrí un mullido asiento
frente al ave, el busto y la puerta.
Entonces, tras hundirme en terciopelo,
me dediqué a ir encadenando
quimera con quimera, y a pensar
lo que aquella ominosa ave de antaño...
lo que aquella siniestra, torpe, horrible,
escuálida, ominosa ave de antaño
daba a entender al graznar: “Nunca más.”

...

Sentado cavilaba en estas cosas,
la cabeza blandamente apoyada
en forro de cojín de terciopelo
que la luz de la lámpara bañaba,
pero cuyo terciopelo violeta
bañado por la luz de aquella lámpara
ella no ha de oprimir, ¡ay, nunca más!»

—La verdad es que es muy gráfico —dijo el señor Hawke, dubitativamente—. Describe el dolor obsesivo, del que *usted*, en su profesión, con sus dotes, señora Papagay, tiene que saber más de lo necesario. Me ha impresionado mucho lo apropiadas que resultaban algunas de las comunicaciones de esta noche a la situación de la señora Jesse. «Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor.» A menudo

se tienen ciertos reparos sobre la conveniencia de un segundo matrimonio, especialmente ahora que se sabe que el compañero humano sobrevive íntegramente como espíritu más allá de la tumba. Puede parecer que unirse a un segundo compañero es una equivocación. ¿Cuál es su opinión a este respecto, señora Papagay?

—En la India —dijo la señora Papagay— creo que a las viudas se las obliga a colocarse junto a sus señores en la pira funeraria, y a someterse voluntariamente a la incineración. Me cuesta imaginármelo, aunque se hace, y se dice que hasta es normal.

Había intentado imaginárselo: la mujer con su sari de seda, exaltada, subiéndose al montón de madera aromática para abrazar la carne muerta y embalsamada. Trataba de imaginarse las llamas. Se imaginaba muy bien la furiosa lucha involuntaria de la mujer reacia, cuya juventud se rebelaba, y las manos morenas y los rostros severos que la derribaban, que la ataban, que la vencían.

—Pero en una sociedad cristiana —insistió el señor Hawke— la señora Jesse, por ejemplo, ¿ha hecho bien o mal?

—La señora Jesse sólo estaba *comprometida* con aquel joven —objetó la señora Papagay—. No había habido boda.

—A ese respecto —dijo el señor Hawke— Swedenborg dice, como usted sabe, que todos encontramos el verdadero amor conyugal pero sólo una vez, que nuestras almas tienen un alma gemela, otra mitad perfecta, que deberíamos buscar sin parar. Que un ángel, hablando con propiedad, reúne dos partes en un todo, en *amor conyugal*. Porque en el matrimonio celestial, y el cielo *es* un matrimonio, de y en el Humano Divino, la verdad se junta con el bien, el entendimiento con la voluntad, el pensamiento con el cariño. Porque la verdad, el entendimiento y el pensamiento son masculinos y, según se nos dice, el bien, la voluntad y el cariño, femeninos.

»Así que una pareja casada en el cielo no está formada por dos, sino por un ángel; eso es lo que quieren decir, nos explica Swedenborg, las palabras del Señor: “¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra? Y dijo: ‘Por esto dejara el hombre al padre y a la madre, y se unirá a la mujer, y serán los dos una sola carne.’ De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Por tanto lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre.”

—Eso es muy hermoso y muy cierto —dijo la señora Papagay, distraídamente. Su imaginación no podía engancharse al bien, a la voluntad, a la verdad y al entendimiento; eran palabritas frías y nulas, como monedas idénticas de seis peniques, dejadas caer, chine, chine, en el platillo de las colectas un domingo. Podía imaginarse «una sola carne», la bestia de dos espaldas, había dicho Arturo, y una deliciosa sensación de disolverse y desvanecerse en algo templado por toda la parte delantera, desde el pecho hasta la llave y la cerradura que los mantenían unidos.

Con su mano libre, el señor Hawke le dio una palmadita en la suya, que descansaba recatadamente en el brazo de él, y dijo:

—Swedenborg describe las bendiciones conyugales de los cielos de una manera

absolutamente preciosa, absolutamente... iridiscente. Nos cuenta que, en el corazón del cielo, el amor conyugal (que es un estado de inocencia, señora Papagay) está representado por varios objetos bellos, como por ejemplo una virgen adorable en una nube resplandeciente, o como atmósferas brillantes como diamantes, y chispeantes como si tuvieran carbunclos y rubíes. Todos los ángeles, señora Papagay, van vestidos según su naturaleza, porque en el cielo todas las cosas se corresponden. Los ángeles más inteligentes llevan prendas que relucen como llamas, y otros emiten un resplandor como si tuvieran luz, mientras que los menos inteligentes llevan prendas de un blanco claro o mate sin esplendor, y los menos inteligentes aún llevan prendas de varios colores. Pero los ángeles del corazón del cielo van desnudos.

El señor Hawke, que casi se había quedado sin resuello, hizo una pausa para impresionar, y le dio unas palmaditas a la mano enguantada de la señora Papagay, que seguía descansando en su brazo. La señora Papagay se había distraído con la palabra «carbunclos», que ella siempre interpretaba, cuando leía u oía algo sobre el cielo, en su sentido terrenal o carnal, como bultos de carne dura, hinchados y dolorosos, en el pie, la nariz o la nalga. Así que el Humano Divino tiene carbunclos, trató de decir una parte de ella que no podía reprimir, una parte que tenía que ver con Arturo.

—Swedenborg —dijo el señor Hawke portentosamente— fue el primer fundador religioso que le dio a la expresión del placer sexual en el cielo el lugar central que ocupa en muchos de nuestros corazones terrenos; para vaticinar y constatar así que el amor terrenal y el celestial son realmente uno, en su más elevada expresión. Eso supone una comprensión noble y apabullante de nuestra naturaleza y nuestro verdadero *deber*, ¿no le parece?

—Mejor es casarse que abrasarse —dijo la señora Papagay pensativamente, citando el tenebroso consejo del misógino san Pablo, pero pensando en el propio estado de su mente y de su cuerpo. El señor Hawke la hacía tomar conciencia de aquel discreto ardor suyo que le calentaba a ella el costado.

—¿Y usted, señora Papagay? ¿Pensaría en algún momento en casarse por segunda vez?

Lo había sacado bien a colación, pensó la señora Papagay, Interiormente le dijo: «¡Bravo!» por haberlo hecho así. Le estaba pidiendo algo, pero a la vez les dejaba abierta a los dos una retirada decente a lo puramente espiritual. Era franco y era tortuoso. «¡Bravo!», se dijo la señora Papagay a sí misma, mientras contemplaba el mar oscuro, y pensaba en Arturo en el fondo de él. ¿Era Arturo su alma gemela, la otra mitad de su ángel? No lo sabía. Sólo sabía que Arturo había satisfecho su cuerpo de un modo que nunca imaginó, que la había acariciado con una miríada de llamas deliciosas, que todos los días echaba de menos su olor: a macho, a sal, a tabaco, a seco, a deseo, en el interior de su nariz y de su vientre. Y el cuerpo que le había proporcionado semejante placer nadaba hecho trizas y jirones en alguna parte de toda aquella masa de agua fría. La escritura automática había empleado parte de sus términos de uso privado; «manitas morcillosas», había dicho. «Mira qué manos y qué

pies más morcillosos tienes, mi pequeña Liliás», decía Arturo. No sabía si «morcillosos» sería una mala traducción de una palabra de las muchas lenguas que sabía, o una palabra inventada para algo que le gustaba lamer y acariciar. Suponía que era casi seguro que un capricho de su propia mente había introducido la palabra de Arturo en el mensaje de las Amys de la señora Hearnshaw. Pero tal vez hubiera sido Arturo, para decirle que estaba allí.

—No sé muy bien, señor Hawke —dijo la señora Papagay—. Era feliz con el capitán Papagay, y lloro su pérdida, y estoy resignada a llevar una vida solitaria en esta tierra. Me las apaño lo mejor que puedo. Trato de ser buena y activa. Es cierto que echo de menos el estado de casada. Supongo que les pasa a muchas mujeres, a muchos seres humanos; al fin y al cabo es natural. No sé nada de «almas gemelas». He visto cómo *se consumían* por amor hombres y mujeres, y no aspiro a eso, no consigo imaginarme cómo podría ser. Pero el consuelo de un hogar compartido, de una vida compartida, del cariño mutuo, sí que he de confesar que lo deseo, por mucho que trate de conformarme con lo que tengo.

—Yo nunca he experimentado esa felicidad y ese consuelo, señora Papagay. Una vez pareció que sí, pero me quitaron la copa de los labios en el último instante, cuando los acercaba al borde. Yo también tuve que resignarme a esta vida a medias que es la soledad. No creo que en ese momento hubiese encontrado a mi alma gemela, aunque entonces me lo pareció. Swedenborg dice que el Señor en Su Humano Divino comprende que los hombres pueden casarse muchas veces en esta tierra, en su sincera búsqueda de la única alma gemela verdadera, y no condena esos matrimonios, tal como condena los adulterios acometidos con un espíritu frívolo.

A la señora Papagay le parecía difícil responder a eso.

—¿Cree usted —dijo— que podría haber alguna duda, señor Hawke, en lo que se refiere a la identidad de... esa persona?

—Creo que sí, señora Papagay. Me parece que un hombre puede mirar a muchas mujeres y preguntarse: «¿Será ella?, ¿será ella?», y dudarle realmente. Yo me lo he preguntado muchas veces. Pero nunca la he *reconocido*.

Siguieron andando en silencio, y Sophy Sheekhy iba flotando detrás de ellos con sus botas color paloma.

Llegaron a la casa de la señora Papagay, donde solían tomar los tres juntos una copa de oporto o de jerez antes de que el señor Hawke siguiera su camino. Era una casa adosada, alta y estrecha, con un llamador en forma de grueso pez que le había gustado a Arturo, y al que Sophy le tenía mucho cariño. A Betsy, la criada para todo, se le había mandado que les encendiese el fuego en las frías noches de invierno, cuando regresaban exhaustos de las sesiones. Ardía vivamente en el hogar del salón, tras las altas y angostas ventanas de aquella habitación del primer piso, también alta y estrecha. La señora Papagay se ocupó de las copas y de las licoreras. El señor Hawke

se quedó de pie junto al hogar, calentándose las piernas. Sophy se sentó a cierta distancia del fuego y de los otros dos, apoyada contra el respaldo, con los ojos cerrados. El señor Hawke se dirigió a ella.

—¿Está usted muy fatigada, querida, tras las experiencias de hoy? La criatura que ha descrito era realmente extraña, demasiado extraña para ser producto de su imaginación, un regalo maravilloso.

—*Estoy* muy cansada —dijo Sophy Sheekhy—. No creo que pueda con una copa de oporto. Tomaré un poco de leche, si no es mucha molestia, señora Papagay, y me retiraré enseguida. Me encuentro muy mal. Algo ha quedado *sin terminar*. Me siento sobrecargada. Necesito estar tranquila y quieta.

De hecho, apenas pudo alzar los párpados para aceptar la leche, y los miembros le pesaban como el mármol. Se la tomó a sorbitos, mientras el señor Hawke paladeaba su oporto, y el fuego se avivaba un poco, disipando la mezcla de humo y corrosión marina que parecía dominar el ambiente de la habitación.

Sophy Sheekhy se levantó somnolienta y se fue a la cama. El señor Hawke se sentó en una butaca, de cara a su anfitriona. Al moverse para volver a llenarle la copa, la señora Papagay se vio un momento en el espejo que había sobre la mesa, y pensó que no había perdido del todo su atractivo. Tenía buen color, de vida, de salud; unas buenas pestañas negras seguían sombreando sus grandes ojos oscuros, la nariz se le había afilado y curvado un poco, pero dentro de los límites del buen gusto, y no había ganado ni perdido demasiado peso. Se topó con su propia mirada, desafiante, interrogativa, y vislumbró al señor Hawke detrás de ella calibrando su cintura, sus caderas, con una mirada que ya conocía. De pronto estuvo segura de que él iba a decirle algo. Va a declararse y a exigir una respuesta.

Se tomó su tiempo con la licorera, mientras pensaba lo que iba contestarle. Disfrutaría de una posición mucho mejor si fuera una mujer casada y respetable. Necesitaba compañía, necesitaba cotillear, alguien de quien ocuparse, y Sophy Sheekhy no tenía aspiraciones sociales ni curiosidad; vivía en otro mundo, estaba muy claro. Al señor Hawke debían de haberle enseñado a reírse un poco, a suavizar su solemnidad; un hombre lascivo como aquél no podía limitarse meramente a sermonear tras las puertas cerradas de un buen hogar. Me defenderé un poco, se dijo a sí misma, de lo que puede ser mi mejor oportunidad. Por lo menos tengo que mostrarme moderadamente alentadora, tengo que responder con cierto entusiasmo prudente, eso será lo mejor, dejarle sitio y ver quién es y qué hace.

El señor Hawke se aclaró la garganta con un sonoro «ejem».

—Me gustaría volver al tema de nuestra charla anterior, señora Papagay. Me gustaría tratarlo... hipotéticamente... de un modo más personal. Aquí estamos los dos, sentados junto al fuego, muy a gusto el uno en compañía del otro, diría yo, muy cómodos, disfrutando de las buenas cosas de la vida y compartiendo también elevados ideales, grandes intuiciones e insinuaciones apremiantes —se iba por unas ramas por las que no quería irse, pero sus aires de predicador podían con él—,

insinuaciones apremiantes de lo oculto, del mundo de los espíritus, que se nos echa encima por todas partes, próximo y maravilloso.

—Es verdad —dijo la señora Papagay—. Así es, y deberíamos estar agradecidos. Eso sonaba un poco *falso*, pensó.

—Espero —dijo el señor Hawke— haber aliviado un poco su soledad con mi... interés... con mi... comprensión... ¿con mi cariño, tal vez, señora Papagay?

—Me he dado cuenta de eso —dijo la señora Papagay con una vaguedad deliberada y solemne. No sabe si está en una iglesia o en un cuarto de estar, pensó. ¿Lo sabrá alguna vez? En un dormitorio, ¿sería capaz de distinguir? ¿Rezarían interminablemente él y su mujer junto a la cama, o incluso (su imaginación se había disparado otra vez) durante el acto?

—Lilias —dijo el señor Hawke—. Me gustaría saber que tengo derecho a llamarla Lilias.

—Hace mucho tiempo que nadie me llama Lilias —dijo la señora Papagay.

Y entonces el señor Hawke hizo una cosa terrible.

—Job —dijo—, mi nombre es Job. —Y se arrojó con todo su peso sobre la señora Papagay, que se estaba sentando en su sofá de terciopelo color cereza; tal vez porque perdió el equilibrio, pensó la señora Papagay después; a lo mejor sólo quería sentarse a sus pies, o besarle la mano, pero el hecho fue que descargó más o menos todo el peso de su pequeña y oronda persona contra su regazo de seda negra, como cuando el Pug de la señora Jesse daba un salto para dejarse caer a plomo en el sofá; de tal manera que sus manos le toquetearon el pecho, y su aliento, cargado de oporto, le invadió los labios y la nariz. Y la señora Papagay, aquella precavida mujer de mundo, pegó un grito y lo rechazó automática y decididamente con las manos, con lo que él rebotó de culo en la esterilla de la chimenea, agarrado a sus tobillos, mientras de la cara amoratada le salía un sonido sibilante.

VII

Emily Jesse encendió el quinqué y se puso a pensar en la escritura automática. La sirvienta, una muchacha desaliñada, agresiva e histérica, con tendencia a desvanecerse en una neblina de vapores de jerez y una capacidad demoníaca para provocar la evaporación del whisky en las licoreras y de las cucharillas de plata en las cajas, se llevó las tazas de té y atizó el fuego moribundo. El capitán Jesse se paseaba por delante de la ventana, mirando las estrellas, mascullando cosas sobre el tiempo, como si tratase de conducir la casa hacia algún puerto distante a través de simas insondables. No se podía ver el mar desde la ventana, pero se podría haber pensado que sí, por la manera que él tenía de mirar hacia fuera. Mascullaba observaciones matemáticas, y se hacía comentarios a sí mismo sobre la visibilidad de Sirio, de

Casiopea, de las Pléyades.

—Para ya de hablar, Richard —dijo Emily automáticamente, mientras contemplaba los papeles con el ceño fruncido. Una vez había oído sin querer cómo su cuñada, Emily Tennyson, le decía a alguien que Alfred *tenía* que irse a la fuerza de casa, con una excusa u otra, si se enteraba de que el capitán Jesse iba a venir, porque el capitán Jesse parloteaba sin ton ni son y Alfred necesitaba una *tranquilidad absoluta* para componer su poesía. «Arropa a Alfred como a una momia, y le abrocha los botones como a un bebé», se decía sin concesiones Emily Tennyson a sí misma, pero sólo a sí misma, porque los Tennyson estaban muy pero que muy unidos, y furiosamente apegados los unos a los otros; todos, excepto el pobre Edward en su manicomio. Y también habían hecho todo lo posible para quererlo e incluirlo en su círculo, hasta que quedó claro que no podían. Alfred había compuesto cosas muy buenas, mejores que las de ahora, en medio del restringido e ingenioso barullo de la rectoría; cosas con las que Arthur disfrutó muchísimo en 1829, en 1830, durante aquellas pocas semanas, cuando su airado padre se encontraba fuera, en Francia, y todos habían florecido, expansivos y juguetones. En aquel entonces Alfred era un gran poeta, y lo era ahora, y Arthur se había dado cuenta enseguida, con una seguridad deliciosa, fortalecedora y serena.

Se puso a pensar en la letra de los mensajes, tan diferente de los lazos y los redondeles inocentes de Sophy Sheekhy. Estaba a caballo entre la letra pequeña y rápida de Arthur y la de Alfred, también rápida y pequeña, pero menos apretada. Titubeaba un poco en algunos sitios. Tenía la «d» minúscula característica de Arthur, con un ganchito hacia atrás en la parte de arriba, pero no siempre. Tenía esa «d» en las dos «des» de «muerta»^[22] («No olvidar nunca a nuestra Dama que está muerta»), y también en la polémica y problemática Theodicaea. Todos los mensajes, sin la menor duda, guardaban relación con Arthur, y tal vez ella debería haber gritado, de dolor y de nostalgia, como había hecho la señora Hearnshaw, cuando había visto sus palabras, en una reproducción pasable de su escritura. Pero no lo había hecho. Se había formulado preguntas. Había disimulado. Ella, la Dama de la eterna devoción de su Arthur, Monna Emilia, mi Emilie, queridísima Nem, queridísima Nemkin, sabía, por ejemplo, que aquellos versos de Dante no procedían tan sólo de la *Vita Nuova*, sino también de la propia traducción de Arthur de los poemas en los que Dante mostraba su devoción por su Dama muerta, Monna Beatrice, hecha muy poco antes de su muerte. Le había dado a ella «*L'amaro lagrima che voi faceste*» para que la tradujera, para tomarle el pelo por su mala memoria, por sus construcciones imperfectas. «La amarga lágrima que provocaste», referida a los propios ojos del poeta, que se habían posado brevemente en otra doncella, cuando «tenían una obligación moral y deberían / no olvidar nunca a nuestra Dama que está muerta.» A los periódicos espiritistas, a los miembros de la Iglesia de la Nueva Jerusalén los dejaría pasmados que a un doliente se le pudiera enviar un mensaje tan bonito, tan privado, tan adecuado. Pero aún había más: aparte de la cita habitual a aquellas

alturas de *In memoriam*, estaba la Theodicaea. A. H. H. había escrito la «Theodicaea novissima» para aquellos intelectos privilegiados, los Apóstoles de Cambridge, que la consideraron absolutamente original y muy acertada. Él argumentaba que la razón del mal era la necesidad que tenía Dios de amor, de la *pasión del amor*, lo que le había llevado a crear un Cristo finito, a modo de objeto de deseo, y un universo repleto de pecados y de penas, para aportar un medio adecuado donde esta pasión pudiera desarrollarse. La Encarnación, sostenía Arthur, había hecho el amor humano («la tendencia a una unión tan íntima, que prácticamente equivalía a una identificación») uno con el Amor Divino, de forma que la amorosa muerte de Cristo era un camino hacia Dios. A este respecto, Emily no acababa de comprender por qué el mal le era tan necesario a este Amor, y cómo podía estar Arthur tan seguro. El ensayo era abstracto y desbordaba pasión humana. Arthur había deseado que ella no lo leyera.

Más bien tiendo a sentir que hayas leído esa Theodicaea mía. Tiene que haber confundido, más que aclarado, tu visión de esas importantes cuestiones. No creo que las mujeres tengan que preocuparse mucho por la teología: nosotros, que somos más propensos a las sutiles objeciones del Entendimiento, tenemos más necesidad de blandir las armas que las abaten. Pero donde se da una mayor inocencia, hay materiales más capaces de una fe resuelta. Es por medio del corazón, y no de la cabeza, como todos debemos convencernos de las dos grandes verdades fundamentales, la realidad del Amor, y la realidad del Mal. No dejes, mi amada Emily, que turbios celos o perplejidades aturdan tu percepción de ellas y del gran Hecho que las acompaña, es decir la Redención, que las convierte en objetos de gozo, no de horror.

«No creo que las mujeres tengan que preocuparse mucho por la teología.» Esa frase le había parecido escalofriante y repulsiva a la vez; se había tomado mucho trabajo, de una forma poco metódica, en entender los recovecos y las sutilezas de la Theodicaea, sólo para provocar una de las cartas más *arrogantes* de Arthur, que siempre la hacían estremecerse un poco de ansiedad y de otra sensación indefinida, consciente como era de su provinciana falta de trato social y de su femenina carencia de conversación culta. Le era difícil ahora, a los sesenta y cuatro años, recordar que Arthur sólo tenía veinte cuando había escrito aquello, y veintidós cuando murió. Era como un joven dios. A todas las personas que conocía les parecía un joven dios. No había sido tan arrogante cuando habían estado cara a cara; se ponía colorado (en parte por el problema circulatorio al que, incluso entonces, debía su enfermedad) y las manos se le llenaban de sudor, y la boca de ansiedad. Pero, en total, sólo habían estado frente a frente durante cuatro semanas antes del compromiso, y durante tres breves visitas más antes de su muerte. La trataba como a una mezcla de diosa, de ángel del hogar, de niñita y de corderito amaestrado. Se suponía que eso no era nada

raro. No lo parecía. Lo había amado apasionadamente. Había pensado en él la mayor parte del tiempo, la mayoría de los días, tras aquel primer abrazo nervioso en el sofá amarillo.

Retomó los escritos de los espíritus. Todo eran reproches, reproches amargos, que aspiraban a hacer daño. Eran intencionados.

Pero tengo contra ti que has dejado tu primer amor.

Tu estupidez me da mucho que pensar.

Restos perdidos.

La gente siempre está enfadada y desilusionada, pensó Emily Jesse. Le habría gustado tanto hablar con el desaparecido Arthur, confirmar que se le perdonaba no haber sido capaz de ser lo que la hermana de Arthur, Julia Hallam, llamaba una «*monja devota*». Pero tal vez Arthur, como su familia, como Alfred, tampoco la perdonase de verdad. Guardaba en su escritorio una carta de su sobrino, Hallam Tennyson, quien llevaba el mismo nombre que su propio hijo, Arthur Hallam Jesse, por el desaparecido Arthur, y quien, como él, era ahijado del anciano señor Hallam, el cual había sido exageradamente amable con ella, como un memorial, in memoriam.

Mi querida tía:

Se podrá imaginar mi sorpresa cuando se me hizo saber que un ejemplar de los *Restos* de Arthur Hallam, con una dedicatoria de su padre para usted, fue puesto a la venta por un librero de Lyme Regis. Mi Padre y yo damos por sentado que el Volumen fue vendido en un *descuido* (aunque no tenemos claro cómo pudo suceder) y lo hemos puesto a buen recaudo. Está aquí, en nuestra Biblioteca, donde seguirá guardado, a no ser que usted sugiera otra cosa. Entenderá usted el sentir de mi Padre al realizar este desafortunado descubrimiento...

Estaba convencida de que era la venta de los *Restos* lo que había disgustado a los espíritus. Hasta podía tratarse del propio disgusto de Arthur, aunque tenía la esperanza de que Sophy Sheekhy, gracias a algún proceso de magnetismo animal o de telegrafía etérea, se las hubiese arreglado para transmitir el rumor de la desaprobación de Hallam Tennyson, o la desilusión de Alfred. Era verdad que no debería haber vendido los *Restos*. Era de pésimo gusto haber vendido los *Restos*, de los que el anciano señor Hallam sólo había hecho imprimir un centenar de ejemplares con un carácter privado, para los amigos íntimos de su hijo y para su familia: el testimonio de su genio, trágicamente malogrado. Contenían escritos sobre Dante y el Amor divino, sobre la simpatía y Cicerón. También incluían la vigorosa reseña sobre los *Poemas* de Alfred, *Principalmente líricos* (1830), que había provocado la mofa del quisquilloso Christopher North con respecto a la «pedantería sobrehumana, o más

bien sobrenatural» del joven crítico, lo que había despertado las iras impotentes de todos los Tennyson, que pretendían defender a los dos jóvenes: a Alfred, morbosamente sensible a la crítica, y a Arthur, en apariencia más fuerte por una mera cuestión de orgullo. Estaban además los poemas del pobre Arthur, incluidos los que le había susurrado reverentemente a ella, y algunos de un amor anterior, Anna Wintour, cuyas gracias, tal como hacían los jóvenes, le había enumerado a Emily, sentados en el sofá amarillo, ofreciéndole su persona y todo lo que había llegado a ser hasta aquel momento en su corta vida. Los poemas de Anna, pensaba Emily, eran en general mejores que los de ella; eran más alegres, y estaban menos llenos de incienso y de la sensación de santificación. También había un poema en el que se la invitaba a ella, a Emily, a ingresar en el templo de la poesía italiana, mientras se le aseguraba que aquel festín musical, «ese placer que me debes», no le haría ningún daño a su delicado espíritu

ni haría menos querido
ese elemento del cual debes extraer tu vida;
doncella y esposa inglesa.

Ese poema le recordaba sus esfuerzos por dominar el italiano, para agradarle. Era extraño que los espíritus hubiesen citado con semejante precisión una de sus traducciones de la *Vita Nuova*. Él se las había enseñado orgullosísimo, pero no estaban incluidas en los *Restos*. El viejo señor Hallam se había atrevido a quemarlas, al encontrarlas «demasiado literales en realidad, y por consiguiente ásperas». A ella casi le gustaba esa aspereza; tenía una especie de vigor masculino, una especie de franqueza que le habían enseñado a apreciar. El viejo señor Hallam se había encargado de muchas cosas, incluso de tener la culpa de haber separado a los dos amantes, y de preocuparse por el triste futuro de Emily, que iba a estar al lado del suyo propio: un futuro igual de triste. Lo había intentado, pensó. No la habían educado para que la rigurosa formalidad de los Hallam le pareciese fácil. Le gustaba Ellen, la hermana más pequeña, que, como Arthur, no se dejaba llevar por la dramática tensión de las diferencias sexuales, sino por una especie de soltura amable. Pero la verdad era que su amistad no había sobrevivido; es decir, no había sobrevivido a su matrimonio.

No es que hubiera tomado realmente la decisión de vender los *Restos*. La casa estaba llena de libros, y de vez en cuando ella o Richard se deshacían de un par de cestos, para hacer sitio a los nuevos. Ahora que lo pensaba, recordaba vagamente haber entrevisto las cubiertas de los *Restos* entre otros libros desalojados del mismo estante. Las había visto, pero había hecho como que no. Esperaba que Arthur la perdonase. Los objetos que inspiraban la devoción de sus fieles, incluida ella misma, incluida aquella muchacha desesperada que se desvanecía por momentos, le resultaban insoportables. No estaba nada segura de que Arthur la perdonase. Sus

escritos eran la mejor parte de sí mismo, su futuro truncado. No debería haber vendido los *Restos*, ya fuera intencionadamente o no. Se sentía culpable.

Nunca le habían gustado los *Restos*, al menos en parte, porque le recordaban, inevitablemente y de un modo que la ponía enferma, aquella carta terrible.

«Murió en Viena, a su regreso de Buda, de apoplejía, y creo que sus restos llegarán por mar desde Trieste.»

En aquellos primeros días, no le gustaba pensar en el horrible destino de aquellos restos de carne y de sangre, y sin embargo algo la llevó a hacerlo. El cuerpo se pudría en la tierra, el espíritu volaba libre. Alguien le contó que el corazón de Arthur lo enviaban en un cofrecito de hierro aparte. Le habían hecho la autopsia. Lo habían cortado en pedazos, lo habían destrozado; pobre Arthur, muerto e insensible; «al médico le costó obtener una muestra de sangre y, al examinarlo, todos opinaron que no habría vivido mucho tiempo». Lo habían desmembrado y examinado mientras se iniciaba el proceso de descomposición. Ella se había pasado su ausencia imaginando su regreso: las manos extendidas, los ojos risueños, la frente despejada con el «saliente de Miguel Ángel» en el hueso de encima de los ojos, del que se sentía tan orgulloso. En aquellos días no podía dejar de imaginarse lo que iba a ser de todo eso. La «cosa» que se acercaba tan despacio por el mar la llenaba de un horror que nunca le confesó a nadie. El propio Arthur tal vez lo habría comprendido. Había hecho una broma sobre el cadáver hediondo de la bella Rosamunda al criticar el empleo que Alfred hacía del verbo evocar para describir los perfumes del jardín de *Las mil y una noches*. «Puede que las abejas evoquen la miel; puede que la primavera “evoque la juventud y el amor”; pero para el uso preciso de esa palabra no existe, nos tenemos, ni en inglés ni en latín, mayor autoridad que el monástico epitafio de la Bella Rosamunda: “*Hic jacet in tombâ Rosa Mundi, non Rosa Munda, non redolet, sed olet, quae redolere solet.*”» O quizá no lo habría entendido. Se necesitaba estar profundamente afectado, tocar la carne muerta con la imaginación y quedarse allí, como había hecho ella durante todos aquellos años de enfermedad y de aflicción. Alfred también había estado allí. Alfred tampoco decía nada, pero a lo largo de *In memoriam* se veía claramente que su imaginación había afrontado y explorado lo que quedaba, o lo que ya no quedaba con un aspecto reconocible, de aquella forma tan amada.

Viejo tejo que te agarras a las piedras
que nombran a los muertos que hay debajo,
tus nervios lían la cabeza sin sueños,
tus raíces se enmarañan en sus huesos.

Pero eso era horripilante y en cierto modo hermoso, al convertir a los muertos en parte de la naturaleza. Peor, más brutal, era

No libro ninguna disputa con la muerte
por los cambios que forja en forma y rostro;
no hay vida inferior al abrazo de la tierra
que pueda con él crecer o mi fe espantar.

El desarrollo de la «vida inferior» también había rondado sus propios sueños; de hecho sólo dejó de hacerlo muy poco antes de *In memoriam*, publicado en 1850, tras diecisiete años de la muerte de Arthur y ocho después de su matrimonio, que debía de haberla purgado de horrores. *In memoriam* reavivó muchas cosas que descansaban en paz. El duelo de Alfred había sido largo y obstinado. En última instancia, hizo del suyo, por muy intenso, tenebroso y apasionado que fuera, un motivo de vergüenza. Sin embargo, ella también tenía sus momentos de violencia. Al recibir la carta de Hallam Tennyson, a solas en su cuarto de estar, se había paseado arriba y abajo como si la habitación fuese demasiado pequeña, y le había gritado al vacío: «¡Que lo recupere y lo perfume con violetas!» Las violetas brotaban en *In memoriam* por todas partes. «Mi pesar / se convierte en violeta de abril / que brota y florece con las demás.»

En aquella reseña encarnizada, Arthur había escrito de Alfred: «Cuando muera este poeta, ¿no se lamentarán así las Gracias y los Amores, “*fortunatâque favilla nascentur violae?*”», y Alfred le devolvía el cumplido al Arthur muerto, llorándolo con violetas. Cuando tenía pocos ánimos, cosa que también le sucedía, Emily Jesse comparaba los *Restos* con el tiesto de albahaca de Isabella, que producía hojitas con olor a bálsamo porque lo regaban con lágrimas de dolor y extraía

el alimento además, y la vida, de los temores humanos,
de la cabeza invisible que se descomponía rápidamente.

Estaba mal, sabía que estaba mal, acordarse de Arthur en términos de cabezas en descomposición y de opresión moral. Cuando llegó a Somersby, lo había convertido en un verdadero paraíso particular, en un país de cuento. Aún lo podía ver, saltando del calesín al césped, bajo los árboles, abrazando a Alfred, a Charles, a Frederick, sus amigos de Cambridge, sonriendo afablemente a los muchachos más jóvenes y al ramillete de muchachas que se habían juntado, Mary la bella, Cecilia la inteligente, Matilda la inocente desencantada, Emilia, Emily, la independiente y la tímida.

—Las amo a todas —les había dicho, sentado en el césped a la luz del atardecer—. Estoy enamorado de cada una de ustedes, por muy romántico, prosaico, extraño, fantástico, o decididamente realista que pueda parecer.

Había alzado los brazos formando un gran círculo, en un gesto que las abarcaba a todas y que resonaba o, mejor dicho, era evocado en los gestos de los olmos escoceses en *In memoriam*, los árboles que «posaban en el campo sus oscuros

brazos». Los recordaba leyendo a Dante y a Petrarca en voz alta, recordaba cómo cantaban y tocaban el arpa; y los ojos y los oídos atentos y encantados de Arthur proporcionaban a la música una especie de perfección en su intención y en su resonancia que nunca tenía cuando la familia tocaba y cantaba sólo para sí misma. Y también esto lo había captado Alfred perfectamente, en efecto, en el poema de la memoria, *in memoriam*, de modo que, aunque su propia voz fantasmal aún sonaba a la fantasmal luz de la luna en sus recuerdos particulares, siempre iba acompañada de sus palabras.

Qué felicidad, cuando en círculo trazado
en torno a él, corazón y oído se nutrían
al escucharle, mientras tumbado leía
a los poetas toscanos sobre la hierba:

o en el atardecer dorado por completo
un invitado, o una hermana feliz, cantaba
o acercaba hasta allí un arpa y le tañía
una balada a la luna ahora más clara.

Emily creía que, al principio, Arthur había estado indeciso entre enamorarse de Mary o de ella misma. Ella era una chica que *reparaba* inteligentemente en todo, cuando no se dejaba desbordar por un sentimiento apasionado, y en un principio sólo había compartido la veneración general de los Tennyson por aquel ser tan brillante. Él se sentaba y escribía poemas para las dos, para Emily y para Mary; admiraba ambos pares de ojos oscuros, traía ramilletes de flores silvestres a las dos muchachas de sus paseos por el bosque con Alfred. Era todo un experto en coquetear con las mujeres, como se estilaba en la ciudad, cosa que asustaba más Emily que a la sosegada Mary, y la hacía verse a sí misma como un ratón de campo, a pesar de que antes de su llegada se había visto, especialmente cuando montaba a caballo, como una independiente heroína de Byron, que sólo aguardaba a que su elegante príncipe la apartase de su propio mundo. Definitivamente, Emily decidió que él amaría a Mary, a quien ella también quería y seguía queriendo hasta la fecha, y con quien compartía las esperanzas visionarias y las delicias de la Iglesia de la Nueva Jerusalén y los descubrimientos espiritistas.

Y entonces se encontraron en el Bosque Encantado, él y ella, cuando toda la familia, que estaba de excursión, se había separado de alguna manera. Fue en abril de 1830, y el tiempo era húmedo y había una luz entre plateada y dorada, y el cielo estaba lleno de movimiento: largas y presurosas cintas de nubes, velos de agua, destellos de arco iris, y los árboles tenían los troncos sombríos pero rebosaban brotes de un color verde claro, y la tierra olía a moho y estaba salpicada por todas partes de pálidas anémonas y lustrosa celidonia amarilla. Y ella se quedó a un lado del claro,

jadeando porque había estado corriendo, y él al otro, con la luz tras él como un halo, y el rostro en sombras: el amigo de Alfred, Arthur. Y le dijo:

—Parece usted, de verdad que sí, un hada vagabunda o una dríada. En mi vida había visto nada tan hermoso.

Algunas mujeres, al rememorar esta escena, tal vez habrían recuperado su antigua visión de sí mismas para llenar el espacio a este lado del claro, o para contrapesar el de él, ansioso y sonriente, en el suyo, pero Emily no se miraba mucho al espejo, no era tan consciente de su propia imagen. Ni siquiera conseguía acordarse de lo que llevaba puesto, sólo la energía del placer de Arthur al verla, y de ella avanzando hacia él, que en aquel momento no era el amigo de Alfred, sino un hombre joven que *la veía* y rebosaba recelo e ilusión a partes iguales. Así que ella había caminado hacia él sobre la alfombra de flores, en medio de aquel olor a moho de hojas, y él la había cogido de las manos para decirle:

—¿Sabe que me parece que estoy enamorado de usted desde siempre, y en realidad sólo puede ser desde hace un mes?

Siempre pensaba en el núcleo de su amor por Arthur de esa manera: en dos criaturas juntando sus manos en un bosquecillo frondoso y florido. Un bosquecillo así, decía Arthur (porque compartió con ella, se inventó en realidad, el carácter sagrado de aquel momento), de tipo inglés, como los que podrían haberse hallado en Malory o Spenser, como los eternos bosquecillos sagrados de Nemi y Dodona. Dirigía sus cartas a Nem, a la queridísima Dod, un balbuceo infantil de algo demoníaco, o eso esperaba ella. La comparaba con la Bella Persa de *Los recuerdos de las mil y una noches* de Alfred, «con trenzas de ébano fragante, que forman un precioso bucle oscuro». Comparaba su bosquecillo del Bosque Encantado con «las grutas y enramadas verdinegras» de aquella abigarrada visión, y recitaba, con su voz clara y modulada, más aguda que el sonoro murmullo de Alfred, la visión del ruiseñor en el bosquecillo.

Y los aires vivientes de la medianoche
murieron junto al ruiseñor mientras cantaba;
pero no era él, sino algo que poseía
la oscuridad del mundo, el gozo, la vida,
el tormento, la muerte, el amor eterno,
que no cesaban, mezclados, desinhibidos,
al margen del espacio, reteniendo el tiempo...

En aquellos días, Somersby era un lugar que la imaginación había creado y vuelto eterno, un lugar que cantaba como el ruiseñor. La *Oda a la memoria* de Alfred, como *Los recuerdos de las mil y una noches*, fue el primer intento de un joven, decía él, de dejar constancia de la sensación de que ya tenía un pasado propio irrevocable: sus lecturas infantiles, el Paraíso Terrenal en que había convertido el jardín. A medida

que se iban haciendo mayores, los Tennyson recordaban cada vez más el jardín de la rectoría en palabras de Alfred.

O un jardín tupido de ramas
con trenzados paseos de la rosa trepadora,
largos paseos que desciendan hasta grutas crepusculares,
o se abran a rasos arriates
de lirios coronados, en pie
junto a la lavanda claveteada de morado:
¿En dónde, apartados en la otra vida
de las tormentas pendencieras,
del fastidioso viento,
infundidos de nuevo de juvenil fantasía,
podremos mantener una conversación con todas las formas
de la mente polifacética,
con aquellos a quienes la pasión no haya cegado,
de pensamiento sutil, de mente infinita?

¡Amigo mío, vivir contigo a solas,
sería muchísimo mejor que poseer
una corona, un cetro y un trono!

Emily Jesse barajó los papeles de los espíritus con sus manos gitanas, mientras volvía a sentirse atrapada en la espesura de pensamientos que rodeaban aquel Somersby atemporal, hecho por los hombres y para los hombres. Allí estaba Alfred, deseando vivir a solas con su amigo, a quien le aplicó, sin ironía, el mayor elogio que Coleridge le había dedicado a Shakespeare, «de mente infinita». No era que estuviera celosa de Alfred; ¿cómo iba a estarlo? Era con ella, con Emily, con quien Arthur tenía intención de casarse, era su proximidad la que le hacía retener el aliento, era en sus labios donde depositaba aquellos besos nerviosos y urgentes. Se moría de ganas de casarse, se consumía de impaciencia, eso estaba muy claro. Alfred era diferente. Alfred había puesto terriblemente a prueba la paciencia de Emily Sellwood, la hermana de la esposa tan amada de Charles, Louisa. La había atormentado con su compromiso, subscribiéndolo y anulándolo una y otra vez, durante doce largos años, para por fin casarse con ella en 1850, el año de *In memoriam*, cuando ella tenía ya treinta y siete años, y su juventud se había ido para siempre. En su momento, Emily Jesse había recibido unas cartas desesperadas de Emily Sellwood, en las que le pedía alguna garantía de la continuidad de su afecto y su amistad, mientras Alfred se sumía en la melancolía, y no daba una respuesta clara, y desaparecía, y escribía. Era curioso, pensaba siempre Emily Jesse, que Emily Sellwood contase una y otra vez la historia del encuentro con Alfred en el bosque de Holywell, cuando paseaba por él con

Arthur.

—Llevaba mi vestido azul celeste —decía Emily Sellwood—, y Alfred apareció de improviso entre los árboles con una larga capa azul, y me dijo: «¿Es usted una dríada o una náyade, o qué es usted?» Y de golpe, yo estuve completamente segura de que lo amaba, y ese amor nunca ha flaqueado, cualesquiera que fueran las tentaciones o los sufrimientos.

Emily Jesse se imaginaba a los dos jóvenes conversando juntos en la habitación que compartían por las noches. Se imaginaba a Arthur contándole a Alfred, mientras fumaban tumbados en los dos canapés blancos del ático, la visión que había tenido de ella en el Bosque Encantado, y a Alfred transformándolo en una especie de poema dentro de su cabeza, que se encontró representando de improviso, enfrentado a otra Emily, con otro vestido azul, del brazo de Arthur. Alfred lo *difuminaba* todo en poesía tan pronto... Nunca había sido muy capaz de distinguir un ser humano de otro; Jane Carlyle, una de sus más íntimas amigas, que se había encontrado con él en una de las reuniones teatrales de Dickens en 1844, había visto cómo la cogía de la mano y le decía con la mayor seriedad: «Me gustaría saber quién es usted; sé que la conozco, pero no recuerdo su nombre.» Emily Jesse creía que la reacción de Emily Sellwood a que la saludasen como a un hada le había supuesto un duro destino, aunque a la postre disfrutaba de una especie de felicidad. Dos hijos y un devoto marido laureado, que la paseaba por sus dominios en un cochecito de inválidos.

Cuando las mujeres se dedicaban a cotillear, lo sabía, convertían los amores en algo apasionante. Lo que decía un hombre, su aspecto, a lo que se atrevía, su maestría, su encantadora timidez, todos estos cuentos eran deliciosamente entretejidos y calcetados mientras se charlaba tranquilamente, de modo que una mujer que volviese a quedarse a solas con su supuesto amante, tras haberle pasado revista concienzudamente con sus hermanas y sus amigas, se llevaría un susto, tal vez emocionante, tal vez intimidatorio, tal vez descorazonador, por las *diferencias* existentes con esa figura inventada. No sabía qué dirían los hombres de las mujeres cuando hablaban de ellas. Normalmente se creía que tenían distintos temas, y más importantes, de los que ocuparse. «De pensamiento sutil, de mente infinita.» Arthur y Alfred habían hablado de ella y de Emily Sellwood, ¿en qué términos?

Si era totalmente honesta consigo misma, la visión que había tenido de aquellas dos espaldas masculinas, de aquellos dos pares de piernas que se morían de ganas de llegar hasta el ático de la camas blancas cuando subían por las escaleras, era la de alguien excluido del paraíso. Se pasaban las horas hablando del amor y la belleza, a veces hasta el amanecer; ella percibía los ecos del indescifrable flujo de palabras, el murmullo meditabundo, la voz rápida, concluyente y saltarina. De vez en cuando les oía recitar. La «Oda a un rruiseñor». «Sobre una urna griega.» «Tú, novia de la paz aún no violada»; ella se sabía las palabras, podía añadir las demás, a medida que resonaba el ritmo. Arthur había alabado los poemas de Alfred comparándolos con los de Keats y Shelley. Lo denominaba «poeta de la sensación», citaba las cartas del

joven poeta trágicamente muerto. «¡Por una vida de sensaciones más que de pensamientos!», repetía, aprobadoramente, alabando a Alfred por abarcar las ideas del bien, la perfección, la verdad, bañadas por el colorido del «vigoroso principio del amor a la belleza». El Dios de Arthur, afirmaba en la «Theodicaea», había creado el universo lleno de pecado y dolor para poder experimentar el amor por Su Hijo, al redimir este mundo caído y hacerlo hermoso.

Una vez se los había encontrado a los dos sentados en el césped, recostados en tumbonas de mimbre, y con sus respectivas cabezas echadas hacia atrás y apoyadas en unos cojines maltrechos, mientras discutían, de un modo muy masculino, la naturaleza de las cosas. El humo de la pipa de Alfred se ensortijaba en el aire y luego se difuminaba. Arthur clavaba una y otra vez en la hierba una especie de punta con la que el jardinero (a quien los Tennyson coartaban y recriminaban, porque les gustaban las malas hierbas) había tratado de arrancar margaritas y tréboles sin mucho éxito.

—Todo proviene de la vieja y mítica creencia neoplatónica —decía Arthur—. La Mente, la mente suprema, Nus, se sumerge en la Materia inerte, Hilo, y crea la vida y la belleza. El Nus es masculino, la Hilo femenina, de la misma forma que Urano, el cielo, es masculino, y Gea, la tierra, es femenina; o que Cristo, el Logos, la Palabra, es masculino, y el alma que Él anima es femenina.

La joven Emily Tennyson, que llevaba su cesta de libros, con su Keats y su Shakespeare, su *Ondina* y su *Emma*, pasó por delante de ellos y los escrutó escondida tras sus crenchas de pelo oscuro. Se recostaron y la miraron con satisfacción. Entre los combados brazos de mimbre sus manos casi se tocaban sobre el césped, la una extendida hacia la otra, una de un color moreno sucio, y la otra bien cuidada y blanca.

—¿Por qué? —dijo Emily Tennyson.

—¿Cómo que por qué, querida mía? —respondió Arthur—. Qué preciosa estás ahí, contra las rosas, con el pelo alborotado por el viento. No te muevas, me encanta verte.

—Haz el favor de decirme por qué la Materia inerte es femenina y el Nus que la anima masculino.

—Porque la tierra es la madre, porque todas las cosas bonitas salen de ella: los árboles, las flores, los animales.

—¿Y el Nus, Arthur?

—Porque los hombres llenan su estúpida cabeza de ideas, la mitad de las cuales son meras quimeras, cosas sin importancia, que les llevan por mal camino.

A Arthur no se le daban bien las bromas. Hablaba con demasiada decisión, como si fuese a dar una conferencia.

—Ésa no es respuesta —insistió, ruborizándose.

—Porque las mujeres son hermosas, pequeña, y los hombres son meros *amantes* de lo hermoso, porque las mujeres son buenas por naturaleza y *perciben* esa bondad en los aposentos de sus tiernos corazones mientras su sangre pura no deja de entrar y de salir; y nosotros, pobrecitos machos, sólo captamos la verdad porque somos

capaces de *percibir* vuestras virtudes, para que nuestras elevadas fantasías conserven los pies en la tierra.

—Ésa no es respuesta.

—Las mujeres no deberían ocupar sus bonitas cabezas en todas estas teorías — dijo, empezando a cansarse. Alfred se había abstraído; sus largas pestañas negras descansaban sobre sus mejillas. Ella se fijó en los dos dedos que remataban los brazos flácidos, relajados; tocaban la tierra, se señalaban tranquilamente el uno al otro.

VIII

El fuego se apagaba, y Pug, que se había echado a dormir, roncaba y babeaba. Aarón no estaba dormido; se acercó de lado hasta Emily por la mesa, con los hombros encorvados, y un reluciente ojo negro fijo en ella.

—Nunca más —le dijo Emily Jesse al pájaro, con un humor un tanto negro, y metió los dedos en su bolsita de cuero para darle otra tajada. Él se dio la vuelta sigilosamente, guiñando los ojos para ver mejor, y abrió el pico. El trozo de carne, asada pero cruda y roja en los bordes, y con una resbaladiza franja de grasa, desapareció, volvió a salir, fue nuevamente colocado y luego engullido de golpe. Emily observó cómo empujaban los músculos de la garganta. El pájaro se sacudió y la miró, a la espera de más comida.

—Tienes unas garras terribles, feroces y curvas —le dijo Emily, a la vez que le tocaba la cabeza con un dedo—. Has dejado tus señales en todas las sillas decentes de esta casa. No tienes ninguna virtud. Tú y yo estamos viejos, y correosos, y gastados.

Los habían educado para que fueran generosos de espíritu. El resentimiento no era noble, y Emily esperaba no tenerlo. Pero nunca acababa de darle completamente igual el modo en que el duelo de Alfred había sobrepasado el suyo. No sólo lo había sobrepasado, se decía a sí misma en momentos de cruda franqueza, lo había anulado y negado. Había sido ella, Emily, la que se desmayó; ella, Emily, la que vivió encarcelada, sepultada en su dolor, durante un año; ella, Emily, la que hizo llorar a todos los presentes al hacer su aparición vestida de negro, con aquella rosa blanca en el pelo, como le gustaba a él verla. Alfred no había asistido al funeral, y empezó a escribir de nuevo, y a ocuparse de su vida, mientras ella yacía en su lecho de dolor y de agonía. Recordaba su cara entre las almohadas mojadas, con las plumas del relleno empapadas a través del algodón. Recordaba sus párpados hinchados, su sueño intranquilo, y los terribles despertares que la enfrentaban a la verdad de la pérdida. Su pesar por el pobre Arthur, su mente brillante, sus jóvenes huesos, sus discursos y su necesidad física de ella se había confundido con su propio terror a su futuro ahora vacío; y eso la avergonzaba, trataba de rechazar esos pensamientos, con tanta fuerza que regresaban todos juntos en momentos de vaga conciencia, en despertares somnolientos, o cuando abría de repente los ojos a medianoche, a la espectral luz de la luna.

El Somersby soñado de Alfred, el visitado jardín del paraíso de Arthur, su bosque silvestre, y el hogar de la familia, con sus risas y sus cantos, dependían de su presencia; dependían, en cierta forma, de que ellos lo creasen. Era diferente (había sido diferente antes de Arthur, y fue diferente otra vez tras su muerte, en los largos meses de invierno) para una joven que no tenía ninguna oportunidad de viajar, ninguna ocupación, ningún motivo de alegría, más que esperar la llegada de un

marido o llorar a un amante muerto. Había querido salir de allí, y como a cualquier mujer (una criatura contradictoria) le había dado horror salir de allí; así que, cuando por fin los Tennyson se decidieron a hacer una visita familiar, fueron Alfred y *Mary* los que se acercaron hasta Wimpole Street, mientras ella, la elegida, se sumía en las profundidades de Somersby, en una agonía de terror a relacionarse socialmente por sus vestidos impresentables y su acento del Lincolnshire, y en una auténtica agonía física de dolores de hígado y de falta de riego sanguíneo que la hicieron yacer en un nido de sábanas y colchas, templada con piedras calientes y alimentada con deliciosos sorbos de coñac con agua, mientras leía a Keats además de los libros que Arthur le había enviado: *Ondina*, a quien él le había dicho que se parecía, y la *Emma* de la señorita Austen. «Un libro muy femenino; no frunza el ceño, señorita Fytche, lo digo como un cumplido; nadie más que una mujer o una dama podría poseer ese tacto para la observación minuciosa, y ese sarcasmo tan sutil.» Se había encontrado tan mal, todos aquellos años de su juventud... Le escribía unas cartas tan patéticas y suplicantes al Viejo de los Wolds^[23], el déspota de su abuelo, que había desheredado a su padre pero que era su fuente de dinero... En ellas le rogaba que le proporcionase el dinero necesario para irse al continente o a algún balneario, donde se le aliviaran los síntomas, y un poco de alegre compañía iluminase su negra desesperación. Pero él se había mostrado inflexible, y ella se quedó en Somersby, su amada prisión. Sus dolores habían sido bastante reales. Se imaginaba a sí misma, mientras yacía enroscada sobre su propio vientre, tierno e hinchado, como a un Prometeo femenino, cuyo hígado fuese regularmente desgarrado por una enorme y oscura ave rapaz. Consumía su vida. Apenas conseguía salir a pasear; una especie de vértigo la asaltaba en el césped, como si una nube de alas revolotease alrededor de su cabeza, batiendo y canturreando en sus oídos, y haciendo que el aire que tenía ante sus ojos zumbara y ondease. Se acordaba, medio siglo después, de cómo se quedaba allí parada, tambaleándose, y cómo desandaba a tientas el camino hacia la seguridad de su lecho y del reducido y tenue resplandor de su ventana. Arthur le había ofrecido una salida de todo aquello, deseada a medias, y a medias temida, y había criticado su debilidad carta tras carta, a la vez que se interesaba por su salud, y la instaba a crecer mejor, más fuerte, más ingeniosa, más alegre, más segura de sí misma.

Y por lo tanto, Emily, y también porque mi amor por ti es parte de mi religión, ningún defecto que pueda descubrir en ti lo menguará, sino al contrario, lo estimulará y exaltará. Porque tus defectos, que se derivan de una sensibilidad sobreexcitada, demasiado centrada en sí misma debido a las circunstancias, tienen en cierta forma la apariencia de virtudes, especialmente cuando van acompañados de la humildad de confesarlos y del esfuerzo de enmendarlos.

Su muerte, irónicamente, logró lo que no había conseguido su vida: la sacó de su

bosquecillo, y la llevó a relacionarse con la buena sociedad. El anciano señor Hallam la había recibido cortésmente en su casa. La hermana de Arthur, Hellen, se había hecho amiga suya, y para ella escribió, con una soltura y una agudeza nuevas y deliciosas, descripciones de aquel mundo suyo, tan poco poético.

Recuerda que, en esta parte del mundo, nunca se ven iconos tales como Wordsworth y Coleridge; prácticamente nunca viene a vernos nadie a nuestros negros Wolds, aparte de vientos poco afables que soplan sobre gente poco afable; algunas veces, en efecto, se ve a un decidido cazador cruzando velozmente el campo que hay al fondo del jardín, pero estos seres ansiosos que se dedican a quitar la vida, convendrás conmigo, son peores que nada.

Hasta negó la existencia del ruiseñor y su eterno preámbulo en el bosquecillo, al menos en Somersby.

¿Aún no han iniciado los ruiseñores sus trinos? Estás equivocada al creer que hay algunos en Somersby, en la vida hemos visto semejantes pájaros. Hace mucho tiempo, en realidad, vino uno en solitario hasta Lincoln y gorjeó una temporada en el jardín de un pobre hombre. Por supuesto, acudieron multitudes a verlo y a oírlo. Al hombre, que enseguida se dio cuenta de que le estaban pisoteando completamente sus verduras («Sembraba una col, y cuando crecía, / ¡siempre la cortaba para cocerla!»), le sobraba brutalidad como para disparar contra el aventurero pájaro cantor. ¡El muy patán, poco amigo de músicas! ¿Qué significan todas las coles del mundo comparadas con un ruiseñor?

Fue capaz de reírse un poco con Emily, como no lo había hecho, por miedo, por amor, por humildad, con Arthur. Brilló un poco, dócilmente, consciente en todo momento de su gran dolor, en las cenas de los Hallam, donde una noche el teniente Jesse, alto y joven, se fijó en ella. Había llorado la muerte de Arthur nueve años, pensaba Emily. Había conocido a Arthur vivo durante cuatro años, de los que no había pasado más que unas cuantas semanas en su compañía. *Había llorado su muerte nueve años*. Esperaba que los Hallam lo comprendieran, que fuesen amables; no podía pretender, sabiendo lo profundo que era su dolor y cómo habían concentrado sus esperanzas perdidas en Arthur, que se alegraran precisamente. Se mostraron, si no todos, al menos el anciano señor Hallam, benévolo de una manera muy correcta, muy cortés: le siguieron suministrando su dinero, en el que ella se había acostumbrado confusamente a pensar como en su independencia; no cortaron la relación, aunque sabía que Julia, por lo menos, hablaba mal de ella a sus espaldas (como si yo fuese una *coqueta sin corazón*, o peor aún, una *mujer comprada*,

afirmaba la Emily indómita cuando en algún momento dominaba sobre la sumisa). Las relaciones se enfriaron, hasta se agriaron. Hablaba poco, y nunca de algo que concerniese a los Tennyson, en ocasiones en las que otras veces hubiese hecho alguna broma discreta que habría sido aceptada. Se había dejado atrapar, y sostener, por su cariño pesaroso; y se sentía atrapada, y asfixiada, por su desaprobación silenciosa e implacable.

Tenía ánimos suficientes, pensaba, como para lidiar con los Hallam, al menos haciéndolos desaparecer de vez en cuando de su mente, como si nunca hubieran existido. Desde su matrimonio, había viajado, había estado en París durante los alborotos de la Comuna, había recorrido los Apeninos y visto a los Browning en su casa de Florencia. Se había mezclado en Londres con todo tipo de gente, y si decidía resultar un poco excéntrica, lo hacía, a su juicio, con una especie de encanto distante. Podía hacer que la gente se riera, y hablaba con los espíritus. Pero no tenía ánimos suficientes, pensaba en sus horas bajas, para soportar ciertas heridas, ciertos dolores indescriptibles, infligidos por la obra maestra de Alfred y su monumento a Arthur, *In memoriam*, que ella admiraba e idolatraba, vive Dios, tanto como cualquier otra persona, porque expresaba exactamente el carácter de su propio trauma y de su propia pena, la estructura misma del dolor y su lento proceso, las transformaciones y transmutaciones del pesar como la podredumbre en el mantillo de tierra, como raíces y otras cosas ciegas revolviéndose en la tumba. También expresaba otras cosas: el deseo de que los muertos estuviesen presentes, una mano a la que asirse, el brillo de un ojo, la voz, los pensamientos enunciados y los silenciados. Convertía en un mundo infinito los límites del césped de la vicaría y del horizonte plano del Lincolnshire, ya fuera por tierra o por mar. Se dirigía a Dios y expresaba duda y terror respecto a Sus propósitos. Se abría camino a tientas en la espesura de las fibras de su corazón y reptaba por su sangre, «una masa de nervios sin conciencia», que era lo que había temido seguir siendo.

Pero Alfred había vivido con su pesar, y trabajado sobre él, durante otros ocho años más, después de esos nueve. Ella se casó con Richard en 1842 y dio por finalizado su duelo. Alfred había sufrido y escrito, trabajado y meditado, desde el día de aquella carta terrible hasta casi el día de su propia boda, poniendo fin a su soledad en 1850, y sacando a la luz *In memoriam* ese año, sin el nombre del autor en la portada: un libro para Arthur, *In memoriam A. H. H.* Alfred le era fiel, y ella no. Se había deshecho de ella el día de su boda, tan callado y tan reservado como siempre, refunfuñando un poco como solía hacer; y había seguido escribiendo aquellos poemitas escalofriantes y terribles, donde se hablaba de la pérdida, de la derrota, de una nostalgia imposible de apaciguar.

Ella creía que en aquel poema se la acusaba. Al principio no lo había leído, como hizo después, del modo en que la esposa, el hijo, el amigo o el enemigo de un novelista hojea rápidamente las páginas de sus últimas historias buscando rastros de su propia existencia, cualquier cosa desde un cuello de encaje hasta un defecto

secreto de su personalidad que creían haber sido capaces de suprimir o de disimular. Lo había leído con amor y con lágrimas, tal como leía la poesía de Alfred, lágrimas por Arthur, lágrimas por su belleza deslumbrante. Las jóvenes habían tenido una sociedad poética secreta en los tiempos de Somersby, denominada Las Cascarillas; «descascarillaban» el grano de la poesía en apasionados debates, leían la poesía «sensual» que les recomendaban Alfred y Arthur; el propio Arthur reclamaba la recuperación de aquella palabra tan útil en el idioma inglés. Keats, Shelley, Alfred Tennyson. El término que expresaba su aprobación en grado sumo era «endiablado», con lo que querían decir «conmover», inquietante, apasionado. Emily Jesse se preguntaba a veces (como no lo había hecho la tímida Emily Tennyson) qué había tomado posesión de ellas para que eligieran un nombre tan seco y tan carente de vida: la cápsula como de papel que envolvía el grano maduro. Habían leído con amor, y así lo había leído ella también, y aún podía leerlo, *In memoriam*. Sabía que era, y lo decía a menudo, el poema más importante de su época. Y sin embargo, pensaba en sus ataques de furia privada, *In memoriam* apuntaba un dardo abrasador a su propio corazón, luchaba por aniquilarla, y ella *sentía* ese dolor, y no podía hablarle a nadie de él.

Su pequeño espectro aparecía de vez en cuando en el poema. Se veía a sí misma enseguida, en el sexto poemita, el poema del marinero ahogado, donde Alfred comparaba su propia espera por el regreso de Arthur con una muchacha, «una paloma dócil e inconsciente». «¡Pobre muchacha que esperaba por tu amor!», que elegía una cinta o una rosa para complacerle, y volvía hasta el espejo para «colocarse bien un rizo», mientras que en ese mismo momento su futuro señor

se ahogaba al atravesar un vado,
se mataba al caerse del caballo.

Ay, ¿pero de ella cuál será el fin?
¿Y qué es lo que me queda a mí de bueno?
Para ella, la perpetua doncella,
para mí no habrá un segundo amigo.

Los rizos y la rosa eran suyos, aunque Alfred hubiera hecho que el pelo de la dócil paloma fuese rubio, en vez de azabache. Arthur había comparado en una ocasión su voz a la de la dama de *Comus* «que acaricia el plumón azabache de la oscuridad hasta que sonrío», y había acariciado sus rizos rebeldes mientras lo decía. Ella no había sido capaz de soportar la perpetua doncella, al margen de lo que Alfred hubiera supuesto o deseado. Y en cierta forma, que resultaba curiosa, aunque podía tratarse de discreción poética, el poema había convertido a Alfred en la viuda de Arthur, incluso aquí.

Dos compañeros de matrimonio;
y al contemplarlos pensé en ti
en la inmensidad y en el misterio,
y en mi espíritu como en su esposa.

Y

Mi corazón, aunque haya enviudado,
no se quedará amando lo que fue,
sino que busca latir a un tiempo
con otro que temple un pecho vivo.

Y

Las cenizas de él ya no las veré
hasta recorrer toda mi viudez.

Alfred había cogido a Arthur y lo había estrechado contra él, sangre con sangre, hueso con hueso, sin dejar sitio para ella. Era verdad que más adelante se hacía referencia a su amor y a su pérdida en el poema, pero aquello también resultaba doloroso, sumamente doloroso. Alfred había permitido que su fantasía imaginase el futuro de Arthur, los hijos de Arthur, los sobrinos de Alfred, en los que se mezclaba su sangre.

Tu sangre, amigo mío, y en parte la mía;
puesto que ya se iba aproximando el día
en el que deberías enlazar tu vida
a alguien de mi propia casa, y niños tuyos

habrían balbuceado «tío» en mis rodillas;
pero aquella hora férrea y despiadada
hizo un ciprés de su propia flor de azahar,
desconsuelo de la ilusión, tierra de ti.

Me parece cumplir sus mínimos deseos,
palmotear sus mejillas, llamarlos míos.
Veo brillar las caras que nunca nacieron
junto a ese fuego que jamás fue encendido.

Y estos niños que no habían nacido, con una energía terrible, la perseguían a ella y también a sus dos hijos verdaderos, quienes llevaban los nombres de los muertos: Eustace, el menor, por el hijo desaparecido de su tío Charles, y Arthur Hallam Jesse, el mayor, por Arthur. Pero no había sucedido lo que ella había esperado. Aquellas relucientes caritas de ángel nonatas brillaban más a los ojos del mundo (y a los suyos, en los malos momentos) que la pobre carita, mundana e inquieta, de Arthur Hallam

Jesse, a pesar de lo guapo que era. Constituía una molesta prueba viviente del fracaso de su perpetua doncellez, y ella misma no se sentía cómoda con él y sabía que él lo sabía, que le parecía fría. En el poema de Alfred no había lugar para Arthur Hallam Jesse, aunque terminase con la celebración de una boda, con una ambigua afirmación del poder de la vida sobre la muerte, una invocación a una nueva alma para que «saliese de la inmensidad / y amoldase su ser a unos límites». Alfred había pasado por alto su inoportuno matrimonio para celebrar el de su hermana Cecilia con Edmund Lashington, un amigo suyo y de Arthur, perteneciente a los Apóstoles,

digno, lleno de fuerza, también gentil; tolerante, destacado, consecuente; llevando todo ese peso del saber sin esfuerzo, como una flor.

Las palabras de Alfred los habían unido a ella y Arthur brevemente también aquí:

Ni he sentido tanta felicidad desde que él me confesó que amaba a una hija de nuestro hogar; ni tenido desde aquel día oscuro un día así.

No sólo no podía haber celebrado el día de su boda, que había tenido lugar unos meses antes que la de Cecilia, con una rotundidad y una perfección semejantes, sino que, de alguna manera, se las había arreglado para anularlo completamente, como si nunca hubiera existido, como si *aquellas* promesas nunca se hubieran hecho, ni se hubiesen engendrado *aquellos* niños en los que el alma de A. H. H. habría encontrado posiblemente un hogar nuevo y adecuado.

Ahora aguardando a que la hagan esposa,
sus pies, querido mío, sobre los muertos;
tristes lápidas rondando su cabeza,
y las palabras más vivas de esta vida

susurradas en su oído. Puesto está
el anillo, respondido el «¿Quieres...?» y
el «¿Quieres...?» preguntado, hasta que de dos
su dulce «Sí, quiero» os ha hecho uno.

...

Ni considerarme del todo culpable
si me figuro a un invitado más quieto
por ventura, si acaso, entre los demás,
y, aunque en silencio, dando la enhorabuena.

Ella también quería a Cecilia. Los desaparecidos hijos de Cecilia se acercaban desde el mundo de los espíritus a través de las voces de Sophy Sheekhy y la señora Papagay. El matrimonio de Cecilia había sido feliz, pero el niño, Edmund, el hijo a quien se invitaba a existir en el poema, había muerto hacía mucho tiempo, a los trece años, seguido de sus dos hermanas, Emily y Lucy, a los diecinueve y los veintiuno, durante aquellos años tan largos. Pero hasta Cecilia, la buena de Cecilia, la convencional Cecilia, no había conseguido querer a Richard, y alguien la oyó expresar su temor, tras una de las visitas de él, de que se convirtiera en un «cliente fijo». Así como el Richard marinero carecía de miedo de una forma sorprendentemente ingenua, el Richard que se movía en sociedad carecía, de la misma forma sorprendentemente ingenua, de conciencia sobre los sentimientos de los demás, sobre su irritabilidad o su reserva. Hablaba sin parar, diciendo lo que pensaba, lo que sentía, como si todo el mundo viviera confortablemente en un espacio abierto, claro y uniformemente iluminado, donde las cosas fuesen exactamente lo que parecían ser, cosa que a la gente la volvía loca. O eso sacaba Emily en conclusión cuando le daba por ahí. La mayoría de las veces no lo hacía. Se encerraba en su aura particular, aquella mezcla de excentricidad, de tragedia persistente y de excesivas atenciones con Pug y Aarón.

Si no hubiese sido por la inconsciencia y la temeridad de Richard, la perpetua doncellez muy bien podría haber sido su destino y su futuro, y la habrían mimado y santificado. No se había *enamorado* de Richard de golpe, como le había sucedido en cierto sentido con el luminoso Arthur en el Bosque Encantado. Arthur la comparaba con «una flor trémula, o un ser, como la propia Ondina, compuesto de elementos más sutiles que la tierra común». Richard se había sentado frente a ella en el comedor artesonado y oscuro de los Hallam, como un joven convertido en piedra por un genio, los pesados cubiertos de plata en suspenso entre la boca y su pollo estofado, y la mirada abstraída, como si estuviese intentando, le contó ella después, resolver una ecuación muy difícil. Alguien dijo:

—¿Qué es lo que le llama tanto la atención?

Y él contestó tranquilamente:

—Estaba pensando lo guapa y llena de vida que parece la señorita Tennyson a la luz de la velas. Nunca había visto una cara más interesante.

—Menudo cumplido... —dijo la misma persona. Se trataba de Julia Hallam, y lo dijo con unas gotitas de limón, pensó Emily al recordar cómo había bajado los ojos y se había quedado mirando su pollo, preguntándose si se habría sonreído demasiado abiertamente, o si habría ido demasiado lejos de alguna manera.

—No es un *cumplido* —insistió Richard—. Es lo que pienso. Lo que pienso de verdad. No tengo por costumbre hacer cumplidos.

Y recuperó su actitud contemplativa, siguió haciendo oídos sordos a las risas de

sus compañeros de mesa, así que se le enfrió completamente el pollo, y los demás invitados tuvieron que esperar a que terminara. Más tarde, Ellen y Julia habían interrogado a Emily aquella noche: «Querida, ¿has *conquistado* a ese guardia marina papanatas?», y Emily se había reído con ellas, y les había contestado que no entraba en sus planes hacer conquistas. Pero le gustaba Richard porque la admiraba, ¿cómo no iba a gustarle?, incluso aunque su admiración la azorase. Un día se habían llevado una alegría cuando apareció detrás de ella en Wimpole Street, y se puso a caminar a su lado, mientras charlaba tranquilamente sobre las dificultades de la vida en Londres comparado con su hogar en Devonshire, y la cogió del codo con una mano grande y firme, para acabar diciendo, cuando se separaron en la puerta de la biblioteca circulante, que era adonde ella iba:

—No era mi intención incomodarla en la cena, señorita Tennyson. De veras que no. Dije lo que se me vino a la cabeza. Siempre lo hago, no sabe la de problemas que me da en la vida; siempre ando metido en líos o saliendo de embrollos en los que no me hacía ninguna falta haberme metido, pero era cierto lo que dije, la admiro profundamente, y no se crea que voy por ahí halagando a las damas. No veo muchas y, si he de decirle la verdad, nunca me había interesado ninguna. Pero usted sí. Usted me interesa.

—Gracias, señor Jesse.

—No, no se ande con remilgos ni se sienta confusa, no quería ponerla en un aprieto. Me pregunto por qué las cosas más sencillas son siempre tan complicadas. Simplemente quería decirle que admiro cómo ha superado su enorme dolor...

—Me temo que no lo he superado, ni lo superaré.

—No quería decir *superado* exactamente, no es la palabra adecuada, sino lo viva que está, y lo *vital* que es, señorita Tennyson, es todo un estímulo.

—Gracias.

—Me parece que no me entiende. No quería hablar tanto tan pronto, pero me embalo, como el viento del norte, y no puedo parar. ¿No ha sentido nunca que alguien *tenía que ver con usted* en cuanto lo vio? Así de simple, tal cual: que por todas partes hay personas con la nariz como un pegote de masa y los ojos como pasas, y otras como bustos romanos, ya sabe, y entonces de repente ve usted una cara que está *viva* (para usted), y sabe que tiene que ver con ella, que esa persona es parte de su vida, ¿ha sentido eso alguna vez?

—En una ocasión —dijo Emily—. Creo que en una ocasión.

¿Lo había sentido? Estaban parados en la calle y se miraban el uno al otro. Richard arrugó su frente suave y afable, en su confuso intento de compartir con ella lo que para él estaba perfectamente claro. Hizo un movimiento extraño con los brazos, mitad saludo, mitad prelude de un abrazo, y se apartó.

—La estoy agobiando, señorita Tennyson, me voy, espero que podamos hablar más adelante y que mi torpeza no le sirva de excusa para rechazarme. Si estoy en lo cierto, tenemos cosas que decirnos, y si no, la cosa quedará muy clara; nada de

rencores, ¿eh? Así que por el momento me despido de usted, señorita Tennyson. Ha sido un placer.

Y se alejó a grandes zancadas, muy rápido, por la calle, dejándola sin saber si echarse a reír o a llorar.

Había insistido en cortejarla resueltamente y, al parecer, sin ningún temor al ridículo. Acompañaba a la señorita Tennyson a museos y parques; se sentaba, demasiado grandón para su silla y bastante torpe con las tacitas de porcelana, a escuchar cómo los Hallam discutían lo que Arthur habría sido, asintiendo sabiamente y mirando fijamente a Emily. Por lo que se refería a Emily, le devolvía la mirada entre sus rizos aún lustrosos y abundantes. Ellen y Julia decían de aquella cara alargada que era necia y estúpidamente afable. A Emily la impresionaba fundamentalmente su bondad. Parecía que no había maldad en Richard Jesse, lo que hacía que las burlas de otras personas respecto a él le pareciesen crueles y desproporcionadas. También se dio cuenta, al mirarlo bien, que había partes de él que le gustaban de una manera *física* de la que no era decente hablar. Tenía unas hermosas cejas. Y la boca tenía una forma bonita. Su espalda amplia y las piernas largas y fibrosas eran elegantes y *fuertes*. También tenían algo de fuerte aquellas manos que hacían repiquetear las tacitas en los platillos, pero que sin duda serían distintas (había empezado a tratar de imaginarse su vida) con los cabos en una ventisca. Se dijo a sí misma que era un hombre de acción, no de palabras, a pesar del flujo constante y uniforme de su verborrea, y lo comparó con los héroes navales de la señorita Austen. Arthur le había enviado *Emma*, que le gustaba, pero su novela secreta favorita entre las de la señorita Austen era *Persuasión*, la historia de una mujer que ya no estaba en su primera juventud, relegada como una vieja solterona, que amaba a un capitán de mar, y confesaba: «El único privilegio que reclamo para mi propio sexo (no es muy envidiable; no hay que codiciarlo) es el de amar el mayor tiempo posible, cuando la existencia o la esperanza se han agotado.»

Se le declaró en la casa de los Hallam, sin pensar en que podía ser una falta de delicadeza elegir un terreno que Arthur podría haber pisado, o dirigirse a una dama que estaba sentada en una butaca de cuero oscuro en la que Arthur tal vez se habría sentado. Los libros de historia del anciano señor Hallam se cernían sobre ellos, polvorientos, correosos y oscuros. Una luz glacial entraba desde la calle, la «larga y desagradable» Wimpole Street de Alfred, donde había esperado con el corazón en un puño «la mano que no podré estrechar nunca más». Richard acercó su sillón al de Emily, haciendo un ruido chirriante contra el suelo barnizado. Ella juntó las manos sobre la rodilla, sintiendo que el anillo de Arthur le cortaba los dedos.

—Tengo que preguntarle una cosa —dijo Richard Jesse—. No me resulta fácil verla a solas, y me agobia la idea de que las mujeres de la casa pueden volver en cualquier momento. Así que seré breve; no se ría, soy capaz de ser breve cuando se

trata de una cuestión en la que hay que actuar urgentemente, puedo ser muy rápido cuando un barco está encallando o cuando se aproxima una tormenta...

—Una metáfora curiosa... —dijo la señorita Tennyson, mirando hacia él con la cabeza de lado—. ¿Estamos encallando o corremos peligro de naufragar?

—Espero que no. Pero sigo con lo que estaba diciendo. Ya *sabe* lo que tengo que decirle, ¿verdad? Quiero pedirle que sea mi esposa. No, no se dé prisa en contestarme. Yo también sé lo que *usted* tiene que decirme. Pero creo de verás que podría ser feliz conmigo. Y sé que a mí me sucedería lo mismo con usted. *No* es una persona fácil de tratar, permítame que le diga; se mueve por impulsos y su vida está llena de pequeños dramas, y no creo que tenga usted demasiado sentido común, si he de serle sincero, pero creo que nos llevaríamos bien, ¿sabe? Me parece que cada uno de nosotros somos lo que el otro necesita. Si es que un miembro de la familia Tennyson puede soportar escuchar una propuesta de alguien que puede declararse de una forma tan torpe, tan *maladroit* —dijo al tratar de buscar una palabra mejor. Ella abrió la boca—. No, no diga nada. Sé que va a decirme que no, y *no lo puedo soportar*. Piénselo, por favor, medítelo; piénselo y verá que sería perfecto. Por favor, señorita Tennyson, *piense en mí*.

Emily estaba emocionada. Tenía preparado un discursito, sincero en la medida en que se le había ocurrido, sobre cómo un gran amor lo consume a uno del todo, con una cita de Donne incluida: «Pero tras un amor así, ya no se puede amar.» Ella lo creía así. Lo creía de verdad. Richard Jesse le puso una mano grande sobre las suyas, y un dedo de la otra sobre los labios.

—No diga nada —dijo.

No podía alzar las manos para apartar su dedo. Cuando intentó mover los labios para hablar, se encontró besando en cierta forma aquel índice tan largo. Abrió los ojos lo más que pudo y se quedó mirando fijamente los de él, intensos, azules, decididos. Quería decir: «Parece usted un pirata abordando un bergantín», pero no podía hablar. Negó enérgicamente con la cabeza, enfadada. El pelo le rozó, sedoso, los hombros. Él le cogió una trenza, con aquella mano injuriosa.

—Precioso —dijo—. El más bonito que he visto en mi vida.

—Es usted un tonto —dijo Emily, conmovida y alterada—. Tengo más de treinta años. No soy ninguna jovencita. Ya se me ha pasado la edad de amar. Me he resignado a mi vida de soltera. Soy... soy incapaz de sentir.

—Pues a mí no me lo parece.

—Todos estos años... me he sentido como una *pedra*. Estoy agotada de tanto sentir. No quiero volver a sentir nada.

—Pues yo no opino lo mismo. Sé que no es usted una jovencita. Es mayor que yo, eso lo sabemos los dos, no hace falta que nos andemos por las ramas. Las jovencitas son aburridas, son unas cositas burbujeantes como la espuma, llenas de aspavientos y de ideas románticas. Mientras que usted es una mujer real, señorita Tennyson. Debería casarse. No está usted hecha para ser una tía solterona, lo sé; la he

observado siempre con tanta atención... Sé que le parece que *debería* ser así, pero no había pensado en mí, ¿no es cierto? No *me* esperaba, ¿verdad?

—No —dijo Emily con un hilo de voz—. No le esperaba.

Algo negro y cruel en su interior quería pinchar su precaria confianza en sí mismo, derribarlo de un tortazo, hacer daño. Y otra cosa diferente quería hacerle feliz, defenderlo de semejante brutalidad, de la que parecía tan alegremente inconsciente.

—Mi corazón, señor Jesse —dijo—, quedó sellado para siempre cuando Arthur murió. Lo amé totalmente y lo perdí. Ésa es mi historia. No puede haber más, ni para mí ni para él.

—No me importa que lo haya amado —dijo Richard Jesse—. Si lo amó tanto, eso sólo demuestra que puede usted amar mucho y ser fiel; igual que sé que puedo hacerlo *yo*, aunque aún no se me haya puesto a prueba. No nos olvidaremos de él, señorita Tennyson, si se casa conmigo; el amor puede durar. La admiro, de verdad que la admiro, por su profundidad y su constancia.

—A lo mejor sólo quiere casarse conmigo por eso, por *él*. Tal vez le parezco digna de lástima; sé que es usted bueno, lo sé perfectamente. No necesito que me salven.

—Maldita sea, no es un *salvamento*. ¿No se da cuenta? Si hiciera el favor de escucharme... Ya le *he explicado* que algo me dice que podríamos sentirnos a gusto juntos, y también me lo dicen el corazón y el hígado y mis terminaciones nerviosas. ¿Por qué no consigo hacerle entender la pura verdad?

Se quedó callada.

—Tengo tantas ganas de abrazarla —dijo él—. Sé que podría hacerla *sentir* que lo que le digo estaría muy bien. Estas malditas butacas, y todos esos libros mohosos, no son lo más adecuado... Me gustaría poder pasear por la playa con usted, y escuchar a las gaviotas... Entonces, lo sentiría... Éste no es mi estado de ánimo habitual, no he dormido bien pensando en cómo iba a decirle todo esto... Esto que está resultando peor que una batalla.

—No puedo —dijo ella en un susurro.

—Si no puede, si está completamente segura de que no puede, repítalo y me iré ahora mismo, y no regresaré nunca, no volveré a verla en mi vida. ¿Me comprende? ¿Me cree? Lo digo de verdad. Si realmente es capaz de decirme que no va a poder, que no puede, que no quiere, me marcharé. Será muy duro, pero no querré volver a verla. ¿Me oye?

—No grite, señor Jesse. Van a venir a ver qué pasa.

—¿Qué importan los demás? —insistió él en su error. Emily, satisfecha en parte por su atrevimiento, se levantó de golpe, en lo que tal vez constituía el preámbulo de su despedida. Pero no dijo nada ni se fue a ninguna parte. Se quedó de pie, muda. Él dio un paso hacia ella (era incluso más alto que sus hermanos, y toda una belleza morena, como también lo eran ellos) y le puso aquellas manos grandes en los

hombros. Luego casi la levantó del suelo, para estrecharla contra su camisa y apoyar dulcemente su cara en la de ella. Sus manos y su piel le hablaban, la atraía como un imán; era fuerte como un árbol, un árbol en verano murmuró la poetisa que llevaba dentro, así que apoyó la cabeza en su hombro, y oyó cómo retumbaba y brincaba la sangre de los dos.

—Me está... asfixiando... No puedo respirar, señor Jesse. No puedo respirar.

—Respóndame *ahora*...

—Suélteme. No puedo resistirme a usted, por lo que veo. Suélteme. Devuélvame mi equilibrio.

—Me gustaría rugir como un león —dijo, lo bastante bajo—. Pero ya habrá tiempo de eso, ya haremos lo que nos dé la gana cuando estemos casados.

—No lo sé —dijo Emily, de nuevo en el suelo, con una prudencia repentina.

Evidentemente, no habían hecho lo que les había dado la gana, aunque hicieron muchas cosas juntos que ella nunca habría hecho en el papel de tía solterona y de mascota de los Hallam. Le parecía que había tenido en cuenta el efecto que su abandono iba a causar en los Hallam, pero no la consternación y la repulsa de los Tennyson, o de la buena sociedad. En sus peores sueños, aparecían todos formando un bloque en su contra, acusadores, heridos, enfadados. Y con ellos, surgía también en sus sueños una criatura aislada, la muchacha de negro con la rosa blanca en el pelo, como a él le gustaba verla. A lo largo de la vida, comprendía a veces Emily Jesse, a uno no sólo lo acompañan los difuntos queridos y acusadores, sino también el propio espectro, también acusador, también imposible de apaciguar.

IX

Sophy Sheekhy estaba frente a su espejo con su camisón blanco. Se miraba a sí misma, y ella misma se devolvía la mirada. El espejo de la cómoda de pino reflejaba el del bastidor que se encontraba junto a la puerta, de modo que se veía situada detrás de sí misma repetidas veces en una serie de umbrales verdiblanco que se adentraban en una infinitud menguante. Se llevó un dedo a la sombra violeta que había bajo sus ojos fijos, y sus dobles se tocaron simultáneamente sus pieles cristalinas. Se tocó los labios, se inclinó hacia adelante y echó el aliento contra el espejo, y todos sus rostros se empañaron a la vez: nubes blancogrisáceas coronadas por un pelo claro, del que se podría haber dicho que no tenía color, aunque habría sido una equivocación; era un pelo para el que no existía un término adecuado, no tenía nada que ver con los animales suaves como el ratón o la paloma, ni con las cosechas de maíz o de heno, ni tampoco con los metales como el oro o el bronce, y sin embargo era un pelo claro perfectamente identificable, corriente, arquetípico. Pero tantas no eran ninguna. Estaba en todas partes y en ningún sitio. Tenía la vista clavada en las pupilas de sus

ojos, de los ojos de Sophy Sheekhy, de todos aquellos ojos; en el aterciopelado punto negro donde no había nada, y no había nada realmente, allí no había nadie.

Una vez se había hipnotizado a sí misma de aquella forma, y la señora Papagay se la encontró rígida como una piedra, erguida y con la mirada fija, fría y húmeda al tacto. La señora Papagay la atrajo con sus cálidos brazos hacia su pecho generoso, le echó una colcha por encima, le dio un caldo cuando ella se despertó con un sobresalto y no podía decir dónde había estado. La señora Papagay tenía muy buen corazón, un corazón como un zorzal marrón acomodado en su nido acogedor. Había percibido su aleteo y regresado sin miedo. En su infancia había habido veces en que había provocado aquellas ausencias y tenido menos suerte. Tenía *maneras* de salirse de sí misma que de muy pequeña le parecían completamente naturales, asequibles a todo el mundo en el transcurso de la vida cotidiana; naturales como beber sorbos de agua o usar el orinal o lavarse las manos. Conteniendo la respiración de cierta forma, o arqueando el cuerpo sobre la cama y dejándolo caer otra vez, rápidamente, rítmicamente, podía conseguir una especie de Sophy voladora, que flotaba apaciblemente cerca del techo y observaba plácidamente la cascarilla, la pálida cascarilla inmóvil que había dejado atrás, con los labios entreabiertos y los párpados cerrados. Pero su madre, una mujer impaciente de manos rojas y bastas como ralladores de nuez moscada, la había traído de vuelta bruscamente abofeteándola y sacudiéndola, tras lo cual Sophy se había pasado por lo menos un mes vomitando, y casi se había muerto de inanición. Así que aprendió a tener cuidado, y a controlar sus salidas y sus retornos.

Tras ella, la habitación era ahora un puro rebullir, como si estuviese llena de pájaros. Era la fatiga que se agolpaba en sus oídos, eran alas blancas que vería si se daba la vuelta para mirar. Con el ojo de su mente veía palomas de ojos dorados, palomas por todas partes, palomas que se acicalaban las plumas sobre la cabecera de la cama y el alféizar. Veía sus patitas rosas, tan vulnerables, tan indefensas, tan rasposas, contoneándose y encogiéndose, abiertas y cerradas. Empezó a oír sus voces líquidas borboteando entre todo aquel frufrú. Si se daba la vuelta, la habitación tal vez estaría repleta de alas blancas. No sabía si creaba a las palomas con su expectativa, si sentía su presencia y las hacía visibles con su mente, o si las palomas estaban allí y simplemente daba la casualidad de que ella era capaz de verlas. A esas alturas sabía que no podía cambiarlas por papagayos, o por ostras, o por rosas, gracias a un esfuerzo de su voluntad. Eran independientes de ella, hablaban entre sí con sus diferentes zureos, consoladores, airados, jadeantes, amortiguados.

Se miró a los ojos y dijo, pero no a sí misma:

—¿Estás ahí? —Lo llamaba a menudo, y muchas veces lo había sentido en el cuarto, detrás de ella, a aquel joven ansioso y esquivo, como a las palomas, o a las otras criaturas que de cuando en cuando rondaban o se colaban o se paseaban por allí. No podía verlo, y él no hablaba, pero lo sentía allí. Le parecía que quería abrirse camino, que quería establecer comunicación empleando el lenguaje que ella había

aprendido desde que se dedicaba a aquel oficio. A veces creía que si le tuviera menos miedo, él habría acudido hacía tiempo. Se daba cuenta de que estaba muy lejos, y frío, y perdido, pero quizá no fuera así; tal vez un joven tan bueno, tan perfecto no estuviera frío y perdido, sino que supiera cómo ascender a los cielos que el señor Hawke describía tan lleno de razón. Ella quería ser útil, abrirle una puerta, pero él no acudía. Tan sólo una ráfaga de aire frío, un hueco entre las cálidas aves y sus pacíficas ocupaciones, que le hizo preguntar de nuevo:

—¿Estás ahí? —Y le pareció que le habían contestado afirmativamente.

También de niña había convocado a la gente. Convocaba a personajes de cuentos: al conmovedor príncipe ciego de Rapunzel, al pobre Abel asesinado de la Biblia, a un niño llamado Micky que había sido su mejor amigo hasta que conoció a la señora Papagay, y que se presentaba en cualquier estado: desde un perceptible aire de presencia, pasando por un imaginario niño agitanado de piel morena, hasta prácticamente un conocido de carne y hueso, que se sentaba en la cómoda y la zapateaba con los talones, cuya uña rota o cuyo labio arañado podía ver perfectamente de una semana para otra con sus propios ojos. Él simplemente estaba allí. Otras veces *casi* estaba, y ella doblaba su voluntad para hacerlo existir, le contaba cosas que parecía entender. Él no le contaba nada. En ocasiones sus esfuerzos para hacer aparecer a Micky u otras presencias deseadas atraían a inesperados visitantes no deseados. Una niña enfadada que no paraba de berrear y no había quien la consolara, una fría presencia masculina de una estatura imponente que quería tirar de ella, de Sophy, pero que no la podía ver, se daba cuenta, como ella podía verlo a él, con su barba azul de tres días y sus ojos saltones. Había habitantes de un mundo diferente al de los visitantes impasiblemente sólidos (sólo cinco o seis en total), como los parientes ahogados a los que había recibido en casa de su primera patrona, o la robusta matrona que buscaba desesperadamente un reloj perdido en el bosque de Crimond, o el chico del vendedor ambulante que le decía que echaba de menos a su caballo a pesar de que lo había matado a coces, porque el viejo Whitey no tenía la culpa, sino que se había vuelto loco del dolor que tenía en las cernejas. Que ella supiera, ninguno de estos espíritus corpóreos había asomado nunca la nariz en una sesión, donde a los visitantes se les hacía aparecer voluntariamente con su deseo común o se les entreveía gracias a su propio y vigoroso deseo de servirles de ayuda, o donde se aprehendía en parte a habitantes de otra dimensión (como la criatura-licorera de ojos ardientes de ese día; con mucho, la más real hasta el momento) pero que seguían sin ser tan sólidos como manzanas.

Sophy Sheekhy se peinaba el pelo y las palomas rebullían y zureaban. Tenía tantas ganas de encontrar al joven muerto para la señora Jesse... Y también quería encontrar al capitán Papagay para la señora Papagay, pero de alguna manera la misma fuerza de su deseo de ayudar los mantenía a distancia. Las criaturas, los espíritus, acudían atraídos por el descuido y la distracción, por el vacío mental, no por un esfuerzo de atención. Sin embargo, sentía que él no estaba lejos. Había un espacio

frío entre las palomas donde tal vez esperaba. No tenía ni idea de su aspecto, pero se lo imaginaba pálido, con rizos dorados, de frente despejada y rasgos marcados, y con una boca más bien griega. (Sabía lo del «saliente de Miguel Ángel» tanto por la señora Jesse como por *In memoriam*.) La señora Jesse había afirmado una vez que había detectado la forma de su espíritu en una fotografía que le habían sacado en Bristol, pero Sophy Sheekhy, que había estudiado detenidamente la borrosa figura con un sombrero de copa que aparecía tras los hombros cubiertos por una capa de la señora Jesse, no consiguió ver mucho más que una piel blanca como la tiza y unas cuencas como carbones oscuros. Podría haberse tratado de cualquiera, pensó Sophy Sheekhy, aunque la hermana de la señora Jesse, Mary, estaba de acuerdo en que tenía un extraño parecido con Arthur, en que su rostro y su postura se parecían extraordinariamente a lo que ella recordaba de él.

A veces podía provocar el necesario estado mental, vago y flotante, recitándose poesía a sí misma. No había leído mucha poesía antes de las reuniones en casa de la señora Jesse, pero allí se había aficionado a ella como un pato al agua, que era una metáfora muy apropiada, porque flotaba en ella, se zambullía y se chapuzaba en su vigorosa corriente, que le daba ánimos. Las sesiones, no sólo en casa de la señora Jesse, se abrían a menudo con evocaciones poéticas de los desaparecidos. Una de los poemas favoritos era *La Bienaventurada Damisela* de Dante Gabriel Rossetti. Era tan bonito y tan triste, convenía Sophy Sheekhy con otros lectores: el bendito ángel solitario y nostálgico, asomado a la barandilla del cielo, mientras a su alrededor las parejas de amantes se unían, felices, una vez enjugadas todas sus lágrimas: ángeles conyugales que eran dos en uno, como le gustaba señalar al señor Hawke, como si el señor Rossetti fuese swedenborgiano por pura intuición. La mente de Sophy Sheekhy era como un río, en las profundidades del cual unas corrientes fuertes e incontrolables fluían empujándolo todo, pero cuya superficie estaba festoneada y emplumada con las revueltas olitas del sentimentalismo femenino habitual. Contempló su propia cara en el espejo e imaginó el rostro de la Damisela, con su rosa blanca particular, regalo de María, el cabello rubio como el maíz, el pecho que templaba la barandilla a la que estaba asomada. Sophy Sheekhy podía ver a aquella muchacha apasionada en la adusta y cáustica señora Jesse, con sus manos apergaminadas y su cuello arrugado, aunque también percibía otras presencias, algo felino, algo parecido a unas tijeras. Pero lo que realmente la extasiaba, a veces literalmente, era la Damisela del poema de Rossetti. Eran las distancias. Él sabía algo que ella sabía también. Se quedó mirándose a los ojos en el espejo y recitó su *Casa celestial*.

Yace en el Cielo, a través del flujo
del éter, como un puente.

Debajo, las mareas del día y de la noche
con resplandor y oscuridad acordonan
la nada, hasta donde esta tierra

da vueltas como un mosquito inquieto.

A su alrededor, los amantes, de nuevo reunidos
en medio de los vítores al amor inmortal,
eternamente se decían entre ellos
sus nombres aprendidos de memoria;
y las almas que ascendían hacia Dios
pasaban junto a ella como tenues llamas.

...

Ahora el sol se había ido; la luna rizada
era como una plumita
que revolotease allí abajo en el abismo; y entonces
ella habló mediante el tiempo en calma.
Su voz era como la voz que tenían las estrellas
cuando cantaban todas juntas.

...

«Ojalá él ya hubiese venido hasta mí,
porque ha de venir», dijo.

Sophy Sheekhy estaba abrazada a sí misma y se balanceaba un poco, como un lirio sobre su tallo, como una serpiente frente al encantador, hacia adelante y hacia atrás, y el pelo se le levantaba y le resbalaba por los hombros. Hablaba bajito, con una voz pura y clara. Mientras lo hacía, veía las finas llamas, la luna rizada como una pluma, y sentía que se alejaba de sí misma dando vueltas como le sucedía a veces, igual que si hubiese acercado su enorme ojo al agujero de un gran calidoscopio donde su cara girase como una pizca de oropel entre copos ligeros como plumas, cristales de nieve, mundos. Se oyó decir a sí misma, como si se respondiese

«Él no vendrá», dijo ella.
Y gimió: «Estoy agotada,
Ojalá estuviese muerta.»

Ése era otro poema completamente distinto. Al recitarlo tuvo frío por todas partes. Se abrazó más fuerte a sí misma buscando consuelo, el pecho frío sobre la fría repisa de sus brazos, los deditos ceñidos a las costillas. Estaba segura, casi segura, de que alguna otra cosa alentaba entre las plumas flotantes que tenía detrás. Los poemas eran como voces que susurrasen al unísono. Sintió una punzada de dolor, como un

carámbano entre las costillas apretadas. De pronto oyó el tamborileo del granizo, o de la lluvia, en grandes ráfagas contra el cristal de la ventana, como semillas esparcidas. Percibió un peso repentino en la habitación, un espacio pesado, como el que uno siente al llamar a la puerta de una casa, sabiendo de antemano que está habitada, antes de que se oigan los pies en la escalera, o un crujido y un tintineo en el vestíbulo. Sabía que no debía mirar detrás de ella, y a sabiendas de eso empezó a tararear para sus adentros con aire somnoliento «La víspera de santa Inés» en toda su riqueza.

Se apagó la candela cuando ella entró corriendo,
se extinguió su humito a la luz de la luna.
Ella cerró la puerta, jadeó, igual en todo
a espíritus del aire, y a visiones inmensas;
no pronunció una sílaba, ni ningún «¡Ay de mí!».
No así su corazón; su corazón locuaz
se dolía elocuente en su suave costado,
como un ruiseñor mudo que hinchase su garganta
en vano, y muriese, sofocado, en su valle.

Fuera lo que fuera lo que estaba tras ella suspiró, y luego inspiró con dificultad. Sophy Sheekhy le dijo indecisa:

—Creo que estás ahí. Me gustaría verte.

—Puede que no te gustase lo que vieras —oyó, o le pareció que oía.

—¿Has sido tú?

—He dicho que puede que no te gustase lo que vieras.

—No tengo por costumbre que las cosas me gusten o me disgusten —se encontró diciendo.

Cogió su vela y la sostuvo frente al espejo, invadida aún por la supersticiosa sensación, como aquellas damas de los poemas, Madeline, la Dama de Shalott, de que no debía apartar la mirada del plano del cristal. La vela provocó un trémulo resplandor y cierta tenebrosidad en las profundidades, en las que le pareció ver algo moverse.

—No siempre podemos permitirnos esos lujos.

—Por favor... —le susurró al espejo.

Sintió cómo la acechaba cada vez más cerca. Escuchó las palabras del poema, dichas en un tono irónico, ligeramente cruel.

Se fundió con su sueño, al igual que la rosa
combina su fragancia con la de la violeta:
dulce solución...

Le tembló la mano, el rostro que había tras ella adquirió relieve y se condensó, se disipó y volvió a concentrarse, pero no era una cara pálida, sino veteada de morado, con unos ojos azules de mirada fija y unos labios finos y resecos sobre una barbilla temblorosa. Hubo una repentina ráfaga de olor, ni a rosas ni a violetas, sino a mantillo de tierra y a corrupción.

—¿Ves? —dijo aquella voz tenue y áspera—. Soy un muerto, ¿lo ves?

Sophy Sheekhy tomó aliento y se dio la vuelta. Vio su propia camita blanca, y una fila de palomas sobre el armazón de hierro forjado del lecho, que se arreglaban las plumas con el pico. Entrevió un momento a un loro, escarlata y azul, en el alféizar. Vio cristal oscuro y lo vio a él, que luchaba, o eso le pareció, por conservar su apariencia, aquella especie de sustancia, toda junta, en algo parecido a un terco desafío.

Supo inmediatamente que aquél era el hombre. No porque lo reconociera, sino por no hacerlo, y sin embargo cuadraba con las distintas descripciones: los rizos, la boca fina, el saliente de la frente. Llevaba una camisa antigua de cuello alto, pasada de moda cuando la madre de Sophy era una niña, y pantalones de montar manchados. Se quedó allí de pie, trémulo y taciturno. Su temblor no era exactamente humano. Hacía que su cuerpo se hinchara y se contrajera, como si primero aspirasen su forma y luego la soplaran otra vez. Sophy dio unos cuantos pasos hacia él. Vio que tenía las cejas y las pestañas rebozadas de barro.

—Soy un muerto —volvió a decir él.

Se apartó de ella, caminando como alguien que se acostumbra a andar tras una larga enfermedad, y se sentó en el repecho de la ventana, desplazando así a unos cuantos pájaros blancos que salieron aleteando y se volvieron a instalar al pie de las cortinas. Sophy le siguió, y se quedó de pie estudiándolo. Era muy joven. Los que lo habían amado en esta tierra aguardaban su venida como si se tratase de algún dios sabio desaparecido anteriormente, pero este joven era más joven que ella misma, y parecía que estaba al borde del agotamiento más absoluto a juzgar por su estado. Le habían contado, en la Iglesia de la Nueva Jerusalén, los encuentros que había tenido Swedenborg con los recién fallecidos, quienes se negaban a creer que estuviesen muertos y asistían a sus propios funerales con indignado interés. Más tarde, decía Swedenborg, los muertos, que se llevaban consigo al otro mundo los afectos y las mentalidades del espacio terrestre, tenían que encontrar su verdadera identidad y sus verdaderos compañeros, sus compañeros adecuados, entre los espíritus y los ángeles. Tenían que aprender que estaban muertos, y luego proseguir.

—¿Cómo te va? —dijo ella—. ¿En qué estado te encuentras?

—Tal como me ves. Desconcertado e impotente.

—Se te llora mucho, se te echa mucho de menos. Más que a ningún ser que yo conozca.

Un espasmo de angustia hizo que aquella cara roja y sombría se retorciera, y Sophy Sheekhy sintió de repente en su sangre y en sus huesos que aquellos llantos

por su muerte le resultaban muy dolorosos. Le deprimían, lo arrastraban hacia atrás o hacia abajo. Movi6 su pesada lengua dentro de la boca, falto de costumbre.

—Camino. Entre dos mundos. Fuera de uno. No te lo puedo explicar. No formo parte de nada. Impotente y desconcertado —añadi6, r6pido y claro, como si 6sas fueran palabras que conociese, que hubiese domeñado tenazmente en el interior de su mente durante aquellos largos a~os que a 6l, claro, no le parecerían a~os. «Miles de siglos, a tus ojos, no son m6s que un instante que pas6.» Le habl6 de todo coraz6n.

—Eres tan *joven*...

—Soy joven, y estoy muerto.

—Y no se te olvida.

De nuevo, la misma contracci6n de dolor.

—Pero estoy solo. —Pura autocompasid6n de un joven.

—Me gustarí a ayudarte si pudiera.

Parecía que lo que necesitaba era ayuda.

—Abrazame —dijo—. Supongo... que no puedes. Tengo frío. Est6 oscuro. Abrazame.

Sophy Sheekhy se qued6 blanca.

—No puedes.

—SÍ que puedo.

Se ech6 en la cama blanca, y 6l se acerc6 hasta ella, dando aquellos pasos vacilantes y defectuosos, y se tendi6 a su lado, y ella acun6 su cabeza y su hedor en su frío seno. Cerr6 los ojos, para poder soportarlo mejor, y sinti6 su peso, el peso, m6s o menos, de un hombre vivo, pero de un hombre que no respirara, un hombre inerte como un trozo de carne. Tal vez ese peso la mataría, pens6 Sophy Sheekhy, mientras las ondas de la superficie de su mente se alejaban encrespadas del centro de aquella charca oscura en un ataque de terror. Pero las profundidades de la charca la sostenían, a ella y tambi6n a 6l, a Sophy Sheekhy y al joven muerto. Bes6 sus rizos rubios con sus labios ateridos, delicadamente. ¿Podía percibir 6l ese beso? ¿Podía reanimarlo?

—Quédate quieto —le dijo, como habría hecho con un ni~o rebelde.

6l le puso una especie de mano en el hombro, donde le quem6 como el hielo.

—Dime... algo.

—¿Qué? ¿Qué te voy a decir?

—Tu nombre. Algo de John Keats.

—Mi nombre es Sophy Sheekhy. Puedo... puedo recitarte la «Oda a un ruiseñor», si te apetece...

—Dila, sí.

«Me duele el coraz6n, y un torpor soporífero embota mis sentidos, cual si hubiese bebido cicuta o hasta las heces apurado un turbio opiáceo

hace un instante, hundiéndome camino del Leteo.»

—Lo conocía —dijo él—. El poderoso principio del amor a lo bello. Ahora me acuerdo. Recuperé una palabra para él: sensual. Mi palabra. No sexual. Sensual. —Su voz ronca desfalleció y luego recobró su fuerza—. «Por una vida de sensaciones más que de pensamientos.» Las dos cosas han desaparecido, ¿me oyes?, desaparecido. Sophy Sheekhy. Pistis Sophia. Los poemas son los espectros de las sensaciones, Pistis Sophia, los espectros de los pensamientos, asaltan la mente, querida, y también son pensamientos y sensaciones, las dos cosas a la vez. Tu pecho me da calor, Pistis Sophia, como a una serpiente helada. Fue Pistis Sophia, decían los gnósticos, la que introdujo la primera serpiente en el paraíso.

—¿Quién es Pistis Sophia?

—Pues el Ángel del Jardín, querida, anterior al Hombre. El poderoso principio del amor a lo bello. Eran jóvenes, Keats y Shelley. Les tengo cariño, eran tan jóvenes... Di más cosas. Escucho entre las sombras...

«Escucho entre las sombras; y ya que tantas veces
casi me he enamorado de la plácida muerte,
dándole dulces nombres en versos meditados,
para alzar en el aire mi reposado aliento,
¡ahora más que nunca morir parece hermoso,
cesar a medianoche sin sufrimiento alguno,
mientras se está vertiendo el alma al exterior
en semejante éxtasis!
Aun así cantarías, vanos ya mis oídos:
vuelto un trozo de tierra para tu excelso réquiem.»

—La sensación de no sentir —susurró la criatura que sostenía en sus brazos. Se estaba volviendo más pesada. Le costaba más respirar. Sophy Sheekhy titubeó.

«¡Tú no has nacido para la muerte, ave inmortal!
No han de pisotearte las progenies hambrientas...»

Su compañero expiró. Sintió su aliento helado en la oreja.

«Pero no era él, sino algo que poseía
la oscuridad del mundo, el gozo, la vida,
el tormento, la muerte, el amor eterno,
que no cesaban, mezclados, desinhibidos,
al margen del espacio, reteniendo el tiempo.»

Vio, en el medio de la habitación, una mano, una mano larga y morena, ya entrada en años, que tanteando torpemente intentaba abrochar los botones de un camisón. Veía la fila de botones. Estaban mal alineados. La mano los manoseaba. De pronto, la mano apretó la parte plisada del cuello contra el pecho, como si hubiese sentido por un momento la frialdad de la presencia de ellos dos.

—«Mezclados, desinhibidos» —dijo al oído de Sophy aquella voz fría y apagada—. Palabras bien escogidas y llenas de significado. Sabía que sería tan grande como Keats, igual que Coleridge vio en Wordsworth al poeta más grande desde Milton. Lo quería por eso, tienes que creerme, Pistis Sophia.

—Pues claro que te creo.

—No veo... No veo... Sophia, no veo... ¿Tú sí?

—No muy bien. Un poco. Una mano. Un viejo, con una camisa de dormir, en una habitación con una vela... Se está llevando la mano a la cara, y... se la olfatea... Lleva barba... una barba descuidada y medio gris... manchada en la boca... Es un viejo guapo... Sé quién es.

—No veo. —Los dedos finos y fríos le palparon las pestañas como para percibir su visión—. Es viejo, no lo veo. Creo que me huele un poco a su tabaco. Se paseaba en medio de una nube de él, ardiente y fragante, y entre los residuos rancios de sus viejas cenizas, de su escoria... ¿Qué hace?

—Está sentado en su cama, y gira la mano una y otra vez. Parece perplejo. Y muy guapo. Y un poco despistado.

—Creerás que puedo oír sus pensamientos, pero no es así.

X

Alfred Tennyson sentía, en efecto, que algo se revolvía en su cuarto. Sentía esa mezcla de excesiva quietud ambiental y de hormigueo en la piel a la que solía referirse como «un ángel se pasea por mi tumba», aunque sabía perfectamente que combinaba dos supersticiones, los ángeles cuyo silencioso tránsito por las alturas hacía que las charlas de sobremesa se interrumpieran veinte minutos antes o después de la hora, y el escalofrío clarividente provocado por alguien que pisaba el barro que en algún inexorable instante del futuro sería excavado para hacer sitio a sus restos mortales. También percibía que, de alguna forma, su mano llamaba la atención, así que dejó de intentar abrocharse los botones y la levantó como si fuera una criatura extraña e independiente a la que tuviese agarrada. Sus dedos eran largos y morenos y todavía fibrosos. Ni estaban hinchados ni gordos, aunque sin querer le había oído comentar acremente a Emily Jesse que desde que se había casado no había movido un dedo para servirse a sí mismo. Algunos de sus dedos estaban manchados de caoba debido a que fumaba. Le daba miedo la posibilidad de llevar consigo aquel poderoso

aroma sin notarlo. Su nariz nunca recuperaría la inocencia respecto a aquel olor, del mismo modo que la de un mozo de cuadra lo percibía todo a través de un cálido vaho de crines, sudor, pis y estiércol de caballo. Era un buen olor cuando, por así decirlo, estaba vivo, pero ya era peor cuando se había enfriado. Como la columna de fuego de noche y la columna de humo de día, pensó, ardiente y fragante, y luego meros restos rancios, escoria antigua; bonita palabra, «escoria». ¿Apestaría? Se llevó las puntas de los dedos a la nariz. Percibía el zumbido de pequeños fragmentos voladores de conversación, que colgaban todo el rato en una nube alrededor de su cabeza, al igual que los velos de humo vivo y muerto, o las motas de polvo en suspensión de los rayos de luz, «profusamente moteados», como bellamente los había descrito una vez. «Dejadme besar esa mano», oyó, y respondió: «Dejad que me la limpie primero. Huele a mortalidad». O en vez de Lear, Lady Macbeth: «Todos los perfumes de Arabia no suavizarían esta manita.» O John Keats: «Cuando este afable escriba, mi mano, esté en la tumba.» O peor, aquel fragmento suyo:

Esta mano viva, ahora cálida y capaz
de estrechar con fervor, si fría se encontrase
en el glacial silencio de la tumba, tus días
rondaría y helaría tus noches soñadoras;
querrías que sin sangre tu corazón quedase
con tal que por mis venas corriese roja vida,
y tu conciencia así calmar. Mas hela aquí...
Y a ti te la tiendo.

Recordaba cómo Arthur le había asustado con aquello en medio de la oscuridad digna de un búho, pero tenuemente iluminada por la luna, del dormitorio de Somersby con sus dos cainitas blancas.

—Eso hace que valga la pena vivir —había gritado Arthur entusiasmado—, que un hombre pueda escribir tan bien, con la muerte mirándole a la cara, un desafío así es muy noble.

Él se había hecho su propia idea de las manos muertas en los poemas a Arthur, y estaba orgulloso de ella. Reflejaba la vida fraudulenta de lo exánime, su imagen.

Y manos que a menudo apretaron las mías
se batirán enmarañadas con las conchas

Manos moviéndose, como hierbajos, como restos flotantes, los tumbos de la carne ahogada; había captado el ritmo de esos tumbos. Eran las manos de Arthur lo que luego había recordado más intensamente de la vida de Arthur. El apretón de la mano de Arthur se había ido desvaneciendo en su interior como una vela, primero poco a

poco y luego a borbotones, a lo largo de cuarenta años. Se miró las yemas de los dedos de una mano y se las tocó con la otra. Una curiosa suavidad lustraba la piel de sus nudillos, las rayas de la vida se habían borrado, al contrario de lo sucedido con su boca y con su frente. Se había acordado de la sensación de la palma cálida de Arthur contra la suya, del apretón entusiasta de Arthur. Ahí era donde Arthur se encontraba y se mezclaba temporalmente con él, en el apretón propio de un caballero inglés. Viril, enérgico, la reafirmación de un contacto. Al encontrarse y al separarse. Tras aquella carta terrible, se había atormentado ferozmente con el hecho de que su mano aún contaba con aquel apretón. Hizo una poesía excelente con aquello, una poesía excelente y también obsesiva. Tenía cientos de cartas. «He de decirle, señor, que yo también he tenido *exactamente* esa sensación: “No debería resultarme extraño.” Su perspicacia es una gran consuelo, pensé que tal vez querría saberlo.»

Eso ocurrió en un principio, cuando a su cuerpo y a sus sentimientos les era imposible reconocer lo que su cerebro había aceptado instantáneamente. Se había imaginado al barco tocando tierra y a los pasajeros descendiendo.

Y si con todos ellos se acercara
el hombre al que creí semidivino,
me estrecharía de pronto la mano,
preguntándome mil cosas de casa.

...

Y no percibí el más mínimo cambio
ni trazas de muerte en esa figura;
seguía siendo exactamente el mismo,
no debería resultarme extraño.

Eso era lo bastante preciso, pero se había terminado hacía mucho tiempo. Arthur había muerto en el interior de su propio cuerpo y de su propia alma gradualmente, poco a poco, tal como se produce la lenta muerte de un árbol, una pulgada en un sitio, una sarta de células en otro. Cuando Arthur se acababa de morir, el repentino recuerdo de su presencia física, un ademán de impaciencia, una mirada alerta, habían sido una pura tortura. Y después, tercamente, a medida que la carne y la sangre fueron dando paso a las sombras, intentó retener a su amigo, encarnar sus fantasías, ver lo invisible. Pero Arthur siguió muriéndose.

No puedo ver del todo bien sus rasgos,
cuando en tinieblas me afano en pintar
el rostro que conozco.

Frederick y Mary y Emily invocaban a los espíritus y a otras formas desaparecidas, pero a él eso le daba miedo y le producía repulsa; miedo a dejarse engañar por los puntos ulcerados del tejido de su propio cerebro, repulsa a lo morboso. «No voy a volver a verlo», había afirmado un par de veces, decidida y brutalmente, tomando conciencia de su pérdida. Puede que, tras el velo, fuera posible alguna especie de unión mística, luz con luz, espíritu con espíritu, pero sus manos permanecerían vacías, tanteando a ciegas la ausencia.

Recordaba un día en el que Arthur y él se habían pasado todo el rato hablando en el césped de Somersby de la naturaleza de las cosas, de la creación, del amor y del arte, de los sentidos y del alma. La mano de Arthur descansaba a unas cuantas pulgadas de la suya, sobre la hierba cálida entre las margaritas. Arthur había hablado de la imaginación sensual de Keats, que creaba belleza; y de la que Keats decía que podía comparársela con el sueño de Adán de la creación de la mujer a partir de la costilla ensangrentada que le habían arrancado, «se despertó y vio que era verdad». Y él, Alfred, había visto con el ojo de su mente, no al Adán de Milton, sino al de Miguel Ángel, con su mano lánguida cobrando vida con la energía; la energía eléctrica, que formaba un arco que iba desde la punta del dedo de un Dios en las nubes hasta la del suyo. Arthur había dicho que qué *atrevido* era aquello, qué impresionante, y qué acertado. «¡Por una vida de sensaciones, más que de pensamientos!», dijo Arthur a la luz del sol de Somersby, y a continuación se puso a leer parte de aquella carta maravillosa:

«Es “una Visión en forma de Juventud”, una sombra de realidad que ha de sobrevenir. Y esta reflexión me ha convencido además, porque ha venido a auxiliar otra de mis especulaciones favoritas, la de que en la otra vida nos regocijaremos disfrutando de lo que denominábamos felicidad terrena, pero repetida en un tono más sutil...»

Arthur siguió hablando de Dante y Beatriz y de la sensual construcción del Cielo en los vagabundeos de la Divina Comedia. «Está claro, Alfred, que en los dos casos tan diferentes de Keats y de Dante, debemos tomar las pulsiones del Amor terrenal como una vaga figuración, una vaga presciencia, un vago anuncio del Amor Divino, ¿no te parece?»

Y él se recostó en aquel asiento suyo que crujía, con la mano colgando en el mismo sitio, imaginándose el paraíso y queriendo a Arthur, y experimentando tal felicidad, una felicidad tan inusual en un Tennyson oscuramente morboso, en su piel, en su carne y en sus huesos, que sólo pudo sonreír y mascullar su aprobación, y sentir el aire lleno de palabras cantarinas que eran los átomos informes de su propia creación, que aún estaba por venir.

Miguel Ángel había amado a otros hombres. Y él le había dicho en broma a Arthur más de una vez que le quería como Shakespeare había querido a Ben Jonson,

«esta idolatría de refilón»; y los dos encontraban siempre en los sonetos de Shakespeare un verso que poder ofrecer al otro como un regalo, una gracia o una confirmación. Sabía del fuego sin fruto en torno al cual volaban sin quemarse las alas, sin consumirse, y también sabía a la terrible tergiversación que se había expuesto al manifestar exactamente su dolor y su nostalgia en los poemas a Arthur sin ninguna reserva. Al padre de Arthur no le gustaba aquel tipo de relación y había escrito despectivamente, tras la muerte de Arthur y antes de que Alfred se hubiese arriesgado a dejar que los poemas a Arthur viesan la luz, sobre los sonetos de Shakespeare.

Tal vez exista ahora una tendencia, especialmente entre los jóvenes con un temperamento poético, a exagerar la belleza de estas notables producciones... El apego a cierta mujer, que no parece haber conmovido muy hondamente ni su corazón ni su fantasía, fue supeditado en todo momento al de un amigo; y este último es de un carácter tan entusiasta, y las frases que emplea el autor tan extravagantes, como para haber sumido en un misterio inexplicable toda la obra. Ciertamente es que, tanto en la poesía como en la prosa de siglos pasados, nos encontramos con un tono afectivo más ardiente en el lenguaje de la amistad del que se ha estilado desde entonces, y sin embargo no se ha aportado ningún ejemplo de una devoción arrebatada semejante, de tal idolatría de amor admirativo, como la que el ser más grande al que la naturaleza haya dotado jamás de forma humana dedica a un joven desconocido en la mayoría de estos sonetos... A pesar de los abundantes encantos de estos sonetos, el placer de una lectura atenta se ve disminuido en gran parte por estas circunstancias; y resulta imposible no desear que Shakespeare no los hubiese escrito jamás.

Henry Hallam había destruido las cartas de Alfred a Arthur. Sabía muy bien lo que el padre de Arthur temía y sospechaba, a pesar de que él nunca había dejado que viese en su rostro o percibiese en su voz una confirmación de sus sospechas, o un motivo de inquietud. Había aprendido muy pronto a encubrir todo lo que sentía, cualquier apreciación desagradable respecto a sí mismo o a los demás, con un halo impenetrable de vaguedad. Se pasó ocho años arrojándole chorros de borrosa tinta negra a su querida Emily, como un calamar que se batiese en retirada. Nunca dio la menor muestra de enfado ante el mensaje privado que detectó en el desprecio magistral que Henry Hallam había hecho de los sonetos, aunque les dijo a otras personas, repetidas veces, que los sonetos eran nobles. Ahora se ocultaba por partida doble tras la confusa vaguedad del genio y tras la espesa capa de respetabilidad de su época, porque de un modo u otro se había convertido en un ciudadano ejemplar de ella. Había habido malos momentos cuando era más joven, cuando los críticos se mofaban de sus frases imprudentes, su descripción de su «querido cuarto... con sus dos canapés blandos y blancos». La primera vez que aparecieron los poemas a

Arthur, anónimos, tal como seguían siendo en cierto sentido porque nunca había permitido que su nombre apareciese en la portada, un crítico escribió que había empleado «mucho arte superficial» en «una Amarilis de la Chancillería»^[24]. Ahora casi había más vida en la crudeza salada de la herida que aquella frase ingeniosa había infligido que en el recuerdo del tacto de la mano de Arthur. Por muy grande que hubiera sido su éxito, jamás había superado el lastimero desaliento que le producían las críticas duras. Otro crítico pensó que era una mujer. «Estos versos conmovedores proceden evidentemente del corazón rebotante de la viuda de un militar.» Era verdad, desde luego, que se había llamado a sí mismo una y otra vez la viuda de Arthur, pero eso sólo era en el sentido espiritual en que su alma, su *ánima*, se había afligido. Creía que todos los seres humanos importantes abarcaban, en cierto modo, los dos sexos. Cristo, el Hijo de Dios, el objeto, en la *Theodicaea Nuvissima* de Arthur, del Amor y la Nostalgia Divinas del Creador, era a la vez hombre y mujer; en el sentido de que era Dios encarnado, era la Sabiduría y la Justicia, que eran masculinas, y la Misericordia y la Piedad, que eran femeninas. Tanto él como Arthur, ésa era su concepción, tenían sus aspectos femeninos, porque «la piedad arraiga pronto en los corazones sensibles», lo que sólo aumentaba su sensibilidad poética, su energía masculina. Pero había cosas que detestaba, cosas que Arthur detestaba. Cosas por las que seguro que se sentía secretamente atraído el crítico que apuntó lo de la Amarilis de la Chancillería. Los hombres deberían ser andróginos y las mujeres ginandras, había observado oportunamente, *pero* los hombres no deberían ser ginandros y las mujeres andróginas.

Había compuesto un epigrama «Sobre uno que hacía gala de sus modales afeminados»:

Mientras hombre y mujer estén sin terminar,
aprecio el alma donde se funden mujer y hombre,
que simboliza el plan completo de Natura
respecto a machos y hembras. Mas no es lo mismo, amigo,
la mujer masculina que el hombre femenino.

Bastante bueno, pensó, bien expuesto. Un epigrama era una especie de bombón, en cierto momento aún no estaba allí, y al siguiente lo tenías metido en la boca y no paraba de dar vueltas, suave y dulce. La gente creía que él era una vieja criatura inocente, lo sabía de sobra. Le seguían la corriente, lo protegían. Pero sabía más de lo que contaba; era un modo diplomático de seguir adelante en aquellos tiempos gazmoños, y él era hijo de una época mucho menos inocente. Tanto Arthur como él conocían las inclinaciones, y algo más que las inclinaciones, del elegante Richard Monckton Milnes, su compañero de Cambridge, cuyo interés por los chicos guapos no dejaba de burbujear en la superficie de su conversación y de la de otros. También sabía, por medio de Arthur, de las pasiones carnales que llevaban a William

Gladstone a rondar de noche las calles en busca de *aquellas* mujeres, y a arrepentirse después, consumido por la angustia. Un hombre sexual, decía Arthur de Gladstone, quien había querido al brillante Arthur de Eton, tal como Alfred quiso al de Cambridge. Arthur no era un hombre sexual. Amaba con un halo romántico. Había escrito en los poemas a Arthur

Saboreó el amor tan sólo a medias
y nunca bebió de la fuente intacta

y creía que era una apreciación bastante justa; creía que se habría enterado, si Arthur hubiese atravesado alguna vez, por así decirlo, el umbral de la imaginación para adentrarse en el hecho carnal.

Por lo que hacía referencia a sí mismo, él no se consideraba un hombre apasionado, sus aprensiones sexuales, por decirlo de algún modo, estaban esparcidas por toda su creación y se confundían con ella, en forma de capullitos reventones o del vaivén del mar. El acto del amor le había parecido... (metió el botón y lo sacó de su ojal, y encontró otro, pero seguía sin ser el correspondiente, así que hizo una especie de doblez en el tejido). De todas formas, hacía mucho tiempo de eso; Emily llevaba mucho tiempo inválida, no tenía por qué pensar en aquello. Creía que se había portado lo suficientemente bien, lo creía de verdad. Había experimentado una especie de baño de cariño y de tranquilidad cómplice; y suponía que, de alguna manera, eso era menos de lo que sentían otros, pero no había sido desagradable ni inapropiado, estaba seguro, para el gusto de Emily. Si tenía que ser sincero, se daba mayor emoción en el espacio que separaba su dedo del de Arthur, con todo lo que implicaba el relampagueo de un alma en otra, la simetría y la empatía de sus mentes, la sensación de reconocimiento que habían tenido los dos: de que en cierto sentido *siempre se habían conocido*, de que no necesitaban estudiarse mutuamente como sucedía entre desconocidos. Pero eso no los convertía en hombres como Milnes. Eran como David y Jonatán, cuyo amor mutuo era precioso, y sobrepasaba el amor de las mujeres. Y sin embargo David era el mayor amante de mujeres de la Biblia, David había enviado a Uria a la muerte para poseer a Batseba, David era más hombre que todos los héroes. La entereza fría de Arthur, su aire de suficiencia trabajada e independiente, atraía a almas más agitadas, más nerviosas. Alfred sabía que William Gladstone aún envidiaba en cierto sentido la plenitud de su relación con el objeto de adoración que tenían en común. Se sentían incómodos el uno en presencia del otro, aunque unidos tanto por la gran pérdida que habían sufrido como por el hecho de ser las eminencias gemelas de su época. Gladstone era del tipo «David». Pero Arthur quería a Alfred. Se acordaba de que Arthur le había enseñado el borrador de una carta que le mandó a Milnes, quien le había hecho una desafortunada petición de amistad exclusiva, con su característico estilo apasionado. Debía de haber sido en 1831. Al pobre Arthur sólo le quedaban dos años de vida en aquel momento. Le había tendido

su carta a Alfred y había dicho:

—No sé si está bien enseñarle a alguien una carta escrita a otra persona. Pero quiero que la veas, Ally, quiero que leas lo que le he escrito a Milnes con toda franqueza. No digas nada, no hagas ningún comentario, estaría mal. Limitate a leer lo que he escrito, y luego le pondré un sello y lo mandaré, tenga el efecto que tenga. Espero que te des cuenta de que mi franqueza está justificada.

No tengo conciencia, mi querido Milnes, de que, en el sublime sentido que tú acostumbras a darle a la palabra Amistad, hayamos sido alguna vez, o podamos ser, amigos. Y lo que hace más al caso, nunca me imaginé que pudiéramos serlo, ni pretendí que tú lo imaginaras. No ridiculizo ese sentimiento exaltado, Dios no lo quiera, ni lo considero un mero ideal: lo he experimentado, y me embarga ahora mismo, pero, perdóname, mi querido Milnes, por ser tan sincero, no es por ti. Pero la simpatía tiene innumerables matices, y desgraciada sería la condición del hombre si los rayos de sol nunca incidiesen en él a no ser a través de los cielos despejados de un verano tropical.

Sus miradas se habían encontrado.

—¿Ves, Alfred? —había dicho Arthur—. ¿Lo ves?

Sí que lo veía. Había escrito en sus poemas, deliberadamente,

Te amé, espíritu, y te amo, no puede
el alma de Shakespeare amarte más.

Creía que eso era verdad.

Se sentó en la cama y empezó a manosear otra vez sus botones desparejados. Tenía las piernas frías y con carne de gallina; temblaba dentro de su camisón. Era consciente de su propio cuerpo con la aterrada compasión que habría sentido por un buey mudo, condenado al matadero, o por un voluminoso cerdo de mirada astuta, cuya amplia garganta estuviese destinada a ser rajada en el apogeo de sus gruñidos y de sus sofocos. Cuando era más joven, cuando parecía que Arthur se acababa de morir el día anterior, había sentido el carácter antinatural de aquella desaparición en la punta de cada uno de sus nervios vivos. Ahora que era un anciano, veía que el joven que había sido se había sentido eterno en el cénit de sus fuerzas, de su capacidad de asir las cosas, de dar zancadas, de inspirar y expirar; todo lo cual se había vuelto ahora un problema. Se iba aproximando a su aniquilación, por muy transitoria que esperase que fuera, paso a paso; y a cada paso, su propia carne le parecía una criatura de la que fuese responsable. Y a cada paso, el terror a ser meramente barrido de un soplo, como un animal cualquiera, era mayor. Cuando eran

pequeños habían cantado en la iglesia que creían en la resurrección de los cuerpos y en la vida eterna. Suponía que habría habido una época en la que toda la colectividad de la iglesia creyese triunfal e incuestionablemente en la reconstitución de los átomos de polvo, en el vuelo conjunto de esquirlas de hueso y copos de pelo caído en el Triunfo final, pero ahora eso ya era historia, y los hombres tenían miedo. Una vez, de joven, paseando por Londres, él mismo casi se había desmayado y caído al suelo al tomar conciencia de repente de que *todos* sus habitantes yacerían horizontalmente al cabo de un siglo. Ahora los hombres veían lo que él veía, la tierra repleta de montones de cosas muertas: brillantes plumas rotas y polillas marchitas, gusanos estirados, masticados, partidos, engullidos, apestosos bancos de otrora relucientes peces, papagayos disecados y pieles de tigre gruñendo lánguida y cristalina en las chimeneas, montañas de cráneos humanos mezclados con calaveras de monos y calaveras de serpientes, con mandíbulas de burros y alas de mariposas, convertido todo en un amasijo de humus y de polvo, asimilado, regurgitado, barrido por el viento, empapado de lluvia, absorbido. Uno veía una cosa (la Naturaleza con sus rojos colmillos y garras), polvo y más polvo, y creía otra, o decía que la creía, o trataba de creerla. Porque si no creías, ¿cuál era la finalidad de todo: de la vida, el amor o la virtud? A su queridísima Emily la horrorizaba que pudiera abrigar semejantes dudas. Había tenido un bonito detalle con ella en los poemas a Arthur.

Dices, pero sin pizca de desdén, tú,
la del buen corazón, cuyos ojos garzos
compadecen a las moscas que se ahogan,
me dices que la duda nace del Diablo.

Y luego había proseguido alabando los francos conflictos de Arthur con sus dudas:

De fe confusa, pero de actos puros,
al fin consiguió hacer sonar su música.
Alienta más fe en una duda honesta,
creedme, que en la mitad de los credos.

Pero él mismo veía ahogarse a las moscas angustiado. Estaban vivas, se debatían, zumbaban, y estaban muertas. Eran cuerpos y la vida los habitaba, daban vueltas por dentro del borde de un jarro de agua, zumbaban, y ya no eran nada. ¿Y Arthur, tan resplandeciente de vida? Si hubiese previsto la muerte de Arthur, si verdaderamente hubiese tomado conciencia de la muerte del cuerpo de Arthur, en el tiempo en el que lo había conocido en vida, no podría haberlo querido, no podrían haberse querido. Se dio cuenta de eso a fuerza de *escribirlo*, no de pensarlo. Él no era listo como Arthur.

No podía desarrollar un razonamiento para salvar su vida, no podía construir una teoría o defender una postura. Había sido un miembro mudo de los Apóstoles, había servido de adorno a la chimenea y hecho bromas mordaces y reservadas; había recitado versos y aceptado el reconocimiento a su gran don, que parecía pertenecerle a él sólo en parte, quienquiera que fuera. Pero luego había cavilado sobre el amor y la muerte, aquellas abstracciones implacables, con aquella forma astutamente inocente ideada para los poemas a Arthur; una forma que parecía tan sencilla: cancioncillas primitivas o cantos de aflicción, pero cuyo camino podía ir tanteando a través de un razonamiento, a través de quiebros y más quiebros de ideas y de sentimientos, para detenerse y volver a empezar; un poema circunscrito a una rima^[25], y que sin embargo avanzaba tranquila e inexorablemente. En este caso, del abstracto Amor personificado a la pura sexualidad animal, sin interrumpir su melodía.

Si una voz de la que un hombre pueda fiarse
tal vez murmurase desde su angosto hogar:
las mejillas se hunden, el cuerpo se dobla,
muere el hombre, no hay esperanza en el polvo,

¿no podría yo decir que, siquiera aquí
y al menos una hora, ay amor, me afano
en conservar con vida una cosa tan dulce?
Debería volver la cabeza, escuchar

los gemidos del mar sin hogar, los sonidos
de arroyos que arrastran, presurosos o lentos,
colinas eónicas, y esparcen así
el polvo de continentes que están por ver;

y el Amor respondería con un suspiro:
«El sonido de esa costa desmemoriada
alterará mis encantos cada vez más,
medio muerto para saber que he de morir.»

Ay de mí, ¿qué provecho se puede obtener
de un vano asunto? Si así se viese a la Muerte
desde un principio, el amor no habría existido,
o se habría ceñido a algún otro manejo,

mero compañerismo de vago talante,
o con su más grosero y satírico aspecto,
la hierba habría hollado, estrujado la uva,
florecido y medrado al amparo del bosque.

Desde que se había convertido en una eminencia se había aficionado, de un modo

un tanto torpe, especialmente cuando bebía demasiado oportuno, a pronunciarse. Mientras observaba cómo sus amigos, sus visitas, su hijo devoto, sacaban sus cuadernos de notas y sus lápices, le gustaba decir cosas como: «La Materia es un misterio más grande que la Mente. Nunca he sido capaz de concebir que algo como el Ser esté separado de Dios y del hombre. Me parece que el Ser es la realidad del mundo.» Se metía en un lío terrible si trataba de seguir elaborando aquella especie de profetismo, y decía, con lo que confiaba que fuese una simpática tendencia a la evasiva, que él no era teólogo. Ser era una palabra y un concepto escurridizo. Prefería la rotundidad de espíritu, aquella palabra antigua y precisa, el espíritu del hombre, el espíritu que se había hecho hombre, el Espíritu Santo, los espíritus sobre los que había escrito en su ensayo Apostólico, pero Ser tropezaba con toda clase de sutilezas. Asentía sabiamente cuando sus amigos fustigaban el craso materialismo de la época, pero a su imaginación la estimulaba la materia, la densa solidez de la enormemente excesiva cantidad de carne, de tierra, de vegetación, ya estuviera o no informada por el Ser. «También me aterra la profusa abundancia del mundo natural», había escrito, «desde la exuberancia de la selva tropical, hasta la capacidad que tiene el hombre de multiplicarse; ese torrente de niños.» Si el hombre no era una inteligencia angélica sus propios pensamientos eran meras chispas eléctricas emitidas por una masa de carne, pálida y legamosa, como la de un gusano.

Confío en no haber malgastado mi aliento:
creo que no somos tan sólo cerebro,
bromas magnéticas; no en vano, cual Pablo
con las bestias, me peleé con la muerte;

ni sólo ingeniosas figuras de barro...

Sabía perfectamente lo que era sentir que uno *era* un cuerpo. Quédate cerca, le había urgido a su amigo muerto, cuando se vaya apagando mi luz, cuando la sangre se arrastre y me acribillen los nervios. Sabía lo que podía hacerse con palabras como «arrastrarse» y «acribillar», sabía cómo hacer tangible la horrible visión de un mundo de pesadilla, donde

en tropel se mueven caras engurruñadas...
Bultos oscuros que se agitan semivivos,
y perezosas costas sin límite alguno;

Palabras preciosas y *densas*: engurruñadas, bultos, perezosas. Como hollado y estrujado y florecido y medrado. Pavorosas y tentadoras. Pero lo otro, el mundo del Ser, de la luz, se resistía al lenguaje y seguía siendo más efímero que etéreo. «¿Quién

me libraré del cuerpo de esta Muerte?», se había preguntado san Pablo frenéticamente. Pablo era un hombre que sabía mucho de la masa de nervios y del espíritu atrapados en una red demasiado sólida. San Pablo había escrito sobre el hombre arrebatado al Tercer Cielo, «si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé». Por lo que se refería a él mismo, podía escapar de su cuerpo cayendo en una especie de trance, como un despertar, gracias a un método sumamente extraño: la repetición constante de dos palabras: su propio nombre, hasta que la pura concentración en su yo aislado parecía destruir, paradójicamente, los límites de aquel yo, de aquella conciencia, de modo que él lo era todo, era Dios, y no se trataba de un estado confuso, sino del más claro, del más cierto, del más sobrenatural de todos, y estaba más allá de las palabras, donde la muerte era algo imposible y casi risible, y la pérdida de la personalidad (si es que era eso) no suponía ninguna extinción sino la única vida verdadera. Conocía varias formas de perder la plena conciencia; en su juventud había temido la epilepsia familiar, y vagado en medio de la niebla como el héroe de su propia *Princesa* o los ejércitos contendientes en la *Morte d'Arthur*, pero la pérdida del yo a fuerza de salmodiar su nombre era distinta. Intentó describirla en los poemas a Arthur, con la esperanza, al igual que Dante al comienzo del Paraíso, de estar hablando para aquellos que tenían alguna idea de lo que era salirse de uno mismo.

Trasumanar significar per verba
Non si porìa: però l'esiempio basti
A cui esperienza grazia serba.

Sentía una especie de descontento con respecto a los aspectos *trascendentales* de los poemas a Arthur desde un punto de vista meramente artesanal; no le proporcionaban la sensación de acierto, tan íntimamente conectada con un placer sensual, que le daban los fragmentos macabros, o los árboles, pájaros, jardines y playas puntuales que aparecían y desaparecían como visiones precisas. Había reescrito una y otra vez su tentativa de transmitir aquel «despertar».

Palabra por palabra y verso a verso,
el muerto me rozó desde el pasado,
y de repente por fin pareció
que el alma viva insuflaba la mía;

la mía envuelta en ella y girando
en gloriosas cumbres de pensamiento,
era llevada ante lo que es, y oía
las sonoras pulsaciones del mundo,

música eónica que iba marcando
los pasos del Tiempo, golpes de azar,
la embestida de la muerte. Y mi éxtasis
terminó ahí, entreverado de dudas.

¡Vagos términos! Difícil ceñirse
a moldeadas formas de discurso,
o incluso alcanzar con el intelecto
lo que fui, a través de la memoria:

ahora la tarde incierta revelaba
los otros otra vez recostados
donde lucía el ganado, y los árboles
posaban en el campo oscuros brazos.

Le había dado muchas vueltas a cómo poner aquellos dos versos sobre las almas fundidas en una. Cuando entregó su poema al mundo por primera vez, no se leía lo mismo.

Palabra por palabra y verso a verso,
el muerto me rozó desde el pasado,
y de repente por fin pareció
que *su* alma viva insuflaba la mía,

la mía envuelta en *la suya*...

Lo había cambiado. Había tenido la sensación de que la primera versión daba una impresión equivocada. Creía que su trance significaba *en realidad* que era arrebatado para sumirse en la Gran Alma, de la cual tal vez tanto Arthur como él formasen parte. Habían hablado entre ellos de las razones por las que el *Inferno* de Dante era mucho más convincente que el *Paradiso*, y decidido que tenía que ver con la naturaleza ineludiblemente sensual del lenguaje, de palabras como aliento, y lengua, y colmillos, y los movimientos de este afable escriba, mi mano, sobre el papel blanco, dejando su estela negra... Quería que Arthur fuese como la Beatriz del Paraíso de Dante. Se imaginaba a Arthur diciendo:

«Se te hace difícil desentrañarlo;
triunfo en perfecta bienaventuranza,
en la serena conclusión de todo.»

Y rápido, muy rápido, la propia vida del poema se deslizaba hacia su verdadera definición.

Así que tengo trato con los muertos;
o me lo parece, dirían ellos;
o así jugará el dolor con los símbolos
y el duelo se nutrirá de quimeras.

Pero no se trataba de Beatriz, sino de los amantes condenados, Paolo y Francesca, cuyas almas entrelazadas en su trémula llama infernal habían suscitado tanta pena, tanto placer sensual, en generaciones y generaciones de lectores de Dante.

La vida de su poema residía en la placidez de las vacas blancas y del campo en los brazos oscuros de los árboles. Estaba orgulloso de la frase «moldeadas formas de discurso»; expresaba en muy pocas palabras lo que quería decir sobre la inquebrantable estructura del lenguaje, y por lo tanto de su propio poema, de los poemas a Arthur. Además «*moldear*» era una buena palabra, te hacía pensar. Te hacía pensar en el cuerpo de esta Muerte, en el barro, en las cosas desmoronándose^[26]. Era arte, era decadencia. No sólo había escrito sobre ingeniosas figuras de barro, sino también, en sus momentos de duda, sobre los tics magnéticos del cerebro carnal, aunque en otra parte había añadido a su idea de «lo que *es*» un par de manos de alfarero:

Y lo que soy contenía de nuevo
lo que es, pero ningún hombre entiende;
y de lo oscuro salían las manos
que a Natura traspasan, moldeando hombres.

Moldear, desmoronarse... Dios insuflando vida al barro, Dios, o lo que quiera que fuese, echándolo abajo otra vez.

Si ese ojo que contempla la culpa
y la bondad, con poder para ver
entre el verde el árbol desmoronado,
y torres recién alzadas, caídas...

Le parecía una estrofa espléndida, el terror de aquel ojo viendo el humus a partir del cual se moldeaba el árbol verde, que a la vez contenía las semillas de su propia decrepitud: ahí estaba, en unas cuantas palabras el horror de nuestro carácter mortal y la eternidad sin sentido. «Mira, todas tus trovas enmudecen / antes de que un tejo se desmorone... Tus nervios lían la cabeza sin sueños, / tus raíces se enmarañan en sus

huesos.» Había conseguido algunas imágenes deliciosamente conmovedoras a partir de sus poéticos gritos de dolor con cosas tan naturales como la canción de un pájaro, el trino que tomaba forma en la garganta emplumada: «breves bandadas de canción de golondrina / que hunden sus alas en lágrimas y a ras pasan.» «No hago más que cantar puesto que es mi deber, / y trinar al igual que cantan los pardillos.» Un paso más, la canción de las criaturas, respecto a la desesperación de un niño pequeño que llora por la luz, sin ningún otro idioma más que su llanto.

Aún hizo otra tentativa con los botones, apartando la barba de su camino, allí donde los pelos habían quedado atrapados en sus dedos torpes, en el hueso blanco del botón. El espíritu no significa otra cosa que el aliento. Hacía mucho tiempo que se había entregado a repasar todo aquello mentalmente de esa forma, entablado viejas batallas, sufriendo dolores antiguos. Ay, el último pesar... El pesar podía morir. El pesar era como él, se hacía más rígido y dolía, respondía cada vez más despacio a los estímulos; Arthur se había ido tan lejos... Y su pesar y él mismo se iban acercando a Arthur, o a la aniquilación, *pari passu*, menos fluidos de lo que habían sido, más taciturnos cuando oían la llamada. Pero ésa no era toda la verdad, la verdad era que tanto él como Arthur se habían filtrado en su poema, se habían convertido en partes de su tejido; una especie de semivida moldeada de un modo material era lo que le parecía a veces ese poema, algo que no era independiente pero tampoco parte de cada uno; no un apretón de manos, sino una especie de vigoroso parásito, como el muérdago en los robles moribundos con sus bayas lechosas y sus misteriosas hojas perennes. Tenía toda clase de preocupaciones y pensamientos insidiosos sobre su poema. Tal vez lo estuviera usando para mantener vivo un recuerdo y un amor, y habría supuesto una fuerza y una virilidad mayores dejarlos morir. Tal vez estuviera *usando* de algún modo erróneo a su bienamado para obtener su propio beneficio, su propia fama, o más sutilmente, haciendo algo fantásticamente hermoso del horror de la disolución de Arthur, que habría sido más sabio, más honesto, contemplar con un dolor mudo y verdadero, incapaz de comprender, hasta que su hiriente claridad se desvaneciese como un fuego consumido, o le hiciese cerrar sus propios ojos. No se podía convertir a un hombre en un poema, ni al cantante ni a la canción, ni a la garganta trémula ni al rígido cadáver.

Y sin embargo... Sin embargo, si de algo estaba seguro, era de que su poema estaba vivo y era hermoso y verdadero, como un ángel. Si el aire estaba repleto de las voces espectrales de sus antepasados, su poema les permitiría cantar a gritos de nuevo, a Dante y a Teócrito, a Milton y al desaparecido Keats, cuyo lenguaje constituía su otra vida. Lo veía como una jaula redonda que daba vueltas, en la que él era un pájaro preso; una jaula como un globo, rematada con las brillantes líneas de los horizontes del amanecer y del crepúsculo. Lo veía como una especie de mundo, un globo pesado, que avanzaba dando vueltas en el espacio, tachonado de todo lo que había: montañas y polvo, mareas y árboles, moscas y orugas y dragones en el légamo, golondrinas y alondras y palomas mensajeras, la oscuridad lustrosa como el cuervo y

el aire veraniego, hombres y vacas y niños pequeños y violetas, todos unidos por hebras de lenguaje vivo como fuertes cables de seda o de luz. El mundo era una masa informe y terrible de la que su poema constituía un brillante simulacro. El mundo reventaba y resbalaba y se expandía para tomar una forma indefinida de la que su poema era una imagen formalmente encantadora.

Mi sombría vida habría de enseñarme
que la vida ha de vivir eternamente,
si no es oscuro el corazón de la tierra,
y polvo y cenizas todo lo que existe;

esta esfera verde, este globo de llamas,
la fantástica belleza que se esconde
en un Poeta loco, cuando trabaja
sin ningún tipo de conciencia o de meta,

¿por qué, para alguien como yo, eran Dios mismo?
Apenas valdría la pena gustar
de cosas todas mortales, o tener
un poco de paciencia antes de morir,

sería mejor ya descansar en paz,
como aves que la hipnótica sierpe atrae
para echarlos, cabeza abajo, en las fauces
de las tinieblas vacías, y cesar.

Tenía miedo, muchísimo miedo, de ceder a la tentación de sobreestimar el Arte. El arte era lo que le sobrevenía intensa y fácilmente; conocía la tentación de trabajar frenéticamente sin conciencia o meta alguna, sin parar de cantar como el Ruiseñor. Su amigo Trench le había dicho en Cambridge con una seriedad «apostólica» y a la vez tomándole el pelo: «Tennyson, ¿no podemos vivir dentro del Arte!» Había escrito «El Palacio del Arte» para Trench y Hallam, y en él describía su propia alma, para la que construyó una señorial casa de recreo, una espigada torre en un risco muy alto, donde su alma se podía sentar orgullosamente

regocijándose al sentirse viva,
Señor por encima de la Naturaleza, Señor de la tierra visible,
Señor de los cinco sentidos,

diciendo

Como Dios, aquí estoy sentado sin sostener ningún tipo de credo pero contemplándolo todo.

Pero su alma imaginaria había sido arrojada desde su torre a un mundo de pesadilla, y él mismo le había dicho a Trench apasionadamente: «La vida divina acompaña al hombre y está hecha para él», y le había enviado su alegoría con un poema dedicado, en el que le decía:

Y el que al Amor excluya, a su vez se verá
del Amor excluido, y yacerá en su umbral
aullando entre las sombras. No fue éste el objetivo
de utilizar el barro de la tierra común
moldeada por Dios, de templararlo con lágrimas
de ángeles para darle perfecta forma humana.

Ahí estaban otra vez, el barro y el humus y el moldeado. Escribías algo con soltura cuando eras joven, y más tarde te dabas cuenta de lo difícil que era. De pequeño le había impresionado uno de los libros de su padre en el que se contaba que Gabriel y los ángeles se habían compadecido de la angustia de la tierra por miedo a verse implicada en la ofensa del hombre. Los ángeles habían tardado cuarenta días en dar forma humana al barro. Ésa era una de las razones de su interés por el humus y el moldeado. Había otras, desde luego: contemplar a su padre presidiendo los entierros en Bag Enderby en Somersby, con voz de trompeta, y a veces inflamado por el brandy; el barro en las paredes de las tumbas, rebanado por las palas de los sepultureros, mojado de lluvia. (Él había añadido las lágrimas de los ángeles por su cuenta.) Y ahora estaba ese Darwin, escarbando en la vida de la lombriz, poniéndolo todo perdido de mantillo y de humus; en la vida de la terrenal humanidad hecha de tierra. Pero, de todos modos, también existía la esfera verde, el globo de llamas. A Arthur le gustaba el Ruiseñor de su poema *Las mil y una noches*: «al margen del espacio, reteniendo el tiempo» con su canción. Y el Ruiseñor había encontrado su voz desafiante en su poema a Arthur. Estaba allí no sólo como contrapunto de las aves arrojadas por la hipnótica sierpe, sino también de las encantadoramente inocentes: «y trinar al igual que cantan los pardillos», o de la idea del lenguaje y de la canción como un narcótico triste que aplacaba el dolor.

El Ruiseñor era la voz secreta del Arte en el que Trench le había dicho que no podía vivir. Ahora era viejo, de alguna manera se veía más tentado a vivir en él, tal como el niño había vivido en *Las mil y una noches*. A veces veía a la queridísima Emily y al responsable Hallam y a sus miles de admiradores y sicofantes, y a la gente en general *pidiéndole cosas* como sombras precipitándose por una ladera, y escuchaba las voces de los invisibles como si fueran la única realidad.

Ave silvestre, cuyos trinos de almíbar
tañen el Edén entre espinos floridos,
ay, dime dónde se mezclan los sentidos,
ay, dime dónde se juntan las pasiones,

de dónde irradian: crueles extremos usan
tus ánimos en la hoja que se oscurece,
y en el centro del corazón de la pena
tu pasión abraza un júbilo secreto;

y yo (mi arpa preludiaba la desgracia),
yo no puedo mandar del todo en la cuerdas;
el esplendor de la suma de las cosas
pasará como un relámpago y se irá.

«El esplendor de la suma de las cosas» era un buen verso. Le había escrito retóricamente (un toque *shakespeariano*) a Arthur sobre su

saber que la muerte ha hecho
hermosa su oscuridad contigo.

Pero había hecho hermoso su poema a costa de la muerte de Arthur, y tenía miedo de que esa misma belleza fuese algo inhumano, animal y abstracto a la vez, moldeado por la materia y sombrío.

Un pensamiento amplio puede pasar como un relámpago por sus sendas habituales, como si las imágenes, las conjunciones, los recuerdos dolorosos y la claridad de que está hecho formasen una bola apretada (en vez de estar intercalados en una hebra como en un collar) y fuesen entonces echados a rodar todos a la vez a gran velocidad por los túneles del cerebro. Aún no había conseguido meter el botón en el ojal, y ahora dejó de intentarlo y se acercó con su vela al espejo, a pesar de que sabía que el reflejo de los ojales podía prestarse a tanta confusión como manipularlos sin verlos. La llama, delante del negro estanque de cristal, se abombó y fulguró un momento, blanco y amarillo tenebroso, con un golpe de aire inesperado, y él vislumbró una oscura mancha de humo corriendo hacia atrás por encima de su hombro. Puso la palmatoria encima del tocador y se vio a sí mismo como a un demonio barbudo, los ojos relucientes bajo sus cejas pobladas, los dientes amarillos al descubierto entre zarcillos de pelos. Vio su propio cráneo, que daba forma a su carne blanda y a su envoltura de tensa piel arrugada. Vio las enormes cuencas de hueso, en cuyo interior sus ojos eran oscuros brillantes chispeantes; gelatinas

húmedas, se dijo a sí mismo, lamentándose por sus pestañas cada vez más ralas, estudiando las cavernas de su nariz. Vio que su aliento invisible se ensortijaba fuera de su boca y alteraba la llama de la vela, provocando rizos ondulantes en la estela de humo. La lucecita empezó a parpadear y a avivarse por momentos, en un puro descontrol. El espíritu no significaba otra cosa que el aliento.

Este hermoso rostro en decadencia me escruta. Se tocó una mejilla. Helada. El cuerpo de esta muerte.

—Alfred Tennyson, Alfred Tennyson —le dijo. Ninguno de los dos, ni el observador que dirigía sus cálidos movimientos, ni aquel ser frío y espectral de mirada fija, eran lo que la gente entendía por Alfred Tennyson—. Alfred Tennyson, Alfred Tennyson, Alfred Tennyson —repitió, y luego más rápido, más frenéticamente—: Alfred Tennyson. Alfred Tennyson —deshaciéndolos a los dos cada vez que nombraba aquella nada, aquella incoherente, terrible y breve concatenación de nervios y de mente. A la par que se lamentaba por su blanca garganta, de una piel tan inocente como la de un bebé bajo la raya de la camisa, abrochó por fin el botón con unos dedos como clavijas que ya no le pertenecían. La habitación entera, ya mero espacio, giraba vertiginosamente en torno a él. Se defendió de sí mismo con un movimiento de sus brazos, aplastando la llama con las mangas de su camión, lo que produjo un tufo a tela chamuscada y a cera derramada. Fue tambaleándose hasta su cama y se tiró torpemente en ella, consciente de que no estaba perdiendo el conocimiento sino perdiéndose a sí mismo. El colchón de pluma se desplazó y se hinchó bajo sus huesos; su caja craneal se hundió entre las plumas de la almohada que cambió de forma y soltó un suspiro. Era un saco de huesos sostenido por un saco de plumas arrancadas. Era tan ligero como el aire, era luz y era aire. Las voces no paraban de cantar. En su juventud había tenido miedo, un miedo enfermizo, a esta pérdida de coherencia; había sufrido un ataque tras otro de un mal que le hacía caer al suelo. Primero, aquel aura demasiado brillante, luego la caída vertiginosa y los aullidos, como el Alma en el Palacio del Arte. Había escrito un poema, *El místico*, en 1830. Lo recordaba verso por verso:

Ha hablado con los ángeles, le han enseñado tronos...

Día y noche, ante él, se presentaron siempre,
de la más variopinta y caprichosa índole,
las imperecederas presencias, sosegadas,
colosales, sin forma, ni juicio, ni sonido,
débiles sombras pero presencias que no menguan,
sus rostros enfrentando las esquinas del cielo:
de nuevo, sin embargo, tres sombras frente a una,
la una delante, la otra detrás, tres que son una...
Una sombra en el medio de una grandiosa luz,
un reflejo en el tiempo de la eternidad toda,

un rostro majestuoso de una calma perfecta,
tremendo por sus muchos ojos inalterables...
A menudo yaciendo totalmente despierto,
y sin embargo al margen del cuerpo, y también lejos
de intelecto, poder, y voluntad, ha oído
cómo el tiempo fluía en medio de la noche
y todo se arrastraba hacia el día del juicio.

Sophy Sheekhy veía aquel rostro terrible, con sus luces resplandecientes, y su humo y las cuencas de sus ojos, como a través de una ventana invisible de su habitación. El frío peso muerto era cada vez mayor, y la empotraba contra la cama de modo que no podía mover ni un músculo, ni un párpado, ni siquiera su garganta seca para tragar saliva. La lengua pastosa y balbuceante le preguntó con dificultad, pegada a su oído:

—¿Qué ves?

Y ella veía, como a través de un cristal muy espeso, que la vieja figura en camisón iba tropezando hasta la cama y se estiraba bajo los pliegues de las sábanas, y luego vio una especie de calina formada por hebras devanadas que emanaban de él, como si se tratase de una oruga blanca tejiendo su capullo. Las hebras relucientes salían de su boca y le envolvían la cara, al principio transparentes, y luego más densas, para dejar tan sólo un perfil abrupto que se iba suavizando cada vez más, y el devanado continuó hasta que la forma entera se convirtió en una especie de fardo alargado de una brillante materia entretejida, inmóvil, aunque incandescente y activa, atareada y radiante.

—No puedo decir lo que veo.

—Todo está... oscuro. No... veo...

Sintió cómo trataba de agarrarse a ella con unos dedos que se iban desintegrando e intentaban meterse en su carne como raíces que buscasen un lugar estratégico. Pensó que había tenido miedo en otros trances anteriores, pero que aquel miedo no tenía ni comparación con éste: pena y miedo, miedo y pena, cada cosa haciendo más insoportable la otra. Él quería alimentarse de su vida, y estaba invadiendo con su muerte la fibra misma de sus nervios. El aspecto más superficial de sus pensamientos era que nunca jamás volvería a tratar de acceder a la presencia de aquellos muertos terribles; además, esta vez también las profundidades de los lugares oscuros y silenciosos que había en su interior se habían visto sacudidos por el terror, el terror de él, el de ella, el terror de que a la carne le arrancaran la vida y la energía del amor, en beneficio de lo que fuera que quedara allí una vez eso hubiera desaparecido. Él estaba disgregándose, deshaciéndose, y ella no podía, allí echada, mantenerlo unido entre sus brazos, ni tampoco oír su voz con sus oídos; él ya no tenía cara, ni dedos; sólo era una masa fría como el barro, sofocante, hedionda, que le taponaba la boca y la nariz.

XI

En el día del Ángel el ambiente estaba cargado, por la tormenta que se avecinaba. La señora Papagay y Sophy Sheekhy, que avanzaban por el paseo marítimo, pisaban entre relucientes charcos oscuros rizados por el viento y parcelas de un gris apagado. Sus faldas atrapaban rachas de un viento húmedo y pizarroso, y tenían que sujetarse los sombreros, que amenazaban con salir volando y rodar hasta el mar. Aves blancas se lanzaban en picado y chillaban y graznaban, se dejaban mecer despreocupadamente por olas gris marengo veteadas de arena, o se pavoneaban con arrogancia en los charcos. Sophy se fijó en sus ateridas patitas en el agua fría, con las garras arrugadas, y se estremeció. La señora Papagay olfateó la sal y le preguntó a Sophy si se encontraba mal.

—Está usted gris, querida mía, tiene un tinte gris en la piel que no me gusta nada, y se ha puesto muy seria.

Sophy dijo con aire circunspecto que, en efecto, no se encontraba muy bien. Decía, casi en un susurro, y sus palabras se las llevaba el viento, que no estaba segura de tener fuerzas para soportar la tensión de la sesión. La señora Papagay le gritó resueltamente:

—Yo cuidaré de usted, la rescataré en cuanto vea que lo está pasando mal.

Sophy masculló que no era nada fácil librar a alguien de los espíritus. Tenía un cargo de conciencia, dijo, mientras se sujetaba el ala de su indómito sombrero con sus nudillos blancos.

—Puede ser... —le dijo a la señora Papagay, a la vez que la hacía detenerse y escrutaba aquella cara con el mar moviéndose detrás—. Puede ser que no estemos *destinadas* a pasarnos el tiempo intentando establecer contacto con *ellos*, señora Papagay. Puede que vaya contra la Naturaleza.

La señora Papagay replicó enérgicamente que desear hablar con los muertos, según les habían enseñado, era una aptitud natural de los seres humanos en muchas sociedades. No había más que fijarse en Saúl y en la Bruja de Endor, decía la señora Papagay; en Odiseo ofreciéndole a Tiresias cuencas de sangre, o en los Pielas Rojas, que vivían tranquilamente entre los espíritus de sus antepasados. A los espiritistas siempre se les exhortaba a que se fijasen en los pieles rojas, cuyas almas angloparlantes eran invitadas habituales de muchos salones británicos; entre antimacasares y loros disecados debía de costarles entender algo. A la señora Papagay le preocupaba que Sophy, normalmente tan plácida, tuviese que pararse en medio de una tormenta para expresar sus dudas. Miró debajo del sombrero de Sophy y vio que tenía los ojos bañados en lágrimas.

—Mi querida Sophy —dijo la señora Papagay—, nadie la va a obligar *nunca* a hacer algo que vaya en contra de su propia naturaleza, algo para lo que no se sienta con fuerzas. Podemos ganarnos la vida de otra forma, podemos admitir huéspedes y dedicarnos a labores de costura. Ya hablaremos de eso.

Sophy se quedó mirando fijamente a través de sus lágrimas el agua acerada, la línea oscilante del horizonte, el cielo color acero. Espuma blanca, aves blancas, blancas franjas de nubes veloces que surcaban el gris.

—Es usted muy amable —dijo—, y le estoy muy agradecida; la verdad es que la quiero por lo buena que es, y *no* pienso defraudarla. Tengo menos miedo, ahora que se lo he dicho a alguien. Me alegro de seguir.

El viento aullaba al pasar, burlándose con sus alaridos de estas sobrias palabras de confianza humana. Las dos mujeres se cogieron del brazo y se apoyaron la una en la otra; luego prosiguieron unidas entre las ráfagas de viento y se adentraron en la ciudad.

En el interior de la casa había un ambiente de mal humor y frialdad que desalentó a la señora Papagay en cuanto entró. No había visto al señor Hawke desde la malhadada discusión sobre el matrimonio en el cielo, y se temía que, como mínimo, hubiese que alisar sus plumas encrespadas. Se dio cuenta inmediatamente de que la cosa aún era peor. Estaba sentado en un rincón, sermoneando a la señora Jesse y a la señorita Hearnshaw sobre la percepción física que Swedenborg había tenido de los espíritus del mal, quienes insistían en pensar que su oscuridad llena de humo y sus asquerosos olores eran aire puro, y su repugnante apariencia belleza; quienes «se adherían a la parte correspondiente de lo que era su propio lugar en el Humano Divino y emitían sensaciones de angustia...». Le había traído a la señora Jesse un ramo grande y pálido de rosas de invernadero, que la doncella había dispuesto en un centro de plata en el medio de la mesa. Se dio por enterado de la llegada de la señora Papagay y Sophy Sheekhy con un rápido gesto de cabeza. Dado su estado, la señora Hearnshaw tenía náuseas. Se llevaba frecuentemente un pañuelo de encaje a los labios, y mantenía su mano izquierda pegada a las costillas, bajo su pecho, como si su cuerpo contuviera a la vez sus emociones y su niño aún no nacido. Hasta la señora Jesse parecía inquieta y cansada. Por una vez, el capitán Jesse no estaba hablando. Estaba de pie en la parte salediza de la ventana, la melena blanca orlada por el reflejo de la luz del quinqué, contemplando aquella oscuridad cada vez más espesa, como si su sitio, pensó la señora Papagay, estuviese allí fuera, a la intemperie.

Se sentaron alrededor de la mesa en un silencio aprensivo. De todos modos el señor Hawke tenía la cara colorada, y aún se le puso más roja, como una manzana reluciente o un querubín enfadado, con el reflejo del fuego. No le dio ni una oportunidad a la señora Papagay, sino que dijo que tenía que hablarles de unas cuestiones muy solemnes mientras se tranquilizaban los ánimos para recibir los mensajes del mundo de los espíritus y de los ángeles. Había estado pensando, decía, sobre el carácter extrañamente *material* del testimonio swedenborgiano, y en su relación con la fe espiritista. Le habían impresionado mucho, cuando leyó por primera vez los relatos de Swedenborg sobre sus viajes por el Cielo y el Infierno, las

afirmaciones del sabio acerca de haberles enseñado muchas verdades a los ángeles del cielo. ¿Pero por qué no iba a ser así? Un hombre que viviese en dos mundos a la par aprendería y enseñaría, por su mera duplicidad, algo que ningún habitante de un solo mundo podría sospechar. Los ángeles *no sabían*, hasta la visita de Swedenborg, lo que era la materia, o que era distinta del espíritu. Sólo cuando llegó un hombre, que abarcaba a la vez la materia y el espíritu y la diferencia entre ellos, se aportó una experiencia que explicó en qué consistía esa diferencia. Se podría argüir que la visita de Swedenborg, considerada como un *experimento* científico para sus anfitriones angélicos, fue una *experiencia positiva*, tan necesaria para arcángeles y ángeles, como para los químicos, filósofos y mecánicos. De hecho, en toda sabiduría, no hay más sustancia que el *hecho*, no hay nada tan divino como la experiencia. Por eso el Humano Divino es superior a los ángeles, porque Su naturaleza es Humana, y se corresponde perfectamente con la duplicidad humana: materia y espíritu.

Además, había más cosas que era necesario saber sobre el carácter material del Humano Divino. Se decía acertadamente que, así como los ángeles en el cielo, unidos en amor conyugal, eran machos y hembras a la vez, lo mismo sucedía con el Humano Divino. Verdad era, tal como Swedenborg había confirmado con su elocuente testimonio, que en un momento preciso del tiempo y del espacio, en un planeta de todos los planetas inhabitados, el Humano Divino había tomado una forma humana concreta y se había convertido en un *hombre terrenal*, de la terrosa tierra, como había escrito san Pablo. Verdad era que los cielos eran macho y hembra, porque procedían de la humanidad, que era macho y hembra, «a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó» (Génesis 1, 27). Pero existía una Doctrina adicional de Swedenborg sobre la Humanidad del Señor que era esencial conocer y comprender. Mientras se encarnaba aquí en la tierra, el Señor había tenido a la vez una forma humana procedente de Su madre humana y una forma humana eterna proveniente del hecho de Su Yo Divino, el Padre. Y Swedenborg explicaba que el Señor, sucesivamente, se había *despojando* del Humano dimanado de la madre, y adoptado al Humano dimanado de lo Divino de Sí Mismo. En la tierra tenía dos estados, uno llamado el estado de la humillación o exinanición, y el otro el estado de glorificación o unificación con lo Divino, al que se denomina el Padre. Se encontraba en el estado de humillación en la medida, y en el momento, en que se hallaba en el Humano procedente de su madre; y se encontraba en el estado de glorificación en la medida, y en el momento, en que se hallaba en el Humano proveniente del Padre. En el estado de humillación rogaba a Dios como a un ser diferente de Sí Mismo; pero en el estado de glorificación hablaba con el Padre como Consigo Mismo. Su crucifixión era un despojamiento necesario de la humanidad corrupta derivada de su madre, para poder experimentar la glorificación y la unión con el Padre.

«El primer hombre es de la tierra, terreno; el segundo hombre es del Señor, del cielo.

Cual es el terreno, tales son también los terrenos; y cual es el celestial, tales son también los celestiales.

Y como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen celestial.

Pero yo os digo, hermanos: que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios; ni la corrupción hereda la incorrupción.

Fijaos, os muestro un misterio: no todos dormiremos, mas todos seremos transformados.

En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de trompeta, pues tocará la trompeta, los muertos se alzarán incorruptos, y nosotros seremos transformados.

—1 Corintios 15, 47-52, —dijo el señor Hawke.

Se hizo un melancólico silencio entre los miembros, en su mayor parte femeninos, de su público, que sintieron que se las reprendía individual y colectivamente, como si les faltase algo o, mejor dicho, como si les sobrase demasiada carne. La señora Hearnshaw apretó aún más con los brazos la prisión de ballenas que contenía los aludes de carne en cuyo interior sus huesos enjaulaban al niño que iba creciendo poco a poco, precariamente vivo. La señora Papagay se manoseó la bolsita de carne de la papada, mientras miraba hacia abajo, para no encontrarse con los ojos del señor Hawke. Sophy Sheekhy se estremeció y se encogió aún más dentro de su ropa. La señora Jesse acarició la cabeza apacible y fea de Pug, que roncaba. El capitán Jesse soltó una especie de bufido y trompeteó sin venir a cuento:

—Y los hijos de Dios vieron a las hijas de los hombres, que eran hermosas.

Hubo un silencio.

—Perdone —dijo el señor Hawke—, no alcanzo a ver la relevancia...

—Simplemente me gusta cómo suena, señor Hawke, me da ánimos, me sugiere una especie de unión feliz entre lo terrenal y lo celestial, ¿sabe?, la hermosura de las mujeres, y la *admiración* de los hijos de los hombres; en los primeros tiempos, claro, en el paraíso, supongo.

—Qué interpretación tan equivocada, capitán Jesse. Qué equivocado está usted. Autoridades en la materia están de acuerdo en que los así llamados hijos de Dios son los *ángeles caídos* que, de la lujuria que les despertaba la belleza terrenal, cayeron en la corrupción, como ciertos ángeles son dados a hacer, como también reveló Swedenborg. Hasta san Pablo, puedo decirle, en un texto sumamente *interesante*, nos advierte en contra del excesivo deseo angélico de la corporeidad femenina. Exige que la mujer vaya cubierta en las congregaciones, por una razón, que es que la cabeza de cada hombre es Cristo, pero la cabeza de la mujer es el hombre, así que el hombre, dice san Pablo, no tiene que taparse la cabeza, ya que es la imagen y la gloria de Dios, pero la mujer es la gloria del hombre.

Porque el hombre no es de la mujer, sino la mujer del hombre.
Ni el hombre fue creado para la mujer, sino la mujer para el hombre.

»Y prosigue: “Por esta razón, la mujer tendría que albergar algún poder en la cabeza, debido a los ángeles”, que es un versículo difícil de entender, pero se cree que hace referencia a la tentación que se les presentó a los ángeles cuando la congregación de fieles atrajo su atención, la atención de aquellos ángeles que no estaban en perfecta posesión de su naturaleza espiritual...

—¿Así que tenemos que suponer que toda esos sombreros tan bien confeccionados de nuestras grandes damas, todas esas aves del paraíso sacrificadas y esas garcetas, todas las araraunas y avestruces, todos los arrendajos azules y palomas blancas como la nieve, señor Hawke, son lo que usted llama *poder* para esquivar la lujuria de los ángeles? —inquirió la señora Jesse—. Eso es lo que son: *poder*, esas torres y torretas de pobres criaturas muertas construidas para asustar, como los salvajes con sus máscaras de aves y sus doradas capas de plumas; el poder que tiene el dinero de fletar barcos que crucen los mares para sacrificar pobres seres vivos inocentes que cabeceen por encima de las papadas, y revoloteen como palomares portátiles con la brisa del cotilleo.

—San Pablo no tenía conocimiento de esas cosas, señora Jesse. Habló en contra de la vanidad femenina y de la lujuria del hombre, y explicó que estos asuntos no eran triviales, sino parte del tejido mismo de las cosas, que implicaban Seres celestiales e infernales, como ya nuestro gran profeta, Swedenborg, nos ha enseñado claramente. La vanidad femenina, en todas su formas, le parecía una abominación, y eso incluiría, desde luego, la sombrerería moderna y sus modas, como puede usted observar.

—Dijo que si una mujer —observó el capitán Jesse— tiene el cabello largo es una gloria para ella.

—Sí que lo dijo, en efecto, pero continuó; el versículo continúa: «porque el cabello le fue dado para cubrirse». Debía ir *cubierta* —gritó el señor Hawke.

—Cuando nos casamos —dijo el capitán Jesse—, a Emily le llegaba el cabello por debajo de la cintura, todo rizado, me acuerdo. Me parecía precioso. Era precioso.

—Siguió el mismo proceso que todo lo carnal —dijo su mujer suavemente, a la vez que se llevaba las manos a las alas plateadas que enmarcaban su rostro.

—Simplemente, han cambiado —dijo el capitán Jesse—. No precisamente en un abrir y cerrar de ojos, aunque puede parecerlo, los años pasan muy rápido, ¿y dónde estamos?, el pie alado del tiempo pasa volando por delante de nosotros, y hemos cambiado.

—Emplea usted un tono muy frívolo para hablar de misterios —dijo el señor Hawke.

—Y usted está dispuesto a ser muy severo con nosotros —dijo la señora Jesse—, como si fuéramos la grey de una iglesia, y no estamos en ninguna, aunque nos

hayamos reunido con un serio propósito. Y me parece que deberíamos zanjar esta discusión y pedirle a la señora Papagay que nos serene y abra nuestros corazones a los mensajes que los amados desaparecidos puedan querer comunicarnos. ¿Cree que nos vendría bien cantar un poquito, señora Papagay?

—Me parece que el ambiente está ligeramente cargado de electricidad, señora Jesse. Percibo los esfuerzos de espíritus airados y maliciosos, cosa que puede ser peligrosa. Creo que deberíamos cogernos de las manos y pedir calma.

Tendió sus manos, al señor Hawke a la izquierda, y a la señora Jesse a la derecha. Sophy se las había arreglado para situarse entre la señora Jesse y el capitán Jesse. Era superior a sus fuerzas hundir sus dedos en la cólera lujuriosa del señor Hawke. La señora Hearnshaw estaba entre el capitán Jesse y el señor Hawke. La señora Papagay sentía grandes oleadas de un calor rojo apagado (el calor sudoroso que proporciona el paño) provenientes del señor Hawke. Estaba toda contrariada, se dijo a sí misma, y no podía reunir y reconocer los sentimientos individuales como solía hacer. En cambio, y para defenderse, *pensaba*, distanciada de los demás, y la sesión nunca llevaba a ninguna parte si ella pensaba. Eran pensamientos bastante interesantes, acerca de cómo podían desencadenarse realmente batallas espirituales, incluso en tranquilos salones costeros a la luz del fuego, alimentadas por textos arrojados como flechas, hechos de palabras que servían para indicar *cosas*: cabello, plumas, ángeles, hombre, mujer, Dios. Había habido una especie de torneo de palabras entre el señor Hawke y el capitán Jesse. Las palabras casi eran cosas, en el sentido de que ella había visto, mientras ellos hablaban, una cabeza de pelo, un sombrero, un cuerpo masculino y alado ardiendo de deseo; y sin embargo no eran cosas, del modo en que su conocimiento del malestar de la señora Hearnshaw era una cosa, o su sensación de la devastación espiritual de Sophy, que no sabía a qué se debía, pero no creía que fuese a la criatura repleta de ojos de la semana anterior. El estado de Sophy era desconcertante. Pasó a estudiar a la señora Jesse, que también resultaba desconcertante, que había comprendido algo del mensaje de la semana anterior que prefería no compartir; la señora Papagay estaba segura de ello. La señora Jesse había retirado una mano, y jugueteaba con las tiras de cuero enroscadas a las patas de Aarón. Estaba soltando a aquel pájaro tan grande, y le masajeaba la piel negra con los dedos, mientras él permanecía en el borde de la mesa y se inclinaba y sacudía las plumas. Luego dio un par de pasos hacia el señor Hawke, con la cabeza de lado y con su ojo negro y reluciente como la tinta puesto en él. El señor Hawke abrió la boca para decir algo, pero luego se lo pensó mejor. Aarón se llevó el pico al pecho, se encogió de hombros, y pareció dormirse. La habitación estaba llena de fuerzas, airadas y ansiosas, desconsoladas y amorosas, cuyos movimientos se mecían y batían en torno a las cabezas inclinadas sobre la mesa.

El silencio se hizo más denso. Cayó un pétalo. Una súbita ráfaga de lluvia azotó los cristales; el capitán Jesse volvió su enorme cabeza para ver qué tiempo hacía. La señora Papagay propuso probar con la escritura automática. Acercó el papel, no

quería abusar de Sophy. Tras un momento, la pluma escribió con toda confianza:

*Bienaventurados los que lloran a los muertos
porque SERÁN CONSOLADOS.*

—¿Hay alguien ahí? —preguntó el señor Hawke—. ¿Algún mensaje para alguno de los presentes en particular?

Él no vendrá, dijo ella.

—¿Quién no vendrá? —dijo el señor Hawke.

—Arthur —dijo la señora Jesse, con un suspiro—. Quiere decir Arthur, estoy segura.

La pluma escribió rápidamente.

Y el que al Amor excluya, a su vez se verá del Amor excluido, y yacerá en su umbral aullando entre las sombras.

A la pluma pareció gustarle esta palabra, porque jugó con ella, repitiéndola varias veces: «aullando», «aullando», «aullando», añadiendo luego

aquellos que imaginan pensamientos inciertos e insensatos aullando: es demasiado horrible...

—Un espíritu poético —dijo el señor Hawke.

—Las dos primeras son de Alfred —dijo la señora Jesse—. La pluma debe de haberlas pescado, por así decirlo, de mi mente. La última es de *Medida por medida*, un pasaje sobre el destino del alma tras la muerte que a Alfred le impresionaba mucho, como a todos. No tengo ni idea de quién está profiriendo estas cosas.

Uno será consolado. Se enjugarán todas las lágrimas. Viene el novio. No sabéis ni el día ni la Hora en que viene. Encended la lámpara.

—¿Quién nos está diciendo estas cosas? —preguntó la señora Jesse.

—No. Oh, *no* —dijo Sophy Sheekhy con la voz estrangulada.

—Sophy... —gritó la señora Papagay.

Sophy sintió unas manos frías en el cuello, unos dedos fríos en sus labios templados. Se le puso la carne de gallina sobre los huesos del cráneo, en el dorso de los dedos, bajo las ballenas. Empezó a temblar y a sacudirse. Se echó hacia atrás en

su butaca con la boca abierta y vio algo, o a alguien, que estaba en la parte salediza del ventanal. Era absolutamente enorme, pero muy fino: una especie de columna de humo, o de fuego o de nubes, sin una forma exactamente humana. No era el joven muerto, que le había hecho sentir tanta lástima; era una criatura viva con tres alas que le colgaban sueltas a un lado. De ese lado, el lado alado, era de un color oro apagado, y tenía el rostro de un ave de presa, solemne, de ojos dorados, con el pecho de plumas, espolvoreado con partículas metálicas calientes. Del otro lado, sumido en la sombra, era gris como el barro húmedo, e informe, con unos muñones que sobresalían a modo de brazos, mientras movía algo que no era del todo una boca para emitir un fino susurro. Hablaba con dos voces, una musical, y la otra como un crujido de papel.

—Dile que la espero.

—¿Que se lo diga a quién? —preguntó Sophy con una vocecita que todos oyeron.

—A Emilia^[27]. Triunfo en bienaventuranza plena. Díselo. Nos uniremos y formaremos un solo Ángel.

Aquello era desesperante para las criaturas vivas de la habitación.

—Sophy —dijo la señora Papagay—. ¿Qué ves?

—Alas de oro —respondió Sophy—. Dice que la espera. Dice que les diga que triunfa en bienaventuranza plena. Dice que le diga a Emily... a la señora Jesse, a Emily... que... se unirán y formarán un solo Ángel. En la otra vida, quiere decir.

Emily Jesse suspiró profundamente. Soltó la mano fría de Sophy, y le separó la otra de la de su marido, rompiendo así el círculo. Sophy yacía inerte, como un prisionero ante el inquisidor, mientras contemplaba la mitad del ángel, que nadie más veía, y cuya presencia nadie *sentía* realmente, y Emily Jesse hizo que su marido la cogiera de la mano.

—Bueno, Richard —dijo—, puede que no siempre nos hayamos llevado tan bien como debiéramos, y puede que nuestro matrimonio no haya sido un éxito, pero ese arreglo me parece sumamente injusto, y no quiero tener nada que ver. Juntos hemos pasado los malos tiempos en este mundo, y lo único que me parece decente es que compartamos los buenos, si hemos de disfrutarlos, en el otro.

Richard le levantó la mano y se quedó mirándola.

—¡Caramba, Emily! —dijo, y luego otra vez—: ¡Caramba, Emily...!

—Normalmente no te faltan las palabras —dijo su mujer.

—No, es verdad. Es sólo que... creía... creía que estabas esperando... una comunicación de ese estilo. Nunca me habría imaginado que ibas a decir... algo como... lo que has dicho.

—Puede que tú tengas otra idea —dijo la señora Jesse.

—Sabes que no es *eso*. He tratado de ser comprensivo, he tratado de tener paciencia, he respetado...

—Demasiado bien. Demasiado bien lo has hecho, los dos...

El capitán Jesse sacudió la cabeza, como un nadador que sale a la superficie.

—Pero durante todas estas sesiones *he creído que estabas esperando...*

—Le amo de verdad —dijo Emily—. Es difícil amar a los muertos. Es difícil amar a los muertos lo suficiente.

A la señora Papagay la hizo inmensamente feliz este cambio. Quién lo habría pensado, se dijo a sí misma, y sin embargo, *qué acertado*; sólo cuando el Ángel la había amenazado con perder a su marido, había dado por sentado que ella lo veía de verdad, lo veía en términos de pérdida, de la desaparición que eso implicaba, lo que le había hecho imaginarse su existencia sin él. Sabía que se estaba dejando llevar por su romanticismo, pero se sentía repleta de una especie de placer burbujeante ante el espectáculo de las miradas, sagaces y perplejas a la vez, que se cruzaban estas dos personas mayores, de quienes cabría suponer que no podían tener secretos el uno para el otro, y sin embargo tenían aquel tan importante. Qué interesante, se dijo a sí misma la señora Papagay, pero la sacó de su ensimismamiento una especie de sonido ahogado que emitió Sophy, quien se estaba poniendo de un color horrible, una mezcla de ceniza y ciruela y lapislázuli, mientras movía los labios entumecidos. Soltó un bufido, trató de coger aire desesperadamente, como si le estuvieran succionando la vida. La señora Papagay se levantó sin hacer ruido, dio la vuelta, y puso sus manos templadas en las frías sienas de Sophy. Los taconitos de Sophy zapatearon la alfombra, su columna vertebral se arqueó en un espasmo. Tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Nunca le había ocurrido nada tan espantoso. La señora Papagay trataba de hacer pasar amor y dominio, *contención*, por sus dedos. Sophy yacía en trance en presencia de la ausencia, una ausencia hecha de gotas de barro y de polvo que caía de plumas colgantes. Sophy sintió que él se debilitaba; dejó escapar aquel terrible suspiro susurrante por su propia laringe; lo veía desintegrarse, funesto, anhelante, en la penumbra de lentejuelas que espumeaba, hervía, se balanceaba y era de nuevo líquido negro. Volvió la cabeza hacia el capitán Jesse y vio cómo su albatros extendía las alas, sus enormes alas liberadas, y cómo miraba fijamente con su ojo orlado de oro.

—Sophy —dijo la señora Papagay.

—Estoy bien —dijo Sophy—, ya.

La señora Papagay consideró que quizá sería mejor finalizar la sesión con algunos mensajes escritos, tal vez edificantes. Siempre resultaba sorprendente cómo los vivos, en presencia de los muertos, continuaban preocupándose de sus asuntos vitales, importantes y triviales. A nadie, salvo a ella, le había impresionado mucho el estado de Sophy. Nadie había temido por ella. Como si todos *supiesen* que Sophy estaba actuando, pensó la señora Papagay, aunque todos necesitasen creer que no; de cualquier modo, creían lo que necesitaban creer, pensó, y así mantenían a la oscuridad, a la feroz y tambaleante oscuridad, en orden y a raya. Por lo que se refería a ella, sabía que Sophy no actuaba, pero no podía ver lo que Sophy había visto. Más

tarde pensaría que tenía que haber estado loca para no imaginarse que las fuerzas que había en la habitación podían ser insaciables y peligrosas, pero, claro, ella era como los demás; *sabía* que, en cierto sentido, todo era un juego de salón, una especie de reunión donde se contaban cuentos, o una charada, incluso mientras sostenía las manos mortalmente frías de Sophy. De todas maneras, acercó el papel hasta ella distraídamente y cogió la pluma, que se revolvió juguetona en su mano y se puso en marcha, como una posesa, sobre el papel, con una letra fanáticamente pulcra y resuelta.

*¿Será de piedra el Ángel Conyugal
que aquí está con su pesada cabeza
el gloriado muerto mirando atrás,
inerte, cubierto de musgo, solo?*

*El Santo Espíritu pesca en la Nada
con la carnal Sophy sobre Su Anzuelo
Los Hijos de Dios se juntan a ver
sus rollizos miembros y así gozar*

*El Gran Señor lanza allí el sedal
con Sophy colgando a modo de cebo
quien aúlla en el cénit de la Gloria
al ceñir la Divina Forma Humana*

*Caen pétalos de rosa de su pelo
que en el barro se vuelve evocador
de cienos rezumantes, del perfume
de un negro Hoyo o cubil Animal*

*Y mi Amor es convertirme en la bestia
que era, y ya no es, pero es todavía,
que dilata ojales rojos, los besa,
y hunde la garra en el festín carnal*

*Dulce Rosa del Mundo, Rosa adúltera,
puede que descanse en su urna, y a peste
en tanto el llanto de Alfred se hace tinta
para sembrar en ella quelque-chose*

*El Ángel abre sus alas de oro
y alza muy alto la polla dorada
y hombre y mujer juntos se ayuntan*

en un cadáver que gime y canta

—Pare —dijo el señor Hawke—. Hay un espíritu maligno presente. Son ensueños obscenos a los que hay que poner fin. Enciendan las luces, *pare*, señora Papagay, tenemos que ser fuertes.

Despertado por esta voz enfadada, Aarón se acercó cautelosamente por la mesa, tiró el cuenco de rosas, y salió volando hasta la repisa de la chimenea, dejando tras él una mancha oscura cubierta de redondeles blancos.

—¿Qué querrá decir? —dijo la señora Hearnshaw, leyendo—. ¿Qué querrá decir?

—Es obsceno —dijo el señor Hawke—. No es apropiado para que lo lean las señoras. Me parece que es la comunicación de un espíritu maligno, al que no debemos prestar oídos.

Al oír aquello, Aarón soltó un graznido estridente, tal vez afirmativo, que los sobresaltó a todos. Y Pug, cambiando en sueños de postura, dejó escapar una serie de peditos como detonaciones, y un fuerte olor a putrefacción. Emily Jesse, con los labios blancos y apretados, cogió el ofensivo papel y se lo llevó hasta el fuego, donde lo dejó caer. Se rizó, crepitó, viró al castaño y luego al negro, y subió volando, ceniciento, por la chimenea. La señora Papagay, al ver a la señora Jesse, supo que aquella era la última sesión en aquella casa, que había sucedido algo realmente importante y que, precisamente por eso, no se harían más intentonas. En parte lo sentía, y en parte no. Después de que el señor Hawke se hubiese marchado solo, armando mucho jaleo, y de que el cabriolé de la señora Hearnshaw se la hubiese llevado, la señora Jesse les preparó un té a la señora Papagay y a Sophy, y dijo que había decidido que sería más prudente no tener más reuniones de momento.

—*Algo* está jugando con cosas que para mí son sagradas, y no soy yo, señora Papagay, pero tampoco puede ser ningún otro, y creo que no quiero saber nada más. ¿Le parece que me falta valor?

—Me parece que es usted muy sensata, señora Jesse, muy sensata.

—Me consuela.

Sirvió el té. Los quinqués arrojaban una luz cálida sobre la bandeja. La tetera era de porcelana, toda decorada con rositas, carmesíes y fucsias y azul celeste, y las tazas tenían guirnaldas de esas mismas flores. Había pastitas dulces, cada una con una flor hecha de azúcar glaseado, cremosas, violetas, blancas como la nieve. Sophy Sheekhy observó cómo salía por el pitorro el chorro de líquido color topacio, humeante y aromático. Aquello también era un milagro: que en China personas de piel dorada, y en India personas de piel bronceada, recolectasen hojas que atravesarían a salvo los mares en barcos de alas blancas, en cajas de plomo, en cajas de madera, resistiendo tempestades y torbellinos, navegando bajo el sol ardiente o la fría luna, para llegar hasta aquí y ser servidas en porcelana fina hecha de barro fino, moldeado por dedos expertos en las ciudades que se dedicaban a la alfarería, cocido en hornos, vidriado con un barro resbaladizo y reluciente, vuelto a cocer, decorado con capullitos de rosa

por manos de artistas que sostenían unos pinceles muy, muy delicados, que giraban sutilmente sus tornos de alfarero e implantaban, con un beso de pelos de cebellina, capullos flotantes en un terreno azul celeste, o en un terreno completamente blanco; y que se trajese el azúcar de donde hombres y mujeres negros trabajaban como bestias y morían en condiciones terribles, para conseguir aquellas flores exquisitas que se deshacían en la lengua como los pergaminos en la boca del profeta Isaías; y que se moliese la harina, y se batiese la leche para hacer mantequilla, y ambas fermentasen juntas en aquellas delicias momentáneas, cocidas en el horno de la señora Jesse y elegantemente apiladas en un plato, para ofrecérselas al capitán Jesse, con su cabeza blanca como la lana y sus ojos risueños, a la señora Papagay, ruborizada e inquieta, a ella misma, mareada, y al pájaro negro y al babeante Pug, junto a los carbones ardientes del fuego, a la benigna luz de las lámparas. Habría sido tan fácil que cualquiera de ellos no hubiese estado allí para tomar el té o probar los dulces. Las tempestades y los témpanos de hielo podían haberse llevado al capitán Jesse, el pesar o un parto podían haber destruido a su mujer, la señora Papagay podía haber sucumbido a la pobreza y ella misma haber muerto como una criada agotada; pero allí estaban, y tenían los ojos brillantes, y sus lenguas saboreaban la bondad.

XII

Y cuando por fin se fueron, salieron realmente a la oscuridad. Hacía una noche helada y borrascosa, con rociadas de agua salada, y un ruido de agua distante y cercana a la vez. De todos modos, pensaron que irían andando hasta su casa, preocupadas ya por ahorrar. Porque si la señora Jesse no iba a organizar más sesiones y el señor Hawke se había enfadado y les era hostil, ¿qué iba a ser de ellas? Apretaron el paso hacia el paseo marítimo, con el viento detrás, precedidas por un parapeto de paraguas abiertos. Después de un rato, Sophy le tiró de la manga a la señora Papagay y trató de gritarle discretamente al oído:

—Creo que nos siguen. Llevo oyendo pasos detrás desde que dejamos la casa de la señora Jesse.

—Me parece que tiene razón. Y ahora que hemos parado, también han parado. Es una sola persona.

—Tengo miedo.

—Yo también. Pero creo que debemos quedarnos en el sitio, aquí, bajo la farola, y dejar que nuestro perseguidor pase de largo tranquilamente, o enfrentarnos a él. Somos dos, y él uno. No me apetece meterme en el laberinto de callejuelas que hay detrás de la lonja de pescado con alguien siguiéndonos. ¿Se siente con fuerzas, Sophy?

—No, pero al fin y al cabo es de carne y hueso, supongo.

—Pero habitado por un espíritu *vivo*, querida, que también puede ser peligroso.

—Lo sé. Pero de momento me dan más miedo los muertos. Vamos a enfrentarnos a él. Puede que pase de largo.

Se pararon, y los pasos que las seguían también se interrumpieron, y luego prosiguieron, más lentos, más vacilantes. Permanecieron bajo la farola que habían elegido, agarradas a sus paraguas. Los pasos se fueron acercando, y se vio que los daba una criatura tosca con un sobretodo sin forma y una gorra oscura. Cuando llegó hasta ellas, se quedó completamente inmóvil, allí de pie, mirándolas.

—¿Por qué nos sigue? —dijo la señora Papagay.

—Ah —dijo el observador—. Eres tú. A oscuras no estaba del todo seguro, pero ahora lo tengo muy claro, clarísimo. Fui a tu casa, estaba todo oscuro y cerrado, pero la mujer de la casa de al lado me dijo que vendrías por aquí, así que me eché a andar; en el portal hacía frío y humedad, y ya he soportado frío y humedad para más de lo que me queda de vida. ¿No me conoces, Lilias?

—Arturo —dijo la señora Papagay.

—Naufragado dos veces —dijo él con cautela—, y una arrojado a la deriva. ¿No recibiste mis cartas, diciéndote que volvía a casa?

La señora Papagay negó con la cabeza. Le daba miedo desintegrarse. Le dolían los nervios, le estallaba la cabeza, era como una vaca aturdida en el matadero.

—Te he dado un susto de muerte —dijo el capitán Papagay—. Debería haber esperado en el portal.

La señora Papagay viajó hasta la fosa de su tumba, y regresó de nuevo en alas del viento. A su corazón y a sus pulmones se les insufló vida, y ella dio un grito vertiginoso.

—Arturo, Arturo. —Y soltó el paraguas que, atrapado por el viento, salió volando por la calle como un gigantesco vilano—. Arturo —gritó la señora Papagay. Y saltó sobre él, de modo que si él no hubiese estado allí, tan sólido, para sostenerla, se habría precipitado, inconsciente, sobre la acera mojada. Pero estaba allí, y la señora Papagay cayó en sus brazos, y él abrió el sobretodo y la atrajo hacia sí, y ella olió su olor de verdad: a sal, a tabaco, a su pelo y a su piel, distintos de cualquier otro pelo y cualquier otra piel del mundo entero, un olor que ella había mantenido vivo cuando hubiera parecido más prudente dejarlo morir en la memoria de su olfato. Y él enterró la cara en su cabello, y ella lo rodeó con sus brazos vacíos en toda su amplitud, enjuta pero viva, a la vez que recordaba su hombro, sus costillas, su espalda, y gritaba «Arturo» al interior de su sobretodo y al viento.

Y Sophy Sheekhy se quedó bajo la farola, viendo cómo los dos se iban enredando cada vez más hasta convertirse en uno solo, a medida que se apretaban y se acariciaban y se murmuraban cosas el uno al otro. Y se puso a pensar en toda la gente de este mundo cuyos brazos vacíos suspiran por estrechar a los muertos, y en cómo en los cuentos, y a veces en la pura realidad, el frío y el mar acaban devolviendo lo que se han llevado, o parece que se han llevado; y aquella oscura unión azotada por el

viento se convirtió en su mente en un todo armónico con la visión del hogar de los Jesse y el milagro del té. La vida en brazos de la muerte, pensó Sophy Sheekhy mientras se apartaba discretamente del desmelenado arrebatado de la señora Papagay para volverse hacia la negra tinta del mar y del cielo, más allá de la luz de la farola.

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a varias personas por su ayuda, tanto práctica como bibliográfica. Ursula Owen y David Miller me prestaron libros sobre abejas y sobre ángeles. Mis editores franceses, Marc y Christiane Kopylov, anduvieron revolviendo en las librerías de viejo de París. Lisa Appignanesi me prestó todos los *Arcana Caelestia* de Swedenborg. Gillian Beer y Jenny Uglow me hicieron sugerencias de lectura cruciales. Chris O'Toole, del Instituto Entomológico Hope de Oxford, y alguien con mucha paciencia de la oficina de información entomológica del Museo de Ciencias me resultaron extraordinariamente útiles e interesantes. Mi hija Isabel Duffy, Elizabeth Alien y Helena Caletta, las libreras más ingeniosas del mundo, fueron igual de prácticas que de pacientes.

Una obra de ficción no necesita bibliografía, pero me gustaría dar las gracias al coronel A. Maitland Emmet, cuyo libro *Los nombres científicos de los lepidópteros británicos* me proporcionó felices horas de lectura e inspiró gran parte del cuento de Matty «Las cosas no son lo que parecen». La *Guía Collins de los insectos de Gran Bretaña y Europa Occidental*, de Michael Chinery, también me proporcionó un gran placer y mucha información. Cualquiera que esté interesado en A. H. Hallam tiene una gran deuda con el último T. H. Vail Motter, editor de *Los escritos de Arthur H. Hallam*, y con Jack Kolb, editor de sus *Cartas*. La magna edición de Christopher Ricks de las *Obras Completas* de Tennyson es una fuente de inspiración constante. También le debo mucho a *El desarrollo de una sociedad de insectos* de Derek Wragge Morley. *La habitación a oscuras* de Alex Owen constituye un excelente estudio de las médiums del siglo XIX. Y aprendí mucho, y disfruté, con *La muerte y la otra vida en la literatura y la teología victorianas* de Michael Wheeler.

Finalmente, este libro no se podría haber escrito sin los fondos de la Biblioteca de Londres.

Notas

[1] Estilo de arquitectura gótica, empleado en Inglaterra durante los siglos XIV y XV, caracterizado por su tracería de líneas verticales, sus arcos de cuatro centros y sus bóvedas en abanico. (*N. del T.*) <<

[2] Para la traducción de las diversas citas del Libro Sagrado que se hacen en la novela nos hemos servido de la versión conocida como la Nácar-Colunga, la primera que se realizó íntegramente en nuestro idioma a partir del hebreo y del griego; si bien, al tratarse de una versión de inspiración católica relativamente contemporánea, también hemos consultado las conocidas respectivamente como la Torres Amat del P. Petisco y la Biblia del Oso o Reina-Valera (esta última de orientación protestante, pero traducida fundamentalmente del inglés), que son las más conocidas de las que se encontraban disponibles en la España del siglo XIX. (*N. del T.*) <<

[3] Región llana de Inglaterra, al oeste y al sur del Wash, formada por marismas hasta que fue ganada al mar en los siglos XVII, XVIII y XIX. (*N. del T.*) <<

[4] Dios según el Viejo Testamento en Daniel 7, 9. (*N. del T.*) <<

[5] El alucinógeno más poderoso de la Amazonia, preparado a partir de variedades de *Banisteriopsis*. (N. del T.) <<

[6] En castellano en el original. (*N. del T.*) <<

[7] Juego de palabras intraducible. Matty dice «the nest door» (la puerta del nido), que en inglés suena muy parecido a «the next door» (la puerta de al lado, la casa de al lado). (*N. del T.*) <<

[8] Crepúsculo, anochecer. (*N. del T.*) <<

[9] Personaje del *Cándido* de Voltaire, que es la encarnación misma del optimismo.
(N. del T.) <<

[10] Tennyson en *In memoriam*. (N. del T.) <<

[11] En inglés AMAZON, compuesto por las tres sílabas: *Am*, *a* y *zon*. (N. del T.) <<

[12] *Am*: en inglés, primera persona del presente de indicativo del verbo *ser*; una clara alusión al YO SOY EL QUE SOY pronunciado por Dios. (*N. del T.*) <<

[13] *A* de *apple* (manzana), *b* de *bee* (abeja) y *c* de *crocodile* (cocodrilo). (N. del T.) <<

[14] *Zone*: en inglés antiguo, cintillo, ceñidor. (*N. del T.*) <<

[15] Té procedente de esa región de la India. (*N. del T.*) <<

[16] Traducción literal del nombre común inglés, al objeto de que conserve su sentido el diálogo que sigue. En castellano, esfinge mayor de la vid. (*N. del T.*) <<

[17] En castellano, harpía. (*N. del T.*) <<

[18] En inglés, *Hawke* suena igual que *hawk*: azor, gavián. (N. del T.) <<

[19] Rada situada al sudeste de la costa de Kent, protegida por las Goodwin Sands. (*N. del T.*) <<

[20] Azucena es uno de los nombres empleados por Tennyson en *Los idilios del rey* para referirse a Elaine, la doncella enamorada de Lanzarote del Lago. (N. del T.) <<

[21] En inglés, *death* y *dear*, respectivamente. (N. del T.) <<

[22] En inglés *dead*. (N. del T.) <<

[23] Cordillera de montañas cretáceas al nordeste de Inglaterra. (*N. del T.*) <<

[24] *Amarilis*: pastora de una égloga de Virgilio. Por extensión, cualquier joven campesina. *Chancillería*: antiguo tribunal de justicia, en alusión a la profesión de Henry Hallam. (N. del T.) <<

[25] *In memoriam*, la larga elegía que Tennyson escribió en memoria de su amigo, Arthur Henry Hallam, se divide en 133 poemas independientes, escritos todos ellos en un número variable de redondillas. Dada la mayor cantidad de sílabas resultante de traducir los versos octosílabos ingleses al castellano, parece lo apropiado convertirlos en endecasílabos blancos, de modo que las redondillas se transformen en cuartetos sin rima. Pero es prácticamente imposible ceñirse siempre a esa medida sin traicionar tanto la riqueza verbal como la densidad conceptual de Tennyson. De ahí que hayamos recurrido en ocasiones a traducir alguno de esos poemas en estrofas de cuatro versos de doce o trece sílabas, según el caso (reservando los alejandrinos para otras composiciones citadas en la novela, escritas originalmente en pentámetros yámbicos); algo que esperamos resulte menos inadecuado de lo que podría considerarse en un principio, al tratarse de la obra de un romántico tardío como Tennyson que experimentó a lo largo de su vida con todo tipo de metros. (*N. del T.*)

<<

[26] En inglés *mould* significa también, entre otras cosas, moho y mantillo; y *to moulder*, desmoronarse, convertirse en polvo. (N. del T.) <<

[27] En italiano en el original. (*N. del T.*) <<